

# Daimon

Δαίμων

## Revista Internacional de Filosofía

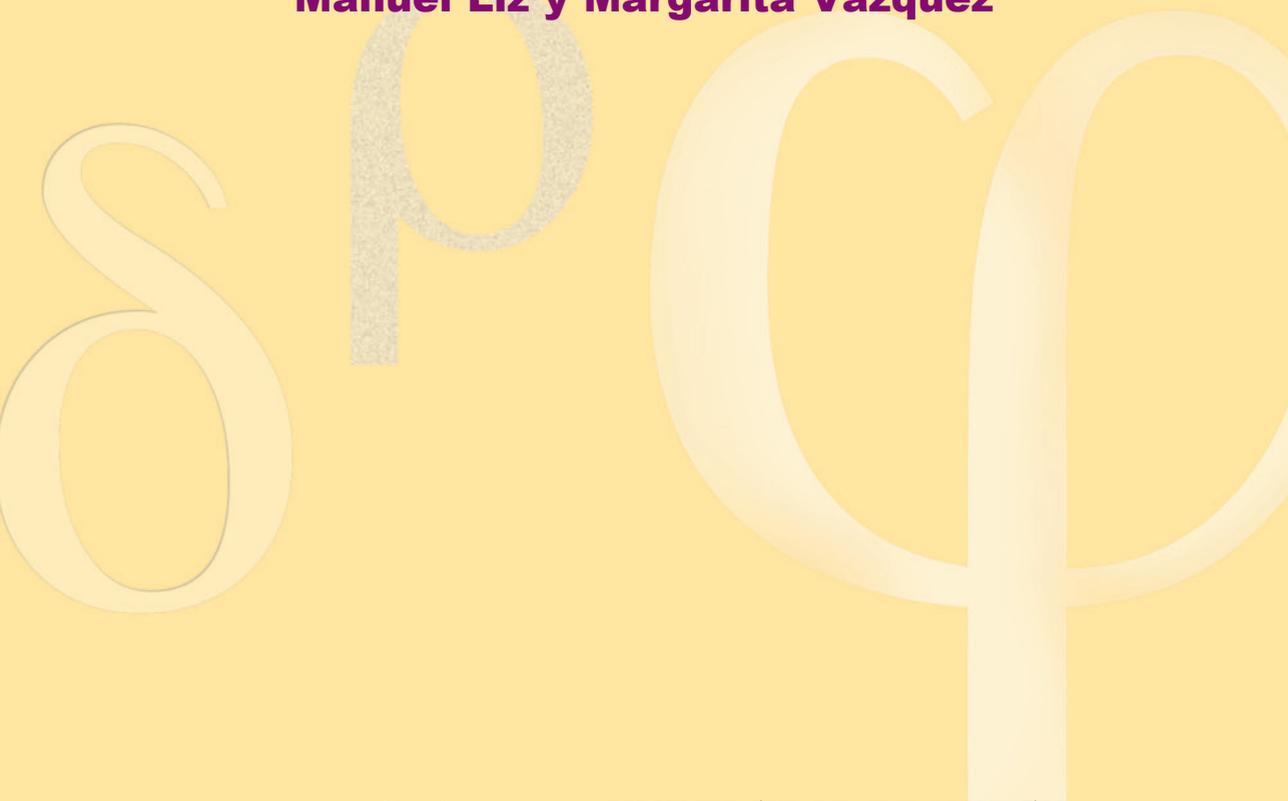
---

Número 75. Septiembre-Diciembre 2018

### PUNTOS DE VISTA

**Editores**

**Manuel Liz y Margarita Vázquez**



SOCIEDAD  
ACADÉMICA DE FILOSOFÍA

UNIVERSIDAD DE MURCIA  
DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA

# Daimon. Revista Internacional de Filosofía

---

Publicación cuatrimestral. Número 75. Septiembre-Diciembre 2018

**Puntos de vista**

**Editores**

**Manuel Liz y Margarita Vázquez**

SOCIEDAD  
ACADÉMICA DE FILOSOFÍA

UNIVERSIDAD DE MURCIA  
DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA

# Daimon. Revista Internacional de Filosofía

Publicación cuatrimestral. Número 75. Septiembre-Diciembre 2018

**Director / Editor:** Antonio Campillo Meseguer (Universidad de Murcia).

**Secretario / Secretary:** Emilio Martínez Navarro (Universidad de Murcia).

## Consejo Editorial / Editorial Board

---

Alfonso García Marqués (*Universidad de Murcia*), Manuel Liz Gutiérrez (*Universidad de La Laguna*), María Teresa López de la Vieja de la Torre (*Universidad de Salamanca*), Claudia Mársico (*Universidad de Buenos Aires*), José Luis Moreno Pestaña (*Universidad de Cádiz*), Eugenio Moya Cantero (*Universidad de Murcia*), Diana Pérez (*Universidad de Buenos Aires*), Jacinto Rivera de Rosales Chacón (*Universidad Nacional de Educación a Distancia, Madrid*), Antonio Rivera García (*Universidad Complutense de Madrid*), Salvador Rubio Marco (*Universidad de Murcia*).

## Comité Científico / Scientific Committee

---

Florencia Dora Abadi (*Universidad de Buenos Aires y CONICET*), Atocha Aliseda Llera (*Universidad Nacional Autónoma de México*), Mauricio Amar Díaz (*Universidad de Chile*), Diego Fernando Barragán Giraldo (*Universidad de La Salle, Bogotá*), Eduardo Bello Reguera (†), Noelia Billi (*Universidad de Buenos Aires*), Germán Cano Cuenca (España), Cinta Canterla González (*Universidad Pablo de Olavide, Sevilla*), Fernando Cardona Suárez (Colombia), Adelino Cardoso (*Universidade Nova de Lisboa*), Salvador Cayuela Sánchez (*Universidad de Murcia*), Luz Gloria Cárdenas Mejía (*Universidad de Antioquia, Medellín*), Pablo Chiuminatto (Chile), Jesús Conill Sancho (*Universidad de Valencia*), Adela Cortina Orts (*Universidad de Valencia*), Kamal Cumsille (*Universidad de Chile*), Juan José Escobar López (Colombia), Ángel Manuel Faerna García-Bermejo (*Universidad de Castilla-La Mancha*), Hernán Fair (*Universidad Nacional de Quilmes y CONICET*), María José Frápolli Sanz (*Universidad de Granada*), Àngela Lorena Fuster (*Universidad de Barcelona*), Domingo García Marzá (*Universitat Jaume I, Castellón*), Mariano Gaudio (*Universidad de Buenos Aires*), Juan Carlos González González (*Universidad Autónoma del Estado de Morelos, México*), María Antonia González Valerio (*Universidad Nacional Autónoma de México*), María José Guerra Palmero (*Universidad de La Laguna*), Valeriano Iranzo Garcia (*Universidad de Valencia*), Rodrigo Karmy Bolton (*Universidad de Chile*), Elena Laurenzi (*Università del Salento y Universidad de Barcelona*), Juan Carlos León Sánchez (*Universidad de Murcia*), Gerardo López Sastre (*Universidad de Castilla-La Mancha*), José Lorite Mena (*Universidad de Murcia*), Alfredo Marcos Martínez (*Universidad de Valladolid*), António Pedro Mesquita (*Universidade de Lisboa*), Marina Mestre Zaragoza (*ENS de Lyon*), Javier Moscoso Sarabia (*Instituto de Filosofía, CCHS-CSIC, Madrid*), Paula Cristina Mira Bohórquez (*Universidad de Antioquia, Medellín*), Jose María Nieva (*Universidad Nacional de Tucumán*), Laura Nuño de la Rosa (*KLI, Austria*), Patricio Peñalver Gómez (*Universidad de Murcia*), Angelo Pellegrini (Italia), Francisca Pérez Carreño (*Universidad de Murcia*), Manuel de Pinedo García (*Universidad de Granada*), Miguel Ángel Polo Santillán (*Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima*), Hilda María Rangel Vázquez (*Universidad Pontificia de México*), Concha Roldán Panadero (*Instituto de Filosofía del CSIC, Madrid*), Adriana Rodríguez Barraza (*Universidad Veracruzana, México*), Miguel Ruiz Stull (Chile), Vicente Sanfélix Vidarte (*Universidad de Valencia*), Merio Scattola (*Università degli Studi di Padova*), Francisco Vázquez García (*Universidad de Cádiz*), José Luis Villacañas Berlanga (*Universidad Complutense de Madrid*).

© *Daimon. Revista Internacional de Filosofía*, de todos los trabajos. Para su uso impreso o reproducción del material publicado en esta revista se deberá solicitar autorización a la Dirección de la revista. Esta no se hace responsable de las opiniones vertidas por los autores de los trabajos que en ella se publican.

Este número ha contado con el patrocinio de la Sociedad Académica de Filosofía (SAF).

**Administración:** *Daimon* es una revista cuatrimestral, editada y distribuida por el Servicio de Publicaciones de la Universidad de Murcia. Apartado 4021. 30080 Murcia (España). Tfno.: 868883012. Fax: 868883414.

**Redacción e intercambios:** ver *Normas de publicación*, al final de la revista.

ISSN de la edición en papel: 1130-0507.

ISSN de la edición digital (disponible en <http://revistas.um.es/daimon>): 1989-4651.

Depósito legal: V 2459-1989.



Maquetación, diseño de cubierta: Compobell, S.L. Murcia.

# Daimon. Revista Internacional de Filosofía

Publicación cuatrimestral. Número 75. Septiembre-Diciembre 2018

---

**Presentación.** Puntos de vista. *Manuel Liz y Margarita Vázquez* ..... 5

## **Realidad y causalidad desde una perspectiva científica**

Perspectivism with Objectivity, Causal and Temporal. *Manuel Liz & Margarita Vázquez* 11

Disposiciones y puntos de vista causales. *Sebastián Álvarez Toledo* ..... 27

La ciencia como un punto de vista: algunos desafíos a la objetividad científica. *Mario Gensollen y Marc Jiménez Rolland* ..... 43

Puntos de vista científicos en las series de televisión. *Laura García Díaz* ..... 59

## **Perspectivas de primera, segunda y tercera persona**

Mental Attribution in Interaction: How the Second Person Perspective Dissolves the Problem of Other Minds. *Antoni Gomila & Diana Pérez* ..... 75

La interacción social en la ontogénesis de la perspectiva del mundo. *Jesús Armando Fajardo Santamaría* ..... 87

## **Perspectivismo en epistemología**

Puntos de vista y problemas de Gettier. *Andrés L. Jaume* ..... 105

Virtue Perspectivism, Normativity, and the Unity of Knowledge. *Modesto Gómez-Alonso* ..... 117

Relativism, Contextualism, and Temporal Perspective. *Juan J. Colomina Almiñana*.. 131

## **Autores y corrientes perspectivistas clásicas**

La perspectiva intercultural: Ortega y la hermenéutica. *Javier Gracia Calandín* ..... 147

La transvaloración de las perspectivas. Nietzsche y la crítica de la cultura desde el punto de vista del valor. <i>Marina García-Granero</i> .....	161
La nostalgia restauradora, el ocaso de la hermenéutica del punto de vista ajeno. <i>Jorge Montesó Ventura</i> .....	177
<b>Reseñas</b>	
Diana PÉREZ y Diego LAWLER (compiladores) (2017): <i>La segunda persona y las emociones</i> , Buenos Aires, Sociedad Argentina de Análisis Filosófico, 298 pp. ( <i>Manuel Liz</i> ).....	193
ZALABARDO, José Luis (2015): <i>Representation and Realidad in Wittgenstein's Tractatus</i> . Oxford: Oxford University Press. 263 pp. ( <i>Manuel Liz</i> ).....	195
LIZ, Manuel (ed.) (2013): <i>Puntos de vista. Una investigación filosófica</i> . Barcelona: Laertes. 286 pp. ( <i>Abraham Hernández Pérez</i> ).....	198
VÁZQUEZ, Margarita y LIZ, Manuel (eds.) (2015): <i>Temporal points of View. Subjective and Objective Aspects</i> . Heidelberg: Springer. (Studies in Applied Philosophy, Epistemology and Rational Ethics, vol. 23), 275 pp. ( <i>Natividad Garrido Rodríguez</i> ).....	201
COLOMINA-ALMIÑANA, Juan José (2018): <i>Formal Approach to the Metaphysics of Perspectives. Points of View as Access</i> . Heidelberg: Springer. 156 pp. ( <i>David Pérez Chico</i> ) .....	204

## Presentación. Puntos de vista<sup>1</sup>

MANUEL LIZ<sup>2</sup> Y MARGARITA VÁZQUEZ<sup>3</sup>

El presente número monográfico de la revista *Daimon* está dedicado a la noción de puntos de vista y a otras nociones cercanas como la de perspectiva. Todos nuestros discursos y prácticas están llenos de referencias a los puntos de vista. Y esto es así tanto en ámbitos ordinarios como en ámbitos técnicos, científicos y filosóficos. Sin embargo, a pesar de la fuerte presencia de esas nociones, son muy pocas las reflexiones que han intentado abordarlas directamente.

Agradecemos a la revista *Daimon* la buena acogida de nuestra propuesta. Enseguida, se llevó a cabo una llamada a la participación mediante el envío de trabajos originales. Realmente, la respuesta fue tremendamente entusiasta. Un total de treinta trabajos fueron sometidos a evaluación. Y la selección ha sido difícil en un gran número de casos.

Creemos que el resultado final ofrece de manera armónica un conjunto de contenidos con un gran valor sustantivo. Y es de esperar que algunos de los trabajos que no han llegado a ser incluidos en este número de la revista puedan ser publicados en números siguientes.

El volumen se ha estructurado en cuatro grandes apartados temáticos. El *primer apartado* trata sobre las imágenes de la realidad ofrecidas desde una perspectiva científica. Comienza con un trabajo analizando el tipo de realidad que podrían tener desde esa perspectiva las relaciones causales y un tiempo con un pasado, presente y futuro. El segundo trabajo incluye también a las disposiciones. Debemos considerar seriamente qué es lo que

- 1 Esta publicación se enmarca en el proyecto de investigación *Puntos de vista, disposiciones y tiempo. Perspectivas en un mundo de disposiciones* (FFI2014-57409-R), financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España, dentro del programa Retos.
- 2 Catedrático de Lógica y Filosofía de la Ciencia en la Universidad de La Laguna (manuliz@ull.es). Líneas de investigación: Filosofía de la mente, epistemología, metafísica, filosofía de la ciencia y de la técnica, noción de puntos de vista. Publicaciones recientes: Liz, M. (2014), "Models and Points of View. The Analysis of the Notion of Point of View", en L. Magnani (ed.) *Model-Based Reasoning in Science and Technology. Studies in Applied Philosophy, Epistemology, and Rational Ethics*, Vol. 8, Berlin, Springer, 2014, pp. 109-28. Liz, M. y M. Vázquez (2015a), "Subjective and Objective Aspects of Points of View", en Vázquez, M., y M. Liz (eds.), *Temporal Points of View. Objective and Subjective Aspects*, Heidelberg, Springer, 2015, pp. 59-104.
- 3 Profesora Titular de Lógica y Filosofía de la Ciencia en la Universidad de La Laguna (mvazquez@ull.es). Líneas de investigación: Lógicas no-clásicas, lógica del tiempo, lógica híbrida, modelado y simulación de sistemas, noción de puntos de vista. Publicaciones recientes: Vázquez, M. y M. Liz (2011), "Models as Points of View. The Case of System Dynamics", *Foundations of Science*, 16, 4, pp. 383-91. Vázquez, M. (2015), "Branching Time Structures and Points of View", en Vázquez, M., y M. Liz (eds.), *Temporal Points of View. Objective and Subjective Aspects*, Heidelberg, Springer, 2015, pp. 183-195.

quedaría de la realidad si excluyéramos de ella, por depender de la adopción de un punto de vista, las relaciones causales, un tiempo que fluye y toda disposición. Estos problemas nos acaban conduciendo a la necesidad de aclarar en qué consiste la objetividad de la ciencia. El trabajo siguiente discute críticamente la idea de que la existencia de dicha objetividad científica deba asumirse como algo dado, algo que no requiere ninguna justificación. El último trabajo aborda el interesante tema de la absorción y divulgación de puntos de vista científicos en las series de televisión. Nuestras formas culturales han cambiado mucho en las últimas décadas. Y la reflexión filosófica se vuelve conceptualmente irresponsable cuando no lo tiene en cuenta.

El *segundo apartado* trata sobre las perspectivas de primera, segunda y tercera persona. Sin duda, esta distinción es una de las primeras cosas que vienen a nuestra mente cuando pensamos en los puntos de vista. El punto de vista de la primera persona, el punto de vista íntimo de cada cuál, mantiene una tensión constante con los puntos de vista en tercera persona. Y en el desarrollo de esa tensión, la segunda persona ha sido repetidamente ignorada. Las cosas han ido cambiando recientemente en el ámbito de las ciencias cognitivas. También algunos planteamientos filosóficos, como el de Donald Davidson, abiertamente consideran las interacciones en segunda persona como la fuente última de toda significación y objetividad. Los dos trabajos que forman nuestro segundo apartado se ocupan de estos temas.

El *tercer apartado* aborda el perspectivismo en el contexto de la epistemología contemporánea. La dinámica conceptual típica del perspectivismo es curiosa. Suele comenzar como epistemología pero acaba, muy rápidamente, como metafísica. En un sentido u otro, encontramos siempre esta deriva en todos los autores clásicos del perspectivismo. La encontramos ya en Protágoras. La encontramos en Leibniz, Kant, Nietzsche, William James, Russell y Wittgenstein. Y por supuesto, la encontramos en Ortega y Gasset. Los tres trabajos incluidos en este apartado consideran las motivaciones epistemológicas del perspectivismo. El primero, lo hace en relación a los problemas de Edmund Gettier. El segundo, en relación a las propuestas de Ernest Sosa de una epistemología basada en las virtudes epistémicas. El tercero, lo hace en el contexto del debate actual entre relativismo y contextualismo.

El *cuarto apartado* recoge trabajos sobre varios autores y corrientes importantes dentro de lo que tal vez pudiera llamarse la tradición del perspectivismo. Ortega y Gasset no podría faltar. Y el primero de los trabajos escoge un tema sumamente actual para abordarlo: la interculturalidad. Tampoco podía faltar Nietzsche. Las concepciones perspectivistas de Nietzsche han tenido una influencia enorme en la configuración de la filosofía contemporánea, y más en general de toda nuestra cultura occidental actual. El segundo de los trabajos, donde se entremezclan la genealogía y la fisiología con los valores, la cultura y las perspectivas, permite entender esta influencia. El último de los trabajos también trata sobre una corriente filosófica para la cual la adopción de perspectivas resulta inevitable: la hermenéutica. Y de cierta forma, también responde a una necesidad de equilibrio. El lenguaje hace posible que adoptemos la gran mayoría de las perspectivas conceptuales que adoptamos, tal vez todas. Y sin duda, el lenguaje ha sido estudiado en profundidad dentro del contexto de la llamada “filosofía analítica”, especialmente en sus aspectos representacionales y agentivos. Los aspectos más expresivos y emocionales, sin embargo, han sido generalmente tratados por tradiciones filosóficas pertenecientes, digamos, a la “filosofía continental”. En varios

de los trabajos presentados en otros apartados, se encuentran abundantes referencias a planteamientos del primer tipo. En este trabajo pueden encontrarse referencias del segundo tipo.

Creemos que con estos cuatro apartados se ofrece una muestra muy representativa del estado actual de las reflexiones filosóficas sobre la noción de puntos de vista. Esta muestra continúa en la última sección de reseñas bibliográficas.

Los editores de este volumen han estado dirigiendo varios proyectos de investigación dedicados a analizar la noción de puntos de vista desde diversos frentes filosóficos, principalmente desde la epistemología, la filosofía de la mente, la lógica y la metafísica. Algunas de las aportaciones más importantes a este tema en los últimos años han sido hechas por autoras y autores pertenecientes a nuestro grupo. Nuestras publicaciones recientes han sido pioneras en este campo, abriendo en el ámbito internacional una línea de investigación pura y aplicada sumamente fructífera.

Esperamos que la iniciativa emprendida en torno al tema de los puntos de vista siga teniendo respuesta. Debemos recordar que la cultura que nos es más cercana siempre ha sido muy sensible al papel crucial de los puntos de vista. En literatura, dos ejemplos sumamente destacados son *El Criticón*, de Baltasar Gracián, y el propio *Quijote*, de Miguel de Cervantes. En pintura, no podemos olvidar los tratamientos de la perspectiva ofrecidos por Diego Velázquez, especialmente en *Las Meninas*, por el cubismo de Pablo Picasso y por el surrealismo de Salvador Dalí. Y por supuesto, una mención obligada dentro de nuestro campo sería la de José Ortega y Gasset, el primer autor que habla de forma totalmente clara y explícita del perspectivismo como posición filosófica.

También debemos considerar que uno de los problemas más graves de nuestro tiempo es la polarización de concepciones, actitudes y acciones entre los extremos del dogmatismo y del relativismo. Esta polarización se repite en todos los ámbitos de nuestras vidas, desde la macropolítica internacional hasta nuestros entornos más domésticos y personales, desde nuestras maneras de entender la religión o la ciencia hasta nuestras opiniones respecto a las series de televisión, los comics y los videojuegos. Pero los dos extremos, el dogmatismo y el relativismo, son sumamente peligrosos. Y sólo algo como un cierto perspectivismo podría abrir un cambio intermedio.



**Realidad y causalidad desde  
una perspectiva científica**



## Perspectivism with Objectivity, Causal and Temporal\*

### Perspectivismo con objetividad, causal y temporal

MANUEL LIZ\*\* & MARGARITA VÁZQUEZ\*\*\*

**Abstract:** It has been suggested that the only plausible way to integrate causality in the scientific image of the world is through a subjectivist causal perspectivism. Causation would exist only from the point of view of an agent capable of doing things. The conception of time associated with such causal perspectivism is certain temporal perspectivism that is also subjectivist. Following some ideas of Ramsey, Huw Price is a recent exponent of these approaches, which are rooted in Russell's critique of the notion of causality and in McTaggart's irrealism about time. We analyze this line of thought and argue for an objectivist interpretation of those perspectivisms. It will be crucial a distinction between perspectives and the subjects capable of adopting them, as well as an analysis of the conditions for adopting perspectives.

**Key words:** Causation, Flowing Time, Perspectives, Points of View, Objectivity, Pluralism.

**Resumen:** Se ha sugerido que la única forma plausible de integrar la causalidad en la imagen científica del mundo es a través de un perspectivismo causal de tipo subjetivista. Las relaciones causales sólo existirían desde el punto de vista de un agente capaz de llevar a cabo acciones. La concepción del tiempo asociada a tal perspectivismo causal sería cierto perspectivismo temporal también subjetivista. Siguiendo algunas ideas de Ramsey, Huw Price es un reciente exponente de estos enfoques, que hunden sus raíces en la crítica de Russell a la noción de causalidad y en el irrealismo de McTaggart sobre el tiempo. Analizamos esta línea de pensamiento defendiendo una interpretación objetivista de los anteriores perspectivismos. En nuestra propuesta, será crucial una distinción entre las perspectivas y los sujetos capaces de adoptarlas, así como un análisis de las condiciones de adopción de perspectivas.

**Palabras clave:** Causalidad, Flujo Temporal, Perspectivas, Puntos de Vista, Objetividad, Pluralismo.

Recibido: 29/06/2018. Aceptado: 21/10/2018.

\* Supported by Research Project FFI2014-57409, Points of View, Dispositions and Time. Perspectives in a World of Dispositions (Ministerio de Economía y Competitividad, Spanish Government).

\*\* Catedrático de Lógica y Filosofía de la Ciencia en la Universidad de La Laguna (manuliz@ull.es).  
Líneas de investigación: Filosofía de la mente, epistemología, metafísica, filosofía de la ciencia y de la técnica, noción de puntos de vista. Publicaciones recientes: Liz, M. (2014), "Models and Points of View. The Analysis of the Notion of Point of View", en: L. Magnani (ed.): *Model-Based Reasoning in Science and Technology. Studies in Applied Philosophy, Epistemology, and Rational Ethics*, Vol. 8, Berlin: Springer, pp. 109-28. Liz, M. y M. Vázquez (2015a), "Subjective and Objective Aspects of Points of View", en: Vázquez, M., y M. Liz (eds.): *Temporal Points of View. Objective and Subjective Aspects*, Heidelberg: Springer, pp. 59-104.

\*\*\* Profesora Titular de Lógica y Filosofía de la Ciencia en la Universidad de La Laguna (mvazquez@ull.es).  
Líneas de investigación: Lógicas no-clásicas, lógica del tiempo, lógica híbrida, modelado y simulación de sistemas, noción de puntos de vista. Publicaciones recientes: Vázquez, M. y M. Liz (2011), "Models as Points of View. The Case of System Dynamics", *Foundations of Science*, 16, 4, pp. 383-91. Vázquez, M. (2015), "Branching Time Structures and Points of View", en: Vázquez, M., y M. Liz (eds.): *Temporal Points of View. Objective and Subjective Aspects*, Heidelberg: Springer, pp. 183-195.

“We are all stories, in the end. Just  
make it a good one, eh?”  
*The Doctor*, Season 5, Episode 13.<sup>1</sup>

Things change. Many changes seem to be the effect of certain causes. And there seems to be a flowing time associated to those causal processes. If causation is perspectival, so be it. If that perspectivism leads to a pluralism, so be it. But that perspectivism and that pluralism reflect things that happen in the world. They do not describe us.

In this work, we will argue for a non-subjectivist causal and temporal perspectivism. Even if causal relations are perspectival, they are not necessarily a mere subjective matter. They can be *both* perspectival and objective. And even if positions in a flowing time are also perspectival, they are not necessarily something simply relative to our subjectivity. Perspectivism entails a certain pluralism. But that pluralism does not lead to any relativism of a subjectivist variety.

The reality of causal relations and the reality of a flowing time are two of the most disputed issues in contemporary metaphysics. Russell’s attack to the notion of causality and McTaggart’s arguments against the reality of time are among the main sources of the discussions.<sup>2</sup> In a very important sense, subjectivist causal perspectivism is the last inheritor of Russell’s old skepticism about causation and subjectivist temporal perspectivism is the last inheritor of McTaggart’s old irrealism about time.

Our aim is not to reconstrue the arguments of Russell and McTaggart, nor analyze in detail those discussions, but to get on the way of some subjectivist conceptions of causation and flowing time. More concretely, we want to focus on the sort of subjectivist causal perspectivism we can find in authors as Ramsey or Price, and many others, and on the sort of subjectivist temporal perspectivism associated with their approaches.<sup>3</sup>

We will defend a causal and temporal perspectivism of an objectivist sort. A very important part of our main argument will be a *distinction* between perspectives, or points of view, and the subjects able to adopt them. To assume that distinction entails that there is also a crucial distinction between to be internal to a perspective, or point of view, and to be internal to the subject that is adopting it.<sup>4</sup>

Other not less important part will be a certain account of the conditions for *adopting* perspectives. It makes sense to defend an objectivist causal and temporal perspectivism if perspectives can have causal and temporal contents with an objective character beyond our subjectivity. We will argue that if causal and temporal perspectives have objective conditions of adoption, then it has to be possible to have in perspective causal and temporal contents with an objective character.

---

1 This paper grew through discussions about Doctor Who’s topics with our son Ulises. In particular, it acquired shape trying to give a not merely subjective sense to the claim that “we are all stories”. Many of the ideas presented here were in fact suggested by him.

2 Russell (1913) and McTaggart (1908, 1927).

3 See Álvarez (2014, 2015).

4 Here, we will not make any relevant distinction between perspectives and points of view.

To adopt a perspective never is a purely subjective matter. Even perspectives with subjective contents have to have objective conditions of adoption. The pivotal point in our argument will be that in relation to causal and temporal perspectives we cannot imagine how such objective conditions can exist if they do not involve objective causal relations in an objective flowing time. So, at least these objectivities must be capable of being among the contents of some of our perspectives.

We will begin analyzing Ramsey's claim about the *agentive source* of causal and temporal appearances. There is, however, more than one way to understand the sense in which causal connections and a flowing time are generated by our actions. Ramsey wants to support that generation in first-person points of view understood in a strong subjectivist sense. But, he does not offer any explanation of the nature and mode of existence of such subjective points of view. We need one such explanation. We propose to understand the adoption of points of view as real processes integrated in other wider real processes, sharing all those processes the same problems with respect to causation and time. That way, either all of them would have to be interpreted in a subjectivist sense or it has to be possible to offer a plausible objectivist interpretation of causal perspectivism and temporal perspectivism.

We need to *explain* appearances. In particular, we need something in reality that is able to explain the existence of causal and temporal appearances, the appearances that we identify from our points of view. A plausible way to obtain that explanation goes through the assumption that to adopt a point of view is a process integrated in other wider processes capable of having causal and temporal features. Moreover, perhaps this is the only non-eliminative way to explain the existence of causal and temporal appearances. In any case, if we assume that explanation, then either the reality grounding the adoption of points of view has to have also a mere subjective nature or causal relations and flowing time have to enjoy a place in the objective reality itself.<sup>5</sup>

### 1. Ramsey's "Ultimate Contingency"

The first-person point of view of the agents has in Ramsey (1929)'s analyses of causation and time a crucial role. From our perspective as agents, our volitions, deliberations and decisions seem to be probabilistically independent on past or present events. That is, from our perspective as agents, we both feel and think we are spontaneous in our volitions, deliberations and decisions. This means that *we cannot but take ourselves as genuine causes of our actions*, or at least of our volitions, deliberations and decisions. In Ramsey's own words, "my present action is an ultimate and the only ultimate contingency"<sup>6</sup>.

- 5 An objectivist perspectivism has to assume the pluralism entailed by perspectivism. It seems easy to assume such pluralism with respect to causes, but not so easy with respect to flowing time. Here, we will not analyze how to make sense of an objective temporal pluralism. But, the main idea would be that if the existence of a flowing time is entailed by the existence of certain processes, then different processes maintaining no connections among them could entail the existence of different flowing times. See Vázquez (2013, 2015).
- 6 See Ramsey (1929). The first-person point of view also has a key role in Ramsey's approach of probabilistic judgements. All of that has important consequences in relation to the problem of free-will and the analysis of decision both in epistemic and non-epistemic areas. A very important field where decisions from the first-person point of view need to pay close attention to time concerns the evaluation of synchronic and diachronic "luck". About that topic, see Hales (2015).

Price (2014, 587) has elaborated in deep that idea:

“... an agent cannot take herself to have evidence about what she is going to do, *as she deliberates*. (‘Deliberation screens prediction’, as Rabinowicz (2002) puts it.) From the agent’s point of view, her contemplated action must be regarded as probabilistically independent of anything she knows at the present — even if *other people* (or she herself at other times) could legitimately take something of that kind as evidence about her choice, or vice versa.

In my view, this is the key to solving Field’s puzzle. The differences Cartwright rightly points to between the probabilities we get from laws of association, on the one hand, and the probabilities associated with what we take to be causal dependences, on the other, are precisely the differences induced by the specialness of agency. Cartwright is right in thinking that we can’t explain effective strategy in terms of the former; but wrong to think that we need causal laws to give us the latter. On the contrary, as I think Ramsey first saw, it’s the other way round: the specialness of the agent’s perspective grounds our talk of causation.”

As Price notes, Rabinowicz (2002)’s claim is very clear. From the first’s person point of view, “deliberation screens prediction”. In other words, from the first person point of view the possibility of predicting what we are going to do *cancel*s our intentions to deliberate about what we will do.

What is Field’s puzzle? Cartwright (1979) defended with good arguments the need to appeal to genuine causal relations in order to articulate effective strategies of action. The tension between that need and Russell (1913)’s classic insistence in the limited role of causation in basic physics constitutes Field’s puzzle.<sup>7</sup> Price is claiming that, even though effective strategies of action need causal explanations, we cannot understand them appealing to the existence of objective causal relations, as Cartwright suggests. We have to return to Ramsey’s ideas about the special nature of the agent’s perspective. Causation comes from agency.

Let us remember Russell (1913) approach to causation. His main claim was the following:

“... the word ‘cause’ is so inextricably bound up with misleading associations as to make its complete extrusion from the philosophical vocabulary desirable.”<sup>8</sup>

According to Russell, it is a mistake to think that causation is one of the fundamental “axioms” or “postulates” of science. After the previous words, Russell notes that

“[...] in advanced sciences such as gravitational astronomy, the word ‘cause’ never occurs.”

<sup>7</sup> See Field (2003).

<sup>8</sup> Russell (1913: 387).

Advanced sciences never look for causes. Moreover, what science employs in place of any supposed “law of causality”, establishing that the same causes are followed by the same effects<sup>9</sup>, is the mathematical notion of *function*. Russell says:

“The law of gravitation will illustrate what occurs in any advanced science. In the motions of mutually gravitating bodies, there is nothing that can be called a cause, and nothing that can be called an effect; there is merely a formula. Certain differential equations can be found, which hold at every instant for every particle of the system, and which, given the configurations and velocities at one instant, or the configurations at two instants, render the configuration at any other earlier or later instant theoretically calculable. [...] there is nothing that could be properly called ‘cause’ and nothing that could be properly called ‘effect’ in such a system.”<sup>10</sup>

In the same vein, and in the same page, we can find Russell’s final diagnosis about the *philosophical* obsession to find a law or principle of causality:

“No doubt the reason why the old ‘law of causality’ has so long continued to pervade the books of philosophers is simply that the idea of a function is unfamiliar to most of them, and therefore they seek an unduly simplified statement.”

Russell’s claims continue having its force today, from microphysics to cosmology, and from neuroscience to economy. Moreover, the addition of discrete mathematics to the study of reality (logic, information theory, graph theory, decision theory, etc.) does not introduce any radical change. Scientific knowledge generally is a matter of functions, or at least relations. It is not a matter of causes and effects.

Russell considers two fields *outside* “advanced science”<sup>11</sup> where something close to the causal language can have some application. The first one is constituted by *applied science* and *ordinary knowledge*. Here, we can find laws of probable sequences of events with a structure very similar to causal laws. The second field is constituted by our *agentive experience*. Very often, we use causal terms to describe our actions. However, according to Russell, the use of causal concepts in these two fields outside advanced science only has a *subjective* relevance. In particular, laws of probable sequences of events have only a practical value relative to the interests and goals of some particular subjects. They have a value only in connection with some plans of action.<sup>12</sup>

In the last term, the subjective relevance of causal concepts that we find in those two fields only exist because of the asymmetry introduced by *memory* between the past and the future. For Russell, this means that the two fields outside advanced science where something

9 There are many ways to formulate this law or principle of causality. Very often, it is presented in terms of the “invariability of successions cause-effect”, or in terms of the “uniformity of nature”.

10 Russell (1913: 395).

11 Also, we can say “fundamental science”, or “basic science”, perhaps “theoretical physics”.

12 Something similar can be said of probabilistic analysis of causation, like the classical one of Anscombe (1971), and of counterfactual or subjunctive analysis of causation, like Lewis (1979) proposal defining the causal arrow in terms of counterfactual asymmetries.

close to the causal language can have some application are not fields which can be taken directly as being part of the objective reality. They are fields *internal* to our experiences. They belong not to objective reality in itself, but to what have been traditionally called “the appearances”.

Price (2014) calls our attention over the following quote from Russell:

“The law of causality, I believe, like much that passes muster among philosophers, is a relic of a bygone age, surviving, like the monarchy, only because it is erroneously supposed to do no harm”<sup>13</sup>.

Price argues for the virtues of what he calls a “republican” conception of causation, in contrast both with a “monarchical”, or traditional, conception and with the nihilism of an “anarchical” conception. He agrees with Cartwright on the need to assume genuine causal connections in some contexts. But, he argues that Cartwright is not right in demanding causal laws. Price thinks that Ramsey was right on this issue. What is needed is to acknowledge the very special character of the *first-person point of view*. The actions coming from such a perspective, more strictly the volitions, deliberations and decisions to act, constitute the “ultimate and the only ultimate contingency” capable of originating genuine causal connections.

Curiously, the two fields that Russell considers to be mere “appearances” (namely, probable sequences of events with a practical value and some psychological attitudes bringing about certain actions) are taken by Ramsey and Price as constituting the ultimate source of causal connections. The *contingency of adopting an agentive first-person point of view* is the necessary and sufficient condition for the existence of causal relations.

Now, let us consider *time*. Flowing time seems to follow the same direction than causation. Causes seem to be placed in the past of their effects (alternatively, effects seem to be placed in the future of their causes). However, let us ask some apparently bizarre questions: Is this necessarily so? Is it necessary for the causal arrow to point out always to the *future*, so that causes have to be placed in the past of their effects?

Price (2014) appeals to Dummett. This author is famous for arguing that it is coherent the idea that we can change the past so long as we take ourselves *not able to know that past before our actions*.<sup>14</sup> If Dummett is right, then, it is not necessary that the causal arrow points to the future. It is simply a question of *fact*. That the causal arrow points out generally to the future follows from the way we are made. And sometimes, somehow, the causal arrow could also point out to the past.

As we have seen, Russell (1913) maintained quite a similar position. According to him, the causal arrow would point out to the future simply because we have *memories* of the past, but not of the future. It is simply a question of *fact* that the causal arrow goes all the way as it does. It simply depends on a psychological feature: the asymmetrical structure of our memory.

---

<sup>13</sup> Russell (1913: 387).

<sup>14</sup> Dummett (1954, 1964).

Dummett's arguments depend on some semantical theses about truth and facts. Russell's arguments depend on a certain image of the world he assumes as coming from fundamental physics and on a certain image of our mind. However, there is something in common between the approaches of Dummett and Russell. Both of them consider that the reality of time has no more ontological grounding than what can be obtained from *the fact that we have some appearances*. Dummett is not realist. He does not admit a reality beyond what can be "proved". Moreover, in order to maintain consistency, what can be proved has to be interpreted as "what *seems* to be proved". At the end, the nature of time is linked to the *appearances of time* involved in our action. In Russell, things are so even in a more explicit sense. Strictly, there is no need of a flowing time in the basic objective reality described by science. And even if outside science we continue using a causal language in some contexts, this has only a subjective relevance. In the last term, the use of causal notions only is supported by an asymmetry of our memory. For Russell, a flowing time is only an attribute of our *experience*.

Russell (1913)'s conception of reality in relation to causation and time is quite similar to the conception of his old mentor McTaggart. There are not causal relations in objective reality. Change is not real. Reality has a certain sort of static structure. And the structure of objective time is constituted by a net of temporal sequences of facts that can be ideally described by certain systems of differential equations. This is in complete accordance with what McTaggart called C-series: sequences of facts included in other sequences of facts. For Russell as well as for McTaggart, causation and a flowing time are only "mere appearances".<sup>15</sup>

## 2. Turtles, Beaches, Arrows

These approaches invite us to a philosophical conception in which causes cannot have but a subjective mode of existence. They are *mere appearances* identified from the agent's perspective. A similar result can be obtained with respect to the existence of flowing time. Both Dummett and Russell convert time in something merely subjective. A flowing time is no more than a *mere appearance*. Dummett and Russell are in total harmony with McTaggart rejection of the irreality of time.

In this section, we are going to point out a deep *tension* in that conception. The tension is between the *fact* that we adopt the agent's perspective from a certain position in reality and a *picture* suggested to explain the adoption of such a perspective.

To begin with, let us analyze some details of Ramsey's notion of "the ultimate contingency". We cannot but take our own deliberations, decisions and actions as being completely contingent and spontaneous. In that sense, we cannot assume them as being determined by anything else. Consider the following quotes where Price explains Ramsey's position:

---

15 See McTaggart (1908, 1927) with respect to his rejection of the reality of a flowing time, with past, present and future events, which he called A-series. There are only static orders of events according to the relation "to be before/after or simultaneous to". This constitutes his B-series, which would be supported by C-series. About this, see the important works of Mellor (1981, 1998). Recent analyses of the structure of temporal appearances can be found in Hautamäki (2015), Liz (2015) and Vázquez (2013, 2015).

“Ramsey is at least looking in the right direction, saying it [the time-asymmetry of causation] depends ‘on tracing the different consequences of our possible actions, *which we naturally do in sequence forward in time.*’”<sup>16</sup>

Both causation and time depend on action. The time-asymmetry of causation and the existence of a flowing time with a past, a present and a future depend on the *ultimate contingency* involved in our action. As Price notes, in order to avoid circularity or regress, the meaning of “consequences” here cannot be causal, but something like “probabilistic dependences”. But, the word “naturally” is not less problematic. In order to make clear the meaning of the last phrase of the text, Price uses the following *picture*:

“Imagine turtles hatched on an East-facing beach. Is it any surprise that their journey takes them asymmetrically to the East? No, for *there are no routes to the West, from their point of view.*” [The emphasis is ours]

Is the “ultimate contingency” something merely subjective? If we emphasize the role of the “East-facing beaches”, it does not seem to be so. The perspectives of the agents pointing to a certain direction, displaying a certain orientation, would not have only a subjective nature. We can express this making use of Price’s own words:

“[The term “naturally”] reminds us that we are appealing to a feature of our natures — a universal feature for us, albeit perhaps a contingent one. As structures in spacetime, we human agents all share a common temporal orientation. Imagine depicting our deliberative lives on a spacetime map, with a little arrow connecting each instant of deliberation to its associated action (where there is one). For us, all those little arrows point in the same direction — from *past* to *future*, as we would normally put it. Or, to go back to the turtles, think of yourself as a beach, and of your own plans and deliberations as the turtles that hatch on that beach. What’s true is not only that all plans hatch in the same direction on each beach individually, but also that all the beaches we know of face in the same direction.”

However, to emphasize that role of the “East-facing beaches” destroys the sense in which Ramsey’s ultimate contingency is intended to be really “the ultimate and the only ultimate contingency”. And this is what originates a tension.

There is something misleading in Price’s approach. There is a deep tension between something that is assumed as a *fact* about our position in reality and the *picture* that is intended to explain that fact. On the one hand, we have:

- (1) The fact that we human beings *seem to be part of causal structures in spacetime sharing a common temporal orientation*. Moreover, the causal arrow and the temporal arrow seem to follow orientations coordinated with the arrow of our agentive intentionality.

---

16 This and the following quotes are from Price (2014, 598).

But, as Russell claims, it is very difficult to understand these orientations in the context of the basic objective reality described by science. In the basic objective reality of science there is no room for causal relations or for a flowing time. Moreover, problems do not come only from science. As McTaggart claims, perhaps there are also conceptual problems against the idea that the basic objective reality in a metaphysical sense can contain changes in a flowing time. Therefore, on the other hand, it is suggested the following *picture*:

- (2) The causal arrow and the temporal arrow are coordinated with the arrow of our agentic intentionality because our agency is the source of causal relations and flowing time. *We create all the structure of reality that has to do with "orientation"*. We create causal connections and we create a flowing time. We create the ordinary structure of spacetime. Our pointing to some directions in our actions creates the *appearance of a spacetime full of events causally connected in a flowing time*.

1 describes a *fact* about our position in reality. We seem to be placed in a spacetime with certain orientations. 2 intends to offer an explanation of that fact. However, that explanation has to involve very peculiar ingredients. They cannot be ingredients that belong only to what "appears to us". And they cannot be either ingredients that belong to what can be found in a "scientific image" like the one assumed by Russell, or to what can be found in a "metaphysical image" like the one introduced by McTaggart. So, the explanation offered by 2 is only suggested through a *picture*: a subject creating a world of causal and temporal appearances.

Ramsey's appeal to an "ultimate contingency" is a particular case of 2. Our agentic capacities are the source of all the causal and temporal orientations we encounter in our experience and think of applying causal and temporal concepts. The exercise of our agentic capacities are the source of spacetime itself.

But, there is something very odd in the idea that *we create the orientations we are in*. There is something viciously circular in the idea that *we create the spacetime in which we seem to do such creation*. There is some kind of undesirable "bootstrapping". According to the fact described in 1, we seem to be in a certain sort of oriented reality, as the turtles are in a certain sort of oriented beach. But, according to the picture offered in 2, we create that oriented reality. And we do it in just the way it is in fact constituted. Moreover, we have to create it in that way. Our creation has to follow those routes.

According to 1, the turtles do not create the beach. *The turtles are on a real beach* having a certain orientation. The creation of the spacetime described in 2 requires a *previous position* in an oriented spacetime. And that orientation has some sort of conceptual, or logical, or metaphysical, priority. That causes occur in the past of their effects, that the past is closed and the future is open, that intentionality directs us towards the world in the ways it does, etc., entail some sort of conceptual, or logical, or metaphysical necessity having priority over the creation described in 2.

The picture 2 offers something very different. *The turtles are creating the beach* on which they seem to be placed. The turtles seem to be on a real beach, but that beach is *not a real beach in which the turtles are in*. The beach in which the turtles seem to be placed is a *mere appearance* of such a beach. It is simply a beach created by the turtles. What we read in 1 has to be interpreted not as describing a real fact, but as describing a mere

“appearance of a fact”. According to 2, that causes occur in the past of their effects, that the past is closed and the future is open, that intentionality directs us towards the world in the ways it does, etc., do not involve any sort of conceptual, or logical, or metaphysical necessity simply because there are not such real facts. They seem to be real facts, but they are only “appearances of facts”.

We can find this sort of *tension* in Russell and Ramsey. And we can find it also in Dummett. First, let us go to Russell. We subjectively distinguish between the past and the future because of the peculiar workings of *memory*. Only the past, not the future, can be known by memory. However, we can ask, how to distinguish memory (the direct knowledge of the past) from precognition (or prescience, the direct knowledge of the future) without presupposing a flowing time *independent* on the occasional exercise of our psychological faculties? On the one hand, like in 1, memory seems to require an independent directionality of time. But, on the other hand, like in 2, it is intended that memory creates the very distinction between the past and the future.

Now, let us recall Ramsey’s view of causation. According to him, there are things for which our volitions can count as evidence and things for which our volitions cannot count as evidence. The first ones are placed in the future, the second ones in the past. Price (2014, 599-600) explains the “deep insight” of Ramsey’s approach in the following terms:

“[Readers of Ramsey are not generally aware that] it is the agent who is in the driver’s seat, in determining the direction of causation in nature (in so far as there is such a thing), not the other way round. Or, if they are aware of it, they haven’t also noticed what Ramsey got wrong and Dummett got right, that the resulting causal arrow need not point exclusively to the future.”

The agents need to be placed in “the driver’s seat”. But, there is no room for that seat in the objective world described by science. So, even though the agents need to occupy the “driver’s seat”, it is suggested that even *that* “driver’s seat” has to be created by the agents.

Finally, let us go to Dummett. His theses about backward causation lead to another version of the same tension. Dummett argues that one can take oneself to affect the past so long as one did not take oneself to be able to know about the relevant part of the past, before one acted. Our action generally lies in the future, but in some conditions it also can have some sort of “backward” causal influence. In Dummett’s general verificationist approach, the possibility to act changing the past in the case we do not know that past before to act is certainly coherent. But, there is a problem. Does “not to know that past *before* our actions” presuppose a flowing time in which our knowledge of that past does not come but after our action is done? Again, on the one hand, like in 1, our action requires an independent determination of what is past, present and future. But, on the other hand, like in 2, it is intended that our action is capable of constructing *that* very past.

How to alleviate the tension between 1 and 2? The turtles are on a beach. And the beach suggests some orientations. But, the beach itself has to be assumed as mere appearance created by the turtles. There is a kind of disturbing circularity. There is a kind of undesirable “bootstrapping”. Our guess is that the main source of the tension is the categorical distinction between the beaches and the turtles. We cannot *distinguish* between the beaches and

the turtles in the categorical way Price does. The beaches can be other turtles and the turtles can be other beaches. In other words, what appears to be a beach from a certain perspective can become a turtle from another perspective, and the other way around.

Not to distinguish categorically between the beaches and the turtles means that the creation of spacetime structures by the subjects cannot be seen as something they do “*ex nihilo*”, so to speak. It also means that the causal structures in the spacetime we seem to be in, and the common temporal orientation we seem to share, can be seen as a spontaneous non-subjective creation of reality. There would be an objective “ultimate contingency” in reality itself, being the subjects parts of that reality.

The subjects follow certain routes which in turn are created by an objective reality that includes them. We can make sense of that new image considering the beaches and the turtles as parts of some wider processes with an *objective creative force*. In the context of such wider processes, the tension between 1 and 2 disappears.

Who is “in the driver’s seat” is not precisely the agent. It is *the agent adopting a point of view*. And such adoption can be seen as a process involved in other wider processes having all of them an objective and ultimately contingent creative force.

### 3. An Objectivist Perspectivism, Causal and Temporal

It is time to offer a direct argument for the objectivity of perspectival causal relations and for the objectivity of a perspectival flowing time.

For brevity, we will talk about the *conditions of adoption of a perspective* referring to the conditions in which it can be said that a subject is adopting the perspective. To be *objective* will be understood as existing in reality and to be *subjective* as existing only from a certain perspective. Hence, there could be items that are *both* objective and accessed from a perspective. In that case, we will say that the contents of the perspective are objective contents and that the perspective is *transparent* with respect to them. Also, in principle, there could be items that are objective and not accessed from any perspective. However, if something is merely subjective, it could not be objective.

Our argument has two main *premises*:

1. *Perspectives have to have conditions of adoption with an objective character.*

The conditions for adopting a perspective cannot be merely subjective. If the conditions for adopting a perspective were merely subjective, then we would have to assume the possibility that something like a stone or an atom can adopt perspectives of any sort. If the adoption of perspectives were not to have objective conditions of adoption, then whatever entity could adopt any sort of perspective.

2. *The objective conditions of the adoption of perspectives generating causal and temporal appearances have to include causal relations in a flowing time.*

It is obvious that the appeal to some objective conditions involving causal relations and a flowing time would contribute to explain how it is possible the adoption of perspectives generating causal appearances and temporal appearance. However, the important point is that perhaps *only* the appeal to such objective conditions is able

to explain the existence of those appearances. Appearances of causal relations in a flowing time are not like appearances of ghosts and witches, or like appearances of divine phenomena, or like appearances of collective entities. In many of these cases, the objective conditions of adoption of the perspectives generating those appearances do not need to involve the objective real existence of those phenomena. In contrast, appearances of causal relations in a flowing time are in the same boat than phenomena like qualitative consciousness, intentionality or actions, and many of their derivatives. According to premise 1, perspectives generating causal and temporal appearances have to have objective conditions of adoption. According to premise 2, these objective conditions of adoption have to involve the objective real existence of those very phenomena.

From these premises, we can obtain the following *conclusion*:

3. *It has to be possible that the causal and temporal contents of our perspectives have an objective character.*

According to premise 1, the adoption of causal and temporal perspectives have to have objective conditions of adoption. This entails that we are adopting *a second reflective perspective* with respect to those objective conditions of adoption. Now, according to premise 2, these conditions would have to involve causal relations in a flowing time. Hence, it has to be possible that the second reflective perspective is *transparent* with respect to them. It has to be possible that those causal and temporal contents have an *objective* character.

The conjunction of 1 and 2 entails 3. The need of objectivity in the conditions for adopting perspectives, together with the fact that perspectives generating causal and temporal appearances need to have conditions of adoption involving causal relations and a flowing time, entails that those causal relations and that flowing time can have also an objective character. Our conclusion is that it has to be possible that causal relations and a flowing time have an objective character.

The two main ways to try to escape from that conclusion lead to very serious problems. One of them would focus on *premise 2*. It consists in rejecting that perspectives generating causal and temporal appearances have to have conditions of adoption involving causal relations and a flowing time. However, it is very difficult to see how this can be rejected. Indeed, eliminativism about the existence of causal and temporal *appearances* would not have this problem. If there were no causal and temporal *appearances*, then we would not need to look for the conditions for adopting perspectives generating those appearances. But, eliminativism is not an option here. Simply, we cannot claim that there are not causal and temporal appearances.

The conditions of adoption of a perspective have to offer some sort of explanatory understanding of why the perspective can be adopted in those conditions. Consider the generation of causal and temporal appearances in objective conditions of adoption *c* that do not involve causal relations and a flowing time. Even though we were to know that there are some conditions *c* such that they obtain if, and only if, there are some causal and temporal

appearances, that knowledge could lack any explanatory force with respect to why causal and temporal appearances could be generated in conditions *c*. This is just what we find both in McTaggart's series-C and in Russell's systems of differential equations describing the basic objective reality. They propose conditions *c* that are *unable* to offer any explanation about the generation of causal and temporal appearances. Simply, as a matter of fact, *they do not explain the relevant appearances*.

The second way to escape from our conclusion would focus on *premise 1*. It would consist in rejecting that the conditions for adopting perspectives have to have an *objective* character. We have indicated a very important reason to avoid this move. If we accept it, we could not reject that stones and atoms can adopt all sorts of perspectives. Whatever entity could adopt any sort of perspective. Now, we can add another reason. If the conditions for adopting perspectives were not objective, then *no perspective could have any objective content*. That is, if the conditions for adopting perspectives were merely subjective, then every content would have to be merely subjective too.

We can offer an argument for the last claim. The negation of the consequent entails a negation of the antecedent. If some perspectives could have some objective contents, in the sense of being contents able to capture something in reality, then it would be possible to conceive a plausible general structure for an objective sufficient condition for adopting perspectives. Let be *o* one such objective content. Because *o* is an objective content, we can also say that in reality there is something that is *o*. Now, let *P* a perspective having *o* as content. The following offers a *plausible general structure* for an objective sufficient condition with respect to the adoption of perspective *P*:

A subject *s* adopts a perspective *P* having *o* as content if the subject *s* is related with *o* in such-and-such adequate ways.

To be related with *o* in those adequate ways would be an objective sufficient condition for adopting the perspective *P*. Moreover, to adopt the perspective *P* satisfying that condition would entail that the content *o* of perspective *P* has an *objective* character. There would be something in reality corresponding to it, namely *o* itself. Perspective *P* would be transparent with respect to *o*.

Hence, it is not only that if the conditions for adopting perspectives were merely subjective, then we could not reject that stones or atoms can adopt perspectives of any sort. If the conditions for adopting perspectives were merely subjective, then stones and atoms themselves, as well as any other content, including all the contents of our scientific perspectives, always would have to fail to be objective.

Together with the conclusion of our main argument, the last result leads us to claim that perspectives will have *objective* conditions of adoption if and only if there can be *transparent* perspectives with a certain objective content.<sup>17</sup>

---

17 The general structure above proposed for a sufficient objective condition with respect to the adoption of a perspective *P* involves the very item *o* that would count as the objective content of the transparent perspective *P*. However, it is clear that this would not have to be so necessarily. Our biconditional can hold even though the objective conditions for the adoption of a perspective do not involve the objective content of the perspective.

#### 4. Conclusions

If a perspective put us in contact with an objective reality, then the content of the perspective is not something we can merely find in the subject that is adopting the perspective. That there is not a non-perspectival way to know whether our perspectives put us in contact with an objective reality has to be *compatible* with the attainment of such objectivity.

Also, one thing is that we cannot *separate* the contents of our perspectives from the contribution of the other constituents of the perspectives and another very different thing that we cannot obtain *objectivity* through the adoption of perspectives. We have to reach the objective world adopting perspectives. And the accomplishment of our attempts is something we have to decide always from the inside of our perspectives. We have to decide which perspectives can be taken to be transparent with respect to the objective character of their contents.

We have argued that causal and temporal perspectives are an example of this. We cannot but assume that these perspectives have conditions of adoption involving objective causal relations in an objective flowing time. And that those conditions of adoption can be the objective contents of other more reflective perspectives.

Our main argument is *not* a transcendental argument. Perhaps some objective conditions *c* for the adoption of causal and temporal perspectives can be discovered, which are explanatory not involving objective causal relations in a flowing time. In the same way, perhaps some objective conditions for the adoption of perspectives about qualitative consciousness, intentionality and actions can be discovered which do not involve the objective reality of those phenomena. However, at the moment we do not have any of this (not even on the horizon!).

Causal and temporal perspectivism is unavoidable. We cannot reject that we have causal and temporal appearances. Moreover, surely we are able to identify causal relations in a flowing time only because we are able to adopt agentive perspectives. The arguments of Ramsey and Price are convincing. Furthermore, such perspectivism entails a relevant sort of pluralism. However, it does not entail any causal and temporal relativism of a subjectivist variety. Against Russell, we have claimed that causal relations can be something more than mere subjective appearances. Against McTaggart, we have claimed that flowing time also can be more than a mere subjective appearance. Causal and temporal perspectivism, even a causal and temporal perspectivism entailing a causal and temporal pluralism, is compatible with an objectivist conception of causal relations and flowing time.

Perspectivism leads quite directly to pluralism. From a perspectivist conception wanting to be objectivist, that temporal pluralism should not be more problematic than a causal pluralism. Just as a phenomenon can offer different aspects and causal relevances from different perspectives, it would also offer different temporal aspects and temporal relevances.

#### References

- Álvarez, S. (2014), "Causation and the agent's point of view", *Theoria*, vol. 29, n° 79, 133-147.
- Álvarez, S. (2015), "Kinds, Laws and Perspectives", in: Vázquez and Liz (eds.) (2015), 235-250.

- Anscombe, G. (1971), *Causality and Determination*, Cambridge: Cambridge Univ. Press [Reprinted in: *The Collected Philosophical Papers of G. E. M. Anscombe*, Minneapolis: Univ. of Minnesota Press, vol. 2].
- Cartwright, N. (1979), “Causal Laws and Effective Strategies”, *Nous* 13, 419-37.
- Dummett, M. (1954), “Can an Effect Precede its Cause?”, *Proceedings of the Aristotelian Society Supplementary Volume* 38, 27-44.
- Dummett, M. (1964), “Bringing about the Past”, *Philosophical Review* 73, 338-59.
- Field, H. (2003), “Causation in a Physical World”, in: M. Loux and D. Zimmerman (eds.): *Oxford Handbook of Metaphysics*, Oxford: Oxford Univ. Press, 435-60.
- Hales, S. (2015), “Synchronic and Diachronic Luck”, in: Vázquez and Liz (eds.) (2015), 255-263.
- Hautamäki, A. (2015), “Change, event, and Temporal Points of View”, in: Vázquez and Liz (eds.) (2015), 197-221.
- Lewis, D. (1979), “Counterfactual Dependence and Time’s Arrow”, *Nous* 13, 455-76.
- Liz, M. (2015), “Flowing Time, Mind, and Points of View”, in: M. Vázquez and M. Liz (eds.) (2015).
- McTaggart, J.M.E. (1908), “The unreality of time”, *Mind*, 17, 457-474.
- McTaggart, J.M.E. (1927), *The Nature of Existence*, Cambridge: Cambridge Univ. Press
- Mellor, D. (1981), *Real Time*, Cambridge: Cambridge Univ. Press.
- Mellor, D. (1998), *Real Time II*, London: Routledge.
- Price, H. (2014), “Where would we be without counterfactuals?”, in: M. Galavotti et al. (eds.): *New Directions in the Philosophy of Science*, Heidelberg: Springer, 589-607.
- Rabinowicz, W. (2002), “Does Practical Deliberation Crowd Out Self-prediction?” *Erkenntnis* 57, 91-122.
- Ramsey, F. (1929), “General Propositions and Causality”, in: D. Mellor (ed.): *Foundations: Essays in Philosophy, Logic, Mathematics and Economics*, London: Routledge and Kegan Paul, 1978, 133-51.
- Russell, B. (1913), “On the Notion of Cause”, *Proceedings of the Aristotelian Society. New Series* 13, 1-26.
- Vázquez, M. (2013), “El cable del tiempo”, in: Liz, M. (ed.): *Puntos de vista. Una investigación filosófica*, Barcelona: Laertes, 249-262.
- Vázquez, M. (2015), “Branching Time Structures and Points of View”, in: Vázquez and Liz (eds.) (2015), 185-195.
- Vázquez, M. and M. Liz (eds.) (2015), *Temporal Points of View. Subjective and Objective Aspects*, Heidelberg: Springer.



## Disposiciones y puntos de vista causales\*

### Dispositions and causal points of view

SEBASTIÁN ÁLVAREZ TOLEDO\*\*

**Resumen:** Este artículo trata principalmente de la importancia ontológica de las propiedades disposicionales y, en defensa de su eficacia causal, subraya las diferencias entre dos puntos de vista sobre la causalidad, el propio de la causalidad eficiente, que es el habitual, y el correspondiente a la causalidad estructural, concluyendo que las disposiciones se identifican con causas estructurales. Sin embargo, aunque ambos puntos de vista sobre la causalidad son solo distintos y se complementan, surgen significativos conflictos entre ellos.

**Palabras clave:** disposiciones, puntos de vista, causalidad eficiente, causalidad estructural.

**Abstract:** This paper is mainly about the ontological signification of dispositional properties, and in order to uphold the causal efficacy of dispositions, it highlights the differences between two points of view on causation: that of efficient causation, which is the usual one, and that corresponding to structural causation. The conclusion is that dispositions are structural causes. However, although both points of view on causation are just different and complement each other, some meaningful conflicts arise between them.

**Keywords:** dispositions, points of view, efficient causation, structural causation.

### 1. Introducción

Entre diferentes puntos de vista sobre un mismo asunto caben relaciones muy distintas y, en consecuencia, también son distintos los motivos para optar por uno u otro. Puede que se trate de puntos de vista incompatibles pero comparables, como, por ejemplo, el creacionismo y el evolucionismo, y en tales casos existen o, al menos, son posibles criterios bien fundados e intersubjetivos para tomar una decisión. Sin embargo, puede ocurrir que los puntos de vista además de incompatibles sean incomparables entre sí, como lo serían, por ejemplo, los paradigmas alternativos en una etapa de crisis, según el primer Kuhn, o los distintos estilos o tendencias históricos o actuales en el arte. En estas circunstancias la opción por uno u otro deberá nutrirse de elementos ajenos al objeto de los puntos de

---

Recibido: 24/05/2018. Aceptado: 21/10/2018.

\* Este artículo es resultado del Proyecto de investigación FFI2014-57409. Points of View, Dispositions and Time. Perspectives in a World of Dispositions (Ministerio de Economía y Competitividad, Gobierno de España).

\*\* Profesor jubilado de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Salamanca. Email: sat@usal.es. Líneas de investigación: Causalidad; tiempo; leyes de la naturaleza; clases naturales; unidad y diversidad en la ciencia. Algunas publicaciones recientes: "Causation and the agent's point of view", *Theoria*, 29, 1, (2013), pp. 133-147; "Kinds, Laws and Perspectives", en: M. Vázquez and M. Liz (eds.): *Point of View and Temporal Structures*, Heidelberg: Springer, 2015, pp. 235-253.

vista en sí mismo, es decir, será subjetiva o sustancialmente dependiente de determinado contexto social y cultural. Siendo así, es inevitable ser relativista en el análisis y valoración de tal diversidad de puntos de vista y de opciones. Pero, sobre un mismo asunto pueden existir también diferentes puntos de vista compatibles y, en mayor o menor medida, complementarios. Por ejemplo, se puede abordar el estudio de una película atendiendo específicamente al guión, la dirección, la interpretación, la banda sonora, etc.; del mismo modo que podemos tomar fotografías del Duomo de Florencia desde diferentes lugares de su entorno. En ambos casos cada punto de vista aporta una información adicional que permite un mejor conocimiento de la película o del Duomo. La pluralidad de puntos de vista de este tipo se debe al carácter polifacético de la realidad, y la incorporación de uno nuevo contribuye a la configuración de una imagen más rica en detalles o en perspectivas del objeto en cuestión. Esta confluencia de puntos de vista no exige elegir entre ellos como en los casos anteriores, ni tiene sentido ser relativista ante la existencia de tal diversidad. La actitud más adecuada ante ella es el *perspectivismo*, basado en que la realidad es esencialmente múltiple y nuestro acceso a ella es siempre parcial y dependiente de forma inevitable de uno o varios puntos de vista<sup>1</sup>. Pero, como veremos indirectamente en este artículo, no por ello hay que suponer que la existencia de puntos de vista compatibles y complementarios y la actitud perspectivista remitan necesariamente a una confluencia armónica y carente de conflictos de estos.

Aunque no sea su tema central, el presente artículo incorpora como base de su argumentación un análisis de las relaciones entre dos puntos de vista concretos cuyas conclusiones pueden resultar interesantes para una concepción general de los puntos de vista. El artículo trata principalmente de la importancia de las propiedades disposicionales en ontología y de algunas de las críticas al respecto, en particular, de los argumentos contra la eficacia causal de las disposiciones. Mi respuesta a tales argumentos se basa en una revisión del concepto de causalidad en la que, insistiendo en la naturaleza pluricausal de los efectos, reivindicó el punto de vista internalista, relativo a las causas estructurales, frente a la tradicional hegemonía del punto de vista externalista, propio de la causalidad eficiente. A partir de ahí se puede ver cómo la caracterización de las causas estructurales coincide perfectamente con la de las disposiciones.

Sin embargo, aunque los dos puntos de vista causales mencionados son compatibles y complementarios, el hecho de reclamar la debida atención para las causas estructurales no se traduce sencillamente en la incorporación de un punto de vista que viene a enriquecer con nuevos aspectos nuestra comprensión de las relaciones causales, sino que, debido a la habitual preeminencia del punto de vista externalista, la inclusión de este otro suscita reticencias y malentendidos, exige revisar las prerrogativas concedidas a la causalidad eficiente, logra desarticular críticas tradicionales al concepto de causalidad y, en suma, conduce a un cambio sustancial en la concepción general de las relaciones causales.

---

1 Sobre una concepción general del perspectivismo y sus diferencias tanto con el relativismo como con el absolutismo puede consultarse Liz (2013), especialmente apartados 3, 4 y 7, y Liz and Vázquez (2015), especialmente apartados 3, 4 y 5.

## 2. El interés ontológico de las disposiciones

Es tradicional en filosofía una distinción entre propiedades de las cosas, según la cual, existen, por una parte, las propiedades llamadas categóricas, que son siempre manifiestas, esto es, no dependen para su manifestación de que se den determinadas condiciones; por ejemplo, la altura de un edificio, la forma de un jarrón o la composición química de una sustancia. Y por otra parte, existen propiedades que solo se manifiestan, o tienden a hacerlo, en determinadas condiciones, ante determinados estímulos, como ocurre con la fragilidad de un jarrón, la elasticidad de una cuerda de guitarra o la toxicidad de una sustancia. El comportamiento de estas propiedades, llamadas disposicionales, o simplemente disposiciones, es representable, por tanto, mediante un condicional cuyo antecedente sería el estímulo o estímulos necesarios y el consiguiente, su manifestación. Un cuerpo es frágil si al golpearlo se rompe, una cuerda es elástica si recupera su forma cuando cesa la fuerza que la ha deformado, y una sustancia es tóxica si cuando la ingerimos enfermamos<sup>2</sup>. Las disposiciones reciben en la literatura filosófica nombres diferentes, como capacidades, tendencias, poderes o propensiones (aunque no siempre estos términos puedan considerarse sinónimos).

Las propiedades disposicionales han suscitado algunas sospechas en la filosofía de orientación analítica por su falta de observación directa y se ha intentado mantenerlas al margen de la ontología fundamental (por ejemplo, Carnap, 1936 o Armstrong, 1996), sin embargo, es notable el interés que este tipo de propiedades ha adquirido en las últimas décadas, debido a motivos de distintos tipos. Por una parte, y como veremos, un análisis mínimamente atento muestra que el ámbito de las propiedades disposicionales es mucho más extenso de lo que podría parecer, hasta el punto de que, como sostiene Mumford (2011), es difícil encontrar una propiedad que no tenga un aspecto disposicional. Tengamos en cuenta, por ejemplo, que el estado líquido del agua o la solidez de un trozo de hierro dependen de la temperatura del medio en que se encuentren o que el acero a temperaturas extremadamente bajas es frágil. Por otra parte, muchos autores han visto en el concepto de disposición u otros equivalentes un elemento fundamental para afrontar distintas cuestiones ontológicas en filosofía de la ciencia. Recordemos, por ejemplo, la importancia que concedía Popper a la idea de *propensión* en la imagen científica del mundo. En apoyo de su concepción indeterminista de la naturaleza, defendía una teoría de la probabilidad como propensión, según la cual, las probabilidades son tendencias de los sucesos a generar determinados resultados, que así explican la frecuencia relativa de estos en diferentes experimentos: como *fuerzas* que mantienen la estabilidad de las estadísticas. Esta concepción de las probabilidades es para Popper un nuevo punto de vista de “los procesos que constituyen nuestro mundo”, un punto de vista contrario a la “ideología determinista”. Vivimos –repite en muchos de sus trabajos– en “un mundo de propensiones”, un mundo siempre abierto a nuevas posibilidades (Popper, 1990, chap. 1).

No menos enfática es la defensa que hace Cartwright (1989) de las capacidades de la naturaleza. Sostiene que las leyes causales, fundamentales en la investigación científica, solo son posibles porque existen *capacidades* naturales, elementos insustituibles en la ontología

2 De todos modos, una disposición se puede manifestar de formas diferentes: la disposición a hablar francés se puede manifestar hablando, escribiendo, etc. (Bird 2007, 21)

de la ciencia. Como es sabido, la formulación de una ley causal es fruto de una labor de abstracción o idealización, de modo que en su formulación final dichas leyes se refieren a modelos altamente contrafácticos, están sujetas en su aplicación a un gran número de excepciones y cuando se cumplen, no lo hacen de forma exacta sino sólo aproximadamente. Según Cartwright, todo ello significa que a lo que realmente se refieren las leyes causales no es a sucesos o regularidades de nuestra experiencia directa, sino a capacidades, en cuanto patrones flexibles de comportamiento: “the logic that uses what happens in ideal circumstances to explain what happens in real ones is the logic of tendencies or capacities”. Dicho de otra forma, las capacidades se sitúan en un nivel de modalidad superior al de las leyes causales y refuerzan nuestra confianza en la estabilidad y regularidad de estas. Por todo ello las capacidades naturales forman parte inevitablemente de nuestra imagen científica del mundo (pp. 1, 147 y 190).

De modo similar defiende Chakravartty (2013) que los conceptos de capacidad, disposición, propensión o tendencia, en los que se basa actualmente la idea de causalidad, son necesarios para explicar las regularidades que las leyes de la naturaleza describen. Y para Mumford (2013), solo una ontología de disposiciones puede romper con la insatisfactoria idea de una naturaleza muerta, pasiva, sin vida, gobernada por leyes como elementos dinamizadores.

Dedicaré el siguiente apartado a analizar brevemente algunas discusiones en torno a la importancia ontológica de las disposiciones, sin embargo, creo que antes de seguir es oportuno desarticular una ambigüedad que encontramos continuamente en el uso del concepto de disposición.

Se puede entender una disposición como la capacidad de un sistema para actuar sobre otro modificándolo. Así cuando decimos que el café es excitante o que el agua es un gran disolvente estamos atribuyendo a estas sustancias la capacidad de modificar otros cuerpos, que acusarían su influencia, su acción. Otros adjetivos disposicionales de este tipo serían, por ejemplo: fertilizante, propulsor, condensador, tóxico, letal, legible, indignante, estresante, adelgazante, agradable, apetecible, etc. Pero también se suele entender una disposición como la capacidad de reacción de un sistema ante cambios que ocurren en su entorno. Así cuando decimos que una persona es muy irritable o que una sustancia es soluble, seguimos hablando de disposiciones o capacidades (irritabilidad, solubilidad), pero nos hemos situado al otro lado de la relación, en el sistema en que tiene lugar la manifestación. Adjetivos disposicionales de esta clase serían también, por ejemplo: frágil, elástico, flexible, combustible, sumergible, condensable, coagulable, dilatado, irascible, crédulo, etc. Tanto en el lenguaje cotidiano como en el filosófico sobre disposiciones se mezclan esta dos acepciones y en la mayoría de los casos carece de especial interés distinguir entre una y otra: expresiones como que el calor tienen la capacidad de dilatar los metales y que los metales tienen la capacidad de dilatarse con el calor se pueden considerar equivalentes en muchos contextos. Sin embargo, desde una perspectiva ontológica, el asunto es algo diferente, porque se trata de dos enfoques redundantes: la capacidad dilatadora del calor y la de ser dilatado de los metales no es que se complementen, es que se solapan innecesariamente, y por mera cuestión de simplicidad parece conveniente unificar el significado del término disposición optando por uno de los enfoques. En este asunto creo que es más adecuado optar por el segundo enfoque, es decir, definir las disposiciones como

capacidades de reacción de los sistemas en determinadas condiciones o ante determinados estímulos. Aunque se trata de una opción en cierta medida convencional, encontramos una buena razón a su favor en las disposiciones atribuidas a sustancias o situaciones cuyas manifestaciones tienen lugar en los seres humanos. Qué duda cabe de que disposiciones como ser tóxico, letal, potable, digerible, alimenticio, confortable, sabroso, irritante, inteligible, etc. muestran un claro carácter *antropocéntrico*: nada tiene de suyo ninguna de estas propiedades, y al atribuírselas nos estamos refiriendo indirecta o figuradamente a determinadas capacidades de reacción nuestras, biológicas y mentales. A partir de ahí creo que, en general, no es nada artificial considerar que términos disposicionales como disolvente, condensador o dilatador constituyen también formas metafóricas de referirse a capacidades reactivas de ciertos sistemas, como ser soluble, condensable o dilatable.

### 3. Objeciones a las propiedades disposicionales

Las discusiones acerca de la importancia ontológica del concepto de disposición presentan diferentes frentes. Me centraré en dos de ellos: el que se refiere a las relaciones entre propiedades categóricas y disposicionales y el que trata de la relevancia causal de las disposiciones.

Hay quienes niegan que las disposiciones sean realmente propiedades. Según Armstrong, por ejemplo, las genuinas propiedades, como es el caso de las propiedades categóricas, son autoconsistentes, permanentes y para describirlas no es necesario hacer referencia a algo más allá de ellas mismas, como son los comportamientos o efectos adicionales que puedan generar; las disposiciones, por el contrario, serían solo formas abreviadas de referirse a propiedades categóricas atendiendo a sus comportamientos. Dicho de otro modo, toda pretendida propiedad disposicional remite inevitablemente a una base categórica, que es la que hace verdadero al condicional implícito en la adscripción de una disposición. Así, por ejemplo, decir que un objeto es frágil no consiste en atribuirle una propiedad real sino en afirmar que, debido a su estructura cristalina, que sí es una propiedad genuina, se romperá cuando se golpea. En consecuencia, las supuestas propiedades disposicionales son analizables o reducibles a propiedades categóricas (Armstrong, 1968, pp. 85-89; 1997, pp. 79-80). Cerca de Armstrong en esta cuestión se sitúan Quine (1974) y Mackie (1977).

Sin embargo, los partidarios de la existencia de propiedades disposicionales responden que si bien estas tienen un carácter condicional, lo cierto es que lo condicionado es solo su manifestación, no la disposición en sí misma. Un cristal se rompe si se golpea, pero su fragilidad no depende del golpe, existe aunque nunca se manifieste: un objeto es frágil aunque nunca se golpee ni se rompa (Bird, 2007, pp. 66-67). Por otra parte, hay razones para pensar que gran parte, al menos, de las propiedades que se podrían calificar como categóricas presentan un innegable sesgo disposicional, es decir, se manifiestan condicionalmente. ¿Cómo una propiedad no va a introducir una diferencia causal en el mundo? En este sentido son posiblemente disposicionales predicados como blando u opaco, o actitudes como confianza, creencia, afecto, etc. (Mumford, 1998, p. v). En suma, no parece que resulte satisfactoria la definición de una propiedad sin atender a sus virtualidades nómicas o causales, esto es, al comportamiento del sistema a que se atribuye. No es de extrañar

que argumentos de este tipo hayan conducido a muchos filósofos a adoptar un monismo disposicional, es decir, la conclusión de que, en el fondo, toda propiedad es esencialmente una disposición. Es el caso, por ejemplo, de Popper, Haré, Madden, Shoemaker, Mumford, Bird, Chakravartty o Whittle. Con menos radicalidad otros autores admiten la existencia de algunas propiedades categóricas, como es el caso de Swoyer, Ellis o Molnar, aunque se refieren tan solo a ciertas propiedades geométricas o espaciotemporales, con lo cual las propiedades categóricas quedarían reducidas a características como la triangularidad, la esfericidad o existir en determinadas fechas, tener tal edad, etc. (Cf. Choi and Fara, 2016, paragraph 3).

Pasemos a la discusión acerca de la relevancia causal de las disposiciones. Como acabamos de ver, la realidad de las propiedades disposicionales está vinculada a la de sus capacidades causales. Sin embargo, hay un largo debate acerca de este punto. McKittrick (2005) señala dos típicos argumentos contra la relevancia causal de las disposiciones: el argumento de analiticidad y el de exclusión. El primero consiste básicamente en exigir el requisito humeano de independencia lógica entre las descripciones de la causa y del efecto (causa y efecto han de ser *existencias distintas*) y advierte que si el significado de una disposición consiste en su tendencia a producir una determinada manifestación en las condiciones adecuadas, la conexión entre la disposición y su manifestación carece de la contingencia propia de la relación entre causa y efecto. Según esta objeción, no cabe decir que la causa de la ruptura del vaso fue su fragilidad o que la fusión de un metal se debió a que era fusible. Como se suele decir, estas atribuciones de causalidad tendrían el mismo aire tautológico que la explicación que leemos en *El enfermo imaginario* de Molière de que opio adormece porque tiene *virtus dormitiva*. Encontramos este tipo de objeción, por ejemplo, en Mackie, Armstrong, Block o Jackson. (Cf. Choi and Fara, 2016, paragraph 6).

Sin embargo, Mumford (1998, pp. 140-142) no cree que esta objeción sea realmente importante. Admite que en multitud de casos las disposiciones no ofrecen explicaciones de sus manifestaciones, pero esto se debe a que el éxito de una explicación depende en gran medida de las circunstancias en que esta se produce (entre ellas, los conocimientos de los destinatarios), y no todas las causas que aparecen en un *explanandum* resultan igualmente informativas. Es cierto, si buscamos la explicación del incendio que se ha producido en una vivienda, de poco vale que nos indiquen que había oxígeno en ella, aunque no cabe duda de que el oxígeno fue una de las causas de ese incendio. Según Mumford, en la mencionada objeción de analiticidad, se da una confusión entre lo explicativo y lo ontológico que conduce a tomar la escasa utilidad explicativa de las disposiciones como síntoma o consecuencia de su falta de eficacia causal. Por tanto, se puede decir que las disposiciones causan sus manifestaciones aun en los casos en que no las expliquen causalmente.

De modo parecido responde McKittrick (2005) a este argumento de analiticidad advirtiendo que en él se confunden lo semántico y lo metafísico. Se refiere a que el aparente aspecto tautológico o analítico de la atribución de causalidad a las disposiciones se debe sencillamente a que, por lo general, los nombres de estas (extensible, frágil, fusible, etc.) aluden directamente a sus manifestaciones, por lo que no es de esperar que, si nos atenemos al significado etimológico de sus nombres, tales atribuciones digan algo nuevo. Por eso advierte que no debemos confundir las relaciones entre nuestros conceptos con las relaciones entre cosas en el mundo y que encontrar una relación trivial entre conceptos

no excluye encontrar una relación interesante entre “las entidades que caen bajo esos conceptos”. Según esta respuesta, la forma de eludir la acusación de analiticidad consistirá en acercar lo semántico y lo metafísico enriqueciendo el significado de los términos disposicionales, esto es, pasando de su significado meramente etimológico a su contenido real, de forma que, por ejemplo, la elasticidad de un cuerpo remita a la organización y fuerza de cohesión de sus moléculas. De este modo desaparece la analiticidad porque el término disposicional ya no se refiere exclusivamente a su manifestación.

Pero llegados a este punto, nos encontramos con una nueva objeción, la que McKittrick llama *argumento de exclusión*, según el cual, la pretendida eficacia causal de las disposiciones no reside en ellas mismas sino en su base causal: si una disposición se debe a la composición y estructura del sistema, como la elasticidad respecto a la cohesión molecular, la disposición no tiene ninguna eficacia o relevancia causal propia. Sin embargo, a esta objeción se puede responder que si bien es verdad que, como hemos visto, las propiedades disposicionales son susceptibles de análisis en términos de elementos y estructuras más básicos, eso mismo se puede decir de toda propiedad en general, ya sea disposicional o categórica. En gran medida el progreso del conocimiento consiste en el descubrimiento de explicaciones más profundas de propiedades y fenómenos conocidos. Por tanto, aunque no es difícil admitir que no existen disposiciones “desnudas”, es decir, sin una base de nivel inferior<sup>3</sup>, la cuestión ahora es si esta base habría de ser una propiedad categórica o, por el contrario, podría seguir siendo de carácter disposicional. Y es preciso advertir además que aquí la cuestión no es siquiera si determinadas disposiciones tienen una base causal categórica, sino si *toda disposición* debe tenerla. Porque si no fuera así, habría disposiciones con eficacia causal. Obviamente, quienes, como Armstrong o Prior, defienden que las propiedades fundamentales han de ser categóricas sostendrán que la aparente eficacia causal de las disposiciones se debe a propiedades categóricas básicas; una opción nada fácil de sostener si, como hemos visto, el ámbito de las propiedades genuinamente categóricas parece alarmantemente reducido.

Mencionaré, por último otras dos objeciones a la eficacia causal de las disposiciones. Cabe objetar que lo habitual es considerar que las causas son *sucesos* o cambios pero no propiedades o estados de cosa. Así, por ejemplo, se entiende que la causa de la herida no fue propiamente la masa o la forma de la piedra sino su impacto en el cuerpo, la pedrada. Por esta misma razón y dado que las disposiciones son propiedades, no sucesos, no cabe decir que puedan ser causas de sus manifestaciones. Como dice Cummins (1974), atribuir una disposición a un sistema equivale a decir que reúne una serie de condiciones tales que sucesos de cierto tipo pueden causar en él la manifestación de tal disposición, lo que implica que la disposición no es realmente la causa. Y muy relacionada con esta objeción está la que presenta García Encinas (2011), según la cual, una disposición no puede ser causa de sus manifestaciones porque, de ser así, causa y efecto pertenecerían a la misma entidad, lo que equivaldría a confundir la relación causal con una actividad interna, con un proceso interno de un sistema. Según esta objeción, en la disolución de un grano de sal

3 No obstante, autores como Ellis, Molnar, McKittrick y Mumford argumentan que, dado que partículas subatómicas fundamentales como leptones y quarks carecen de partes constituyentes y de estructura, sus propiedades disposicionales carecerían de una base causal, serían disposiciones “desnudas” (Cf. Choi and Fara, 2016, paragraph 4). Pero creo que podemos prescindir aquí de este argumento.

en agua la causa no es la solubilidad de ese grano, sino la acción del agua sobre él. Esta objeción conecta con el tradicional requisito de exterioridad de la causa. Comentaré estas dos objeciones más adelante, al final del siguiente apartado, que está dedicado a un análisis de la noción de causalidad, en cuyo marco adquiere pleno sentido el carácter causal de las disposiciones.

#### 4. Puntos de vista causales

Es habitual definir la relación causal como una relación irreflexiva, asimétrica y transitiva entre dos sucesos, la causa y el efecto. La irreflexividad comporta tanto una independencia lógica entre los conceptos de causa y efecto (la no analiticidad antes mencionada) como la distinción entre los sistemas relacionados causalmente, lo que a su vez supone el referido requisito de *exterioridad* de la causa respecto al sistema en que ocurre el efecto. Todo ello se cumple, por ejemplo, en el caso de la antorcha que ocasiona el incendio de una cabaña. Sin embargo, esta definición es excesivamente esquemática, porque todo efecto es pluricausal, ningún suceso es efecto de una sola causa, sino de la confluencia de toda una serie de sucesos y circunstancias favorables (lo que Stuart Mill llamó la “causa total”). En el ejemplo anterior la cabaña no habría ardido si además de la antorcha no hubiese en el entorno oxígeno y algo de viento, si estuviera lloviendo torrencialmente, si la cabaña no fuera de madera o de algún material combustible, etc. Mackie (1980, chap. 3), que es tal vez el autor que más ha insistido recientemente en el carácter pluricausal de las relaciones causales, define las causas como condiciones INUS. Parte del hecho de que, por lo general, un efecto P puede haber sido producido de modos diferentes, es decir, puede deberse a diferentes conjuntos de causas, a causas totales alternativas, ABC, DGH, JKL, que, no obstante, pueden tener elementos comunes. Por tanto, la disyunción ABC o DGH o JKL representa la condición necesaria y suficiente para que suceda P, y cualquier miembro, cualquier causa total, de esta disyunción, digamos ABC, representa una condición suficiente pero no necesaria para P, una condición además suficiente mínima, dado que ninguno de sus elementos es redundante ni suficiente para P. Siendo así, un elemento cualquiera de una condición suficiente mínima, pongamos A, no es necesario ni suficiente para P. Lo que quiere decir, por ejemplo, que acercar una cerilla a un objeto no es necesario ni suficiente para que este arda. Sin embargo, ese elemento está relacionado con P de un modo importante: es un elemento *insuficiente* pero *necesario* de una causa total, es decir, de una condición no necesaria pero suficiente para P. Por esto Mackie llama a los elementos de una causa total de un efecto singular P condiciones INUS de P (tomando las iniciales de *Insufficient*, *Necessary*, *Unnecessary* y *Sufficient*).

Es fácil suponer además que en la cuidadosa enumeración de las distintas causas o condiciones INUS de un efecto concreto figurarán algunas que no son externas, sino propias del sistema en que ocurre el efecto, como la combustibilidad de la madera de la cabaña en nuestro ejemplo anterior. También si enumeramos las distintas causas del crecimiento de una planta tendremos que incluir, junto a factores externos como la luz solar, el agua de la tierra, etc., la capacidad de la propia planta para generar materia orgánica mediante fotosíntesis. La importancia de los factores causales internos en la relación causal nos recuerda inevitablemente al modelo de causalidad aristotélico, en el que, junto a las cau-

sas externa o eficientes, figuran las causas que él llamó materiales y formales, que son debidas a la estructura o naturaleza del sistema en que ocurre el efecto. Por consiguiente, la definición de causalidad que he esbozado al comienzo de este apartado, y que es la más común, se correspondería solo con un punto de vista parcial de la causalidad: el de la causalidad eficiente.

En términos generales, hay que entender la causalidad interna como una reacción de un sistema ante cambios que se producen en su entorno. Cuando alguien gritar en la calle el nombre de una persona y esta se vuelve o cuando calentamos un trozo de metal y se dilata o se funde se trata de reacciones de esa persona o ese trozo de metal ante sucesos o cambios a su alrededor. Más concretamente, este tipo de reacciones consiste en el desarrollo de una serie de cambios, en un proceso, a veces de una gran complejidad, cuyo resultado es el efecto. En el caso de la fusión del metal lo que ocurre es que al ponerlo en contacto con una fuente de calor intenso sus moléculas incrementan su agitación y se debilita la fuerza de atracción entre ellas hasta el punto de que resbalan unas sobre otras y el cuerpo pierde su estado sólido. En los seres vivos este tipo de reacciones internas ante los cambios en su medio responden típicamente a la propiedad de homeostasis, esto es, la tendencia a mantener un determinado equilibrio entre los valores de ciertas variables básicas. Ejemplos de homeostasis son la termorregulación, que en los humanos permite mantener el organismo a una temperatura en torno a los 36,5°C., o el proceso de cicatrización de una herida. Cabría incluso utilizar el concepto de homeostasis, aunque no en un sentido estricto, referido a los procesos que constituyen la causalidad interna en general, no sólo en biología. Así, por ejemplo, no es forzado calificar de homeostáticos a los cambios que se producen en los valores de la presión, la temperatura y el volumen de un gas cuando cambian las condiciones externas, para recuperar un equilibrio entre estas variables<sup>4</sup>.

Estas consideraciones acerca de la causalidad interna o estructural se corresponden con un punto de vista de la causalidad diferente en varios aspectos al más habitual, que es, sin duda alguna, el punto de vista que podemos llamar externalista, centrado en las causas eficientes. No se trata, claro está, de puntos de vista incompatibles, porque cualquier efecto surge de causas de uno y otro tipo. Resaltar la importancia de la actividad interna de los sistemas en la generación o producción de los efectos no implica vindicar ningún tipo de autosuficiencia por parte de estos. Los sistemas no son mónadas y la causalidad sigue manteniendo su tradicional carácter contrafáctico, según el cual, si nada cambia en el exterior de un sistema no se produce en este ningún cambio que podamos llamar efecto. Tanto las causas eficientes como las estructurales son condiciones INUS (como las llama Mackie) para la producción de un efecto. Por tanto, la causalidad eficiente y la estructural constituyen dos puntos de vista significativamente distintos, pero no sólo compatibles, sino además complementarios.

Sin embargo, son puntos de vista que enfatizan aspectos muy diferentes de las relaciones causales. Si atendemos a la importancia y complejidad de los procesos que constituyen la causalidad interna en una relación causal, no cabe ya concebir la causalidad, como es tan habitual, como la actividad productiva de uno de sus elementos (la causa o causas eficientes)

---

4 Cf. Álvarez Toledo (2014). Boyd (1991; 1999) utiliza esta idea de homeostasis en sentido amplio en su definición de las clases naturales como "racimos homeostáticos de propiedades".

sobre un sistema meramente pasivo, en el que se produciría el efecto. Tendemos a pensar que el hecho de regar una planta *produce* su revitalización, pero lo que en realidad ocurre es que la planta, al recuperar mediante sus raíces el agua de que carecía, reactiva la fotosíntesis, es decir, vuelve a metabolizar, gracias a la energía solar, el dióxido de carbono del aire y a producir los hidratos de carbono que necesita para seguir viviendo. De modo que las supuestas capacidad productiva y actividad del riego para resucitar o mantener la vida de una planta quedan notablemente atenuadas, si no pasan a ser meramente metafóricas. Cabe decir incluso que, desde el punto de vista internalista de la causalidad pierde sentido el viejo concepto de “poder causal” asociado a la causalidad eficiente: no es que el riego o el agua tenga el poder de reavivar la planta sino que esta, cuando detecta agua en su entorno, dirige hacia ella sus raíces, la absorbe y reinicia la compleja actividad que conocemos como fotosíntesis<sup>5</sup>.

En este sentido, defiende Joy (2013) que la conocida oposición de Hume a la realidad de las relaciones causales no es sino un rechazo a la idea de poder causal que se suele atribuir a las causas eficientes. La definición de causalidad que Hume contempla incluye, como es sabido, la continuidad espacial entre causa y efecto, que supone la exterioridad de la causa, y la prioridad temporal de esta respecto del efecto, como ocurre, por ejemplo, en el choque de dos bolas de billar que tiene como efecto el inicio del movimiento de una de ellas<sup>6</sup>; unos rasgos que responden claramente a la causalidad eficiente. Y su crítica se centra en la imposibilidad de descubrir racionalmente en la causa ninguna propiedad que haga necesaria la producción del efecto; de ahí que defienda que causa y efecto son sucesos regularmente consecutivos, pero desconectados<sup>7</sup>, y que carece de justificación atribuir a las causas el *poder* de producir sus efectos.

Sin embargo, sostiene Joy que esta recusación de la causalidad tiene como complemento en Hume la creencia de que existen en los objetos ciertas capacidades o propensiones a los cambios, cuya activación genera los fenómenos que llamamos efectos. A favor de esta hipótesis interpretativa Joy presenta un “razonamiento metafísico de estilo humeano” en el que se dice: (a) que todo objeto que cambia tiene previamente una capacidad para ese cambio; (b) que tal capacidad no es suficiente para que este se produzca y se necesita la contribución de un objeto o suceso distinto; (c) que por esta razón ese objeto o suceso va constantemente unido al cambio resultante, es decir, al efecto. Añade Joy que en este razonamiento se sobreentiende que la relación entre una de estas capacidades<sup>8</sup> y el cambio correspondiente no es en sí misma una relación causal, lo que coincide con la anterior apreciación de que, para Hume, causalidad es solo causalidad eficiente. Y Joy aplica esta interpretación de Hume a la versión de este de los principios de la física newtoniana. Antes de Hume algunos filó-

5 De todos modos, el término de “poder causal” es utilizado a veces con un significado más amplio y se aplica tanto a las causas eficientes como a las estructurales o internas (Por ejemplo, Cartwright and Pemberton, 2013). Pero aquí me limito a su uso más habitual como atributo de las causas eficientes.

6 Hume, 1739-1740, book 1, part 3, sect. 2 and 6.

7 “The mind can never possibly find the effect in the supposed cause, by the most accurate scrutiny and examination. For the effect is totally different from the cause, and consequently can never be discovered in it” (Hume, 1772, 4. 9).

8 Joy llama a estas capacidades “disposiciones causales extrínsecas” para indicar que su realización o manifestación necesita de unas condiciones externas favorables.

sofos modernos habían intentado rehabilitar la idea aristotélica y medieval de poder causal aplicándola a las fuerzas de la física newtoniana, consideradas principios activos, causas de los movimientos y los cambios de la materia, que de suyo sería pasiva. Hume, sin embargo, entiende que no hay que interpretar tales fuerzas como poderes causales intrínsecos a un objeto material o como capacidades de influencia de un cuerpo sobre otro, sino, según la interpretación de Joy, como impulsos generados en este segundo cuerpo en respuesta a una colisión, que modifican su estado de reposo o de movimiento uniforme. Y dado que se considera que las leyes del movimiento de Newton son fundamentales en la mecánica clásica, podemos atribuir este tipo de capacidades o disposiciones a todo objeto material. Añade Joy que la presunta presencia de este tipo de disposiciones en la ontología de Hume le permitía admitir un “principio restringido de uniformidad de la naturaleza” que, sin llegar a desarticular su escepticismo respecto a la inducción, justificaría la confianza en muchas de nuestras predicciones.

Pero continuemos con las diferencias entre los dos puntos de vista causales. El punto de vista externalista, propio de la causalidad eficiente, al atender tan solo a la correlación entre la acción de un factor externo sobre un sistema y el cambio que ocurre en este, responde básicamente a un esquema de caja negra, mientras que el punto de vista internalista, en el que lo importante es la complicada serie de cambios con que el sistema reacciona a modificaciones ocurridas en su entorno, responde a un esquema de caja translúcida. Si tomamos como ejemplo el movimiento de un girasol durante el día, la descripción desde el punto de vista de la causalidad eficiente señalaría a la luz solar con sus distintas posiciones relativas como la causa del giro de la planta, sin atender, como haría el punto de vista internalista, a la compleja actividad de las hormonas responsables de su fototropismo, mediante el cual el girasol se adapta al giro de la Tierra de modo que los rayos del sol sigan cayendo sobre sus pétalos. No cabe duda de que esta actividad interna es más importante biológicamente que el seguimiento del giro de la flor. En general, los procesos internos que se corresponden con la causalidad estructural son cognitivamente más relevantes que los sucesos externos que les sirven de detonantes. En este punto es oportuno recordar las frecuentes críticas a la noción de causalidad (eficiente) basadas en la convicción de que la física moderna puede prescindir perfectamente de ella. Por ejemplo, según Mach (1883, p. 580), aunque se dice que el calor es la causa de la presión de un gas, cuando llegamos a conocer bien el fenómeno prescindimos de la causa y pensamos en el gas con la presión propia de su temperatura. Dicho de otro modo, desde el punto de vista de la física teórica, es más interesante conocer el modo en que se correlacionan interiormente la presión, la temperatura y el volumen en un gas que atender a los sucesos externos ante los que tiene lugar una reorganización de los valores de estas propiedades<sup>9</sup>. Y no muy distinta era la postura de Russell (1913) cuando advertía que la noción de causalidad es innecesaria en la ciencia moderna y que perderá su interés cuando los filósofos se familiaricen con la idea matemática de función, más adecuada que la de causalidad (eficiente) para representar las correlaciones entre valores de las propiedades de los sistemas. Esta referencia a Mach y a Russell tiene por objeto subrayar el interés cognitivo

---

9 En uno de sus conocidos aforismos, el físico español recientemente desaparecido Jorge Wagensberg afirmaba: “La ciencia no trata del *porqué* de las cosas, sino del *cómo*” (2006, p. 84). El libro donde aparece este aforismo se titula significativamente *A más cómo, menos por qué*.

y científico de los procesos internos de los sistemas frente a la tradicional hegemonía de la causalidad eficiente, pero no creo en modo alguno que estos autores acertaran al certificar la defunción del concepto de causalidad eficiente en la ciencia.

Llegados a este punto, parece inevitable preguntarse por las razones que explican la hegemonía de la causalidad eficiente en los últimos siglos. Me limitaré a apuntar las dos que creo más importantes. Por una parte, en sus comienzos y en gran medida luego, la ciencia moderna ha estado vinculada a una concepción mecanicista del mundo, y parece evidente que en los fenómenos mecánicos la actividad de los sistemas en los que se produce un efecto (pensemos en la bola que empieza a moverse tras un choque) es muy elemental, casi irrelevante, en comparación con la complejidad de procesos internos químicos, biológicos, psicológicos o sociales. Por otra parte, es obvio que desde un punto de vista pragmático, la causalidad eficiente permite ser concebida como mera relación entre medios y fines, esto es, como un dispositivo mediante el cual podemos obtener (o evitar) determinados resultados realizando determinadas acciones, sin que tengamos que ocuparnos de los pasos intermedios que los conectan. De hecho, resulta poco discutible la hipótesis de que en la formación o adquisición del concepto de causalidad influye notablemente nuestra condición de agentes intencionales en la naturaleza; condición que nos inclina a interpretar las relaciones causales como correlaciones entre estímulos y respuestas en las que carece de importancia la actividad del sistema que responde. En conexión con este carácter selectivo de la noción de causalidad como causalidad eficiente, es oportuno recordar, por último, que, como subraya Mackie, en nuestro uso de los conceptos causales, la mención de una sola causa de entre las muchas que constituyen la causa total de un efecto obedece a criterios que varían según las circunstancias, pero se da en nuestro lenguaje causal una tendencia a señalar como *la* causa al elemento que en determinado contexto resulta raro, externo, “intruso”, y no a lo que ocurre dentro del sistema en que tiene lugar el efecto. Ciertamente, diríamos que la causa de una hemorragia fue el corte con el cuchillo pero no el bombeo de la sangre por el corazón, aunque sea necesario para la hemorragia (Mackie 1980, pp. 31-57).

## **5. Las disposiciones como causas y un apunte sobre puntos de vista**

Tras estas consideraciones acerca de los puntos de vista causales y la importancia de las causas estructurales parece obvio que las disposiciones, en cuanto capacidades de reacción de los sistemas ante cambios en su entorno, son causas de sus manifestaciones, es decir, forman parte de la causa total de ellas. Esta es la opinión de, por ejemplo, Chakravarti (2013), quien, convencido de que la causalidad se explica en última instancia por las disposiciones asociadas a ciertas entidades por las que estas exhiben determinados comportamientos, concluye que “disposición es un concepto causal por excelencia”. Por su parte, Mumford y Anjum (2011, chap. 5 and 8), advierten de los perjuicios que para nuestra forma de pensar sobre la causalidad supone el “modelo de dos sucesos” (es decir, la hegemonía de la causalidad eficiente) e insisten en los vínculos causales existentes en los “procesos en los que una cosa se convierte gradualmente en otra” (pp. 113-116), como ocurre, por ejemplo, cuando el azúcar se disuelve en agua o la temperatura de una habitación en la que hay una estufa se va incrementando hasta alcanzar cierto límite. De ahí la excepcional importancia de las disposiciones como fundamento de las relaciones causales.

Pero no es menos obvio que se trata de causas internas o estructurales, no de causas eficientes. Esta advertencia es importante para responder a dos impugnaciones mencionadas anteriormente a la relevancia causal de las disposiciones. Según vimos, decía Cummins que, si, como se entiende habitualmente, las causas son sucesos, no propiedades, las disposiciones no pueden ser causas, aunque se trate de propiedades que permiten que determinados sucesos externos causen ciertos efectos en las cosas. Esta objeción parte del supuesto erróneo de que las causas han de ser siempre sucesos. Lo son en el caso de la causalidad eficiente: como veíamos en un ejemplo anterior, entendemos que la causa de una herida puede ser una pedrada, que es un suceso, y no la masa o la forma de la piedra. Pero en el caso de la causalidad estructural es distinto, porque lo que se exige del sistema en que ocurre el efecto (la condición INUS correspondiente) es precisamente que esté dotado de una determinada propiedad disposicional. Similar a esta objeción es la también mencionada de García Encinas que negaba el carácter causal de las disposiciones partiendo de las premisas de que las causas suceden en el entorno de los sistemas en los que ocurre el efecto, pero no en ellos, y de que, por tanto, no existe relación causal entre las propiedades o sucesos que forman parte de la actividad interna de los sistemas. También en este caso la objeción solo tiene sentido si pensamos en la causalidad como causalidad eficiente.

Por último, creo oportuno señalar que, por cuanto hemos podido ver en este artículo, el argumento de analiticidad comentado anteriormente no constituye una objeción a la eficacia causal de las disposiciones. No es simplemente que un trozo de metal se funda porque es fusible o un vaso se rompa porque es frágil, sino que tanto la fusibilidad como la fragilidad nos remiten a las reacciones y procesos internos que constituyen el aspecto estructural de la causalidad.

Como indicaba al principio, este artículo se desarrolla sobre el trasfondo de la relación entre dos puntos de vista sobre la causalidad compatibles y complementarios pero significativamente distintos, y las conclusiones obtenidas sobre tal relación pueden ser útiles, como datos del estudio de un caso, en la elaboración de un panorama general de los puntos de vista y las relaciones entre ellos. La coexistencia de puntos de vista compatibles y complementarios sobre un mismo asunto y el perspectivismo como actitud ante tal diversidad pueden suscitar la idea, porque suele ser así, de una convivencia pacífica entre puntos de vista en la que cada uno de ellos se limita a aportar una perspectiva parcial del asunto en cuestión contribuyendo a enriquecer la comprensión de este. Pero no siempre es así, como muestran las relaciones entre los puntos de vista causales mencionados en este artículo. Las diferencias de perspectivas entre ellos junto al hecho de que uno de esos puntos de vista, el de causalidad eficiente, haya venido gozando de cierta supremacía respecto al otro, hasta el punto de que se haya llegado a una drástica reducción del concepto de causalidad, identificado generalmente como causalidad eficiente, han originado una serie de malentendidos, confusiones y críticas al concepto mismo de causalidad. En tal circunstancia el hecho de subrayar la importancia de las causas estructurales no se reduce a sumar otro punto de vista, sino que, además de hacer hincapié en el carácter pluricausal de los fenómenos, pone de manifiesto las deficiencias de lo que Mumford y Anjum llaman el “modelo de dos sucesos”, obliga a revisar los conceptos de actividad y poder causal tradicionalmente vinculados a las causas eficientes, acentúa el interés cognitivo, dentro y fuera de la ciencia, de las relaciones causales y permite responder de un modo eficaz a críticas tradicionales a la causalidad, desarticulando los malentendidos

de los que parten. En resumen, la vindicación de las causas internas o estructurales como rehabilitación de un punto de vista indebidamente relegado en la práctica no se limita a enriquecer la imagen general del objeto, en este caso la causalidad, añadiendo una nueva perspectiva parcial, sino que obliga a introducir cambios sustanciales en tal imagen.

## Referencias

- Álvarez Toledo, S. (2014), «Causation and the Agent's Point of View», *Theoria*, 79, pp. 133-147.
- Armstrong, D. M. (1968), *A Materialist Theory of Mind*, rev. edn., 1993, London: Routledge.
- Armstrong, D. M. (1996), «Categoricalist Versus Dispositionalist Accounts of Properties», *Acta Analytica*, 15, pp. 7-19.
- Armstrong, D. M. (1997), *A World of States of Affairs*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Bird, A. (2007), *Nature's Metaphysics*, Oxford: Clarendon Press.
- Boyd, R. (1991), «Realism, Anti-Foundationalism and the Enthusiasm for Natural Kinds», *Philosophical Studies*, 61, pp. 127-148.
- Boyd, R. (1999), «Homeostasis, species and higher taxes», in: R. A. Wilson (ed.): *Species. New Interdisciplinary Essays*, Cambridge, Mass.: MIT Press, pp. 142-185.
- Carnap, R. (1936), «Testability and Meaning», Part I, *Philosophy of Science*, 3, pp. 420-471.
- Cartwright, N. (1989), *Nature's Capacities and their Measurements*, Oxford: Oxford University Press.
- Cartwright, N. and Pemberton, J. (2013), «Aristotelian Powers. Without Them, What Would Modern Science do?», in: R. Groff and J. Greco (eds.), (2013), pp. 93-112.
- Chakravartty, A. (2013), «Dispositions for Scientific Realism», in: R. Groff and J. Greco (eds.) (2013), pp. 113-126.
- Choi, S. and Fara, M. (2016), «Dispositions», *The Stanford Encyclopedia of Philosophy* (Spring 2016 Edition), Edward N. Zalta (ed.), URL = <<https://plato.stanford.edu/archives/spr2016/entries/dispositions/>>.
- Cummins, R. (1974), «Dispositions, States and Causes», *Analysis*, 34, pp. 194-204.
- García Encinas, M. J. (2011), «Singular Causation Without Disposition», *Theoria*, 26:70, pp. 35-50.
- Groff, R. and Greco, J (eds.) (2013), *Powers and Capacities in Philosophy. The New Aristotelism*, New York: Routledge.
- Hume, D. (1739-1740), *Treatise on Human Nature*. D. F. Norton and M. J. Norton (eds.) Oxford: Oxford University Press, 2000.
- Hume, D. (1772), *An Enquiry Concerning Human Understanding*. T. Beauchamp (ed.) Oxford: Oxford University Press, 1999.
- Joy, L. (2013), «The Ineliminability of Dispositions in Hume's Rejection of Causal Powers», in: R. Groff and J. Greco (eds.) (2013), pp. 69-90.
- Liz, M. (2013), «Analizando la noción de puntos de vista», en: M. Liz (ed.): *Puntos de vista. Una investigación filosófica*, Barcelona: Laertes, pp. 25-164.
- Liz, M. and Vázquez, M. (2015), «Subjective and Objective Aspects of Points of View», in: M. Vázquez and M. Liz (eds.): *Temporal Points of View*, Heidelberg: Springer, 2015, pp. 59-104.

- Mach, E. (1883), *Die Mechanik in Ihrer Entwicklung Historisch-Kritisch Dargestellt*. Leipzig: Brockhaus. English translation: *The Science of Mechanics*. La Salle: Open Court, 1960.
- Mackie, J. L. (1977), «Dispositions, Grounds and Causes», *Synthese*, 34, pp. 361-369.
- Mackie, J. L. (1980), *The Cement of Universe*, Oxford: Clarendon Press.
- McKittrick, J. (2005), «Are Dispositions Causally Relevant?», *Synthese*, 144, pp. 357-371.
- Mumford, S. (1998), *Dispositions*, Oxford: Oxford University Press.
- Mumford, S. (2011), «Dispositions», *Routledge Encyclopedia of Philosophy*: [www.rep.routledge.com/articles/thematic/dispositions/v-2](http://www.rep.routledge.com/articles/thematic/dispositions/v-2).
- Mumford, S. (2013), «The Power of Power», in: R. Groff and J. Greco (eds.) (2013), pp. 9-26.
- Mumford, S. and Anjum, R. (2011), *Getting Causes from Powers*, Oxford: Oxford University Press.
- Popper, K. (1990), *A World of Propensities*, Bristol: Thoemmes.
- Quine, W. V. O. (1974), *Roots of Reference*, La Salle, Ill.: Open Court.
- Russell, B. (1913), «On the Notion of Cause», *Proceeding of the Aristotelian Society*, 13, pp. 1-26.
- Wagensberg, J. (2006), *A más cómo, menos por qué*, Barcelona: Tusquets.



## La ciencia como un punto de vista: algunos desafíos a la objetividad científica\*

### Science as a Point of View: Some Challenges to Scientific Objectivity

MARIO GENSOLLEN<sup>\*\*</sup>  
MARC JIMÉNEZ ROLLAND<sup>\*\*\*</sup>

**Resumen:** Algunos críticos de la ciencia afirman que es sólo un punto de vista entre otros, sin alguna autoridad epistémica especial. No obstante, en este artículo se defiende que la idea de que la investigación científica involucra una perspectiva o punto de vista no impone una restricción a su ideal de objetividad. Primero se presentan algunas aclaraciones sobre la noción de *punto de vista*, luego se atiende al concepto de *objetividad científica*, y por último se enfrentan algunos desafíos que se desprenden de la noción de *punto de vista* y amenazan rasgos de la objetividad científica vinculados con su autoridad epistémica.

**Palabras clave:** autoridad epistémica; perspectiva; compromisos normativos, subdeterminación.

**Abstract:** Some critics of science claim that it is only a point of view among others, lacking any special epistemic authority. However, this paper contends that conceiving scientific inquiry as something that involves a perspective or a point of view does not pose a constraint on its ideal of objectivity. We first put forward some clarifications on the notion of *point of view*, followed by some observations on scientific objectivity; finally, we face some of the challenges that rise from the notion of *point of view* and threaten features of scientific objectivity tied to its epistemic authority.

**Keywords:** epistemic authority; perspective; normative commitments, underdetermination.

---

Recibido: 30/06/2018. Aceptado: 21/10/2018.

\* Este trabajo se enmarca en el proyecto de investigación “Epistemología aplicada” (PIF 18-2) financiado por la Universidad Autónoma de Aguascalientes.

\*\* Profesor investigador Titular C en la Universidad Autónoma de Aguascalientes. E-mail: mgenso@gmail.com. Recientemente ha publicado “El lugar de la Teoría de la virtud argumentativa en la teoría de la argumentación contemporánea” (*Revista Iberoamericana de Argumentación* 15, 2017: 41-59), y coedita, junto con Anna Estany, el libro *Democracia y conocimiento* (Aguascalientes: Universitat Autònoma de Barcelona/Universidad Autónoma de Aguascalientes/IMAC, 2018). Su línea de investigación es la correlación entre Epistemología, Teoría de la argumentación y Filosofía política.

\*\*\* Profesor Titular B de Epistemología en la Universidad Autónoma de Aguascalientes. E-mail: marcji2121@yahoo.com. Su trabajo “Conocimiento y justificación en la epistemología democrática” (en *Democracia y conocimiento*, Aguascalientes: Universitat Autònoma de Barcelona/Universidad Autónoma de Aguascalientes/IMAC, 2018) se encuentra en prensa. Su línea de investigación es la aplicación de métodos formales a problemas filosóficos, en especial en las áreas de Filosofía de la ciencia, Epistemología y Filosofía del lenguaje.

## 1. Introducción

La ciencia goza de amplia aceptación en nuestra sociedad por razones tanto teóricas como prácticas. En el plano teórico, “queremos aceptar sólo aquello para lo que hay buena razón para creer que es verdadero; y consideramos que la ciencia es la única buena manera de llegar a creencias razonables acerca de lo que es verdadero, al menos en el ámbito de lo puramente fáctico” (Boghossian, 2006, 4)<sup>1</sup>. Por esta razón, muchas personas intentan avalar sus prácticas y productos llamándolos ‘científicos’, con lo que buscan que las demás consideren su trabajo similar a la especial y fiable fuente de conocimiento que la ciencia dice brindarnos. Para algunas personas, la ciencia tiene una autoridad epistémica especial. Si la ciencia tiene esta autoridad epistémica privilegiada, debida en parte a la fiabilidad de sus métodos para la obtención de conocimiento, algunas personas creen que también posee autoridad práctica en los contextos donde dicho conocimiento juega un papel preponderante. Así, por consideraciones prácticas, buscamos y requerimos conocimiento fiable en áreas como la salud (Jerkert, 2013; Smith, 2012), el testimonio experto (Hansson, 2011), las políticas medioambientales (McKinnon, 2016; Torcello, 2016), la educación y formación científica (Kitcher, 1982), y el periodismo (Boykoff and Boykoff, 2004; Boykoff, 2008). Deseamos diseñar, construir y aplicar políticas sociales, currículos escolares y veredictos en las cortes a partir de nuestras creencias mejor justificadas. Tendemos a atribuirle a la ciencia un papel especial en éstas y otras tareas. De esta manera, por razones prácticas, el viejo problema de la demarcación entre la ciencia y la pseudociencia ha sido rehabilitado (Pigliucci and Boudry, 2013).

No obstante, la ciencia ha sido también cuestionada. Muestra de ello son los debates en torno a las dos culturas (Snow, 2012; Leavis, 2013) y las más recientes disputas dentro de las llamadas ‘guerras de la ciencia’ (Ashman and Barringer, 2001). Los críticos de la ciencia disponen también de razones tanto teóricas como prácticas para sus invectivas. A partir de un enfoque práctico e ideológico, los críticos de la ciencia en la era postcolonial afirman que es opresiva, y que “uno no puede justificar moralmente el subyugar a personas soberanas en favor de la difusión del conocimiento, (...) pues no existe algo así como un conocimiento superior, sólo diferentes conocimientos, cada uno apropiado para su situación particular” (Boghossian, 2006, 5-6). La tolerancia epistémica es la moraleja fruto de sus reflexiones. Aunque las motivaciones ideológicas tienen un papel para los críticos de la ciencia, algunos de ellos usan razones teóricas para respaldar sus afirmaciones<sup>2</sup>. Una sensación de relativismo es percibida por algunos filósofos de la ciencia y científicos al interior de los argumentos contra la presunta objetividad científica. Los argumentos que cuestionan la autoridad epistémica de la ciencia revisten distintas formas, pero a menudo lo que ponen en tela de juicio es la objetividad de la investigación científica.

---

1 Todas las traducciones de las citas textuales son de los autores del presente artículo.

2 Gross y Levitt (1994) realizaron un estudio sistemático de las motivaciones ideológicas que se encuentran detrás de los argumentos epistémicos de una buena parte de los críticos de la ciencia al interior de las guerras de la ciencia durante el siglo pasado.

Si la objetividad es un ideal científico, dejarla de lado puede distorsionar y tergiversar la naturaleza y objetivos de la ciencia. Esta objetividad usualmente se interpreta como una característica de los métodos, resultados y afirmaciones científicas, las cuales —se piensa— pueden sustraerse de perspectivas particulares, compromisos de valor, sesgos comunitarios e intereses personales. No obstante, algunos críticos de la ciencia afirman que los científicos son incapaces de reunir evidencia y evaluar teorías o modelos científicos sin realizar juicios de valor contextuales; también consideran problemático su intento de alcanzar intersubjetividad plena al interior de la comunidad científica debido a sus preferencias personales y experiencias idiosincráticas. Más importante para nuestros propósitos es el hecho de que algunos críticos de la ciencia afirman que ésta es sólo un punto de vista entre muchos otros, sin algún privilegio y autoridad epistémica especial<sup>3</sup>. Epistemólogas feministas, así como otros críticos de la ciencia, “han dejado de considerar al conocimiento como una reflexión neutral y transparente acerca de una realidad que existe independientemente de nosotros (...). Por el contrario, la mayoría acepta que todo el conocimiento es conocimiento situado, el cual refleja la posición del productor de conocimiento” (Lennon, 1997, 37).

En este artículo, nuestro objetivo es ofrecer un balance de un aspecto importante de este último debate. Argumentaremos que la concepción de la investigación científica que afirma que ésta necesariamente involucra una perspectiva o punto de vista no impone una restricción severa a su ideal de objetividad y a su autoridad epistémica. Dejamos de lado el problema de su autoridad práctica<sup>4</sup>. No obstante, sostendremos que la ciencia es objetiva y es un punto de vista privilegiado para obtener conocimiento del mundo. En otras palabras, aunque la ciencia sea un punto de vista, no es *sólo* un punto de vista entre otros.

Para cumplir con nuestros objetivos, primero presentamos algunas aclaraciones importantes sobre la noción de *punto de vista*, enfatizando su contraste con rasgos habitualmente asociados a la objetividad. En un segundo momento atendemos al concepto de *objetividad científica* y descartamos parcialmente un rasgo comúnmente asociado a éste, la ausencia de valores o compromisos normativos, y apostamos por una característica más global de la objetividad de la práctica científica, su fidelidad a los hechos, la cual da cuenta de mejor manera de la autoridad epistémica que le atribuimos. Por último, enfrentamos algunos desafíos particulares que se desprenden de la noción de *punto de vista* y amenazan rasgos de la objetividad científica vinculados con su autoridad epistémica. Argumentamos que podemos hacerles frente a muchos de estos desafíos sin aceptar consecuencias que algunos críticos de la ciencia buscan desprender del hecho de que la ciencia sea un punto de vista o involucre puntos de vista.

---

3 Boghossian (2006, 2) llama a esta tesis la ‘doctrina de la validez igual’: afirma que hay muchas y radicalmente distintas formas, aunque igualmente válidas, de conocer el mundo, y la ciencia sólo es una de ellas.

4 Contra algunos de los defensores y detractores de la ciencia, creemos que la relación entre la autoridad epistémica y práctica de la ciencia es menos clara de lo que suele pensarse. Feyerabend (1978) explotó este mismo punto con el objetivo —a nuestro parecer mal encaminado— de eliminar los obstáculos que intelectuales y expertos imponen a tradiciones diferentes a la suya, y de preparar la eliminación de expertos y científicos de los centros vitales de la sociedad.

## 2. Algunas aclaraciones sobre la noción de *punto de vista*

El concepto de *punto de vista* es central en debates filosóficos en distintas áreas de la disciplina. Se discute si las representaciones que nos hacemos del mundo son relativas a un punto de vista o si podrían ser absolutas<sup>5</sup>. Algunos filósofos de la ciencia cuestionan uno de los supuestos de una cierta concepción de la investigación científica: hay *un mundo* y *una ciencia*<sup>6</sup>. Aunque en un momento particular las teorías o modelos científicos difieran, tenderán a coincidir en un momento posterior debido a que tratan de *lo mismo*. Una posibilidad que no podemos descartar es que aquello acerca de lo que tratan nuestras teorías o modelos científicos no sea *lo mismo*<sup>7</sup>. Esto impondría restricciones adicionales a la posibilidad de una representación absoluta (unificada) de la realidad. Es ésta la arista metafísica del problema. También hay una epistémica: aunque nuestras teorías y modelos científicos traten de lo mismo, podría estarnos vedado el conocimiento de representaciones absolutas<sup>8</sup>. Una última arista es semántica: ¿qué determina el *contenido* de nuestras representaciones? A diferencia de una representación absoluta, en una perspectival el punto de vista realiza una contribución indispensable al contenido de la representación (Moore, 1987, 2).

Antes de ocuparnos de aspectos específicos de estos problemas, presentamos aclaraciones sobre el sentido en que puede decirse que la ciencia es un punto de vista. En los siguientes apartados nos ocuparemos de precisar en qué medida esto impone restricciones sobre su ideal de objetividad.

La expresión ‘punto de vista’ se usa ordinariamente de una manera vaga. Suele emplearse como un prefijo al inicio de una oración: ‘desde *x* punto de vista’, quizá para indicar al oyente o lector que lo que sigue está de algún modo restringido o limitado, y como antónimo a ‘de manera categórica’ o ‘exhaustivamente’ (Hautamäki, 1986, 63-65). Así, que a una oración le anteceda ‘desde *x* punto de vista’ insinúa al interlocutor que no se han tomado en cuenta todos los aspectos de una cuestión o que no se han considerado todas las posibilidades relevantes dependiendo de diversos factores: los intereses, los objetivos, los valores y las presuposiciones del hablante (Lehtonen, 2011, 237). A pesar de estas consideraciones conceptuales iniciales, podemos dar cuenta de manera más sistemática de algunos aspectos epistémicos del concepto.

Para Lehtonen (2011, 246-250), el concepto de *punto de vista* se refiere a una consideración racional que tiene muchos componentes, algunos de los cuales refieren al sujeto que observa, otros a las herramientas e instrumentos de observación y otros al objeto que es observado. Las variables relacionadas con el sujeto de observación brindan los siguientes componentes: (a) el sujeto o el tipo de sujeto que observa, (b) sus intereses, objetivos y valores, (c) la postura psicológica o actitud del sujeto, (d) el conocimiento relevante de

5 Este problema fue tratado con cierto detalle por Bernard Williams (1978, 64-5; 1985, 138), quien ofreció razones a favor de la posibilidad de representaciones absolutas. Una defensa más reciente, inspirada en Williams, es de la A.W. Moore (1987), quien posteriormente (1997) desarrolló de manera mucho más sistemática su defensa.

6 André Kukla (2008) rechaza el argumento de Rescher (1985; 1998) de ‘un mundo, una ciencia’ debido a que parte de supuestos contenciosos.

7 Esta posibilidad ha sido explorada por los pluralistas ontológicos (e.g., Dupré, 1993; Cartwright, 1999).

8 Una de las defensas más conocidas de la posibilidad de tener conocimiento objetivo de representaciones absolutas, aunque admite aspectos perspectivales de la realidad, fue realizada por Thomas Nagel (1986).

fondo y las expectativas del sujeto, y (e) el contexto social, cultural e histórico del sujeto. Las variables relacionadas con las herramientas de observación brindan los siguientes componentes: (f) el aparato conceptual usado por el sujeto, (g) el método de observación y (h) la base de observación o los datos. Por último, las variables relacionadas con el objeto observado brindan los siguientes componentes al concepto: (i) el objeto o el enfoque del objeto de un punto de vista y (j) las características o propiedades observables del objeto. Podemos incorporar estas variables, condensadas en un solo índice, mediante el siguiente operador oracional:

$PV(s)p$ : desde el punto de vista de  $s$ ,  $p$ .

Donde 'PV' es un operador que asigna valuaciones a fórmulas, a partir de argumentos para 's', el cual contiene los índices arriba enlistados en los incisos (a)-(j); como es habitual, 'p' designa a una oración (simple o compleja) susceptible de ser verdadera o falsa. Como señala Lehtonen (2011, 250), el operador del punto de vista no es veritativo-funcional, debido a que el valor de verdad de ' $PV(s)p$ ' no está determinado por el valor de verdad de 'p', como resultado de que los puntos de vista se representan como contextos intensionales que incluyen creencias, conocimiento e intereses. Adicionalmente, dado este análisis de los elementos del concepto, puede apreciarse que la mayoría de ellos se relacionan o dependen del sujeto del punto de vista, así como de sus intereses.

A partir de este análisis de los elementos involucrados en el concepto de *punto de vista*, ¿en qué sentido es la ciencia un punto de vista? Mencionaremos, sólo para dejarlos de lado, algunos aspectos de la noción de *punto de vista* hasta ahora examinada que no parecen representar desafíos significativos para la objetividad científica. Nadie negaría que la ciencia involucra un punto de vista en los siguientes sentidos: (1) cualquier investigación científica particular es incompleta con respecto al punto de vista adoptado, debido al hecho de que su rango está determinado por los temas elegidos en la investigación y los intereses de los investigadores; (2) cualquier investigación científica está limitada por factores espacio-temporales e histórico-sociales; (3) cualquier investigación científica es realizada por seres humanos concretos que difieren en su competencia, instrucción y tipo; (4) las investigaciones científicas son a menudo producidas colaborativamente por miembros de un grupo social; (5) en ocasiones los valores político-sociales influyen en la manera en la que los investigadores realizan su trabajo; (6) en ocasiones las investigaciones científicas están sesgadas por el trasfondo de valores de los investigadores, lo que no pocas veces les lleva a creer afirmaciones para las que no disponen de evidencia. Estos supuestos son aceptados de manera general y forman parte de la imagen clásica del conocimiento, la cual se remonta hasta Aristóteles (Boghossian, 2006, 19-20). Estos aspectos, en los que la ciencia constituye un punto de vista, no amenazan el ideal de objetividad de la práctica científica debido a que ésta suele disponer de mecanismos para neutralizar los sesgos y la parcialidad que introducen las personas, su situación, sus intereses y valores en la investigación.

Otros componentes del concepto de punto de vista pueden amenazar seriamente el ideal de objetividad científica, pero antes debemos señalar algunas características de la objetividad que suele atribuirse a la ciencia.

### 3. Objetividad científica y compromisos normativos

Pensemos por un momento que nuestra sociedad está en ciernes. Nuestras instituciones son inmaduras y buscamos establecer sólidas bases para el desarrollo económico y social de nuestra pequeña población. Si somos mujeres y hombres reflexivos, perteneceremos a un pequeño subconjunto de personas que pueden ser definidas por su búsqueda del conocimiento. Puede que se nos ocurra fundar una pequeña asociación de investigación en la que colaborativamente busquemos el conocimiento de aquello que nos es tanto interesante como urgente. ¿A quiénes hemos de aceptar en nuestra cofradía? Puede ocurrírsenos descartar a los comerciantes y artesanos, pues sus preocupaciones mundanas pueden corromper sus juicios acerca de lo que constituye verdadero conocimiento. No obstante, con el tiempo nos percataremos de que incluso las personas mejor educadas pueden falsear la información, reportar experimentos que nunca realizaron, y apoyar conjeturas sin fundamento debido a sus pasiones políticas y personales. No obstante, también podemos seguir honrando el ideal de objetividad de nuestra asociación a pesar de los obstáculos<sup>9</sup>. En un sentido muy básico, y quizá poco interesante, el ideal de objetividad de la ciencia puede ser descrito a partir de nuestro escenario imaginado: la ciencia busca evitar la parcialidad que amenaza a cualquier búsqueda de conocimiento. Como mencionamos anteriormente, la ciencia dispone de mecanismos internos para neutralizar estos tímidos desafíos. Esta burda caracterización puede sernos útil para señalar un posible rasgo inicial que permita capturar la noción de *objetividad científica*: la ausencia de valores o compromisos normativos.

Suele señalarse que la objetividad en ciencia, que da lugar a su especial autoridad epistémica, radica en que no está contaminada de valores morales, políticos y sociales. No obstante, nadie negaría que los valores de los investigadores de hecho afectan la elección del problema o los problemas científicos que se investigarán y las posibles aplicaciones de los resultados de la investigación. Estas afectaciones, sin embargo, no resultan problemáticas para una noción interesante de *objetividad científica*. Aunque el conjunto de problemas que los científicos se propongan investigar y las aplicaciones que deseen desarrollar sean determinadas por valores, esto no constituye un obstáculo para que sean capaces de discriminar entre respuestas correctas e incorrectas acerca de esos problemas, y puedan juzgar qué aplicaciones son más eficientes que otras para lograr sus objetivos iniciales. No sucede así con otras dos posibles afectaciones. Valores de diversa índole pueden contaminar la manera en la que los científicos reúnen evidencia en relación a su problema de investigación, y su posible aceptación de hipótesis y teorías científicas.

Así, sin alguna clase de compromiso con algunos valores, la investigación científica sería imposible. Esto se ve con mayor claridad en el caso de las ciencias sociales. La investigación social está orientada a la implementación de políticas sociales (*i.e.*, a formas de intervenir para modificar o mejorar la sociedad). Si las ciencias sociales no cumplieran esta función, no responderían a nuestro interés por comprender los fenómenos sociales. Pero tales políticas,

9 Este escenario imaginado es una reconstrucción de la historia de la fundación de la Royal Society. Kitcher (2001, 29) lo usa de este modo para motivar un sentido muy básico de objetividad que está presente en la investigación científica, y que se relaciona directamente con los elementos que consideramos no amenazadores del ideal de objetividad que están presentes en el concepto de *punto de vista*.

y los valores que involucran, pueden afectar la objetividad de la investigación, poniendo en duda su carácter científico y volviéndola inútil como base común para personas con intereses distintos. En este punto, parece que enfrentamos un dilema (Risjord, 2014, 14):

1. Las ciencias sociales o bien (i) involucran valores o bien (ii) están libres de valores.
2. Si (i) involucran valores, entonces no son objetivas y son imposibles como (a) ciencias.
3. Si (ii) están libres de valores, no contribuyen a comprender la sociedad y son imposibles como (b) sociales.

Por tanto, las (a) ciencias (b) sociales no son posibles.

No obstante, la segunda afirmación del argumento anterior depende de un supuesto cuestionable que considera que la objetividad implica ausencia de valores. En otras palabras, da por supuesto que la ciencia sólo puede ser objetiva si los valores no juegan ningún papel en ella. En contra de este supuesto, como sugerimos anteriormente, parece claro que no toda afectación de valores en la investigación compromete la objetividad científica. Adicionalmente, en el caso particular de las ciencias sociales, si hemos de reconocer su posibilidad, debemos reconsiderar este supuesto y admitir que (al menos, algunos de) los valores pueden jugar (al menos, algunos) papeles en la investigación científica.

Dos cuestiones surgen si aceptamos que al menos algunos valores pueden incidir en la investigación sin comprometer su objetividad: (i) ¿qué tipo de valores juegan un papel en la ciencia?, y (ii) ¿cómo afectan estos valores la práctica científica? Así, para reconocer varias respuestas a estas preguntas conviene distinguir entre distintos tipos de valores y diversas maneras en que afectan a la práctica científica. A la luz de estas distinciones, examinaremos qué consecuencias tienen para la objetividad de la ciencia.

En un sentido importante, toda investigación científica involucra valores. Pero no toda influencia valorativa en la práctica científica afecta su objetividad: algunos valores parecen contribuir a la objetividad, mientras que otros, en efecto, pueden socavarla. Así, resulta necesario distinguir entre dos tipos de valores: *epistémicos* y *no epistémicos*. Los valores epistémicos son aquellos que contribuyen a la objetividad, por lo que fomentan la buena práctica científica: alientan a los investigadores a buscar teorías bien confirmadas, simples y explicativas. Al elegir entre métodos para investigar, los científicos se sirven de valores para elegir entre diferentes maneras de lograr buenos resultados científicos. Por su parte, los valores no epistémicos tienen otros objetivos, quizá morales o políticos, por lo que pueden generar resultados tendenciosos o sesgados, lo que afectaría la objetividad de la investigación al promover, entre otras cosas, ciertos ideales políticos o morales.

Por otra parte, en la práctica científica, siempre intervienen ambos tipos de valores: los científicos son seres humanos y sus actividades se producen en una sociedad que puede promoverlas u obstaculizarlas. No obstante, podemos distinguir dos papeles de los valores que afectan a la investigación (Longino, 1990). Algunos valores son *constitutivos*, en el sentido de que definen cómo se lleva a cabo la práctica científica. Otros valores son *contextuales*, en el sentido de que afectan que la práctica se lleve a cabo o no, sin definir cómo se realiza.

Con estas distinciones en mente, podemos mitigar la tesis de que la objetividad requiere ausencia de valores o compromisos normativos. Una tesis moderada sería la siguiente: *la*

*ciencia es objetiva cuando sólo los valores epistémicos son constitutivos de la práctica y los valores no epistémicos siempre son sólo contextuales* (Risjord, 2014, 19)<sup>10</sup>.

Si la objetividad de la práctica científica no puede ser sencillamente caracterizada a partir de su ausencia de valores o compromisos normativos, ¿cómo dar cuenta de ella? La *objetividad* no es una noción filosófica unívoca y, como muchos otros conceptos filosóficos, suele estar cargada de distintas dimensiones, cada una de ellas focalizada en contra de algunos peligros. Por ello, Crasnow (2006) distingue tres sentidos de objetividad:

- (a) Ausencia de sesgos: el método no es tendencioso, no favorece hipótesis por razones distintas a la evidencia.
- (b) Intersubjetividad: la hipótesis puede ser examinada por más de una persona.
- (c) Confiabilidad: la hipótesis es producto de métodos que dan resultados probablemente verdaderos.

Es cierto que estos diversos sentidos no siempre coinciden. Mientras la parcialidad y la no neutralidad, en apariencia opuestas a una noción general de *objetividad científica*, amenazan el sentido (a) de objetividad, son compatibles con la investigación objetiva en los sentidos (b) y (c). Así, incluso si tratan acerca de valores o buscan promoverlos, las investigaciones podrían ser objetivas.

Lidiar con otras cuestiones en torno a la objetividad de la ciencia requiere comprender cómo los valores podrían jugar un papel en la construcción de teorías, en la formación de conceptos y en la manera en que las hipótesis se ponen a prueba.

Otro rasgo, quizá el más fundamental, de la noción filosófica de *objetividad* involucra *fidelidad a los hechos*. Se asume que la ciencia es capaz de representar los hechos tal como son, con independencia de nuestras preferencias y valoraciones sobre dichos hechos. Esta característica, en caso de poseerla, daría cuenta de la fiabilidad de los métodos científicos para la obtención de conocimiento, lo que, como señalábamos al inicio, parece estar en el trasfondo de su autoridad epistémica.

En la siguiente sección examinaremos maneras específicas en las que la noción de *punto de vista* en la práctica científica plantea problemas para esta forma de objetividad.

#### **4. Los puntos de vista como desafío epistémico a la objetividad científica**

Para apreciar con claridad el desafío teórico de los puntos de vista hacia la objetividad científica, entendida como fidelidad a los hechos, podemos considerar un patrón común de argumentos que la ponen en entredicho. Una manera interesante de capturar este desa-

---

10 Las ciencias sociales merecen una consideración especial con respecto a esta versión moderada de la tesis de la ausencia de valores o compromisos normativos, pues no parecen cumplir con este requisito incluso en su versión más modesta. Por una parte, los valores no epistémicos parecen influir en la manera en la que se justifican las hipótesis en ciencias sociales (no son imparciales); por otra parte, pueden ser parte del contenido de las teorías de las ciencias sociales (no son neutrales). En ambos casos, desempeñarían un papel constitutivo en la práctica científica. ¿Significa esto que las ciencias sociales no pueden ser objetivas? Para responder a esta interrogante es preciso atender a las razones por las que se afirma que las ciencias sociales no pueden ser imparciales o neutrales (Risjord, 2014, 20).

fío consiste en tomar como molde la estructura de un conocido problema en filosofía de la ciencia: la tesis de la ‘subdeterminación de las teorías a partir de la evidencia’<sup>11</sup>. De manera esquemática, el problema se plantea al reconocer que incluso las teorías científicas empíricamente más exitosas tienen competidoras que, aunque son incompatibles, resultan igualmente aceptables a partir de la evidencia. Esto significa que, incluso si tomamos el éxito empírico de las teorías como criterio para decidir racionalmente sobre su aceptación, este criterio es insuficiente para determinar que una teoría, en lugar de sus competidoras, es (aproximadamente) verdadera o fiel a los hechos (Lyons, 2016, 572-573). Antes de detenernos a examinar cómo la noción de *punto de vista* que hemos caracterizado hasta ahora puede ser vertida sobre este molde, conviene que resaltemos algunos aspectos cruciales del desafío general.

Un supuesto apenas cuestionado por quienes participan en estos debates es que la elección de teorías debería estar, al menos en parte, guiada por una estimación de su éxito empírico. En términos generales, una teoría es empíricamente exitosa cuando dispone de una amplia capacidad para ajustarse adecuadamente a los datos disponibles y hacer predicciones novedosas, en ocasiones sorprendentes, sobre fenómenos observables. Decimos que una teoría es *confirmada por la evidencia* cuando los datos empíricos respaldan la estimación de que la teoría se encuentra en posesión de estas capacidades; puede haber variaciones significativas tanto en la amplitud como en la precisión con la que se estima que manifiesta poseerlas. En consecuencia, además del juicio puramente cualitativo de que una teoría está confirmada sin más, efectuamos juicios sobre el grado o la extensión en los que la teoría es avalada por la evidencia.

Le tesis de la subdeterminación encarna la afirmación de que varias teorías están *igualmente confirmadas* por conjuntos específicos de datos empíricos. Esto puede significar simplemente que logran, en algún grado, adecuarse a los datos o generar predicciones correctas. Que esto de hecho ocurre difícilmente puede cuestionarse, pero no es especialmente problemático para la objetividad entendida como fidelidad a los hechos. En tanto haya diferencias en el grado o extensión en los que varias teorías son confirmadas, la estimación de su éxito empírico sigue ofreciendo una valiosa orientación sobre qué teorías deberían preferirse por encima de otras. Sin embargo, la afirmación de que varias teorías están *igualmente confirmadas* o son *empíricamente equivalentes* puede también entenderse como indicando que dos o más teorías son respaldadas con la misma extensión o grado (o una combinación ponderada de ambos factores) por conjuntos específicos de evidencia. Esta afirmación es más contenciosa y requiere ser examinada con mayor detenimiento. No obstante, en caso de que fuese correcta, de manera directa parece entrar en conflicto con la objetividad como fidelidad a los hechos. Si varias teorías son igualmente exitosas en sus logros empíricos, no parece haber razones para sostener que la estimación de su éxito empírico nos orienta sobre qué teoría preferir.

---

11 Al final de su libro *Science without Laws*, Ronald Giere (1999, 237-241) sugiere que la subdeterminación de las teorías por la evidencia suele ser tomada como una premisa, en argumentos explícitos o implícitos, para socavar de diversas formas la objetividad científica. No obstante, Giere no elabora, como lo hacemos a continuación, la forma en que el aspecto perspectival se introduce en la tesis de la subdeterminación para amenazar la autoridad epistémica de la práctica científica.

Dicho lo anterior, es importante enfatizar que una condición adicional para que la equivalencia empírica genere problemas a la objetividad científica es que las teorías igualmente confirmadas se encuentren en competencia. Muchas alternativas a una teoría específica no rivalizan con ella: podrían ser complementos o incluso meras variaciones inocuas de la teoría original. Para que el reto de la subdeterminación a la objetividad científica constituya un problema, las alternativas empíricamente equivalentes deben ser teorías distintas, mutuamente incompatibles, en el sentido de que la aceptación de una de ellas excluya la posibilidad de aceptar otras.

En resumen, la noción de *punto de vista* puede constituir un desafío significativo a la objetividad científica entendida como fidelidad a los hechos siempre que se cumplan las siguientes condiciones: (A) debido a un rasgo de los puntos de vista, puede decirse que varias teorías son empíricamente equivalentes; (B) las teorías en cuestión son incompatibles; y (C) el criterio para elegir cuál teoría aceptar depende crucialmente de su éxito empírico. Aunque las últimas dos condiciones pueden generar sospechas, en lo que sigue asumiremos que se cumplen. Nos concentraremos en discutir las formas más plausibles en que parecería satisfacerse la primera de estas condiciones. Examinaremos tres maneras distintas e independientes en las que puede decirse que dos (o más teorías) son empíricamente equivalentes debido a la intervención de un punto de vista. Para ello recuperaremos las intuiciones, que presentamos en la primera sección, de que los puntos de vista involucran: variaciones en el conocimiento de fondo de los sujetos, las posturas psicológicas o actitudes de los sujetos y los aparatos conceptuales que emplean los sujetos.

(I) El conocimiento de fondo de los sujetos podría producir que distintas teorías se estimen como igualmente confirmadas por la misma evidencia al sólo considerar cuán empíricamente exitosas son estas teorías. Esto es reconocido incluso cuando se utilizan estándares bastante explícitos y precisos para especificar en qué consiste que una pieza de evidencia confirme una teoría<sup>12</sup>. Sin embargo, el *quid* de este asunto puede apreciarse también de manera informal. El grado en que la evidencia incrementa la credibilidad de una hipótesis (es decir, la confirma) depende de manera importante de qué tan creíble se consideraba a la hipótesis en primer lugar. Y esto puede diferir entre sujetos en los que se presentan variaciones en el conocimiento de fondo: mientras uno asume que la hipótesis *H* es *prima facie* muy razonable, otros pueden tener convicciones distintas debido a que no comparten un núcleo sustantivo de creencias con aquél. De este modo, incluso si dos científicos toman en cuenta la misma evidencia y emplean los mismos procedimientos racionales para evaluarla, sus juicios acerca de cuál de ellas es preferible pueden diferir. Para científicos con distintos puntos de vista, entendidos como conocimiento de fondo, dos alternativas teóricas en competencia pueden estar igualmente confirmadas. Si ninguno de los grados de creencia iniciales de los sujetos ha de considerarse privilegiado (¿y por qué habría de serlo?), entonces parece claro que tampoco debería serlo ninguno de los juicios sobre confirmación a partir de la evidencia.

---

12 Al discutir estos problemas pensamos primariamente en teorías robustas de la confirmación, tales como las varias alternativas bayesianas. No emplearemos detalles excesivamente técnicos de estas teorías; aunque son versátiles para plantear estas discusiones, no asumimos que ésta sea la única manera de presentar los puntos relevantes. Para un panorama ilustrativo del bayesianismo pueden consultarse Skyrms (2000); Howson y Urbach (2005); Douven (2011); pero también Williamson (2017).

¿Puede dismantelarse esta amenaza a la objetividad científica? En ocasiones se ha sugerido que deben existir restricciones sobre la credibilidad inicial de las hipótesis<sup>13</sup>. Sin embargo, a la fecha no existe consenso sobre cuáles ni qué tan severas podrían ser estas restricciones. En todo caso, los prospectos de ofrecer una solución definitiva a esta versión del problema al limitar los puntos de vista que pueden considerarse aceptables no son muy alentadores. Aunque este diagnóstico puede parecer desconcertante, hay buenas noticias en el horizonte para una concepción robusta de *objetividad científica*, si tomamos en cuenta el efecto dinámico de reunir más evidencia. Incluso si hay bastante libertad en la credibilidad inicial que varios sujetos pueden asignar a una hipótesis y ésta afecta los juicios sobre en qué medida es confirmada por la evidencia —en tanto el procedimiento de asimilar piezas de información empírica se mantenga constante—, el efecto de los grados de creencia iniciales se desvanece a la larga a medida que se incorpora nueva evidencia. De este modo, investigadores que toman como punto de partida distinto conocimiento de fondo tienden a converger, a largo plazo, en el grado exacto en que una misma hipótesis es confirmada por la evidencia.

(II) La postura o actitud psicológica de los sujetos también puede ocasionar que distintas teorías se ponderen como igualmente confirmadas por la misma evidencia al tomar en cuenta sólo sus credenciales empíricas. Aun cuando le asignaran la misma credibilidad inicial a diversas hipótesis, distintos sujetos podrían emitir diferentes dictámenes sobre qué tan confirmada está una teoría. Esto ocurriría especialmente si consideramos a la postura psicológica o actitud del sujeto como su disposición a cambiar de formas específicas sus grados de creencia a partir de la evidencia. Cuando hay diferencias en la manera en que razonan los científicos a partir de los mismos fragmentos de evidencia, no es sorprendente que se desvíen sus veredictos sobre qué teoría está siendo apoyada y en qué medida; esto ofrece una nueva razón para esperar que distintas alternativas sean igualmente respaldadas por la misma evidencia.

Aunque los peligros de esta línea argumentativa han cautivado a varios pensadores, es preciso señalar que la sugerencia esbozada en el párrafo anterior es propensa a generar confusiones. Esto se debe a que la noción de *punto de vista* como postura psicológica o actitud del sujeto captura dos aspectos interrelacionados, pero diferentes, de la manera que los seres humanos razonan a partir de la evidencia: uno descriptivo y otro normativo. La cuestión descriptiva se conecta con la manera en que *de hecho* razonan las personas; ésta no siempre es adecuada o racional y depende de factores que a menudo somos incapaces de reconocer o controlar conscientemente. Determinar qué tanta variación puede presentarse entre individuos sobre estos rasgos psicológicos es un asunto empírico, sobre el que no habría de asumirse que una respuesta meramente especulativa ofrezca bases concluyentes. Por otra parte, la cuestión normativa sobre cómo *deberíamos* razonar a partir de la evidencia podría tener una respuesta independiente de las variaciones contingentes entre individuos específicos: quizá, en situaciones concretas, alguno de ellos simplemente razona de manera errónea. En todo caso, la prometedora (aunque hasta ahora incompleta) réplica de las ciencias cognitivas y las teorías de la confirmación es que, en ambos sentidos, los puntos

13 Algunas sugerencias célebres desde la perspectiva bayesiana son que la credibilidad inicial de hipótesis debería estar restringida por ciertos principios; por ejemplo, Lewis (1980), Maher (1993), Williamson (2017).

de vista entendidos como posturas psicológicas o actitudes de los sujetos admiten mucha menos variación (racional) de la que parecería existir a primera vista. Muchas diferencias idiosincrásicas entre individuos parecen depender, más bien, de los puntos de vista entendidos como conocimiento de fondo.

(III) Un último desafío se desprende de examinar cómo los aparatos conceptuales pueden propiciar que diferentes teorías estén igualmente confirmadas por la misma evidencia, si uno se restringe a evaluar sus méritos empíricos. Incluso sujetos que asimilan de la misma manera la nueva información y asignan la misma credibilidad inicial a diversas hipótesis pueden diferir en sus juicios sobre la confirmación de una teoría, en caso de que empleen diferentes marcos conceptuales. Puesto que éstos fijan las maneras en las que la nueva información empírica es representada, así como las relaciones lógicas y epistémicas entre hipótesis previamente aceptadas, esta forma de concebir a los puntos de vista parece inaugurar una nueva ruta hacia la subdeterminación.

La principal inquietud que da origen a esta versión del problema parece tener sus raíces en las observaciones kuhnianas sobre la incomensurabilidad entre paradigmas (Kuhn, 1962, chap. 10). Mucha tinta se ha derramado en torno a cuál es la manera correcta de entender estas observaciones y cuáles serían sus repercusiones. No intentaremos reproducir esa discusión aquí. Lo que sí puede señalarse a favor de la objetividad científica como fidelidad a los hechos es que no parece que esta nueva amenaza pueda separarse nítidamente de los dos desafíos que examinamos con anterioridad. O, por lo menos, tal deslinde no puede realizarse garantizando que las teorías en competencia son genuinamente distintas. De entrada, parece poco plausible que científicos que investigan algún conjunto de fenómenos empleando aparatos conceptuales distintos puedan siquiera compartir los mismos grados de credibilidad inicial para diversas hipótesis; ¿cómo podrían, si sus aparatos conceptuales son radicalmente distintos? Por otra parte, si las conexiones lógicas y epistémicas que se establecen entre hipótesis varían, no parece claro que razonen de manera análoga; de modo que podría ser su razonamiento, y no sus aparatos conceptuales, lo que explica las diferencias entre sus juicios de confirmación. Pero ya hemos ofrecido respuestas para estos argumentos de subdeterminación. Una veta aún abierta consiste en suponer que sus aparatos conceptuales, aunque distintos, permiten una comparación entre hipótesis y sus relaciones lógico-epistémicas. Manteniendo constantes estos factores, podría asegurarse que sólo el aparato conceptual es responsable de las diferencias en la evaluación de hipótesis; sin embargo, no parece claro que podamos decir sin más que tales evaluaciones son diferentes: las teorías sobre las que se aplican podrían ser las mismas, arrojadas bajo distintos atavíos representacionales. Finalmente, uno podría pensar que este último reto es el producto de integrar el efecto acumulativo todos estos aspectos de los puntos de vista. Si eso ha de considerarse una amenaza a la objetividad científica, no es claro cómo podría especificarse en un argumento sistemático; en efecto, ésa parece haber sido la descorazonadora lección de la extensa discusión sobre la incomensurabilidad entre teorías.

El balance de la discusión precedente es que, si consideramos sólo los argumentos a partir de subdeterminación que esbozamos al inicio de esta sección, la noción de *punto de vista* es compatible con una buena dosis de objetividad, entendida como fidelidad a los hechos. Incluso si hay diferencias entre puntos de vista, en cualquiera de los tres sentidos aquí examinados, puede haber criterios claros para preferir aquellas teorías para las que tenemos buenas bases racionales y es posible que sean, en aspectos importantes, aproximadamente verdaderas.

## 5. Conclusiones

En este artículo hemos examinado en qué sentido la ciencia es o involucra puntos de vista. Algunos críticos de la ciencia suelen apoyarse en esta posibilidad para negar privilegios epistémicos a la práctica científica. Si la ciencia tiene alguna autoridad epistémica en absoluto, debido a sus presuntos métodos fiables en la obtención de conocimiento, una cuestión inesquivable será averiguar en qué medida el hecho de que la ciencia sea un punto de vista, o involucre puntos de vista, restringe sus pretensiones de objetividad. Por esta razón, en la segunda sección del artículo realizamos algunas clarificaciones de índole conceptual e investigamos algunos componentes de la noción de *punto de vista*. Sugerimos que algunos de ellos son inofensivos, en tanto nadie negaría que la práctica científica está limitada por diversos factores propios de sus practicantes y su contexto, sin que ello afecte directamente la posibilidad de alcanzar objetividad en la investigación. Otros factores, no obstante, pueden afectar a las pretensiones de objetividad de la práctica científica si son usados en cierto tipo de argumentos. En la tercera sección del artículo analizamos algunas características o rasgos de la noción de *objetividad científica*. Descartamos parcialmente la característica de ausencia de valores o compromisos normativos, debido a que su presencia es inherente a la práctica científica y no todo compromiso valorativo afecta la objetividad, pues valores específicamente epistémicos la promueven. En la cuarta sección, examinamos desafíos más específicos que se desprenden de la noción de *punto de vista* y amenazan rasgos de la objetividad científica vinculados con su autoridad epistémica. Concluimos que muchos de estos desafíos pueden enfrentarse sin hacer concesiones importantes a los críticos de la objetividad científica.

## Referencias

- Ashman, K. / Barringer, P. (eds.) (2001), *After the Science Wars: Science and the Study of Science*, Nueva York, Routledge.
- Boghossian, P. (2006), *Fear of Knowledge. Against Relativism and Constructivism*, Nueva York, Oxford University Press.
- Boykoff, M. (2008), “Lost in Translation? United States Television News Coverage of Anthropogenic Climate Change, 1995–2004”, *Climatic Change*, 86, pp. 1–11.
- Boykoff, M. / Boykoff, J. (2004), “Balance as Bias: Global Warming and the U.S. Prestige Press”, *Global Environmental Change*, 14, pp. 125–136.
- Cartwright, N. (1999), *The Dappled World: A Study of the Boundaries of Science*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Crasnow, S. (2006), “Feminist Contributions to Anthropology and Sociology”, en: Turner, S. / Risjord, M. (eds.), *Philosophy of Anthropology and Sociology*, Amsterdam, Elsevier.
- Douven, I. (2011), “Relativism and Confirmation Theory”, en: Hales, S.D. (ed.), *A Companion to Relativism*, Nueva York, Blackwell, pp. 242–263.
- Dupré, J. (1993), *The Disorder of Things: Metaphysical Foundations of the Disunity of Science*, Cambridge, Harvard University Press.
- Feyerabend, P. (1978), *Science in a Free Society*, Londres, New Left Books.
- Giere, R. (1999), *Science without Laws*, Chicago, The University of Chicago Press.

- Gross, P. / Levitt, N. (1994), *Higher Superstition. The Academic Left and its Quarrels with Science*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press.
- Hansson, S.O. (2011), "Philosophy in the Defence of Science", *Theoria*, 77(1), pp. 101–103.
- Hautamäki, A. (1986), "Points of View and Their Logical Analysis", *Acta Philosophica Fennica*, 41, pp. 1-156.
- Howson, C. / Urbach, P. (2005), *Scientific Reasoning: The Bayesian Approach*, 3<sup>rd</sup> ed., Chicago, Open Court.
- Jerkert, J. (2013), "Why Alternative Medicine Can be Scientifically Evaluated. Countering the Evasions of Pseudoscience", en: Pigliucci, M. / Boudry, M. (eds.), *Philosophy of Pseudoscience. Reconsidering the Demarcation Problem*, Chicago, The University of Chicago Press, pp. 305–320.
- Kitcher, P. (1982), *Abusing Science. The Case Against Creationism*, Cambridge, MIT Press.
- Kitcher, P. (2001), *Science, Truth and Democracy*, Nueva York, Oxford University Press.
- Kuhn, T. S. (1962), *The Structure of Scientific Revolutions*, Chicago, The University of Chicago Press.
- Kukla, A. (2008), "The One World, One Science Argument", *British Journal for the Philosophy of Science*, 59(1), pp. 73-88.
- Leavis, F.R. (2013), *Two Cultures? The Significance of C.P. Snow*, Nueva York, Cambridge University Press.
- Lehtonen, T. (2011). "The Concept of a Point of View", *SATS*, 12(2), pp. 237-252.
- Lennon, K. (1997), "Feminist Epistemology as Local Epistemology", *Proceedings of the Aristotelian Society*, Supplementary Volume 71, pp. 37-54.
- Lewis, D.K. (1980), "A Subjectivist's Guide to Objective Chance", en: Jeffrey, R. C. (ed.), *Studies in Inductive Logic and Probability*, vol. 2, Berkeley, University of California Press, pp. 263–293.
- Longino, H. (1990). *Science as Social Knowledge: Values and Objectivity in Scientific Inquiry*, Princeton, Princeton University Press.
- Lyons, D. (2016), "Scientific Realism", en: Humphreys, P. (ed.), *The Oxford Handbook of Philosophy of Science*, Nueva York, Oxford University Press, pp. 564-584.
- Maher, P. (1993), *Betting on Theories*, Cambridge, Cambridge University Press.
- McKinnon, C. (2016), "Should We Tolerate Climate Change Denial?", *Midwest Studies in Philosophy*, 40(1), pp. 205–216.
- Moore, A.W. (1987), "Points of View", *The Philosophical Quarterly*, 30(146), pp. 1-20.
- Moore, A.W. (1997), *Points of View*, Nueva York, Oxford University Press.
- Nagel, T. (1986), *The View from Nowhere*, Nueva York, Oxford University Press.
- Pigliucci, M. / Boudry, M. (eds.) (2013), *Philosophy of Pseudoscience. Reconsidering the Demarcation Problem*, Chicago, Chicago University Press.
- Rescher, N. (1985), "Extraterrestrial Science", en: Regis E. (ed.), *Extraterrestrials: Science and Alien Intelligence*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 83-116.
- Rescher, N. (1998), *Complexity: A Philosophical Overview*, Nueva Brunswick, Transaction Publishers.
- Risjord, M. (2014), *Philosophy of Social Science. A Contemporary Introduction*, Nueva York, Routledge.

- Skyrms, B. (2000), *Choice and Chance. An Introduction to Inductive Logic*, 4<sup>th</sup> ed. Ontario, Wadsworth.
- Smith, K. (2012), “Against Homeopathy. A Utilitarian Perspective”, *Bioethics*, 26(8), pp. 398–409.
- Snow, C.P. (2012), *The Two Cultures: And a Second Look: An Expanded Version of The Two Cultures and the Scientific Revolution*, Nueva York, Cambridge University Press.
- Torcello, L. (2016), “The Ethics of Belief, Cognition, and Climate Change Pseudoskepticism: Implications for Public Discourse”, *Topics in Cognitive Science*, 8(1), pp. 19–48.
- Williams, B. (1978), *Descartes: The Project of Pure Enquiry*, Hertfordshire, Harvester Press.
- Williams, B. (1985), *Ethics and the Limits of Philosophy*, Cambridge, Harvard University Press.
- Williamson, J. (2017), *Lectures on Inductive Logic*, Nueva York, Oxford University Press.



## Puntos de vista científicos en las series de televisión\*

### Scientific points of view in TV series

LAURA GARCÍA DÍAZ\*\*

**Resumen:** Kitcher propone una democratización de la ciencia que insiste en la necesidad de que el público se involucre en la práctica científica. Esto permite analizar el valor de algunas series televisivas como medio divulgador que permite generar opiniones sobre los desarrollos científicos actuales y sus repercusiones en el futuro. A través de la definición que nos da Moline sobre los puntos de vista analizaremos la forma en que las series proyectan diferentes perspectivas que permiten al público acercarse a problemas científicos o, en términos de Kitcher, formar una opinión responsable sobre el conocimiento científico y sus posibles aplicaciones tecnológicas.

**Palabras clave:** Puntos de vista, Democratización, Ciencia, Series TV, Tecnología.

**Abstract:** Kitcher proposes a democratization of science that insists on the need for the public to be involved in scientific practice. This allows us to analyze the value of some television series as a disseminating medium that allows to generate opinions about current scientific developments and their repercussions in the future. Through Moline's definition of points of view, we will analyze the way in which the series project different perspectives that allow the public to approach scientific problems or, in Kitcher's terms, to form a responsible opinion about scientific knowledge and its possible technological applications.

**Key words:** Points of view, Democratization, Science, TV Series, Technology.

#### 1. Democratización de la ciencia

La filosofía de la ciencia desarrollada en el siglo XX se caracteriza, sobre todo, por haber introducido en sus análisis un elemento hasta el momento ignorado: lo histórico. Esto abrió un panorama completamente nuevo y dio lugar en los años 70 y 80 a los estudios sobre la ciencia desde un punto de vista sociológico, antropológico, económico, de género o de políticas científicas. A diferencia de lo que había estado haciendo la filosofía tradicional de

---

Recibido: 30/06/2018. Aceptado: 21/10/2018.

\* Artículo realizado en el marco del proyecto *Puntos de vista, disposiciones y tiempo. Perspectivas en un mundo de disposiciones* (FFI2014-57409-R), financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España).

\*\* Universidad de La Laguna. Investigadora predoctoral. E-mail: lauragd10114c@gmail.com. Líneas de investigación: Filosofía de la ciencia, Estudios sociales de la ciencia, Filosofía y cultura popular. Tiene en prensa: Vázquez, M. y L. García (2018), "Perspectivas temporales", en: Vázquez, M. y M. Liz, *Tiempo y perspectiva*. Barcelona: Laertes. García, L. y A. Hernández (2018), "El papel de las series de televisión en la democratización de la ciencia", en: *Proceedings IX Conference of the Spanish Society for Logic, Methodology and Philosophy of Science*, Madrid: UNED.

la ciencia, centrada mayoritariamente en aspectos metodológicos o normativos, estas nuevas tendencias vuelcan sus análisis sobre todo en la práctica científica. Esta dimensión práctica de la ciencia, y todo aquello con lo que se relaciona, ha sido pensada, entre otros y otras, por Philip Kitcher, el cual defiende la necesidad de comprender el papel de la ciencia en una sociedad democrática. Kitcher se suma así al debate en torno a la “democratización de la ciencia” abierto por Paul Feyerabend en los años 70. Uno de los elementos centrales dentro de dicho debate es el papel del sujeto.

Kitcher (2010) resalta la necesidad de que el público, en un sentido amplio, se involucre en la práctica científica. Siguiendo a Robert Dahl, señala la imposibilidad de proporcionar a la ciudadanía de las democracias contemporáneas una medida de control sobre las decisiones que les afectan y que respondan a su esquema de valores. La democracia, que surge como respuesta al problema de la opresión, se encuentra ahora ante la imposibilidad de representar por completo los intereses de su ciudadanía, más aún teniendo en cuenta la persistencia de opresiones difícilmente identificables. Gran parte de las decisiones que afectan a la población son demasiado complejas para que los individuos formen una opinión responsable al respecto. Además, los representantes políticos no tienen posibilidad, según Kitcher, de saber si las políticas que incentivan responderán a las necesidades de la población, una situación que se complica aún más en la comunidad científica. De esta manera, Kitcher nos propone pensar modos en los que instituciones alternativas puedan permitirnos llegar a su ideal de “ciencia bien organizada”, un modelo que depende de deliberaciones basadas en preferencias que responden tanto a la comprensión de las oportunidades disponibles como a las necesidades expresadas. Para Kitcher es un error dar por hecho el valor intrínseco de la ciencia para comprender nuestro mundo si no se pone antes de manifiesto que aquello que denominamos “conocimiento puro” sólo está disponible para un número reducido de personas y el poco interés por hacer accesible a todos “nuestra herencia científica”.

Es por esto que en este artículo se propone resaltar el papel democratizador de ciertos medios de producción cultural que permiten al público acercarse a algunos problemas científicos o, en términos de Kitcher, permiten formar una opinión responsable sobre conocimiento científico y sus posibles aplicaciones tecnológicas. La propuesta de ciencia bien organizada exige, entre otras cosas, que la defensa del conocimiento puro provenga de deliberadores que comprendan las diferentes opciones y que incorporen las necesidades de los otros. Este aspecto permite analizar el valor de algunas series de televisión como un medio para instruir al público. La democratización de la ciencia que pide Kitcher puede estar dándose como subproducto a través del fenómeno actual de las series de televisión. Éstas han dado lugar a un nuevo tipo de cultura audiovisual, así como a un perfil de espectador interesado por tramas de índole científica y distópica que reflexiona sobre temas que, hasta entonces, podían resultarle desconocidos. A través de la noción de punto de vista, o perspectiva, veremos cómo una serie de televisión permite acceder a cuestiones que amplían la imagen que tenemos de la realidad.

## **2. Series y divulgación científica**

A partir del siglo XIX la ficción literaria comienza a narrar historias fantásticas y hechos insólitos apoyándose en los descubrimientos científicos de la época. La ciencia

ficción se define como un género en el que se relatan historias de corte fantástico a través de una explicación racional. El avance de la ciencia y la técnica hizo que, de alguna forma, los escritores crearan narraciones en las que el poder del ser humano y su control sobre la naturaleza permitían traspasar los límites de lo razonable. La novela *Frankenstein* (1823) de Mary Shelley es una de las primeras obras que dan origen a lo que se conoce como literatura de ciencia ficción. En ella se narra cómo un científico, Víctor Frankenstein, crea un ser monstruoso a partir de restos de cadáveres. Otras novelas como *El extraño caso del doctor Jekyll y Mr. Hyde* (1886), de Robert Louis Stevenson, *Veinte mil leguas de viaje submarino* (1869) de Julio Verne o *La guerra de los mundos* (1898) de Herbert George Wells serán también incluidas en este género. En ellas vemos historias sustentadas en las inquietudes científicas de la época y un intento de predecir cómo la ciencia avanzaría en el futuro. En definitiva, la ciencia ficción se ha constituido como un género literario que permite especular sobre el futuro de la ciencia y la humanidad a partir del conocimiento del presente. Siguiendo a Miquel Barceló (2005) podemos entender este género de la siguiente manera: “la ciencia ficción es una narrativa que nos presenta especulaciones arriesgadas y, muy a menudo, francamente intencionadas que nos hacen meditar sobre nuestro mundo y nuestra organización social o sobre los efectos y las consecuencias de la ciencia y la tecnología en las sociedades que las utilizan” (Barceló, 2005, 3).

En las décadas de los 40 y los 50 del siglo XX, este género literario adquiere especial relevancia. Escritores como Isaac Asimov, Arthur C. Clarke o Robert A. Heinlein, lo llevan a otro nivel debido a la rigurosidad y exhaustividad que les aporta su formación científica. Ellos y otros autores de ciencia ficción muestran en sus obras “las capacidades del científico, del divulgador y del novelista de ciencia ficción” (Barceló, 2005, 3). Así, las historias de ciencia ficción que surgen a partir del siglo XIX y que adquieren una gran relevancia en el siglo XX comienzan a trasladarse a otros géneros como el cómic, el cine y la televisión. A principios del siglo XX aparecen los primeros ejemplos de cómics o historietas de ciencia ficción, como *Buck Rogers* (1929), *Brick Bradford* (1933) o *Flash Gordon* (1934). En el cine esto ocurre incluso un poco antes. A pesar de los escasos medios técnicos de la época, en 1902 Georges Méliès estrenó *Viaje a la Luna*, una película de apenas 14 minutos basada en dos novelas de ciencia ficción: *De la Tierra a la Luna* (1865), de Julio Verne, y *Los primeros hombres en la Tierra* (1901), de Herbert George Wells. Con el avance de la tecnología y la espectacularidad que van ganando los efectos especiales, el cine se ha convertido en un vehículo especialmente adecuado para la especulación sobre el uso de la ciencia y la tecnología. También la televisión incorpora en su catálogo narraciones de este tipo, que se han visto, como el cine, favorecidas por el desarrollo de los medios técnicos. En 1966 se estrena en EEUU la serie *Star Trek*<sup>1</sup>, una de las pioneras de la ciencia ficción en la pequeña pantalla. En esta serie podemos ver una recreación de múltiples dispositivos tecnológicos que años más tarde se convirtieron en realidad, como las pantallas táctiles, las PDA, los teléfonos móviles o, incluso, la comunicación inalámbrica entre ordenadores, que fue creada apenas cuatro años más tarde del estreno de la serie. Otras series de éxito fueron *Perdidos en el espacio*<sup>2</sup>, *Buck Royers en el Siglo*

---

1 NBC: 1966-1969.

2 CBS: 1965-1968.

XXV<sup>3</sup> o *Battlestar Galactica*<sup>4</sup>. Como vemos, las series de televisión, al igual que el cine y la literatura, permiten dar a conocer puntos de vista científicos. Sin embargo, se debe recordar que la ciencia ficción, como el resto de la ficción, no es un relato estrictamente realista que tenga como hilo conductor una teoría científica, sino que consiste en presentar un relato en el que se especula sobre la ciencia, la tecnología, su desarrollo y sus usos. A la vez que encontramos series que permiten divulgar conocimiento e incentivar la reflexión a través de su trama, otras puede que se acerquen más al género literario fantástico y que divulguen más bien la pseudociencia. Pero no es este el tema que nos ocupa. El objetivo de este trabajo se centra en mostrar el valor de aquellas en las que se permite divulgar puntos de vista científicos o, al menos, incentivar la reflexión sobre estos. El que algunas series contribuyan más a la divulgación de la pseudociencia que de la ciencia es algo que no debe lastrar el valor pedagógico de estas producciones culturales.

Como decíamos, la ciencia ficción, en tanto que narración que reflexiona sobre el desarrollo de la ciencia y la tecnología, sigue estando presente en múltiples productos culturales, y su valor pedagógico ha sido ampliamente reconocido. En 1970 se crea la *Science Fiction Research Association*, en la que profesores de todo el mundo atienden a las posibilidades didácticas de este género. Con el mismo objetivo, la Universidad del Estado de Kent en Ohio crea en 1959 una revista, *Extrapolation*<sup>5</sup>, a ésta se suman otras revistas académicas como *Foundation*<sup>6</sup> o *Science Fiction Studies*<sup>7</sup>. En las últimas décadas, las series de televisión han incorporado cada vez más en sus tramas esta capacidad divulgadora que encontramos en la ciencia ficción. Uno de los motivos puede ser precisamente que éstas ya no se asocian ni surgen únicamente al dispositivo transmisor del que surgieron, la televisión. Las series son ahora producidas y emitidas por plataformas de internet como Netflix, HBO o Amazon Prime que encuentran inversión en los propios consumidores, lo cual ha permitido que la producción de series alcance mayor excelencia con respecto al contenido y calidad artística. En la actualidad encontramos muchas series que introducen puntos de vista científicos, como *Fringe*<sup>8</sup>, *Black Mirror*<sup>9</sup> o *Westworld*<sup>10</sup>, aunque no todas ellas pertenezcan al ámbito de la ciencia ficción, como *The Big Bang Theory*<sup>11</sup> o *The Knick*<sup>12</sup>. En este tipo de series encontramos algo novedoso, puesto que consiguen incentivar la reflexión sobre la ciencia y la tecnología de una manera un tanto diferente a como ha ocurrido en la literatura y el cine.

Al igual que el cine, las series son capaces de presentar temas complejos e incentivar la reflexión de una forma lúdica y aprovechando la espectacularidad de los medios técnicos. Sin embargo, lo que quizás hace a las series un medio idóneo para conseguir una democratización del conocimiento y lo que las diferencia de otras formas de divulgación es su

3 NBC: 1979-1981.

4 ABC: 1978-1980.

5 Kent State University Press.

6 Macmillan Publishers.

7 DePauw University.

8 Fox: 2008-2013.

9 Chanel 4: 2011-actualidad.

10 HBO: 2016-actualidad.

11 CBS: 2007-actualidad.

12 Cinemax: 2014-2015.

capacidad para enganchar al espectador, despertar su empatía y hacerle adoptar el punto de vista proyectado en su trama de una forma más intensa y durante un periodo de tiempo más largo. Al igual que las novelas por entregas de Dickens, Trollope o George Elliot, las series de televisión generan suspense a lo largo de la obra. Brett Martin (2014) nos dice que, aunque siempre se haya relacionado las series de televisión con el cine, podemos encontrar en ellas algo similar a las novelas por entregas: “la televisión se ha comparado de manera reflexiva con el cine, pero esta forma de narración continuada y sin final estaba, por utilizar una comparación habitual, más próxima a las novelas victorianas por entregas, otra explosión de alta cultura en un medio popular vulgar” (Martin, 2014, 20).

Concepción Cascajosa (Cascajosa, 2016) ha señalado que desde hace algunos años ha surgido un nuevo panorama de fragmentación de audiencia con respecto a las series en el que aparece un lugar específico para un perfil sofisticado de espectador, al que le interesa la innovación genérica, las temáticas actuales y la representación sin prejuicios de ciertos tabúes. Podría decirse que este perfil de espectador puede asociarse, además, a otros ámbitos, como a las nuevas formas de periodismo digital promovidas por plataformas como YouTube y blogs que permiten que cualquiera con acceso a internet pueda no solo comunicarse sino depositar en ellas información o, incluso, productos culturales. Este espectador recibe, a menudo con gran entusiasmo, contenido científico y filosófico que por lo general parece más asequible y atractivo que el contenido ofrecido por las oportunidades de aprendizaje presentadas en el ámbito académico.

Es por ello que puede pensarse que el déficit de democratización de la ciencia señalado por Kitcher (2010) puede ser de cierta forma nivelado a través de las series, éstas son capaces de crear narraciones y transmitir el contenido que debería ser divulgado por la propia comunidad científica o política. Se trata de un medio capaz de proyectar el resultado de ciertas investigaciones científicas, es decir, más allá de llevar al espectador un conocimiento que le resulta desconocido, es capaz de incentivar el cuestionamiento de las prácticas y fines en la ciencia y de especular sobre su desarrollo. En un contexto en el que la ciencia se ha privatizado, las series pueden servirnos como un recurso para tomar conciencia, esto es, ejemplificar, problematizar y generar opiniones sobre los desarrollos científicos actuales y sus repercusiones en el futuro, tal y como entiende Kitcher que sería necesario en una sociedad democrática. Por ejemplo, algunas facetas de la inteligencia artificial que están aún desarrollándose, ya existen en el plano del imaginario audiovisual y contamos con múltiples proyecciones y problematizaciones al respecto. En cierta forma, las series de televisión han ocupado el privilegiado puesto que hasta ahora había pertenecido al cine y, además, han adquirido un formato y contenido que las convierten en algo así como literatura televisada.

Muchos son los autores que han hablado de los medios de masas y la repercusión e impacto que generan en los espectadores. Ya Adorno (1947) mostraba preocupación por la uniformización que encontraba en el cine y, en general, en una cultura de masas que comenzaba a hacerse latente en torno a la década de los 40, mientras que, a la vez, hacía hincapié en la potencialidad emancipadora que albergaba.

Quizás hoy podríamos decir que las series han ido adquiriendo la necesidad que señalaba Adorno (Adorno, 1947,15) de unir la utilización de la técnica con la capacidad de expresar la realidad; de hacer llegar ciertas ideas a los espectadores, de desarrollar tramas complejas

y lo que es aún más interesante: crear personajes y puntos de vista profundos que podemos llegar a conocer y comprender. También lo que dice Rancière (2008) sobre las artes escénicas puede ser trasladado a las series para entenderlas como un producto artístico emancipador. A su parecer, el teatro, al igual que el resto de artes escénicas que requieren de un espectador, ha sido redefinido, el espectador deja ser pasivo si se entiende que su poder es retomado y reactivado en la performance, en la inteligencia y en la energía que se reproduce en ella. Esto supone pensar que el embrutecimiento del espectador se solventa al mostrarle en la obra lo extraño, lo inusual, en definitiva, un enigma al que debe encontrar sentido (Rancière, 2008, 11-12).

Dominique Wolton nos dice, con relación a los medios de comunicación individualizados e interactivos, que la televisión no ha estado nunca tan desvalorizada como hoy en día. No obstante, entiende que las innovaciones técnicas pueden hacernos pasar de la sociedad industrial a la sociedad de la información, en la que lo esencial sea la comunicación. La televisión se constituye, según este autor, como un medio de comunicación hacia la cultura y la democracia de masas, algo que también puede ser dicho de internet y el intercambio de información que propicia.

Pensamos en un emisor movido por las más negras intenciones, y en un destinatario siempre dispuesto a creer en lo que se le cuenta, sin autonomía ni distancia crítica. Negamos tanto la distancia crítica del receptor como la dimensión normativa del emisor, es decir, la posibilidad de una cierta intercomprensión. (Wolton, 1999, 42)

Otros autores como Pierre Bourdieu se muestran escépticos con respecto a esta idea. Bourdieu (1996) afirma que, por lo general, la televisión se ha establecido como un medio en el que se somete el mensaje a la forma, es decir, un medio en el que los investigadores, científicos o escritores deben sacrificar el discurso reflexivo para conseguir que sea, principalmente, atractivo. Bourdieu recupera el “Ser es ser visto” de Berkley para explicar cómo la televisión permite dar a conocer a las figuras académicas, a pesar de que el mensaje, lo que dicen, pase desapercibido. Aunque desconfía en la forma actual en la que se hace televisión, nos dice que en determinados casos aparecer en ella puede constituir una especie de deber “la televisión es un instrumento que, teóricamente, ofrece la posibilidad de llegar a todo el mundo” (Bourdieu, 1996, 18) y es que entiende que entre las más importantes misiones de los científicos está la de hacer llegar a todos los logros de la ciencia. Aunque actualmente la producción de series comience a desligarse de la televisión, ésta sigue siendo un medio de comunicación masivo, y a pesar de las críticas que podemos encontrar sobre televisión y el cuestionamiento del tipo de mensaje que se reproduce en ella, lo que podemos quizás afirmar es que en las series encontramos una anomalía. En éstas se produce una unión del formato atractivo, visualmente seductor, con una narración que recupera lo mejor de la literatura y que, a su vez, permite visibilizar o divulgar contenido académico.

Obviamente, no podemos decir esto de todas las series, pero sería un error no atender al éxito cada vez mayor de series que tocan temas controvertidos y que sobrepasan las expectativas del contenido que esperamos encontrar en ellas. Las series aparecen como un aparato divulgador del conocimiento al mostrar y cuestionar algunos de los desarrollos científicos y

tecnológicos más controvertidos. El mundo de la imagen, nos dice Bourdieu, está dominado por palabras que hacen ver lo que se nos presenta. Estas palabras pueden crear temor, fobias o, por otro lado, conseguir representaciones sobre un determinado tema; ilustrarnos a través de representaciones sobre las diferentes perspectivas con las que se enfoca una problemática y que nos permiten ampliar nuestra realidad.

En este punto, podemos, por tanto, pasar a analizar cómo una serie de televisión nos permite tener en cuenta los diferentes puntos de vista en relación a una controversia o desarrollo científico, o incluso, mostrar diferentes perspectivas y formas de entender la moral o la política, lo cual es importante para conseguir representar más dimensiones de las que la apariencia ordinaria nos ofrece.

### 3. Jon Moline y la noción filosófica de punto de vista

Analizar la posibilidad de encontrar en las series una forma de democratización o, al menos, de divulgación del conocimiento, puede ser una forma de entender cómo se relaciona la ciencia y la filosofía. Manuel Liz (Liz, 2012) afirma que la filosofía es reflexión sobre el mundo y nuestra relación con él, pero también reflexión sobre la ciencia y sobre lo que nos hace humanos. Series actuales como *Black Mirror*, *Master of sex*<sup>13</sup> o *The Knick* versan sobre esto. Ofrecen al espectador la oportunidad de reflexionar sobre temas que, por lo general, no le resultan cercanos como, por ejemplo, qué es aquello que nos diferencia de una máquina, qué nos constituye como humanos o cómo podemos entender el desarrollo de ciertas tecnologías. Mediante este producto cultural vemos cómo se representan controversias, repercusiones positivas y negativas, la relación entre ciencia y política o incluso el propio desarrollo histórico de la ciencia. Se trata de un medio audiovisual capaz de proyectar diferentes puntos de vista que pueden resultar relevantes para que los individuos se formen una opinión responsable.

Para mostrar por qué una serie de televisión consigue mostrar desde diferentes perspectivas la realidad o, concretamente, una controversia científica, atenderemos primero a qué podemos entender por puntos de vista. Podemos decir que Ortega y Gasset es, posiblemente, el primer autor considerado perspectivista dado que habló de una posición filosófica que podía ser denominada *perspectivismo*. Su posición al respecto se ve especialmente en *El tema de nuestro tiempo* (Ortega y Gasset, 1923), concretamente en el apartado “La doctrina del punto de vista”. Para este autor, el mundo no es material ni espiritual, sino que es un conjunto de perspectivas y la única forma de comprender o acceder a la realidad será desde circunstancias concretas: “todo conocimiento lo es desde un punto de vista determinado” (Ortega y Gasset, 1923, 105), lo cual, supone que uno adopta un punto de vista que, a su vez, excluye otros: “de la infinidad de los elementos que integran la realidad, el individuo, aparato receptor, deja pasar un cierto número de ellos, cuya forma y contenido coinciden con las mayas de su retícula sensible” (Ortega y Gasset, 1923, 103). Ortega señala así cómo desde un determinado punto de vista algo es relevante mientras que, para otro, lo mismo puede pasar totalmente desapercibido.

---

13 Showtime: 2013-2016.

Para acercarnos a una definición del punto de vista recurriremos a continuación al pensamiento de Jon Moline<sup>14</sup>. Este autor nos habla de la dificultad de establecer una respuesta clara a la pregunta sobre qué constituye un punto de vista y cuestiona la definición de Kurt Baier, quien entiende que podemos definirlo como la adopción de ciertos principios que nos permitan responder a preguntas prácticas. La discusión entre Moline y Baier se produce en los años 60, y sin embargo no ha dejado de ser recurrente a la hora de hablar de puntos de vista, tanto, que es recogida en obras recientes que trabajan sobre este tema como, como en Liz (2013), Colomina-Almiñana (2018) y Vázquez y Liz (2015). Moline nos dice que la forma en que entiende Baier los puntos de vista a partir de principios, al estilo kantiano, es muy estrecha y acarrea dificultades. Adoptar un punto de vista, a su parecer, supone mucho más que seguir una serie de principios; implica contar con una serie de vivencias. Entiende que la definición de Baier de un punto de vista como un conjunto de principios podría ser conveniente para quien adopte un punto de vista moral pero no para todas las preguntas prácticas y, recurriendo a John Howard Griffin en *Black like me*, nos muestra cómo intentar adoptar el punto de vista con el que vive, por ejemplo, una persona negra está más relacionado con ciertas experiencias o actitudes que con principios. La expresión adoptar o tomar un punto de vista adquiere, a su parecer, dos sentidos diferenciados que pueden ser útiles para comprender en qué consisten o cómo definirlos.

Por un lado, podemos comprender un punto de vista como una referencia o ubicación espacial, tal y como podríamos entender el punto de vista que toma una cámara al capturar su objeto. Así, podemos entender un punto de vista como un determinado punto de ubicación o emplazamiento desde el cual uno puede ver ciertas cosas o realizar determinadas tareas, pero no otras. Algunos puntos de vista pueden ser adoptados por una sola persona a la vez, como por ejemplo ocurriría desde una montaña cuyo pico sea muy estrecho. Otros, sin embargo, pueden ser suficientemente anchos como para ser compartidos y que diferentes personas puedan adoptar el mismo enfoque o perspectiva a la vez. Que un punto de vista pueda o no ser compartido por más de una persona depende, en este caso, de factores como la elevación, las obstrucciones visuales, la distancia, el contorno del terreno, etc.

Por otro lado, Moline nos habla de otro sentido en el que considerar un punto de vista que adquiere relevancia filosófica. Al igual que los puntos de vista que dependen de la ubicación, los puntos de vista en un sentido filosófico pueden ser adoptados por una sola persona o por una colectividad. Por ejemplo, el punto de vista del presidente es único, mientras que el punto de vista que adopta un militar puede ser ampliamente compartido. Sin embargo, a diferencia de lo que ocurría con la ubicación, Moline piensa que el punto de vista de un militar o del presidente no se conforma únicamente mediante la ubicación que estos ocupan. Lo que le parecerá fundamental sobre un punto de vista no es ya el lugar sino la forma en la que algo es enfocado. Para explicar esto recurre de nuevo a un ejemplo y nos hace pensar en cómo un policía es capaz de adoptar el punto de vista de un ladrón para conseguir descifrar su comportamiento sin dejar de ser por ello un policía. El policía es, actúa y piensa como tal, mantiene su punto de vista, y simplemente intenta poder pensar como un ladrón, entender su perspectiva, para poder capturarlo. Por tanto, podemos ver que para Moline, un punto de vista puede aparecer de dos maneras: uno puede tomar un punto de vista o bien puede

---

14 En lo que sigue, resumiré la tesis de Moline (1968, pp. 191-198).

intentar comprender el punto de vista de otro, algo que puede ser observado en literatura, donde encontramos el propósito de caracterizar ciertos puntos de vista. Para él (Moline, 1968, 195) “adoptar un punto de vista” puede, por tanto, entenderse de diferentes formas desde la perspectiva filosófica: entender un punto de vista dado, caracterizar o evaluar un punto de vista de forma crítica o adoptarlo, es decir, tener un punto de vista propio desde el cual algo es enfocado.

Así, Moline analiza diferentes clases de afirmaciones y preguntas que pueden estar asociados a puntos de vista y que nos permiten identificarlos desde una perspectiva filosófica. Se trata de criterios muy abiertos que nos permiten identificar la forma peculiar en la que se ve el mundo desde un determinado punto de vista, a pesar de que no podamos derivar de éstos definiciones precisas ni condiciones necesarias o suficientes para encasillarlos. La adopción de un punto de vista en una afirmación comprensiva (*comprehension claims*) puede verse al intentar entender un punto de vista, por ejemplo, el del físico Robert Oppenheimer cuando creó la bomba atómica, lo cual requeriría no solo de la comprensión de las expectativas y oportunidades disponibles en el conocimiento de la época, sino que requeriría, por ejemplo, justificar y comprender su creación por las exigencias del Estado americano, esto es, por el contexto político y social. Por otro lado, las afirmaciones de que una determinada consideración es relevante o irrelevante desde algún punto de vista u otro constituyen una segunda clase. Moline nos dice que serían, por ejemplo, aquellas cuestiones psicológicas que pueden parecer irrelevantes desde un punto de vista filosófico. A este tipo podemos llamarlo algo así como afirmaciones de irrelevancia (*irrelevance claims*). Otras veces encontramos, según este autor, afirmaciones más bien críticas hechas también mediante de la expresión punto de vista como, por ejemplo, “El senador Yawn decidió tomar un punto de vista estrecho y económico sobre la legislación” (Moline, 1968, 193) en este caso, la afirmación sobre el punto de vista tiene que ver con la amplitud o estrechez con la cual somos capaces de enfocar un determinado tema. Esta forma de referirnos a un punto de vista, será denominada por Moline como afirmaciones de tamaño (*size claims*).

Hasta ahora hemos visto de qué forma nos referimos a los puntos de vista y que significado atribuimos a estos con nuestras afirmaciones. Con todo, el trabajo de Moline va aún un poco más allá, y es que este autor afirma que los puntos de vista tienen bastante que ver con la personalidad y el rol, en tanto que encontramos diferentes formas de enfoque sobre la realidad en función del grupo en que nos fijemos. Para mostrar esta idea, Moline piensa en el punto de vista que puede tener un físico, un administrativo, un padre o un gobierno, pero también a entidades inanimadas pueden serles atribuidas perspectivas, podemos, por ejemplo, referirnos al punto de vista del cine, del rock y el de una plaza o, incluso, aludir al punto de vista de un perro, de un ordenador o hasta el de un gusano. Podemos ponernos en o imaginarnos, todos estos puntos de vista. Moline cae en la cuenta de que, por lo general, nos parece mucho más fácil ponernos en el lugar de un perro que en el de, por ejemplo, una almeja. Esto podría ocurrir porque tenemos una mayor familiaridad con el perro y porque podemos asemejarlo a nosotros. En cierta forma podemos ver a nuestro perro como una persona en tanto que nos muestra una cierta personalidad, y esto parece imprescindible para poder referirnos o hacernos una idea de lo que es un punto de vista.

Otra forma de aproximarnos a lo que supone esta expresión implica fijarnos en que, a menudo, podemos encontrar una conexión entre tomar un punto de vista y tener una posi-

ción en el sentido de desempeñar un papel. Todas las entidades, grupos o personas, están asociadas, según Moline, a ciertos roles. En función de la variedad de roles que adoptemos tendremos un punto de vista diferente y de cierta forma restrictivo; no es lo mismo ser un consumidor de tecnología que ser productor de ésta. Como vemos, el punto de vista, además de estar asociado a la personalidad, lo estará también al rol, el puesto que ocupemos. Para entender un punto de vista se hace necesario entender los diversos roles de alguien, aunque esto no nos asegure una completa comprensión de su punto de vista, podemos, por ejemplo, hablar del punto de vista de alguien que sufre una enfermedad mental, aunque no podamos comprender del todo qué implica estar en su papel. Por tanto, entiende que la conexión entre los roles y el punto de vista no es demasiado fuerte, pero sí que puede arrojar luz acerca de lo que es un punto de vista. Moline recurre al teatro como un lugar en el que podemos ver qué es un rol y cómo influye en un punto de vista, en tanto que en él se crea el rol, la personalidad, a la que da vida a un actor y que conforma lo que debe sentir, hacer o decir un personaje. Por lo general, cuando decimos que adoptamos un determinado rol nos estamos refiriendo a simular la posición de otra persona. Tener un punto de vista y ocupar un puesto parece implicar actuar o comportarse de cierta manera. Por lo tanto, la consideración sobre la conexión entre roles y puntos de vista le hace reemplazar su pregunta original “¿Qué es tomar un punto de vista?” por “¿Qué hace uno al tomar un punto de vista?”. La respuesta a esta pregunta estaría asociada al conjunto de aquellos rasgos y factores que se hacen relevantes a la hora de tomar decisiones desde un determinado punto de vista.

Moline concluye, de esta forma, que tomar un punto de vista es semejante a mirar a través de una lente construida para un propósito particular, con un foco y campo de visión particular. Algunos objetos estarán enfocados, se hacen relevantes, y otros simplemente serán excluidos puesto que no son importantes desde una determinada perspectiva. En general, Moline considera que adoptar un punto de vista conlleva ciertas tendencias, como perseguir ciertos intereses y objetivos específicos, utilizar ciertos criterios para la evaluación de acciones que conducen o no al logro de estos objetivos y considerar otros intereses o criterios como irrelevantes. Hacer suposiciones fácticas acerca de lo que supone ser, por ejemplo, un científico, tendría que ver, en este caso, con las creencias y el método que caracterizan su trabajo y su forma de enfocar el mundo. Así, tomar un punto de vista supone una tendencia a compartir intereses, metas, criterios, suposiciones y juicios de relevancia o irrelevancia característicos de quienes toman dicho punto de vista. Decir que más de una persona adopta un punto de vista implica que se comparten estas características o al menos actuar como si esto ocurriese.

Moline dice que la expresión “punto de vista” no parece usarse simplemente para describir ciertos eventos mentales, reales o ideales, sino que es utilizada en la reconstrucción racional, la interpretación y la crítica de las tendencias racionales e irracionales en el comportamiento. Los criterios relevantes y las suposiciones fácticas tendrían también relevancia al hablar de un punto de vista moral. En un punto de vista existen objetivos, criterios, suposiciones y cursos de acción que pueden ser defendidos o prohibidos. Así, nos dice Moline, en ocasiones, puede ocurrir que un determinado punto de vista moral pueda coincidir con el punto de vista del interés propio. Para demostrar esto se debe revisar, a la luz de los hechos de un caso concreto, los intereses relevantes, los criterios, suposiciones y cursos de acción para mostrar qué aspectos se comparten; y estos mismos factores deberían ser revisados

si pensamos que dos puntos de vista son incompatibles. Lo mismo ocurriría con las afirmaciones de comprensión, de irrelevancia o de tamaño que vimos anteriormente. Cuando intentamos ponernos en el punto de vista de un científico, por ejemplo, Oppenheimer, vemos cómo tenemos en cuenta estos factores en nuestro intento de comprender sus actos y comportamientos. Recurrirémos a suposiciones, intereses, objetivos, criterios y restricciones con respecto a lo que era o no relevante. Como vemos, estos factores parecen imprescindibles a la hora de explicar el comportamiento humano y, según Moline, conocerlos puede incluso permitirnos predecir el comportamiento futuro.

En definitiva, Moline entiende que adoptar un de punto de vista puede tener diferentes significados: entender un punto de vista dado, caracterizar o evaluar un punto de vista de forma crítica o adoptarlo, es decir, tener un punto de vista propio desde el cual algo es enfocado. Según este autor, adoptar un punto de vista tiene que ver, más que con principios, con una determinada vivencia, por lo que podemos entender que, en las series de televisión, como en la literatura o el cine, se nos permite adoptar experiencias o vivencias que nos resultan lejanas. Se nos muestra, por ejemplo, el punto de vista o rol de un ingeniero y un programador informático, como en el caso de *Halt and Catch Fire*<sup>15</sup>, el punto de vista de un cirujano a principios del siglo XX como ocurre en *The Knick* o las diferentes perspectivas a la hora de abordar una controversia tecnológica, como veremos a continuación a través de un capítulo de *Black Mirror*.

#### 4. Puntos de vista científicos en el caso de *Black Mirror*

A continuación, intentaré ejemplificar esta forma de democratización del conocimiento y la proyección de los puntos de vista en una serie de televisión utilizando un ejemplo de la ya mencionada *Black Mirror*. A través del capítulo *White Bear*<sup>16</sup> veremos cómo a través de diferentes puntos de vista el espectador se forma una imagen sobre el desarrollo de una determinada tecnología. Para explicarlo, deberemos atender primero a su trama. El capítulo comienza con un timbre molesto cuyo origen desconocemos y con una masa de gente que parece no poder evitar el uso de su Smartphone para grabar a una mujer que está en peligro, Victoria. En este momento, observamos una perspectiva, la de la víctima, que huye ante la pasiva mirada de la multitud que se limita a grabarla. Luego, la trama cambia y el espectador amplía su perspectiva al entender que la víctima es parte de un montaje televisivo que pretende hacer justicia a un crimen que ésta ha cometido. El público comienza a comprender entonces que la protagonista, por la que ha sufrido empáticamente durante el fatigoso capítulo, había encubierto el asesinato de una niña a la que su marido secuestró y asesinó. Así, la mujer a la que considerábamos víctima comienza a ser vista como verdugo en el momento en que nos enteramos de que habría encubierto un asesinato y que, además, lo había grabado.

Lo que vemos con esta estructura narrativa son diferentes puntos de vista. En Liz (2012) se nos muestra una forma de distinguir entre diferentes puntos de vista y, para explicar la forma del relato de este capítulo, propongo recurrir a algunos de ellos fijándonos en el titular, esto es, en los diferentes portadores de los puntos de vista que constituyen la narración y que,

---

15 AMC: 2014-2017.

16 Episodio dos de la tercera temporada. Dirigido por Carl Tibbetts y estrenado el 18 de febrero de 2013.

a su vez, nos permitirá observar el conflicto ético en esta controversia. En general podemos acordar que, aunque no provenga de un sujeto, esta serie muestra un punto de vista; supone una visión un tanto pesimista sobre la tecnología y nuestra relación con ella. A través de un futuro distópico se nos muestra un posible desarrollo de la ciencia y la tecnología que nos pervierte. A su vez, en este capítulo concreto encontramos dos puntos de vista diferentes que provienen de diferentes sujetos o entidades. En primer lugar, tenemos el punto de vista individual de la protagonista, esto es, un punto de vista personal que nos muestra su subjetividad y su modo de entender la situación que vive. Victoria no recuerda quién es ni por qué despierta en un lugar donde todo parece estar controlado por un monitor, desde su perspectiva el resto son los “malos”, representan un peligro. Esto constituye su punto de vista personal, y durante la primera parte del capítulo, el espectador, de forma intersubjetiva, lo comparte, sólo conoce el punto de vista del cual Victoria es titular. Es decir, nuestro punto de vista se involucra con el de Victoria. Sólo en la última parte del capítulo el espectador comienza a ser partícipe del punto de vista colectivo que muestra la sociedad en la que despierta la protagonista y que entiende que la enemiga es Victoria. Se trataría de un punto de vista colectivo en tanto que se nos presenta el punto de vista de una colectividad de sujetos, más allá de si podemos encontrar o no en ésta una vida mental independiente. Cuando el espectador comienza a tener un punto de vista intersubjetivo al respecto de la colectividad, comienza a encontrar respuestas a todas aquellas preguntas que se había formulado mientras seguía la perspectiva de Victoria. Las paredes del transmisor se abren y muestran al público sentado en un plató de televisión, sólo entonces somos capaces de entender qué ha ocurrido de una forma objetiva. Previamente nuestra perspectiva era cercana al carácter experiencial de un sujeto, es decir, nuestro punto de vista es relativo a cómo la protagonista está situada de una determinada forma en el mundo. Así, a través de este capítulo la serie nos propone pensar la problemática ética que surge del desarrollo y el uso de la tecnología desde dos puntos de vista. El primero es el personal y subjetivo, que muestra la experiencia de Victoria, el segundo es el de la colectividad, la sociedad a la que identificamos a partir de su intención de utilizar la tecnología para ejecutar una venganza macabra. En la primera parte, los malvados son la sociedad y la gente que persigue a la protagonista mientras que, en la segunda, a partir de la nueva información, pasamos de ver a Victoria como víctima para entender que es una delincuente. El efecto que produce sobre el espectador este capítulo generaría, a su vez, un tercer punto de vista capaz de unificar ambas y que reflexiona sobre el problema ético de esta terrible utilización de la tecnología.

Además de la proyección de diferentes puntos de vista de los personajes, en una serie de televisión, encontramos, en primer lugar, un punto de vista principal: la cámara. El medio técnico que permite grabar una serie de televisión es en sí mismo una focalización de las escenas. Como nos decía Moline, un punto de vista puede ser encontrado en la cámara. A través de ella se consigue que el espectador vea imágenes que han sido seleccionadas específicamente para generar una imagen concreta desde un determinado emplazamiento. Así, las series adquieren una función comprensiva mediante la retransmisión de diferentes puntos de vista que son o pueden ser tomados con respecto a una determinada controversia. Digamos que, al igual que existen visiones que sólo puede tener una persona que se encuentre en lo más alto de una montaña, existen cuestiones relacionadas con la ciencia y la tecnología que no son consideradas más que por científicos o, en todo caso, por comités éticos, en cual-

quier caso, podríamos decir que pertenecen también a lo “más alto” del mundo académico o investigador. En una serie de televisión encontramos afirmaciones comprensivas, pero no sólo eso, sino que también se presentan afirmaciones de irrelevancia o incluso de tamaño. Esto puede ser también observado en el episodio *White Bear*, donde podemos observar cómo desde cada perspectiva, la de Victoria o en la de la sociedad, se toman por relevantes cosas diferentes. Para Victoria lo relevante será su vida, salvarse, para la sociedad lo principal es conseguir hacer del crimen un espectáculo. Para ambos el enfoque de la situación es distinto, y también lo será la amplitud con la que observan los hechos, digamos que el punto de vista de la protagonista puede ser entendido como más estrecho en tanto que no es consciente de la dinámica a la que obedece la situación que está viviendo ni tampoco recuerda el crimen por el que está pagando, mientras que el resto sí y, precisamente por ello, nadie la ayuda. Como vemos, en este capítulo se permite observar cómo influye la personalidad, el rol, en el punto de vista desde el cual se enfoca una determinada situación. Las suposiciones, intereses, objetivos, criterios y restricciones que aparecen en cada uno de los puntos de vista son diferentes, y al contraponerlas se nos muestra este peculiar dilema o controversia con respecto al uso de la tecnología.

## 5. Conclusiones

Hemos podido comprobar como una serie de televisión como *Black mirror* muestra, a través de diferentes puntos de vista, una controversia con respecto a la utilización y desarrollo de la tecnología. El espectador en este capítulo es capaz de recibir información relevante de los dos bandos: Victoria y la sociedad, y reflexionar a partir de ahí sobre qué uso debe tener la tecnología o si es legítima la utilización de esta en cualquier situación. En el relato que encontramos en una serie de televisión se proyectan, por lo general, diferentes puntos de vista que nos permiten revelar en qué consiste una controversia científica. Si, como decía Moline, analizar y comprender puntos de vista permite predecir, podríamos estar ante herramienta muy ilustrativa sobre la práctica científica o los factores que determinan la dirección de las investigaciones. En esta ocasión, *Black mirror* hiperboliza la utilización de las tecnologías con las que contamos en la actualidad para mostrarnos cómo un uso desorbitado de, por ejemplo, las redes sociales pueden tener consecuencias aterradoras. En este capítulo hemos podido observar la utilización del perspectivismo para narrar un relato que versa sobre las diferentes formas de enfocar las consecuencias de ciertos usos de la tecnología y las diferentes vivencias a las que da lugar.

En definitiva, las series de televisión pueden ser entendidas como una forma de acercar problemas a los espectadores y, en este sentido, muestran un carácter democratizador. Podríamos, incluso, decir que las series han adquirido la potencialidad emancipadora de la que nos hablaba Adorno; son capaces de plasmar la realidad y cuestionarla. A través de los diferentes puntos de vista que son proyectados en una serie de televisión se permite que el público comprenda determinadas controversias e incorpore las necesidades de los otros en la reflexión acerca del desarrollo científico. Las nuevas tecnologías aparecen en nuestras vidas sin haber tenido demasiado tiempo para reflexionar sobre ellas. Ante este panorama, las series proporcionan una forma de proyectar los diferentes puntos de vista relacionados con el uso de la ciencia y la tecnología. El público es instruido sobre ciertas prácticas, dilemas y

conceptos relacionados con la ciencia; facilitan el conocimiento necesario para convertirlos en deliberadores. Podemos concluir diciendo que las series de televisión, siendo un producto cultural, pueden convertirse en una alternativa que permita formar una opinión responsable sobre conocimiento científico o, al menos reflexionar sobre las posibles aplicaciones tecnológicas. Encontramos, por tanto, un carácter filosófico en las series de televisión; éstas nos permiten, como decíamos, reflexionar sobre el mundo y nuestra relación con él o, incluso, sobre la ciencia y la forma en que su desarrollo nos repercute.

## Referencias

- Adorno, Th.W. y H. Eisler (1947), *Composing for the Films*, New York: Oxford University Press. Citas de la edición castellana, *El cine y la música*, Madrid: Ed. Fundamentos, 2015.
- Barceló García, M. (2005), “Ciencia y ciencia ficción”, *Revista Digital Universitaria*, vol. 6, n° 7.
- Bourdieu, P. (1996), *Sur la télévision: duivi de L'emprise du journalism*, Paris: Liber éditions. Citas de la edición castellana *Sobre la televisión*, Barcelona: Anagrama, 2016.
- Cascajosa, C. (2016), *La cultura de las series*, Barcelona: Laertes.
- Colomina-Almiñana J.J. (2018), *Formal Approach to the Metaphysics of Perspectives*, Synthese Library (Studies in Epistemology, Logic, Methodology, and Philosophy of Science), Heidelberg: Springer.
- Kitcher, Ph. (2010), “Science in a Democratic Society”, en: González, W.J. (ed): *Scientific Realism and Democratic Societies: The Philosophy of Philip Kitcher*, Poznan Studies in the Philosophy of Science and the Humanities, Amsterdam: Rodopi, pp. 95- 112.
- Liz, M. (2012), *Puntos de vista. Una investigación filosófica*, Barcelona: Laertes.
- Martin, B. (2014), *Hombres fuera de serie*, Barcelona: Ariel.
- Moline, J. (1968), “On points of view”, *American Philosophical Quarterly*, University of Illinois Press on behalf of the North American Philosophical Publications, vol. 5, pp. 191-198.
- Ortega y Gasset, J. (1923), *El tema de nuestro tiempo*, Madrid: Calpe. Citas de la edición de Madrid: El arquero, 1970.
- Rancière, J. (2008), *Le spectateur émancipé*, Paris: La fabrique éditions. Citas de la edición castellana, *El espectador emancipado*, Ellago Ensayo, 2010.
- Vázquez, M. y M. Liz (2015), *Temporal Poin of view. Subjective and objective aspects*. Heildelberg: Springer
- Wolton, D. (1999), *Internet et après. Une théorie critique des nouveaux médias*, Paris: Flammarion. Citas de la edición castellana, *Internet, ¿y después? Una teoría crítica de los nuevos medios de comunicación*, Barcelona: Gedisa, 2000.

**Perspectivas de primera,  
segunda y tercera persona**



## Mental Attribution in Interaction: How the Second Person Perspective Dissolves the Problem of Other Minds\*

Atribución mental en la interacción:  
De qué modo la perspectiva de segunda persona modifica el  
problema del conocimiento de las otras mentes

ANTONI GOMILA\*\* & DIANA PÉREZ\*\*\*

**Abstract:** In this paper, we will address the question of the impact of the second person perspective of psychological attribution on the traditional problem of knowing other minds. With that purpose in mind, we will introduce the notion of a second-personal perspective of mental attribution within the context of the classical problem of other minds, and discuss the epistemic and ontological implications that follow once the second person perspective is honored. In particular, we will examine how its recognition transforms the traditional problem of other minds, both in its epistemological, ontological and semantical dimensions, and offers a way to go beyond the objective/subjective dichotomy

**Resumen:** En este trabajo enfrentaremos la cuestión del impacto de la perspectiva de segunda persona de la atribución mental en el problema tradicional del conocimiento de las otras mentes. Con este propósito en mente, introduciremos la noción de una perspectiva de segunda persona de la atribución mental en el contexto del problema clásico del conocimiento de las otras mentes, y discutiremos las implicaciones epistémicas y ontológicas que se siguen cuando se adopta la perspectiva de segunda persona. En particular, examinaremos cómo este reconocimiento transforma el tradicional problema de las otras mentes tanto en la dimensión epistémica como en las dimensiones ontológica y semántica, ofreciendo una manera de ir más allá de

---

Recibido: 28/05/2018. Aceptado: 21/10/2018.

\* Este trabajo se ha beneficiado del apoyo de los proyectos FFI2013-44007-P y FFI2017-86351, del Gobierno español para AG, y los proyectos argentinos UBACyT 20020170100215BA y PIP/CONICET 11220170100517CO para DP.

\*\* Catedrático del Departamento de Psicología, Universitat de les Illes Balears; Investigador de evocog, unidad asociada al IFISC (CSIC-UIB). Contacto: [Toni.gomila@uib.cat](mailto:Toni.gomila@uib.cat) Líneas de investigación: segunda persona; psicología moral. Publicaciones recientes: Gomila, A.; Christensen, J.F. (2018) On the moral import of the arts: the case of music. *Progress in Brain Research*, 237: 471-484. Pérez Manrique, A.; Gomila, A. (2017) The comparative study of empathy: sympathetic concern and empathic perspective-taking in non-human animals. *Biological Reviews* 93(1): 248-269. doi: 10.1111/brv.12342.

\*\*\* Profesora Asociada, Departamento de Filosofía, Universidad de Buenos Aires; Investigadora Principal CONICET, Directora Instituto Investigaciones Filosóficas SADAF-CONICET. [dperez@filo.uba.ar](mailto:dperez@filo.uba.ar) Líneas de investigación: segunda persona; expresión; emoción. Publicaciones recientes: Pérez, D. (2018) Languages for the analytical tradition. *Philosophical Papers*, 47/1:1-21. Pérez, D. (2017) Filosofía, ciencias cognitivas y sentido común: el caso de la perspectiva de segunda persona. *Revista de Filosofía Moderna e Contemporánea*, 6/1.

of Modern Philosophy. A proper notion of intersubjectivity, we will argue, is not a simple addition to this dichotomy, but it offers the way to get over the traditional philosophical problems that follow from this modern philosophical paradigm.

**Keywords:** intersubjectivity, self-knowledge, second person, other minds

la dicotomía objetivo/subjetivo propia de la filosofía moderna. Una noción apropiada de intersubjetividad, argumentaremos, no es un simple agregado a esta dicotomía, sino que ofrece una manera de superar los problemas tradicionales que se siguen del paradigma filosófico moderno.

**Palabras Clave:** intersubjetividad, autoconocimiento, segunda persona, otras mentes

## 1. Introduction

There is a growing interest in the second person perspective. The notion was first proposed around the turn of the 21st century (Gomila 2001, 2002; Gallagher 2001; Scotto 2002; Reddy 2008), and it took a long time for the idea to spread widely both in philosophy of mind and cognitive science. In a nutshell, it claims that social cognition works differently in face-to-face interaction as it works in detached, spectatorial, social situations. However, there are diverse ways to conceive of this perspective and their implications. Some of them view it as a capacity for motor synchronization, or for motor interaction, that does not involve any form of mental attribution. Others stay within a phenomenological framework that emphasizes how the other appears in one's consciousness, without any interest in the actual interaction. Still others downgrade second-personal attributions to a form of subpersonal, low-level process.<sup>1</sup> In previous writings (Gomila 2001, 2002; Pérez 2013, Pérez & Gomila 2018), we have argued that the second person perspective has to be understood as a genuine perspective of mental attribution, that is activated in situations in which an agent is actively and directly engaged in real-time interaction with another one. We have also argued that the second person perspective is ontologically and conceptually basic, that it cannot be reduced either to first- or third- personal perspectives, in so far as it draws on information about contingent reciprocity that is only graspable from within this standpoint, and that its attributions lack the opacity of conceptual attributions, but are rather transparent, extensional, and context-dependent.

In this paper, we will address the question of the impact of the recognition of this perspective on the traditional problem of knowing other minds. With this purpose in mind, we will first place the notion of a second-personal perspective of mental attribution within the context of the classical problem of other minds, and discuss the epistemic and ontological implications that follow once the second person perspective is honored. In particular, we will examine how its recognition transforms the traditional problem of other minds, both in its epistemological, ontological and semantical dimensions, and offers a way to go beyond the objective/subjective dichotomy of Modern Philosophy. In the second section, we will provide a basic characterization of the problem of other minds, highlighting the underlying assumptions that gave rise to it. In the third section, we will introduce our characterization of the second person perspective, and we will illustrate it with the case of emotional expression in interaction. In the fourth section, we will elaborate on the consequences that follow from

<sup>1</sup> See Gomila & Pérez 2017 for a discussion about these different ways of conceiving the second person perspective.

this perspective to the traditional problem of knowing other minds. In the closing section, we will extrapolate some conclusions concerning the question of how to loosen the grip of the basic opposition subjective/objective that characterizes Modern philosophy, and how the notion of intersubjectivity is not an addition to it, but the way to get over the traditional philosophical problems that follow from the Modern philosophical paradigm.

## **2. The problem of other minds**

Physical objects can only be known from a third person perspective. This is the perspective of objectivity, the way we grasp how things are. This objective standpoint is committed to acknowledge the possibility of multiple different particular points of view from which to perceive how the same thing stands, the possibility of being mistaken or in disagreement when adopting different points of view, and also the possibility of a privileged vantage point in order to approach reality. For the occupants of these points of view, though, the problem of perspectival knowledge is central and constitutive.

Knowing subjects, though, is quite different. They can be known, *prima facie*, not only from a third person perspective but also from a first-personal one. In other words, subjects can also know themselves «from the inside», so to say. As a matter of fact, this feature is part of what being a subject amounts to. A simple example may help clarify this dual way to approach the knowledge of subjects: a diabetic person may read their glucose level by means of a glucometer but also experiences the sensation of being about to faint, something that happens when the glucose level drops below a certain value. While the first form of access to her state is accessible to anybody, the second is accessible only to herself. For subjects, then, at least these two perspectives, these two ways of accessing their states, have been traditionally distinguished: the third person/objective vs. the first person/subjective perspectives. And there is a striking asymmetry between them: while the former can be adopted by any subject towards any subject, because it is the perspective of objectivity, the perspective of the third person as in the case of physical objects; the latter is available only for oneself, from the first person point of view. Subjective knowledge is necessarily Self-knowledge.

The above distinction is based on an epistemic contrast: the way subjects can know and be known. Since Descartes, the first person perspective was thought of as epistemically privileged. The traditional marks of the first person perspective were directness and certainty (later on downgraded to incorrigibility).<sup>2</sup> Both features are related: my self-knowledge is guaranteed by the fact that it is direct, immediate, non-inferential. If I am in pain, it follows that I know I am in pain. The third person perspective, on the other hand, is inferential, indirect, mediated, even when, as in the example, it is adopted by a subject toward herself. The third person perspective can only provide access to objective data -such as movements, bodily responses, physiological recordings, etc.-, from which to infer the state somebody is in, or which process she is undergoing, or which sensation she is experiencing. Therefore, it is fallible, and this epistemic weakness opens up the way for skepticism about whether it can provide knowledge.

---

2 See Alston 1971 for an exhaustive presentation of a variety of ideas related to the epistemic privilege of first person knowledge.

This epistemic divide was also connected to the ontology of subjects developed in detail in Modern Philosophy. The alleged first-person privileged access was supposed to be grounded in the very nature of subjects, understood as non-material, but thinking, entities. Self-consciousness was singled out as the essence of subjects. But this very asymmetry implied a skeptical challenge to the possibility of grasping from the third person perspective the same sort of states and process that the first person one grasps. In other words, it remains to be explained whether, and how, we can know what somebody feels or thinks, from the third-personal standpoint, given that it can never get to «the real thing», the spiritual Self whose activity is only self-consciously accessible. Mental states are the specific kind of states that the Self can only know “from the inside”. Therefore, it is not obvious that there can be an objective, third-personal, standpoint, for knowing other Selves’ mental states, if each subject can only access their own mental states. Introspection may work for one’s own states, but it is not a reliable guide in order to know other subjects feelings or experiences.

This question was not just rhetorical or speculative. At the turn of the 19<sup>th</sup> century it became central in the debates about the scientific character of the new disciplines that were emerging, from the social sciences (anthropology, sociology, psychology), to the humanities. How can we ground a science of society if we can only know subjects from an objective, third-personal, standpoint? Against those that pretended to ground these new disciplines on introspection, on the internal lives of subjects, these sciences only made advances when they found their way towards a definition of social facts that made possible for them to be studied independently of subjective attitudes. “Psychologism” in Social Science was set aside, as much as in Logic.

But in the 20<sup>th</sup> century, the problem of other minds also acquired a semantic dimension, as a result of the linguistic turn that took place in Philosophy. It became part of the problem of other minds to account for the meaning of mental terms (and the corresponding mental concepts they express), and it was put into question the idea that the meaning of mental terms were the same when they are used in first-personal attributions as when they are used in third-personal ones, because each use has a different kind of evidential grounding. Thus, it becomes a pressing question whether the term “pain”, for instance, can be said to have the same meaning in a third-personal attribution like “He is in pain” vs. a first-personal one like “I am in pain”, given that the meaning of the term “pain” is connected to the mastering of the conditions in which it can be meaningfully used. If both the subjective and the objective perspectives are so epistemically different, it is not obvious that these mental predicates may have the same meaning in both attributions. To put it in another words, the semantic problem of other minds arises because it seems that each perspective constraints what can be referred to in the first place. To put it in a nutshell, it is the problem of whether each perspective constraints what can be known, and whether there is any guarantee that both perspectives give access to the same mental state. Therefore, the question is whether there is any guarantee that both perspectives give access to the same mental state, and correspondingly, whether both uses (in first vs. in third person attributions) of the mental term have the same reference. On the one hand, if our mental terms are grounded in our self-conscious experiences, then we cannot be sure that other people enjoy the same sort of experiences, given that we cannot experience theirs by definition, because such experiences are subjective, or belong to a subject. On the other hand, if mental terms are grounded only

in public behavior, then we cannot be sure that what we refer to when using, for ex. the word “pain”, has anything to do at all with what we are picking up “from the inside” by introspection (Wittgenstein 1953).

This problem is even more pressing when an explicitly epistemic theory of meaning is assumed –when it is assumed that mastering the meaning of a term, and the content of the corresponding concept, involves mastering the (epistemic) criteria that license its application. Notice that this is weaker than the verificationist theory of meaning defended by logical positivists, according to which the meaning of a term is not anymore something like a definition (the old Aristotelian “essence”) but it equals the procedures required to make sure the reference is of the right kind. An epistemic theory of meaning just requires that a competent speaker is one that knows the conditions of application of the terms –otherwise, her utterances would just be parrot-like. Understood this way, the problem of other minds is not just whether the third person perspective may provide access to the same mental states than the first person one, but whether it makes sense to raise the possibility of disagreement between both perspectives in the first place, rather than talking about different things, given that the criteria involved in the application of mental terms seem to be clearly different depending upon the perspective involved, given the epistemic asymmetry between the two (Malcolm 1962). Therefore, the meaning of mental terms, and how mental concepts are grasped, also becomes part of the problem of other minds.

### **3. The analogy theory of mental attribution and its theoretical alternative**

This historical view of the problem of other minds helps to realize the limitations of the traditional way to deal with this problem. One traditional answer to the problem of other minds was the analogy theory (Mill 1865). The analogy theory puts the first person perspective in the foreground and derives the possibility of third-personal attributions from the privileged access one has to one’s own beliefs, emotions and sensations. In this vein, I can attribute mental states to another because I assume that the other is analogous to me. In order to know other people’s minds I must first infer what I would experience in the current situation of the other person, and then to project the inferred state to her.

This precedence of the first person perspective has been under attack from multiple fronts during the twentieth century. On the one hand, the methodological debate that took place at that time about the methods of social and human sciences showed the limitations and arbitrariness of such a view, given that each interpreter may come with a different attribution, without a way to test them. Second, analogical inference came under philosophical disrepute for its lack of grounding: there is no logical possibility to check whether ascriptions by analogy to others are right or wrong, or merely stipulative, given that in principle there is no other way to access the supposed mental states of others than from one’s own standpoint (Ryle 1949). Another strategy to expose the lack of support of this kind of analogical inference is to show that it is an inductive inference supported by only one case, which is clearly insufficient (Avramides 2001). Third, the epistemic privileges of the first person have also been put into question. Certainty was rejected as a mark of self-attributions, with plenty of examples of confabulatory self-ascriptions (Hirstein, 2006; 2009). Even the incorrigibility version of the thesis has been criticized due to the high frequency of cases

of self-deception and irrationality (Gomila 2007) --and despite efforts to make first-person authority a constitutive part of the very notion of a subject (Wright, 1998; Bilgrami 2006).

Despite its discredit, the analogy theory was revived within Cognitive Science in the studies on mental attribution, under a new name: “Simulation theory” (Goldman 1989, 1993, 2006; Gordon 1986, Heal 1986). The analogical projection is now substituted by a simulation process, which takes place in oneself and its result is finally projected onto the other. In general, simulationists have been unaware of the traditional problems for the analogy theory, such as the basic ambiguity that infects the very project of putting oneself in another’s shoes, because I can do it as myself, or I can do it trying to imagine as much as possible that I am the other person (Gomila 2002). For example, I can imagine what Hitler might think if I were him but trying to imagine what I, as I am, might think were I to live in Hitler’s epoch; or, alternatively, I can imagine, even if it makes me shudder, what I would think if I were in Hitler’s situation being him. Simulation theory found a strong ally in the dominant interpretation of the mirror neuron system in terms of simulation (Gallese 2005; Rizzolatti & Sinigaglia 2010). But this interpretation of neuronal processes is not the only one: they can also be interpreted in terms of second-personal, interactive processing (Gallagher 2008; Schillbach 2010), as Gallese himself has come to defend later on (Gallese 2016).

On the other hand, a powerful alternative approach developed in different forms, according to which third-personal attributions are basic. Wittgenstein’s argument against a private language can be seen from this standpoint: mental terms get their meaning as long as they are understood as part of a public language, being constrained by the social practices (implicit rules, conventions and «forms of life») that sustain the uses of these terms. Behavior becomes primary, and Cartesian dualism becomes unintelligible, from this point of view. Functionalism (Lewis 1966, 1970), in its turn, assimilated mental concepts to the theoretical terms of science, which are grounded into patterns of sensory inputs and overt behavior. This trend culminates in positions that conceive self-attributions as third-personal ones (Ryle 1949; Dennett 1987; Gopnik 1993; Carruthers 2011), in spite of the epistemic differences in the way they are empirically supported. Only expressivism remains an alternative in order to honor the asymmetry between first and third person attributions while avoiding the idea of a special first-person epistemic «access» to our internal states (Bar-On 2004; Finkelstein 2008); or, alternatively, a broader «grammatical» understanding of the asymmetry (Pérez 2014). Normative theories of agency (such as Rational Decision Theory or Game Theory) also provide theoretical standpoints for attribution that do not relay on self-attribution. In this later case, a further problem of normativity/rationality emerges, given that it has become common knowledge that these normative theories fail as descriptive theories of human behavior (Kahnemann 2011).

#### **4. The second person perspective**

According to the “second-person perspective”, mental attributions guide human interaction through an embodied practice of “emotional, sensory-motor, perceptual and nonconceptual” reciprocal responses (Gallagher 2001, p. 85). Gomila (2001, 2002) argued that the second person perspective is a genuine perspective of mental attribution, where transparent mental states are attributed to each other in the dynamical unfolding of a face-to face interaction. In

his view when two people engage in direct -face to face- interactions the expressive aspects of the body are seen as significant (not interpreted as such) hence, the body becomes a necessary condition for engaging in this type of interaction. This intersubjective encounters are reciprocal: each participant attributes a psychological state to the other and in that very same act there is a modification of their own mental contents, in real time, as reciprocally contingent information is expressed and perceived (Butterfill 2012). These interactions typically also involve an emotional engagement: the two subjects must be able to have emotions in order to be involved in a relationship of this type, and by default, the interaction is rewarding: we are social beings which find interaction fulfilling. It is not part of this view that the emotion in each subject should be the same as in the other; the important thing is to have an emotional reaction -someone else is suffering, I feel compassion, someone has an unrequited love, I suffer too, etc. In order to make this basic kind of mental attributions no “meta” activity is needed, instead a mental state is caused by the state of the other person and so on; and no language is required in order for these interactions to work. The paradigmatic example of this kind of mental attribution is the one made in the intersubjective interaction between a baby (in her first year of life) and her caregiver.

According to the second person perspective, these dynamical reciprocal and emotionally engaged interactions are the basic situations in which people understand each other’s minds -both conceptually, ontogenetically and phylogenetically. Second-personal attributions are our way to access the mental world, through simpler attitudes and simpler contents. Propositional attitude attribution is a late achievement in development. We argued in previous works (Pérez 2013; Pérez & Gomila 2018) that the mental concepts we need in order to make propositional attributions are language dependent (i.e. they develop as language abilities are acquired) and hence that in the course of ontogenetic development humans beings acquire more complex psychological concepts allowing them to make more complex mental attributions. Moreover, due to the fact that human beings learn psychological concepts while engaged in intersubjective settings, the possession conditions of these concepts include the abilities to apply them both to herself and to others appropriately. Thus, unlike Goldman’s theory (Goldman 1993) that contends that psychological self-attributions are prior to attributions to others; and unlike Ryle and the theory -- theorists (paradigmatically Gopnik 1993), who claim that attribution to others is previous, we hold that the abilities required to make both hetero- and self-attribution are among the basic possession conditions of every mental concept (Strawson 1959).

Thus, for illustration, let’s take the case of our natural experience of emotional interaction with another person. What we see is that she is smiling, or happy, or sad. Our perceptual experience is not of movements, body parts, and configurations, but of meaningful states –just as our oral experience is of verbal meanings, not of sounds to be interpreted. As this example also shows, of course this personal experience is mediated by knowledge-based subpersonal processes, which may require time to be acquired. But the claim is that at the personal level, our experience is of meaningful expressive, or intentional states, not of data from which to infer those states.

Of course, emotional expression can be faked, and it is possible both to adopt a first- or third- person perspective on emotion. I can wonder whether the sadness I see is authentic, and I may come to the conclusion that it is or that it is faked. This third-personal standpoint is clearly inferential. And I can also wonder what it is that I am feeling at some point, thereby

adopting the first personal one. The main thesis supported by the second person perspective is not to deny that these other perspectives are possible, or legitimate. It is just to clarify that the second person perspective is genuinely distinct, and irreducible to any of the other two. Even more: these two other perspectives develop once we have got into the mental domain through our second-personal, intersubjective, interactions with others.

Moreover, the second person perspective also highlights the fact that my grasp of another's mental state, through our perception of the perceptual cues that express it, mediates my emotional reaction to such mental state. This reaction is not reflective or strategic –even though it may be if I'm in third-personal mood. My perception elicits a corresponding expression in me, which gives rise to a dynamic interaction: an exchange of expressions that takes place in a temporal pattern. I may react with laugh to your laugh, or with anger, if I see your laugh as your response to my fall, for instance. To put it another way: the fact that I respond emotionally to the emotional expression of another reveals the implicit mental attribution that has been done. My reactions are sensitive to these implicit, context-dependent, attributions. As we already said, these attributions are not conceptually articulated, they come short of grasping how the other conceives of the situation; they are extensional and transparent, as they are spontaneous and practical.

Of course, there are no epistemic guarantees that such attributions are foolproof. We are not proposing that we have a sort of privileged access to the minds of others. The point of the second person perspective is rather that, in the interaction, perceptual cues that are contingent upon the reciprocal interaction become available to the interacting subjects, in a way that are not so available to spectators (Butterfill 2012).

That is the reason why engagement matters. This cycle of interaction entails a second epistemically relevant element: I can infer my own mental state as a consequence of realizing another's emotional response to my previous emotional expression. In this way, the second person perspective contributes to understanding the nature of the first person one, not in terms of privileged access to an inner world of subjective experiences, but in terms of a conceptual capacity of making sense of my own experiences. I may become aware of my resentment when I notice your irritation at my efforts to contain it. And vice-versa: I may better understand what you are expressing when I notice how your expression is contingent upon my own expression. To insist: of course, it is also possible to do all of this reflectively, but our contention is that it usually takes place spontaneously, non-inferentially, through this process of intersubjective engagement.

A consequence of this proposal is that our mental attributions are context- and agent-relative. The more we interact with somebody, the better our attributions. Mental understanding does not begin as a universal, or theoretical ability, but it is grounded in canonical situations of familiar interactions. Our past history of interaction, of previous mutual adjustments, has a cumulative effect, which allows us to better anticipate each other mental states in context. Besides, these reactions usually become normatively regulated in some contexts. As in the laugh at the fall example, the interaction may modify the spontaneous response –just as we become able to dissimulate our gut feelings in some social contexts, because we realize they are disapproved. Fiction also reveals that the second person is active even in contexts where interaction is not possible (Gomila 2013).

Anyway, it is clear that such interactive patterns cannot be explained either from the third or from the first person. They are fast and spontaneous, directly understood at the personal level, and they are not the outcome of an inferential process. We do not treat each other as Sherlock Holmes takes the clues to solve a mystery. When I laugh at somebody's fall, I do not simulate what she might be feeling and project this outcome onto her. In intersubjective interaction, we just manage to make sense of each other in mental terms right away.

## **5. Consequences of acknowledging the second person perspective**

In this section, we will argue that once the second person perspective of mental attribution is acknowledged, the traditional problem of other minds dissolves. The second person point of view is not just another perspective of mental attribution that needs to be taken into account, but it also entails the revision of the traditional way to raise the problem of other minds.

To being with, this new perspective calls into question some of the basic assumptions that give rise to the problem of other minds in the first place. Thus, it involves the rejection of the assumption that self-attributions are immediate and direct and hetero-attributions are inferential. As we have shown, the attributions that mediate our intersubjective interactions are also direct and immediate –which is not to be confused as not being subpersonally mediated, as already argued (but probably first person ones are also subpersonally mediated). In addition, directness and immediacy do not grant certainty: one can be misled both in Self-attributions as well as in hetero-attributions. This is not to say that there is no epistemic asymmetry between the first and the second person (or the third). As we have explained, the second person perspective relies on perceptual cues that become available through the interaction, as reciprocal contingencies. The first person perspective does not require any perception. However, from the fact that the information which is relevant for the Self-attribution is different than the one needed for third- and second- personal attributions comes short to sustain the traditional claim of a privileged status for Self-attributions. We have already mentioned that it is not transparent, not even incorrigible. Current research on consciousness reveal that interoception works analogously to exteroception (Cameron 2001).

More importantly, the vindication of a second-person perspective amounts to calling into question the «monadic» character of the Modern subject, according to which each subject is independent of any other subject. The second person perspective rather involves a view of subjects according to which we are constituted by our interactions, by the interdependencies that we establish with one another, before we begin to be able to make propositional attributions to others and to ourselves. Our primary understanding of the mental takes place in our pre-conceptual dispositions to attach to others, to be sensitive to their expressions, and particularly those that are contingent upon our own ones. Interaction with others is a requisite to become a subject.

Another important way in which the second person perspective implies a transformation of the traditional problem of other minds is that from this perspective knowledge of others is grounded in the interaction and engagement with them; it is not grounded in the adoption of a theoretical disinterested perspective, seeking for the explanation or prediction of their behavior. Attribution takes place implicitly as a way to negotiate our interactions with each

other. It is a form of practical knowledge. The basic assumption is that the second person perspective is constitutively embodied. It calls into question the basic assumption of modern philosophy that a subject is a disembodied entity contingently placed within a body through which it can be ascertained from the outside, but which is useless from the inside.

It does not imply, though, that first and third person perspectives are not genuine, useful or valid. Of course they are. The take home message is that they are interdependent capacities, which develop as we master the practices of social interaction.

## 6. Conclusion

As we have seen the second person perspective on mental attribution offers a new way to approach the traditional problem of other minds, claiming that intersubjectivity is the basic phenomenon on which our understanding of minds (our own as well as the other's) is based. The Modern opposition between two perspectives –subjective vs. objective- is overcome by this new basic starting point: intersubjectivity.

Thomas Nagel (1979, 1986) famously claimed that philosophical problems are to be understood as growing from an opposition between two kind of perspectives or standpoints, from which alternative and opposite answers to them can be given: the subjective or first personal or internal standpoint vs. the objective or third personal or external one. The Mind-Body Problem is one of them, dependent upon the distinction between the epistemic access we have to ourselves vs. the way in which we access to other's people minds, as we explained above. And, as we suggested above, the second person perspective rejects the idea of a disembodied mind that is causally connected to a purely physical body, dissolving at the same time not only the problem of other minds but also the classical setting for the mind-body problem.

But there are other problems that –according to Nagel- also depend upon the subjective/objective distinction, and that the second person perspective has the potential to overcome. For example, in the traditional problem of free will against determinism, what is at stake is the opposition between our internal intuition according to which we are free agents, against the external or objective point of view according to which we are biological (human) beings whose actions are determined by natural laws. Strawson's famous "Freedom and Resentment" overcome this traditional philosophical problem with the notion of "reactive attitudes" that could be considered as an antecedent of our second persons interactions. Another example: consequentialism claims that moral reasons should be objective or third personal: no matter what the characteristics of the agent or the situation are, the moral action would be the one that maximizes welfare (or pleasure) to the majority of people. On the other hand, deontology is sensitive to the agent standpoint and situation: all actions should be evaluated as right or wrong from the agent perspective. But maybe the place to look for moral reasons is not in the realm of objective/universal laws, or in each agent's perspective, but in intersubjective settings where someone's actions affect a particular other's life. Maybe second-personal reasons (Darwall 2006) are at the bottom of every ethical question.

As we can see, many traditional problems at the core of philosophy can be stake out from a second person perspective. In this paper we developed one of them: the problem of other minds. The detailed presentation of these other issues will be the subject matter of other contributions.

## References

- Alston, W. (1971) "Varieties of privileged access". *American Philosophical Quarterly* 8(3): 223-41.
- Avramides, A. (2001) *Other Minds*. London: Routledge.
- Bar-On, D. (2004) *Speaking my mind*. Oxford: Oxford University Press.
- Bilgrami, A. (2006) *Self-Knowledge and resentment*. Cambridge: Harvard University Press.
- Butterfill, S. (2012) "Interacting mindsreaders". *Philosophical Studies*, 165: 841-863.
- Cameron, O. G. (2001) *Visceral sensory neuroscience: Interoception*. New York, NY: Oxford University Press.
- Carruthers, P. (2011) *The Opacity of the Mind*. Oxford: Oxford University Press.
- Davidson, D. (1992) "The second person". In P. French (ed.) *Midwest Studies in Philosophy*, vol. XVII: 255-267.
- Davidson, D. (2001) *Subjective, Intersubjective, Objective*. Oxford: Oxford University Press.
- Darwall, S. (2006) *The Second Person Standpoint*. Cambridge: Harvard University Press.
- Dennett, D. (1987) *The Intentional Stance*. Cambridge: MIT Press.
- Finkelstein, D. H. (2008) *Expression and the Inner*. Cambridge: Harvard University Press.
- Gallagher, S. (2001): "The practice of the mind: theory, simulation, or primary interaction", *Journal of Consciousness Studies* 8, pp. 83-108.
- Gallagher, S. (2008) "Embodied social cognition". In P. Calvo & A. Gomila 2008: *Handbook of Cognitive Science: an embodied approach*. London: Elsevier, pp. 441-450.
- Gallese V. 2005 'Being like me': self-other identity, mirror neurons and empathy. In S Hurley & N Chater (eds.) *Perspectives on imitation: from cognitive neuroscience to social science*, vol. 1. Cambridge, MA: MIT Press, pp. 101 – 118.
- Gallese, V. (2016) Bodily selves in relation: embodied simulation as second-person perspective on intersubjectivity. *Philosophical Transactions of the Royal Society B*, 369: 20130177.
- Goldman, A. (1992) "In defense of the simulation theory". *Mind and Language*, 7(2):104-119.
- Goldman, A. (1993) "The Psychology of Folk Psychology". *Behavioral and Brain Sciences* 16
- Goldman, A. (2006) *The Simulating Mind. The philosophy, psychology and neuroscience of mindreading*. Oxford: Oxford University Press.
- Goldman, A. y Gallese, V. (1998) "Mirror Neurons and the Simulation Theory of Mind-Reading". *Trends in Cognitive Sciences* 2(12): 493-501.
- Gomila, A. (2001) "La perspectiva de segunda persona: mecanismos mentales de la intersubjetividad". *Contrastes*, vol. suplementario n° 6: monográfico sobre *Filosofía actual de la mente*, P. Martínez-Freire, ed., pp. 65-86.
- Gomila, A. (2002) "La perspectiva de segunda persona de la atribución mental". *Azafea*, 1: 123-138.
- Gomila, A. (2007) "El retorno de la represión". *Teorema*, 26/3: 97-112.
- Gomila, A. (2013) "Las emociones en el teatro: ¿por qué nos involucramos emocionalmente con una representación?" En G. Soria Tomás (ed.) *La representación de las pasiones: perspectivas artísticas, filosóficas y científicas*. Madrid: Dykinson, pp. 57-78.
- Gomila, A. & Pérez, D. (2017) "Lo que la segunda persona no es". En Pérez, D. and Lawler, D. (eds.) *Las emociones y la segunda persona*. Buenos Aires: SADAF, pp. 275-297.

- Gopnik, A. (1993) "How we know our minds: The illusion of first-person knowledge of intentionality". *Behavioral and Brain Sciences*, 16: 1-15.
- Gordon, R. (1986) "Folk Psychology as simulation". *Mind and Language*, 1(2): 158-171.
- Heal, J. (1986/1995) "Replication and Functionalism". Reprinted in M. Davies and T. Stone (eds.) (1995) *Folk Psychology*. Oxford: Blackwell.
- Hirstein, W. (2006): *Brain fiction: self-deception and the riddle of confabulation*. Cambridge: MIT Press.
- Hirstein, W. (2009): *Confabulation: views from neuroscience, psychiatry, psychology and philosophy*. Oxford: Oxford University Press.
- Kahneman, D. (2011) *Thinking, fast and slow*. New York: Farrar, Strauss & Giroux.
- Lewis, D. (1966) "An Argument for the Identity Theory". *Journal of Philosophy* 63: 17-25.
- Lewis, D. (1970) "How to define theoretical terms". *The Journal of Philosophy* 67(13): 427-446.
- Malcolm, N. (1962) "Knowledge of Other Minds". In V.C. Chappell (ed.) *The Philosophy of Mind*, Englewood Cliffs: Prentice-Hall.
- Mill, J.S. (1865) *An Examination of Sir William Hamilton's Philosophy*. London: Longmans.
- Nagel, T. (1979) "Subjective and Objective". In *Mortal Questions* New York: Cambridge University Press.
- Nagel, T. (1986) *The view from nowhere*. New York: Oxford University Press.
- Pérez, D. (2013) *Sentir, desear, creer. Una aproximación filosófica a los conceptos psicológicos*. Buenos Aires: Prometeo.
- Pérez, D. (2014) "Asimetría y conceptos psicológicos". *Páginas de Filosofía*, 18: 5-26.
- Pérez D. & Gomila, A. (2018) "La atribución mental y la segunda persona". En Balmaceda, T. & Pedace, K. (comps.) *Temas de filosofía de la mente: Atribución psicológica*. Buenos Aires: SADAF, pp. 69-98.
- Reddy, V. (2008) *How infants know minds*. Harvard, Mass.: Harvard University Press.
- Reddy, V. & Morris, P. (2004) "Participants don't need theories. Knowing minds in engagement". *Theory and Psychology*, 14: 647-665.
- Rizzolatti, G. & Sinigaglia, C. (2010) "The functional role of the parieto-frontal mirror circuit: interpretations and misinterpretations". *Nature Reviews Neuroscience*, 11: 264-274
- Ryle, G. (1949) *The Concept of Mind*. London: Hutchinson.
- Scheler, M. (1922) *Wessen und formen der sympathie*. [Esencia y formas de la simpatía. Buenos Aires, Losada 1943, traducción de José Gaos].
- Schillbach, L. (2010) "A second-personal approach to other minds". *Nature Reviews Neuroscience*, 11: 449.
- Scotto, C. (2002) "Interacción y atribución mental: la perspectiva de la segunda persona", *Análisis Filosófico*, vol. XXII, no. 2: 135-151.
- Strawson, P. (1959) *Individuals. An Essay in Descriptive Metaphysics*. Londres: Methuen.
- Strawson, P. F. (1962) "Freedom and Resentment" In Gary Watson (ed.), *Proceedings of the British Academy*, Volume 48: 1962. Oup Oxford. pp. 1-25.
- Wittgenstein, L. (1953) *Philosophical Investigations*. Oxford: Blackwell.
- Wright, C. (1998): "Self-knowledge: the Wittgensteinian Legacy", en A. O'Hear, ed.: *Current Issues in Philosophy of Mind* (The Royal Institute of Philosophy, Supplement 43). Cambridge U.P., pp. 101-121.

## La interacción social en la ontogénesis de la perspectiva del mundo\*

### Social Interaction in the Ontogenesis of the World Perspective

JESÚS ARMANDO FAJARDO SANTAMARÍA\*\*

**Resumen:** A principios de este siglo, Donald Davidson adelantó una propuesta que enfatiza el rol de la interacción como antecedente en la formación del pensamiento. Diversos autores se han opuesto a su idea porque sostienen que la interacción social presupone individuos con la capacidad para concebir y coordinar diversos puntos de vista. En este estudio, discuto el alcance de esta crítica, mostrando que: a) La interacción en situaciones de triangulación puede fluir sin que los participantes tengan pensamientos sobre las perspectivas en juego en la situación y, b) Ciertos aspectos de la conducta afectiva complementan el bosquejo de la triangulación.

**Palabras clave:** Triangulación, Interacción social, Metarrepresentación, Normatividad situada, Desarrollo infantil.

**Abstract:** At the beginning of this century, Donald Davidson advanced a proposal that emphasizes the role of interaction as an antecedent in the formation of thought. Several authors have opposed his idea because they argue that social interaction presupposes individuals with the ability to conceive and coordinate diverse points of view. In this study, I discuss the scope of this criticism, showing that: a) The interaction in situations of triangulation can flow without participants having thoughts about the perspectives at play in the situation and, b) Certain aspects of affective behavior complement the sketch of triangulation.

**Keywords:** Triangulation, Social Interaction, Metarrepresentation, Situated Normativity, Child Development.

El estudio del desarrollo de los procesos psicológicos se encuentra entre los campos de investigación más prolíficos de la segunda mitad del siglo XX. Donald Davidson adelantó una propuesta sobre la ontogénesis del pensamiento debido a que en ese tópico convergen diversos temas relacionados con su propia investigación filosófica que articula ideas acerca de la creencia, la objetividad y la interpretación lingüística.

---

Recibido: 09/04/2018. Aceptado: 21/10/2018.

\* Esta investigación fue apoyada por la Universidad Manuela Beltrán en el marco del proyecto “La interacción social en la emergencia del pensamiento “. Código PS2018-06.

\*\* Universidad Manuela Beltrán, Bogotá-Colombia. Docente de Investigaciones en Psicología Social-Comunitaria. E-mail: [jesus.fajardo@docentes.umb.edu.co](mailto:jesus.fajardo@docentes.umb.edu.co) Líneas de investigación: Psicología social, representaciones sociales y filosofía de la psicología. Publicaciones: Santana, A., Fajardo, J., y Herrera, N. (En prensa). El aprendizaje situado de la adición y la sustracción. *Revista Latinoamericana de Etnomatemática: perspectivas socioculturales de la Educación Matemática*. Sierra, H. & Fajardo, J. (2006). Entimemas irresolubles y cambio de registro en el razonamiento. *Revista Colombiana de Psicología*, 15, 9-14. Recuperado de <https://revistas.unal.edu.co/index.php/psicologia/article/view/1227>

El corazón de la propuesta del autor se halla en un texto titulado «*The Emergence of Thought*». En este documento el filósofo norteamericano presentó la idea de que la «triangulación pre-lingüística y pre-cognitiva es una condición necesaria tanto para la fijación del significado como para la objetividad del pensamiento» (Davidson, 2001a, 128). Vale la pena anotar para quien no se encuentre familiarizado con su obra que lo que él denomina *triangulación* es una situación en la que interactúan dos individuos y un objeto. De modo que, lo que la tesis anterior postula es que la interacción social y con objetos es una condición necesaria para la emergencia de las capacidades cognitivas que exhiben los humanos adultos.

Esta propuesta hace eco de la observación de sentido común de que la interacción de los bebés con los padres es importante para su desarrollo cognitivo (Astington y Jenkins, 1999). En ello Davidson no es particularmente innovador. Esta es una idea que ya fue anticipada por Vygotsky en psicología a principios del siglo XX (Montealegre, 2007) y ha sido profusamente discutida en sociología y antropología por diversos autores (Davidson, Noble, Lieberman, Ragir y Burling, 1993; Gabora, 2008; Taylor, 2010). Sin embargo, la propuesta de Davidson ofrece dos ventajas que hacen fructífero su abordaje. En primer lugar, Davidson en su calidad de filósofo programático (Lepore, 2004) nos ofrece un conjunto de ideas e intuiciones interconectadas proporcionando elementos con los cuales interpretar, recomponer o complementar sus propuestas. En segundo lugar, su aproximación genera un modelo teórico relativamente escueto, lo cual constituye una ventaja porque permite examinar de manera general los aspectos presentes en la interacción social facilitando la tarea de hallar alternativas capaces de mejorarlo.

Ahora bien, no hay que perder de vista que en la obra de Davidson el problema de la emergencia del pensamiento está planteado como la dificultad para explicar el proceso que conduce de la conducta inteligente a la aparición del pensamiento distintivamente humano, esto es, se trata de una brecha entre dos momentos del desarrollo psicológico. Es una malinterpretación muy popular asignar a Davidson una postura que niega que los animales o los bebés tengan actividad cognitiva. El autor caracterizó la esfera del pensamiento como un ámbito en el que aplican los principios de caridad, objetividad y racionalidad. Su insistencia en dicha delimitación enfatiza el problema que experimentamos a la hora de explicar la aparición de una mentalidad que exhibe estos rasgos, pero ello no implica que el autor niegue la existencia de fenómenos psicológicos entre seres que no se sirven del lenguaje humano.

Me parece promisorio entender la noción de «pensamiento» que Davidson tuvo en mente como un tipo de actividad cognitiva de segundo orden. Al hacer esto se puede relacionar su propuesta con una vertiente teórica en la que se acepta que hay fenómenos psicológicos con diferentes grados de complejidad (Taylor, 2010). Esta tampoco es una idea abrumadoramente novedosa (Cole, 2007). Ya en el alba del siglo XX Vygotsky diferenciaba entre procesos psicológicos primarios y procesos psicológicos superiores; hoy en día esta noción se incluye de manera implícita o explícita en las investigaciones del desarrollo frecuentemente en la forma de ideas sobre niveles representacionales. Visto así, el problema de la emergencia del «pensamiento»<sup>1</sup> consiste en explicar cómo aparecen formas de actividad cognitiva de alto

---

1 Lo cual evidentemente no cubriría todo el espectro de la actividad cognitiva, pretensión que según me parece Davidson no intentó.

nivel que se caracterizan por la capacidad para concebir que alguien posee una perspectiva relacionada con la que uno mismo sostiene y con un mundo objetivo<sup>2</sup>. A esto en psicología usualmente se le denomina capacidad metarrepresentacional (Perner, 1994).

Una parte importante de las dificultades para comprender el trabajo de Davidson está asociada al hecho de que el autor asocia cada nivel cognitivo a un esquema de interacción, es por ello que distingue triangulación simple («pre-lingüística, pre-cognitiva») de triangulación lingüística (en la que operan los principios de caridad, racionalidad y objetividad). Esto es demasiado general para el análisis del desarrollo ontogenético y lo que es peor, encasilla nuestra comprensión de cada nivel psicológico dentro de un modelo de situación, lo cual amplía la brecha entre el comportamiento inteligente que exhiben los bebés junto a otras especies y las capacidades de los humanos adultos.

Más específicamente hablando, el escenario normal de la interacción social en el desarrollo infantil, esto es, la relación que una madre o un padre establece con su bebé, es una tal que no está cubierta por el encuadre de la triangulación simple ni por el de la triangulación lingüística. Nótese que en este caso uno de los individuos carece del lenguaje convencional y del sistema conceptual adulto mientras que el otro es pleno usuario del lenguaje y es capaz de articular razones dentro del ámbito conceptual; se trata entonces de un escenario *asimétrico*. Duica (2014) ha denominado a este escenario *triangulación lingüístico-condicionada*. Se trata de una forma de interacción que se apoya en habilidades que anteceden a la aparición misma de la articulación verbal.

La hipótesis general de este trabajo es que en la triangulación lingüístico-condicionada *operan normatividades situadas que gobiernan la actividad irreflexiva del adulto y del infante*. Para desarrollar mi hipótesis propongo *la interpelación como una forma de comunicación anterior al lenguaje adulto convencional*, que hace posible la coordinación de la conducta afectiva conforme a los patrones de actividad vigentes en las situaciones de interacción cotidiana entre adultos e infantes. Estos elementos determinan la aparición de *una base común de estándares externos a la actividad irreflexiva en tiempo real* que sirve como soporte para la emergencia de capacidades cognitivas de alto nivel.

Usaré como punto de partida la controversia generada por el argumento davidsoniano de la triangulación. Hay tres críticas importantes que vale la pena examinar: a) La triangulación presupone las habilidades conceptuales de las que se supuestamente es condición (Glüer, 2006,15), b) La triangulación no es necesaria para fijar el significado (Talmage, 1997) y, c) Tampoco es necesaria para el rasgo de objetividad del pensamiento (Montminy, 2003).

## 1. La crítica de Glüer a la triangulación como condición necesaria

El reclamo más popular a Davidson señala que su caracterización de la situación de triangulación con individuos «pre-lingüísticos» supone en realidad participantes que poseen concepciones del mundo y de otros individuos. Kathrin Glüer ha delineado la forma principal de esta crítica señalando que «la triangulación involucra las mismas capacidades que supuestamente hace posible» (Glüer, 2006, 15). El meollo de la discusión está en el tipo de habilidades que poseen los infantes humanos que Davidson describe como «pre-lingüísticos»

---

2 Nótese que así aplican los rasgos de caridad, racionalidad y objetividad.

y pre-conceptuales»; Glüer y otros investigadores piensan que Davidson inadvertidamente invoca capacidades conceptuales del tipo que quiere explicar cuando caracteriza a los individuos que triangulan, por ejemplo, en «*The Second Person*» cuando dice que<sup>3</sup>:

El niño encuentra las mesas similares; nosotros encontramos las mesas similares; y nosotros encontramos las respuestas del niño en la presencia de mesas similares. Ahora tiene sentido para nosotros llamar las respuestas del niño respuesta a mesas... La interacción debe estar disponible para las criaturas interactuantes. Así el niño, que aprende la palabra 'mesa', ha notado ya que las respuestas del maestro son en efecto similares (recompensantes<sup>4</sup>) cuando sus propias respuestas (articular 'mesa') son similares. El maestro por su parte, está entrenando al niño para que produzca respuestas similares a lo que él (el maestro) percibe como estímulos similares. (Davidson, 2001b, 120). (Énfasis agregado)

Las proposiciones subrayadas corresponden al eje de la disputa, para los críticos de Davidson la capacidad para detectar la similitud que exhibe el niño del ejemplo supone ya capacidades para *concebir* la relación entre su punto de vista y el entorno compartido con alguien más, que es lo que la triangulación pretende explicar. Para Glüer, esta descripción encierra una confusión que tiene la forma de un argumento viciosamente circular porque Davidson, según ella, está presuponiendo más que explicando la emergencia de las capacidades cognitivas de alto nivel (lingüístico-conceptuales):

Como atestigua el pasaje recién citado... la triangulación involucra las mismas capacidades que se supone que hace posible y esto deja sin soporte la necesidad de aquellas partes de la condición (la triangulación) que podrían ser formuladas sin circularidad. (Glüer, 2006, 15).

Como una aproximación de las condiciones del pensamiento o el lenguaje, el escenario de la triangulación es patentemente circular; más aún, este no es realmente un círculo que llegue a su fin con la invocación del lenguaje al final de la historia. Más bien, la aproximación parece invocar capacidades conceptuales en la caracterización del elemento mismo que la hace social en un sentido fuerte: la interacción entre las criaturas que triangulan. (Glüer 2006, 9)

Ahora bien, y vale la pena insistir un poco en esto, lo que Glüer y otros comentaristas encuentran erróneo en la postura de Davidson es que *presupone la capacidad individual para discriminar similitudes* como una condición necesaria para la emergencia del pensamiento. La crítica está sustentada en la idea de que si alguien tiene la capacidad para discriminar la similitud *es* un poseedor pleno de actitudes evaluativas explícitas (juicios), esto es, es un individuo que posee creencias y otros pensamientos acerca del mundo. Dado que la coordinación de la actividad en los escenarios de triangulación depende de la mutua detección

3 Las citaciones de obras en inglés fueron traducidas por el autor.

4 El término en inglés es rewarding.

de los patrones de similitud de respuesta por parte de los participantes, los críticos encuentran el argumento de la triangulación francamente confuso. Pagin por ejemplo, dice que:

... la mutua conciencia del otro y de la causa compartida de las reacciones es necesaria para proveer los estándares de similitud de respuesta, y esos estándares son necesarios para encontrar el común denominador de las situaciones que dan lugar a respuestas similares. Esos comunes denominadores son los estímulos relevantes y por consiguiente también objetos de cualquier pensamiento que sea causado por esos estímulos. Así es como entiendo la primera clase de triangulación de Davidson. Debo confesar que la encuentro desconcertante (Pagin, 2001, 7)

Este análisis de Pagin es parcialmente correcto y parcialmente inadecuado. La parte exitosa de su análisis tiene que ver con que las reacciones percibidas en el otro permiten la detección de similitud generando los estándares que constituyen el denominador común en las situaciones de triangulación. Más adelante, describiré una aproximación a esos comportamientos que no supone la mutua conciencia del otro a diferencia de lo que Pagin propone. Y es que precisamente lo que no comparto del análisis de Pagin es la idea de que hace falta una «mutua conciencia del otro» a fin de que los participantes de una situación triangular como la descrita por Davidson puedan detectar patrones de similitud de respuesta.

Aquí vale la pena hacer una pequeña digresión aclaratoria, lo que Glüer y Pagin tienen en mente al pensar la situación de triangulación descrita por Davidson es que exige habilidades metarrepresentacionales. La capacidad para metarrepresentar consiste en poseer la habilidad para generar alguna representación de *la relación de representación* (Perner, 1994), esto es, un tipo de actividad cognitiva que le permite al individuo comprender cómo se relacionan las concepciones de alguien (quizás él mismo) con un mundo cuyos estados de cosas pueden variar independientemente de sus concepciones. Evidentemente, el reclamo davidsoniano tiene que ser consistente con que las capacidades metarrepresentacionales deberían ser precedidas por la triangulación.

Nótese, sin embargo, que el nivel de detección de similitud en el que se soporta el argumento de Davidson es mucho más modesto que la capacidad de comprensión de la situación que Glüer y Pagin le asignan al niño que participa en una situación de interacción social. En su descripción, Davidson relaciona la capacidad del niño para *apreciar* la similitud con su sensibilidad a estímulos *recompensantes*.

El texto en inglés en “The second person” (Davidson, 2001b) establece que en la triangulación niño-maestro-mesa hay un aspecto «*rewarding*», palabra que normalmente se entiende como ligada a la tradición de pensamiento del conductismo. Mi idea es que entendemos mejor los escenarios de triangulación lingüística-condicionada si concebimos la conducta del niño como una reacción a estímulos *gratificantes*. Esta noción contiene una sutil diferencia respecto del término «*rewarding*» acotado por Davidson, y es que resalta el aspecto afectivo de la reacción comportamental. Así pues, lo que resulta crucial para la detección de similitud es una cierta sensibilidad del niño al ajuste de la palabra «*mesa*» cuando es proferida en una situación en la que está presente un objeto al cual el niño y alguien más reaccionan.

Más adelante, propondré que la participación de los bebés en prácticas sociales cotidianas hace posible la aparición de *una sensibilidad situada a la corrección – incorrección*

de un despliegue conductual, lo cual constituye una forma de reconocimiento implícito en tiempo real de parámetros normativos presentes en la situación. De esa manera, lo que es crucial en una situación social como la triangulación niño-maestro-mesas es la aparición de un «ambiente» (Davidson, 2004a, 16) de *apreciaciones correctas* compartidas en la vida cotidiana con alguien más en la forma de mutuas reacciones afectivas<sup>5</sup> a ciertos objetos, lugares o conductas.

Nótese que incluir la sensibilidad de los bebés a la orientación y ajuste del flujo de comportamiento de sus padres puede dar cuenta del problema de la detección de similitud sin invocar capacidades metarrepresentacionales. Desde mi punto de vista, esto supone incluir en la discusión ideas provenientes del enfoque de la *normatividad situada*, que es una propuesta teórica que da cuenta del establecimiento de esta afectividad compartida. Pero hablaré de ello más adelante.

## 2. La crítica de Talmage a la idea de comunicación pre-lingüística

Esta crítica está relacionada con las formas de comunicación en las que es posible transmitir información *acerca* de algún objeto. El reclamo es que son plenamente lingüísticas en la medida en que las expresiones *sobre* un objeto suponen *la fijación pre-establecida de un significado* comprensible por quienes participan en el intercambio informacional. En consonancia, si como Davidson argumentó, la triangulación «pre-lingüística» *es necesaria para* la fijación misma del significado entonces cualquiera sea la forma como los participantes de la misma se comunican, sus esfuerzos no pueden ser pensados como expresiones de un lenguaje, esto es, como emisiones *acerca de* los objetos con los que los participantes de la triangulación están interactuando.

La posición de Talmage (1997) es que la idea misma de una triangulación «pre-lingüística» es un desvarío porque exigiría una forma de comunicación que no articule una *concepción del mundo*, lo cual según ella es ininteligible. Por ello dice a propósito del ejemplo de triangulación de Davidson que:

A pesar de haber hecho esos supuestos, nosotros podemos, parece, captar la posibilidad que el niño no *conciba* el estímulo de su declaración de ‘mesa’ como una mesa... si este fuera el caso claramente sería incorrecto reclamar que la emisión del niño de ‘mesa’ significa mesa o negar que tiene un significado... En efecto, parece probable que una segunda persona interpretaría la emisión del niño de ‘mesa’ como significando mesa; y si esto sucediera, el caso sería uno de un individuo que produce una emisión significativa que no fue realmente comprendida por alguien más. (Talmage, 1997, 144) (Énfasis agregado)

---

5 En realidad, el término más preciso sería el de reacciones *afectadas* porque el aspecto destacado es que el comportamiento mismo es afectado por lo que se observa en tiempo real, de modo que se reconfigura ajustándose a lo que está sucediendo en el lugar y momento actualmente compartidos con alguien más. He decidido mantener el término afectivo sin embargo, porque establece una relación con la activación emocional que es ciertamente un aspecto de la *apreciación* conductual en contextos de interacción conjunta.

Nótese que lo que reclama es que la idea misma de un emisor de palabras como «mesa» que realiza tal tipo de esfuerzo comunicativo sin concepción alguna de los estímulos normalmente relacionados con dicha emisión es confusa. Bajo la interpretación de Talmage un niño que articula «mesa» en una situación de interacción con alguien más y con mesas, posee concepciones que subyacen a su esfuerzo de articulación, sea el caso que dichas concepciones coinciden con las de su interlocutor o no. Es por esta razón que Talmage se opone a la idea misma de que la triangulación es necesaria para fijar el significado de las expresiones del lenguaje, después de todo, si su análisis es correcto los niños que emiten «mesa» por primera vez expresan sus concepciones subyacentes de la situación en la que se encuentran.

Nótese que el reclamo está sustentado principalmente en la idea de que toda emisión comunicativa tiene un aspecto referencial, esto es, la articulación del niño de la palabra «mesa» sostiene alguna relación con algún elemento *acerca* del cual versa dicha articulación, es por ello que Talmage sostiene que es incorrecto «negar que (mesa) tiene un significado». Ahora bien, lo que yo creo es que este reclamo es simplemente falso, no es cierto que se deba atribuir una *concepción del mundo* a todo emisor comunicativo. Más aún, no es cierto que toda emisión comunicativa tenga algún aspecto referencial. Para notar esto basta con evidenciar como lo han hecho diversos estudios acerca de la evolución de las capacidades de comunicación (Tomasello, 2008) que hay formas de interacción comunicativa que no pueden pensarse en términos de referencialidad.

La comunicación referencial supone una relación de tipo trádico en la que las emisiones de un individuo son acerca de algún elemento diferente al receptor del esfuerzo comunicativo. Pero hay formas de comunicación «diádicas» (Tomasello, 2008, 27 y 137) en las que el comunicador «intenta influenciar directamente la conducta del receptor en la interacción (no comunicarse acerca de alguna tercera entidad).» (Tomasello, 2008, 23). Así pues, de forma contraria a lo que Talmage piensa la idea de emisiones comunicativas que no articulan una *concepción del mundo* no es confusa. En consecuencia, la existencia de interacciones comunicativas diádicas que anteceden tanto en el plano ontogenético (Tomasello, 2008, 137) como en el filogenético (Tomasello, 2008, 27) a las formas de comunicación referenciales de los seres humanos cuenta en favor de la tesis davidsoniana de que la triangulación es necesaria para la fijación del significado.

Sin embargo, la crítica de Talmage parece apuntar a un blanco diferente. Lo que le parece ininteligible a esta autora es una comunicación trádica que no articule concepciones del mundo. Esto es, ella reclama que toda comunicación en la que se involucre una tercera entidad (diferentes al emisor y el receptor), ha de suponer necesariamente que se le atribuya concepciones sobre dicha entidad a los involucrados. Esto es un desafío para el cual Davidson nos brinda muy pocos recursos, a saber, el reto de imaginar una forma de comunicación trádica en la que se pueda transmitir información relacionada con la tercera entidad (por ejemplo, mesa) sin que los comunicadores posean concepciones acerca de dicha entidad.

Nótese que, si nos situamos en el escenario de la triangulación lingüístico-condicionada, uno de los participantes no tiene problema alguno al comunicarse de manera trádica referencial sobre los objetos circundantes (el adulto). El problema se encuentra en el vértice del infante porque si sus esfuerzos comunicativos dirigidos al padre o a la madre son emisiones *acerca de* objetos como mesas entonces claramente estaríamos presuponiendo lo que se ha de explicar y Talmage tendría toda la razón en su crítica a la comunicación «pre-lingüística»

en la triangulación. Así pues, si la triangulación ha de tener sentido como un escenario en el cual al menos uno de los participantes es «pre-lingüístico» (el bebé) es necesario explicar cómo es que él entabla una comunicación no referencial en la que sin embargo los objetos circundantes cuentan.

La posibilidad misma de esta forma de comunicación parece ser un elemento subyacente a la idea davidsoniana de que hay una triangulación simple pre-lingüística. El triángulo formado por un niño, una mesa y un adulto sólo puede estar completo si es que el niño y el adulto se comunican de alguna forma en relación con la mesa. Lo que yo creo es que esto es concebible si adoptamos la idea de que en este escenario *el emisor (el bebé) intenta influenciar directamente la conducta del receptor (el adulto), en relación con algún elemento presente en el entorno inmediato (la mesa)*. Así pues, una alternativa viable para superar la crítica de Talmage supone la descripción de una forma de comunicación en la que el emisor interviene en el comportamiento del otro redirigiéndolo a algún elemento presente en el entorno. Es una idea plausible porque estos esfuerzos por dirigir a otro a un objeto presente en el entorno se interpretan mejor como *intervenciones en el curso de acción del otro*, que como un intercambio de concepciones sobre la tercera entidad. Lo que hace falta entonces es una forma de comunicación en la que los individuos no recurran a símbolos, palabras u otros elementos convencionales cuyo significado articule una concepción del mundo pre-establecida a la situación de interacción. Seguiré esta intuición más adelante.

### 3. La crítica de Montminy y los estándares compartidos

La crítica de Montminy (2003) está relacionada con el tema de si la triangulación es necesaria para el rasgo de objetividad del pensamiento. El reclamo de Montminy consiste en señalar que un individuo en solitario está en iguales o mejores condiciones para lograr pensamiento objetivo que uno que interactúa en situaciones de triangulación.

Para ello, el autor adelanta una propuesta en la que avanza en tres rutas de desarrollo posibles de la capacidad para pensar objetivamente que, según él, no suponen la interacción con alguien más:

Me parece que una criatura solitaria está en una posición tan buena para adquirir el concepto de verdad objetiva como aquellos que participan en una triangulación. Hay al menos tres maneras en las cuales puede llegar a entender que una de sus creencias es errónea. Primero, una criatura solitaria puede comparar su *reacción* actual con una pasada...Un segundo método disponible a la criatura solitaria es tratar de ver si su *reacción* actual satisface una generalización que hasta ahora ha admitido...En tercer lugar, la criatura solitaria puede comparar su *reacción* actual con una que tendría si se observara la misma situación desde una perspectiva diferente. (Montminy, 2003, 38-39)

A mi parecer las rutas propuestas por Montminy tienen dos problemas, en primer lugar asumen las mismas suposiciones que habían sido criticadas por Glüer a la posición de Davidson; cuando Montminy dice por ejemplo que: «*ver si su reacción actual satisface una generalización que hasta ahora ha admitido*» da por sentado justamente las habilidades que

se supone ha de explicar, puesto que si un individuo tiene la capacidad para admitir una generalización esto podría interpretarse como una actitud evaluativa explícita (un juicio) conforme a estándares que son ya reconocidos como objetivos por parte del individuo.

En segundo lugar, creo que Montminy confunde dos maneras diferentes de hablar sobre *perspectiva*. Por un lado, se puede decir que alguien tiene una perspectiva porque tiene la capacidad para *registrar* el ambiente circundante, pero por otra parte se dice que alguien tiene una perspectiva porque tiene una manera de *comprender* una situación. Así, para que el argumento de Montminy funcione no basta con que un individuo pueda registrar desde diversas posiciones la situación en la que se encuentra, sino que además debería tener la capacidad de *atribuir a alguien* (quizás a sí mismo) *una concepción diferente*; esto significa que el individuo acepta que es posible otra forma de registrar *la misma* situación en la que él se encuentra. Nótese que esto supone una cierta evaluación normativa del registro alternativo, esto es, exige una apreciación de la perspectiva alterna comparándola con respecto a algún estándar que también rige la perspectiva que uno actualmente tiene.

El argumento de Montminy me llena de perplejidad porque para explicar cómo se alcanza la capacidad para concebir que alguien tiene un punto de vista lo que pareciera necesitarse es un individuo que ya posee el concepto de creencia objetiva, esto es, alguien que sabe que diferentes perspectivas pueden ajustarse correcta o incorrectamente a una situación. Es por ello que, aunque la tercera ruta de Montminy parece sugerirnos que el simple cambio de *perspectiva* (entendida como registro de la circunstancia) nos puede servir para obtener una concepción objetiva, entraña el problema de que la simple variación posicional del agente no es suficiente para establecer *la corrección o incorrección* de los registros perceptuales que el individuo ha de *comparar*.

Por ello, tiene sentido la insistencia davidsoniana en que para que un individuo pueda genuinamente comparar una perspectiva acerca de una situación con otra debería contar con un estándar conforme al cual dicha comparación pueda ser realizada (Davidson, 2004b). Lo que expondré a continuación está dirigido a mostrar que la interacción social provee tal estándar *externo*. Nótese que lo que hace falta no es sólo que un bebé pueda apreciar la diferencia entre sus despliegues comportamentales y los parámetros de actividad que rigen el comportamiento de aquellos con los que interactúa, si de eso se tratara, ciertamente un individuo en solitario estaría en igual o mejor posición para alcanzar pensamientos con el rasgo de objetividad. Lo que se requiere es que en la mente del bebé aparezcan estándares independientes de la realización actual, más aún, independientes del despliegue conductual que cualquiera de los participantes de una actividad conjunta está llevando a cabo en una situación actual en tiempo real. Lo que diré en las siguientes páginas está dirigido a mostrar cómo es que en situaciones de interacción social se forma una estructura que sirve a todas luces (una vez que se ha estabilizado) como la base para comparar diversos puntos de vista.

#### 4. Enriquecer el modelo de la triangulación lingüístico-condicionada

Acorde con lo expuesto, mi estrategia general consistirá en complementar el modelo excesivamente escueto de Davidson para mostrar que de esta manera se pueden solventar los problemas que suelen achacársele. Los tres elementos conceptuales que se deberían agregar son: a) La noción de *descontento dirigido*, propuesta por Erik Rietveld (2008) para dar cuenta

del aspecto normativo presente en la actividad irreflexiva, b) la noción de *interpelación* que es una categoría de formas de comunicación triádicas pero no referenciales (básicamente apuntar y hacer pantomimas), y c) La idea de que la actividad conjunta es *estructurante* porque en ella se configuran conglomerados organizados de actividad irreflexiva.

Agregar estas nociones a la discusión también permitirá dar respuesta a los reclamos de los críticos de Davidson y generar un modelo enriquecido, mostrando que: a) En respuesta a Glüer; invocar la interacción social no supone la actividad cognitiva de alto nivel que se ha de explicar, dos individuos sensibles a la corrección de su actividad irreflexiva pueden interactuar mutuamente dirigiéndose a objetos sin la necesidad de que ambos posean creencias o conceptos, b) En respuesta a Talmage; la idea misma de comunicarse triádicamente con seres que no articulan una concepción del mundo no es incoherente y puede servir de base para la fijación del significado, y c) En respuesta a Montminy; la actividad conjunta brinda una base de estándares que permite evaluar de forma distanciada la corrección del comportamiento frente al mundo. En lo que queda describiré la inclusión de estos elementos.

El primer paso para enriquecer nuestro modelo de la interacción social con bebés es que se pueda pensar a estos individuos como *sensibles a la corrección*. Esta es una intuición que también está vinculada con la idea de que los agentes que triangulan están *coordinándose implícitamente* cuando hacen cosas juntos. Estas dos ideas son comprensibles si es que uno entiende la actividad conjunta como una forma *organizada* de comportamiento. El enfoque de la *normatividad situada* es una propuesta teórica en la que el comportamiento de los individuos en actividades conjuntas es organizado y responde a estándares inherentes e incorporados en la misma práctica.

Hay dos fuentes primordiales para el acceso a las ideas de este enfoque. En primer lugar, Adrian Cussins propuso una forma de normatividad *mundana* que gobierna el comportamiento de manera implícita en las actividades cotidianas (Cussins, 2002):

La normatividad que guía tu actividad no se debe a tu intención porque aún si tienes una –y puede que no la tengas– hay también una estructura para tu actividad que será la misma cualquiera que haya sido tu intención. Es esta normatividad libre de intención lo que estoy llamando aquí «normatividad mundana»: el suave choque del propio cuerpo y sistemas informacionales; las resistencias y permisividades<sup>6</sup> cognitivas del ambiente. (Cussins, 2002, §4)

El aspecto mundano de la noción de normatividad propuesta por Cussins tiene que ver con que hay una relación directa entre el ambiente circundante y el comportamiento. Según Cussins la noción crucial para el aspecto normativo de la conducta reactiva al entorno es la de *dirección* (guidance). Cussins desarrolla ampliamente el paralelo entre dos «reinos» normativos cuya única diferencia estriba en el *estándar* conforme al cual se realiza el reconocimiento de las normas. Así pues, hay un ámbito normativo para el cual «la verdad es el

---

6 Cussins usa la palabra «affordances» que normalmente no se traduce en las discusiones acerca de la percepción y el pensamiento pero he decidido utilizar «permisividad» por el tinte normativo que la acerca a lo que el autor me parece tiene en mente.

estándar contra el cual un pensamiento es valorado en primer lugar (su condición normativa) » (Cussins, 2002, §3) y por otra parte hay un sector de la experiencia para el cual el estándar es el *rastro de actividad* (Cussins, 2002, §4).

Lo que Cussins propone es una ampliación del ámbito normativo de manera que incluya un «reino de mediación»; se trata de una esfera paralela, y de acuerdo con mi reclamo inspirado por Cussins, un antecedente del ámbito de las razones. Según el autor, «el reino de la mediación se compone de rastros que distinguen patrones de actividad permitida de patrones de actividad resistida» (Cussins, 2002, §4). Creo, al igual que el autor, que hay estándares *prácticos* que determinan el reconocimiento normativo en la actividad irreflexiva. Nótese que una buena parte del reclamo consiste en que la sensibilidad de los seres humanos puede distinguir entre las conductas, reacciones y movimientos *ajustados* para una situación actual y los despliegues comportamentales que un participante actualmente lleva a cabo. Esta distinción no implica la formación de una creencia sino más bien es un rasgo de la reacción conductual afectiva en situaciones de interacción social.

Así pues, siguiendo a Cussins y en respuesta a Glüer todo lo que hace falta para dar cuenta de la sensibilidad a la corrección es que existan conductas «apreciativas» del flujo de actividad de alguien más. Esto nos conduce a una segunda fuente de las ideas de este enfoque. Se trata de la investigación de Erik Rietveld para quien la normatividad situada es «un aspecto de la acción irreflexiva» que le permite a un agente distinguir lo que es adecuado o inadecuado en una situación (Rietveld, 2008, 973). Rietveld analizó los ejemplos usados por Wittgenstein a propósito de la maestría práctica del artesano y propuso la idea de que lo que es crucial en la comprensión de la normatividad implícita en estas actividades es el *descontento dirigido*, una noción desarrollada por Wittgenstein al hablar de la apreciación que el artesano hace de su obra:

El descontento dirigido describe una relación interna entre, de un lado, la conducta y la experiencia vivida de un artesano y, de otro lado, el objeto en el cual él está trabajando. Yo llamo al descontento dirigido «conducta afectiva», porque esta reacción instintiva rápida de apreciación precede, en un sentido, la distinción entre emoción y cognición...el uso del término conducta afectiva también intenta mostrar que un curso de acción estaba ya en marcha y ahora es *afectado* (affected) como un resultado del estado percibido del objeto. (Rietveld, 2008, 976)

El descontento dirigido es una conducta «apreciativa», su rasgo más importante es que no hay un distanciamiento reflexivo en virtud del cual el individuo observe desde afuera y pueda enjuiciar la actividad que realiza, sino que más bien, es la capacidad para «afectarse»<sup>7</sup> *en la práctica* por la realización en marcha lo que es determinante para *corregir* el comportamiento. El descontento dirigido es una forma de reconocimiento normativo en la que el agente logra *distinguir algún parámetro regente sin distanciarse de la realización*.

---

7 Uso las comillas porque aquí hago un uso alternativo de la palabra, me refiero simplemente a lo que Rietveld dice al final de su cita, a saber, que la conducta del artesano es afectada como un resultado del estado percibido del objeto.

Ahora bien, la presencia de alguna normatividad en la interacción social con infantes pre-verbales ha sido registrada por los investigadores del desarrollo desde los años 80 (Rogoff, 1993). Los estudios muestran que normalmente la ayuda que los adultos prestan a los niños *orientando* su comportamiento no se «produce de forma intencional» (Rogoff, 1993, 131). Tomasello describe una situación normativa que encaja perfectamente con el modelo de una triangulación lingüístico-condicionada:

Al comienzo del ensayo, un niño observa pasivamente a un adulto que guarda revistas en un armario. Luego, en la segunda etapa, cuando el adulto tiene dificultad con las puertas porque sus manos están ocupadas con las revistas, el niño lo ayuda a abrirlas. Más tarde, en la tercera etapa, cuando ya tiene un esquema de todo el proceso, el niño se anticipa a todas las situaciones y abre las puertas de antemano, llevando, por así decir, la voz cantante en esa actividad colaborativa. En algunos casos, el niño incluso le indica al adulto dónde debe poner las revistas (señalando el lugar). En las tres escenas de esta actividad, surgen en el niño y el adulto expectativas mutuas acerca de sus respectivos comportamientos, de modo que el niño acaba por estructurar la actividad e incluso por comunicarle al adulto algo así como «hay que ponerlas ahí». Todo ello significa que en esa actividad ciertas tareas se desarrollan según requisitos normativos. Vale la pena consignar que el niño del experimento tiene solo 18 meses, que apenas habla y que no utiliza ningún lenguaje normativo. (Tomasello, 2010, 112).

La primera parte de la cita de Tomasello nos permite acercarnos con detalle a las situaciones en las que la participación infantil en actividades conjuntas se sirve de la reacción afectiva para el establecimiento de patrones de comportamiento acordes con parámetros presentes en la actividad compartida. En este caso las puertas del armario que el niño ayuda a abrir son un elemento que orienta la actividad, de modo que el comportamiento del adulto orientado a las puertas configura el rastro de actividad sobre el cual se orienta la conducta afectiva del niño.

La segunda parte de la cita sirve como apoyo para la tesis de que el contento-descontento dirigido permite la comunicación y la coordinación del comportamiento. En la versión de Tomasello se trata de la presencia de «expectativas mutuas» pero lo que está en juego en la situación no son concepciones del niño sobre el comportamiento del adulto sino su capacidad para reaccionar afectivamente ajustándose a la orientación habitual del despliegue del adulto. Es por ello que la consigna final de Tomasello de que el niño apenas habla y no utiliza lenguaje normativo resulta tan relevante porque indica que más que un intercambio de ideas entre el niño y el adulto la situación puede describirse mejor en términos de la coordinación de la conducta de los participantes.

Al analizar el comportamiento infantil en los juegos en los que participan personas adultas Tomasello señala que «Lo único imprescindible era que los niños vieran al adulto mostrando cómo se jugaba –sin que pronunciara palabras ni juicios normativos– e inmediatamente extraían solos conclusiones normativas acerca de cómo se *debía* jugar.» (Tomasello, 2010, 61). Desde mi punto de vista, cuando los juegos se analizan bajo el esquema de la triangulación lingüístico-condicionada encontramos que se trata de situaciones en las que el adulto obra intencionalmente según ciertos fines de manera deliberada y racional

desplegando conductas afectivas a las que el infante reacciona. La clave del asunto está en notar que *no hay una brecha entre las actitudes explícitas del adulto y su comportamiento afectivo*<sup>8</sup>. Las conductas del adulto y el niño se coordinan de una manera tal que las acciones de uno suscitan reacciones del otro dirigidas a los mismos objetos y lugares. Ciertamente la inteligencia del infante tiene mucho que ver con su aprendizaje de las formas comportamentales propicias para suscitar el contento o descontento del adulto. Nótese que la posesión de una sensibilidad habilitada para apreciar lo que se ajusta a una situación es suficiente para dar cuenta de la detección de similitud.

El segundo elemento que debemos incorporar en nuestro análisis de la interacción temprana es una forma de comunicación pre-convencional que articule la actividad irreflexiva conjunta de dos individuos. Es a lo que he llamado *interpelación*. Tener la capacidad de interpelar exige el tipo de sensibilidad a la corrección que he venido discutiendo. Se trata de una forma de comunicación no referencial pero triádica, porque en ella lo que se comunica no es un contenido *sobre el mundo* sino uno despliegue *dirigido al mundo*.

Apuntar es la *interpelación* por excelencia. Su función básica es la de dirigir la atención de alguien, y opera en diversos modos expresivos. Se puede apuntar para indicar un objeto o para sugerir acciones, para corregir cursos de acción o para demandar algo. Cualquiera sea el caso, la comprensión del gesto supone la capacidad para situarse adecuadamente en el contexto compartido con alguien más en tiempo real (Tomasello, 2008).

Apuntar es una de las primeras formas de comunicación desarrolladas por los bebés humanos. Es una forma de comportamiento orientado al otro que interviene en su flujo actual de actividad. Se trata de una actividad que puede configurarse triádicamente, cuando funciona de modo que el receptor redirige su atención *orientándola* a algún aspecto diferente del emisor<sup>9</sup>. Adicionalmente, apuntar no exige la posesión de concepciones pre-existentes al gesto puesto que su funcionamiento está estrechamente ligado a lo que ocurre en una situación actual.

La trayectoria del desarrollo del apuntamiento parece estar muy enraizada en la abreviación de las acciones con las que se interviene en el flujo de actividad de alguien más. Lo cual nos sugiere que hay otras formas de interpelar que también aprovechan la sensibilidad a lo que sucede en tiempo real. Así pues, en los escenarios de triangulación lingüístico-condicionada el bebé se sirve de una gama amplia de despliegues conductuales que orientan al adulto, formas que incluyen al apuntamiento, la pantomima reactiva, la reorientación de la mirada, etc.

Así pues, en oposición a la opinión de Talmage hay formas de comunicación con las que se puede *intervenir* en el curso habitual de acción de otro a través de gestos que *redirigen* la atención de otro reorientándola a los objetos, lugares o personas que producen contento o descontento, se trata de emisiones que no articulan una concepción del mundo porque sólo cuentan con lo que ocurre en una *situación actual*, de modo que al receptor le basta simplemente con observar para reaccionar *apropiadamente* a los esfuerzos del emisor.

---

8 Excepto en casos de engaño que evidentemente son anomalías que también el infante ha de aprender.

9 También hay apuntamientos diádicos, por ejemplo, cuando se dirigen al emisor para dirigir su atención a él mismo.

Ahora bien, otro de los aspectos interesantes del comportamiento afectivo es su tendencia a *estabilizar*. El descontento dirigido le permite al agente ajustar su comportamiento paso a paso, hasta llegar finalmente a un punto en el cual el descontento se reduce *gradualmente* a cero, no porque realice un proceso de evaluación reflexiva durante cada momento de su actuación sino porque ajusta su realización en el despliegue de la misma. Sobre esto Rietveld dice que:

El rol de la experiencia de primera persona es de importancia central para la comprensión de la noción de descontento dirigido de Wittgenstein<sup>10</sup>. A medida que el objeto llega a ser más y más correcto, la cantidad de descontento experimentado puede descender *gradualmente*. Para el artesano, la experiencia vivida de estar descontento con el objeto en que él está trabajando está internamente relacionada con su incorrección. Su experiencia cambia con el mejoramiento del objeto y algunas veces se puede alcanzar la satisfacción. (Rietveld, 2008, 981)

Nótese que en el descontento dirigido hay una relación interna entre tres elementos, el despliegue comportamental, la experiencia vivida por el agente y el objeto con el cual interactúa (Rietveld, 2008, 983). La estabilidad surge del ajuste progresivo de la acción al rastro de actividad que *habitualmente* genera contenido (la experiencia afectiva- afectada de primera persona), el estado percibido de los objetos y estados de cosas retroalimenta al individuo produciendo mayor contenido o descontento según se ajuste al rastro de actividad que *habitualmente* suscita contenido. El corolario de este proceso es que los individuos desarrollan patrones comportamentales.

Esto es relevante para los escenarios de interacción social porque los individuos pueden coordinarse de una manera tal que: a) La mera presencia de ciertos objetos anuncia el despliegue de comportamientos que, b) suscitan reacciones de contenido o descontento en quienes, c) son capaces de ajustar su conducta a un patrón de actividad conjuntamente establecido.

La estabilización de patrones comportamentales conjuntos provee una «base» sobre la cual los individuos pueden coordinar su interacción. En oposición al punto de vista de Montminy esta es una ventaja que no está disponible para individuos solitarios sino para quienes participan en situaciones de interacción conjunta y con objetos. Un individuo solitario no podría beneficiarse de las reacciones de descontento de otro para orientar su comportamiento.

Más aún, es la apreciación de los patrones comportamentales de la actividad cotidiana el primer paso para *tomar distancia* de la propia actividad. Evidentemente, hay una historia compleja detrás de la capacidad para distinguir lo que uno observa de lo que es adecuado para el tipo de situación en que uno está. El desarrollo de la memoria del infante y de sus recursos intelectuales tienen que ver con ello, pero también es cierto que las estructuras normativas presentes en las prácticas que se comparten con otros fomentan la aparición

---

10 La noción aparece por primera vez en las conversaciones sobre estética de Wittgenstein las cuales fueron compiladas en el texto *Lecturas y conversaciones sobre estética, psicología y creencia religiosa* en la edición de Blackwell de 1966 y en castellano en la edición de Paidós de 1992.

de una forma de comprensión propia de lo que se ajusta en cada variación del entorno habitual de la actividad conjunta. Esta comprensión distanciada del propio accionar tiene desde el momento de su aparición un carácter integrador puesto que incluye los estándares externos a la acción junto con su orientación actual, pero también perspectival puesto que establece una relación entre el flujo de actividad habitual del individuo, sus complementos en la práctica (lo que hacen otros y las variaciones del mundo) y la situación actualmente observada.

Evidentemente hay una historia larga que contar para explicar cómo es que se pasa de la actividad irreflexiva coordinada a la interacción lingüística entre seres capaces de concebir el mundo circundante, pero según me parece lo dicho basta para acreditar la tesis de que la primera es una condición necesaria de la emergencia de la segunda.

## Referencias

- Astington, J., y Jenkins, J. (1999). «A longitudinal study of the relation between language and theory-of-mind development». *Developmental Psychology*, 35(5), pp. 1311-1320..
- Cole, M. (2007). «Phylogeny and cultural history in ontogeny». *Journal of Physiology*, 101(4-6), pp. 236–246. <https://doi.org/10.1016/j.jphysparis.2007.11.007>
- Cussins A. (2002) *Experience, thought and activity*. Recuperado del sitio de internet: <http://www.haececia.com/FILES/york.htm>. Existe una versión editada de este texto en: Cussins A. (2002). «Experience, thought and activity». En Y. Gunther. (Ed.), *Essays on Nonconceptual Content*, Massachusetts: MIT Press, pp. 147-163.
- Davidson, D. (2001a). «The Emergence of thought». En: D. Davidson, *Subjective, Intersubjective, Objective*, Oxford: Clarendon Press, pp. 123-134.
- Davidson, D. (2001b). «The second person». En: D. Davidson, *Subjective, Intersubjective, Objective*, Oxford: Clarendon Press, pp. 107-121.
- Davidson, D. (2004a). «The problem of objectivity». En D. Davidson, *Problems of Rationality*, Oxford: Clarendon Press, pp. 3-18.
- Davidson, D. (2004b). «What thought requires». En D. Davidson, *Problems of Rationality*, Oxford: Clarendon Press, pp. 135-149.
- Davidson, I., Noble, W., Lieberman, P., Ragir, S., y Burling, R. (1993). «On the evolution of language». *Current Anthropology*, 34(2), pp. 165-170. DOI: 10.1086/204153
- Duica, W. (2014). *Conocer sin representar. El realismo epistemológico de Donald Davidson*. Biblioteca Abierta. Colección General. Serie Filosofía. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Gabora, L. (2008). «The cultural evolution of socially situated cognition». *Cognitive Systems Research*, 9(1-2), pp. 104-113. DOI:10.1016/j.cogsys.2007.05.004
- Glüer, K. (2006). «Triangulation». En E. Lepore y B. Smith (Eds.), *The Oxford Handbook of Philosophy of Language*, Oxford: Oxford University Press, pp. 1006-1019. Recuperado de <http://www2.philosophy.su.se/gluer-pagin/Triangulation.pdf>
- Lepore, E (2004). «An Interview with Donald Davidson». En: D. Davidson, *Problems of Rationality*, Oxford: Clarendon Press, pp. 231-265.
- Montealegre, R. (2007). «La solución de problemas cognitivos. Una reflexión cognitiva sociocultural». *Avances en Psicología Latinoamericana*, 25(2), pp. 20-39.

- Montminy, M. (2003). «Triangulation, Objectivity and the Ambiguity Problem». *Critica*, 35(105), pp. 25-48.
- Pagin, P. (2001) «Semantic triangulation». Tomado de la versión pre-publicada en: <https://stockholmuniiversity.app.box.com/s/432sxviskjacp4n5iu1xeprwoit9blvn>. Versión publicada en: P. Kotatko, P. Pagin y G. Segal (Eds). *Interpreting Davidson*. Stanford: Center for the Study of Language and Information, pp. 1-20.
- Perner, J. (1994). *Comprender la mente representacional*. Barcelona: Paidós.
- Rietveld, E. (2008). «Situated normativity: The normative aspect of embodied cognition in unreflective action». *Mind*, 117(468), pp. 973-1001. doi: 10.1093/mind/fzn050
- Rogoff, B. (1993). *Aprendices del pensamiento. El desarrollo cognitivo en el contexto social*. Barcelona: Paidós.
- Talmage, C. (1997). «Meaning and Triangulation». *Linguistics and Philosophy*, 20(2), pp. 139-145.
- Taylor, T. (2010). «Where does language come from? The role of reflexive enculturation in language development». *Language Sciences*, 32(1), pp. 14-27.
- Tomasello, M. (2008). *Origins of the human communication*. Cambridge, Massachusetts: The MIT Press.
- Tomasello, M. (2010). *¿Por qué cooperamos?* Buenos Aires: Katz.

## **Perspectivismo en epistemología**



## Puntos de vista y problemas de Gettier\*

### Points of View and Gettier's problems

ANDRÉS L. JAUME\*\*

**Resumen:** Mi objetivo es relacionar la idea de un punto de vista absoluto con los problemas de Gettier. Para lograr este propósito, tomo algunas consideraciones previas sobre las estrategias analíticas que usa Gettier y las critico apelando a algunos resultados tomados del KrV de Kant en su *Disciplina de la Razón Pura* (KrV). Finalmente, presento algunas conclusiones sobre la naturaleza del conocimiento humano y cómo podemos responder a la pregunta qué significa que S sabe que p.

**Palabras clave:** Análisis, Definición, Epistemología, Kant, Problemas de Gettier, Puntos de vista

**Abstract:** My goal is to relate the idea of an absolute point of view with the problems of Gettier. To achieve this purpose, I take some preliminary considerations on the analytical strategies used by Gettier and criticize them by appealing to some results taken from Kant's KrV in his *Discipline of Pure Reason*. Finally, I present some conclusions about the nature of human knowledge and how we can answer the question about what it means that S knows that p.

**Key words:** Analysis, Epistemology, Definition, Kant, Gettier's Problems, Point of View

Los problemas de Gettier han dominado buena parte de la Epistemología de corte analítico y las diferentes estrategias que se han empleado para dar una respuesta a los mismos han constituido, en buena medida, el desarrollo contemporáneo de la misma centrándose de manera preferencial en el problema de la justificación epistémica. Sin embargo, el objetivo de este estudio radica en dos puntos (1) hacer explícito hasta qué punto la estrategia de análisis empleada por Gettier es acertada y (2) señalar como presupuesto básico de la misma un problema que denomino «el punto de vista absoluto». Finalmente propongo una serie de consideraciones acerca de qué es conocimiento y en qué medida la teoría de los puntos de vista puede ser una herramienta notable en el tratamiento del problema de la definición o caracterización del conocimiento.

---

Recibido: 30/06/2018. Aceptado: 21/10/2018.

\* Este artículo se enmarca dentro del Proyecto de investigación PoV (Points of View) FFI2014-57409-R.

\*\* Profesor contratado doctor en la Universidad de las Islas Baleares ([andres.jaume@uib.es](mailto:andres.jaume@uib.es)) Sus líneas de investigación son la Metafísica y la Teoría del Conocimiento, además de los estudios comeniológicos y la Filosofía de la Educación. Sus últimas publicaciones son: «Sobre el tomismo de Suárez», *Estudios Filosóficos*, LXVI, 2017, pp. 463-487 y «Ortega's Philosophical Semantics», en Kozak & alii (Eds.): *Uses, Misuses, Abuses of Language in Culture, Literature and Linguistics*, Siedlce University of Natural Sciences and Humanities-Faculty of Humanities, Siedlce, Polonia, 2018, pp. 11-20.

### §1. Las consecuencias del análisis: unas reflexiones en torno a las diferentes maneras de hacer filosofía y entender el análisis

El análisis de Gettier de S sabe que p sigue una estrategia de definición en términos de condiciones si y solo si, es decir, podemos reemplazar el *analysandum* por el *analysans* y viceversa. De forma que podemos decir que alguien sabe que p si y solo si tiene una creencia, está justificado y también es verdad. Y viceversa, sucede lo mismo si afirmo que alguien que tiene una creencia justificada y verdadera, entonces tiene conocimiento.

La situación de Gettier (1963) desacredita esta estrategia de definición. Después de considerar sus contraejemplos, nos vemos obligados a decir que las tres condiciones son solo necesarias, pero no suficientes. Además, si se aceptan las conclusiones de Gettier, se debe aceptar que se ignora todo o se está condenado al escepticismo. La aceptación de los resultados de Gettier implica que se debe tomar una decisión sobre cómo definir el conocimiento, al menos el conocimiento proposicional. Es éste el más genuinamente humano pues está ligado indisolublemente a nuestras actividades lingüísticas que han configurado que seamos lo que somos. De otra manera, toda aquella información que precisamos para nuestra vida y que conforma el lazo social que hace que no seamos simples mónadas sino seres interdependientes los unos de los otros, radica en el lenguaje. De forma que, si queremos saber que es el conocimiento, debemos lograr un análisis del enunciado S sabe que p.

Ahora bien ¿en qué consiste elaborar tal análisis? Claro está que Gettier se mueve en el ámbito de la filosofía analítica que, en un momento dado de la historia, se planteó como el otro gran continente filosófico respecto a lo que se denominó Filosofía continental. A finales del siglo pasado, salvo en determinados círculos muy ortodoxos, ya no tenía sentido hablar de tal dicotomía. La postmodernidad y la globalización licuaron ambas categorías. No obstante, entre los llamados filósofos analíticos persiste la idea de que hacer filosofía es cuestión de análisis (como entre los de corte fenomenológico reaparecen constantemente conceptos como «reducción», «epojé» o «esencia»). La pregunta, es, pues, en qué consiste ese proceder analítico.

La llamada Filosofía analítica ha tenido diversas concepciones acerca del análisis, en caso de que se considere a éste como el rasgo definitorio de esa misma corriente, algo que, según Glock (2012) dudosamente puede afirmarse<sup>1</sup>. Ha habido diversas maneras de entender el análisis a lo largo de la historia de esta manera de hacer filosofía y, en algunos casos, incluso incompatibles. No es lo mismo proceder a un análisis descomposicional como proponía Moore –descomposición de conceptos en conceptos máximamente simples– o las estrategias seguidas por B. Russell, en su teoría de las descripciones definidas, y el Wittgenstein del *Tractatus*, que parecían buscar los átomos lógicos, bien fueran datos sensoriales irrefutables –no cayeron en la cuenta del mito de lo dado– o bien átomos metafísicos, que seguir la estela de Austin y la filosofía oxoniense centrada en el lenguaje corriente y no en la idea de que hay un lenguaje ideal ocultado por el uso lingüístico habitual. Son presupuestos

1 «En consecuencia, mientras que las definiciones más pesadas y específicas del análisis ya no cubren todo el ámbito de la filosofía analítica, las menos exigentes y más amplias son demasiado indiscriminadas. El análisis, por tanto, no podrá ser usado para definir la filosofía analítica.» Glock, H.J., (2012), *¿Qué es la filosofía Analítica?*, Madrid: Tecnos, p. 201.

de fondo que importan, porque la práctica del análisis e incluso lo que se espera de él es siempre dependiente de ese tipo de presupuestos-marco sobre los que se teje una determinada manera de hacer las cosas.

En cualquiera de los casos, tanto Moore como Russell y el primer Wittgenstein parecieran tener detrás la metáfora del químico aislando los componentes de sus sustancias a través de un refinado proceso de análisis para identificar de qué están hechas.

Obviamente la idea de análisis de los arriba citados estaba ligado a una tesis más fundamental, si había que analizar era porque el lenguaje común ocultaba de alguna manera el problema que deseaba verse con claridad, una idea en absoluto nueva<sup>2</sup> que encontramos ya en el s. XVII –i.e. Comenius–.

En lo que respecta a filósofos como Gettier o Grice está claro que no buscan algo así como los conceptos últimos de la realidad como propusiera Moore, pero sí hay una búsqueda de las condiciones necesarias y globalmente suficientes para decir que un término significa lo que significa. Dentro de esa corriente, en el terreno de la Epistemología o Teoría del conocimiento el ejemplo por excelencia lo constituye el artículo de Gettier de 1963. Dar con ese tipo de análisis consistía básicamente en dar una definición, pero ¿qué tipo de definición?

Se han considerado muchas maneras de definir un término: definiciones denotativas o extensivas, es decir, dar una serie de ejemplos de los objetos denotados por el término, pese a que el conjunto en sí sea infinito –i.e. los números naturales– o prácticamente innumerable –i.e. como sucede con términos como «flor» o «estrella». Otra técnica definitoria es la ostensión, es decir, cuando decir «esto es X» o cuando en la misa el sacerdote eleva la ostia y el cáliz y dice que es el «cordero de Dios», de hecho este último ejemplo no es trivial pues un «ostensorio», según la RAE es el objeto donde se hace ostensión de algo, es decir, donde manifiesta algo, y ese algo es lo que es. Sin embargo, ese tipo de definiciones corren el riesgo de no ser más que otra variedad del mito de lo dado o, en términos del Wittgenstein de la *Investigaciones*, una variedad de lenguaje agustiniano que nada convence como manera de dar el significado de un algo. Bien sabemos que por mucha ostensión que hagamos del cuerpo de Cristo, un ateo no verá absolutamente nada, como no supieron distinguir los primeros indios americanos a los españoles de sus caballos<sup>3</sup>.

Igualmente tenemos las definiciones por sinonimia, pero ya nos advirtió Quine de la oscuridad de semejante noción en *Dos dogmas del empirismo*. La sinonimia es poco precisa y cualquiera que haya estudiado lenguas –vivas o muertas– y no meramente lenguajes formales, sabe que no hay sinónimos perfectos.

También disponemos de definiciones operacionales, muy usadas en determinadas ciencias. En una definición operacional el *definiens* alude a una operación pública y repetible. Las definiciones operacionales de un término nos dicen que la relación entre *definiendum* y *definiens* es bicondicional y que el *definiens* es algún tipo de operación especificada de antemano. Por ejemplo, «X es una bacteria gram negativa *sys* X da negativo en la tinción de Gram» o «S padece hipertensión arterial *sys* los valores de la tensión sistólica y diastólica son superiores a 130/90 mmHg *caeteris paribus* S no toma medicación antihipertensiva (betabloqueantes, inhibidores de la angiotensina, etc). Obviamente esto no parece que sea

2 Cf. Eco, U. *La búsqueda de la lengua perfecta*, (2015), Barcelona: Crítica, pp. 178-192.

3 Cf. Eco, U., *Kant y el ornitorrinco*, Barcelona: Debolsillo, 2013, p. 171-173.

una técnica aplicable en filosofía, donde quizás, sólo tendría lugar en el uso de términos de nuevo cuño como el de «función propia» que emplea Ruth Millikan y que, por supuesto, ha sido ampliamente discutido y que muy bien podríamos clasificar dentro de la categorías de definiciones reales, es decir, tanto el *definiens* como *definiendum* son equivalentes y refieren a la misma cosa, de forma que el *definiens* se constituye como análisis del *definiendum*. Este tipo de definiciones son muy usadas en ciencias experimentales o naturales y no menos en determinadas corrientes filosóficas que buscan algo así como las esencias de los fenómenos que estudian, de ahí que la definición de función propia sea una definición real en el sentido de que remite a una realidad a la que no tenemos un acceso operacional sino que simplemente tratamos de captar en tanto que análisis de un contenido en sus aspectos distintivos. Cohen y Nagel (1976) señalan que entran en este ámbito también las matemáticas y apuntan al siguiente ejemplo de lo que consideran una definición real:

«La figura A es semejante a la figura A'. =. La razón de la distancia entre dos puntos cualesquiera , P y Q, de A y la distancia entre los puntos correspondientes , P' y Q' de A', es constante. Df.»

Obsérvese que la definición es extensional, es decir, admite sustituciones *salva veritate*, de modo que podemos sustituir el *definiendum* por el *definiens* en cualquier momento. Con este tipo de definiciones delimitamos el concepto en cuestión. La alternativa sería la definición verbal o nominal, a saber, el acuerdo o resolución en lo relativo al uso de signos verbales (Cohen & Nagel, 1976, p. 47), son ejemplos las tautologías de la lógica del tipo p implica q *syss* no p o q; de modo semejante  $a^2 = a \cdot a$  por definición. Sostienen Cohen y Nagel que las definiciones nominales, a diferencia de las definiciones reales no pueden ser verdaderas o falsas, son materia de una resolución. Es difícil aclarar los límites en la práctica, de modo que las definiciones nominales a menudo hay referencias a lo que los términos representan.

Podemos hacer muchas y variadas taxonomías de los diferentes tipos de definición. Lo que interesa ahora es vincular la noción de definición a la de análisis en la medida en que entendió el análisis filosófico Gettier. La pregunta que debemos formularnos es qué tipo de definición se ejemplifica en el análisis de Gettier. Todo parece indicar que, de algún modo, se trata de una definición nominal. Aunque resulta extraño reducir el problema del conocimiento a un simple asunto de toma de decisiones o resoluciones acerca de lo que el término significa.

Tras los contraejemplos de Gettier se desliza algo así como la siguiente afirmación «Si aceptáramos la definición tripartita y la aplicáramos a los casos que se presentan, nadie en su sano juicio estaría tentado a sostener que ambos sujetos conozcan p». El conocimiento no puede ser un mero acuerdo o resolución acerca de las palabras sino que se le exige una realidad, lo que se pone en juego con el conocimiento no es poca cosa, es la fiabilidad de nuestras acciones sustentadas en conocimientos genuinos, de ahí que se diga que el objeto del conocimiento es la verdad. En ese sentido creo que Gettier se aparta de la idea de una posible definición nominal muy del gusto de aquellos filósofos que quisieron ver sólo problemas dentro de la selva del lenguaje y malentendidos verbales que debían aclararse mediante alguna estrategia analítica más o menos sofisticada, es decir, debíamos sacar a la

mosca de su botella, pero ¿quería salir la mosca? ¿realmente estábamos encerrados en una botella lingüística que se nos interponía como velo ante la realidad misma? Lo dudo. Sea como fuere, no parece que sea tarea fácil clasificar el intento de Gettier y no nos quede otra opción que contentarnos con la pobre respuesta «Gettier trata de lograr un análisis de la expresión S sabe que p teniendo en cuenta una idea de sentido común acerca de qué significa asentir ante S sabe que p».

La definición de conocimiento que propusiera Gettier en 1963 –en realidad una reelaboración muy cuestionable de la tercera parte del *Teeteto* de Platón (201 c-d)– consigna que ofrecer un análisis de un término es, ni más ni menos, una cuestión de estipular condiciones *syss* entre *definiendum* y *definiens*. Respecto de los problemas de Gettier, problemas que han condicionado en buena parte la epistemología analítica desde 1963 hasta nuestros días –ya sea explícita o veladamente–, la Filosofía Analítica ha ensayado diferentes enfoques, como la búsqueda de una cuarta condición misteriosa o la reformulación completa de los mismos, centrándose en el concepto de justificación epistémica. Hasta que, según algunos, como Glock (2012) han apuntado que «la actual tendencia consiste en renunciar a una definición analítica y concentrarse más en el papel que juega el concepto de conocimiento en nuestras prácticas» (p. 200). Es decir, para Glock el problema del análisis de Gettier se ha disuelto como un azucarillo en agua. Sin embargo, considero que, pese a la renuncia a tales tipos de análisis, sí persiste una tendencia, quizás una vuelta atrás velada, a lo que desde antaño se denominó «criteriología» y que no es otra cosa que plantearse qué es la justificación epistémica y en qué se diferencia de la simple creencia. De otra manera, no analizaremos según el proceder de Gettier, pero sí especularemos –ésa y no otra es la palabra– acerca de qué consiste dar buenas razones y qué límites tienen esas en la vida humana que, respecto del conocimiento, es la única que más o menos nos resulta próxima. Obviamente no haremos de la filosofía un saber analítico en ese sentido, pero sí un saber discursivo.

La cuestión es si eso es un procedimiento adecuado para el tratamiento filosófico de determinados problemas o, por el contrario, lo es para otras disciplinas como la Matemática o el Derecho.

## § 2. ¿Por qué deberíamos cambiar las reglas del juego?

El problema de Gettier se basa en una de metáfora que en mi opinión no ha sido adecuadamente considerada. Se trata de algún modo de una variante de lo que Kant señala a propósito de la diferencia entre las matemáticas y la Filosofía en la KrV.

La segunda parte de KrV es la parte menos estudiada. Körner, Gardner y otros filósofos analíticos interesados por Kant no «analizan» esta parte. Sin embargo, el método es la pregunta que preocupa una gran parte de la reflexión teórica en la filosofía moderna y contemporánea, desde Galileo a Popper, Kuhn o Lakatos. Tener un método es una forma de obtener justificación epistémica. Si sigo un conjunto de reglas bien establecidas, es decir, reglas de inferencia, entonces es cierto que pueda dar con el pretendido conocimiento. Ya sean estas reglas razonamientos deductivos, inductivos, abducciones o razonamientos estadísticos. Lo cierto es que tienen cierta confiabilidad para obtener buenos resultados que dicen que son verdades.

La cuestión del método es desarrollada por Kant en una disciplina -regulaciones negativas o restricción de la razón- y reglas positivas -*Canon de la Razón Pura*-. Pero, a pesar del trascendentalismo y otros compromisos importantes, me centraré en la primera argumentación de la *Disciplina de la razón pura* (A731 / B741 y ss.). De hecho, en este capítulo 1, Kant considera la relación entre las Matemáticas y la Filosofía y establece claramente cuál es la diferencia. La filosofía y las matemáticas usan conceptos, pero de una manera diferente. Mientras que las matemáticas construyen conceptos, la filosofía expone los conceptos de una manera discursiva. Los lectores pueden sorprenderse con la idea de la construcción y, probablemente, estar insatisfechos con la definición que da Kant (A713 / B741-A714 / B742). Sin embargo, el problema no surge aquí, sino en A727 / B755 y ss. En resumen, después de afirmar que la Filosofía consiste en un conocimiento de sus propios límites, sostiene las siguientes tesis:

1. La filosofía no tiene definiciones de la misma manera que las matemáticas. La filosofía ofrece definiciones como exposiciones de conceptos dados, es decir, una definición filosófica es «un ensayo» (A730 / B758) y, en consecuencia, la Filosofía no debe imitar a las Matemáticas.
2. No tenemos axiomas ni teoremas.
3. No tenemos demostraciones como las matemáticas, que poseen demostraciones apodócticas, trabajamos con pruebas acroamáticas (un dispositivo discursivo). Acroamático significa una manera de enseñar por medio de discursos, narraciones o explicaciones, una cosa diferente es lo que es una explicación, quizás una fábula o una analogía con cierta verosimilitud). Sin embargo, Kant incide en la discursividad y no en explicaciones o narraciones.

En absoluto estamos obligados a seguir los dictados de Kant, pero sí es obvio que nos alertan acerca del peligro de buscar definiciones como si estuviéramos haciendo matemáticas. Es decir, si por algo se caracteriza la filosofía es porque, ante todo, es una actividad discursiva que, como decía Platón en la *República* (511 c) era un proceder de las ideas, a través de ideas y que llega a ideas. Cuando hacemos filosofía simplemente realizamos una actividad que se constituye en el lenguaje como mediación intersubjetiva básica y que tiene por resultado una puesta a punto de los conceptos con los que nos enfrentamos a la realidad. ¿Buscamos la verdad? sí, pues la verdad es el objeto de toda empresa epistemológica en principio, otra cosa será que incluso el concepto de verdad sea objeto de discursividad y debemos aclararnos acerca de qué cuenta como verdad y, más importante, por qué. Pero son esos temas que deben ser tratados en otro momento.

En lo que respecta a la concepción del análisis de Gettier es algo que no cabe desdeñar. La metáfora matemática tiene su origen en la polémica acerca de los fundamentos de las matemáticas y, particularmente, en la visión de Russell sobre cómo fundamentar las matemáticas. El argumento que Russell parece responder es la idea de que la lógica es una cuestión de analiticidad, mientras que la matemática es una cuestión de juicios sintéticos a priori. Pero si podemos reducir las matemáticas a la lógica, las matemáticas también son una cuestión de juicio analítico y todos saben lo que implica tener un juicio/proposición analítica. De esta manera, la Filosofía es también una cuestión de análisis y, en consecuencia, esta es

la vía del conocimiento filosófico. Tenemos ejemplos clásicos de diferentes aplicaciones de este método, es decir, la teoría de descripciones definidas, el análisis del significado dado por Grice o la propuesta comentada anteriormente y desarrollada por Gettier. En resumen, realizar el análisis de un concepto es lo mismo que definir en términos de las condiciones *syss* entre *analysandum* y *analysans*.

Estas estrategias tienen éxito en campos como el Derecho y las Matemáticas, de hecho, podemos observar cómo, de alguna manera, el jurista y el matemático construyen<sup>4</sup> sus conceptos, en algún sentido muy lato y distante, quizás, de lo que Kant entendiera por construcción.

Considérese la noción de matrimonio como institución social y legal. El código civil, en el derecho continental, hace positiva una práctica social considerando algunos parámetros y especificándolos. En pocas palabras, determinada institución jurídica es matrimonio *syss* tiene algunas condiciones establecidas explícitamente. Fuera de estas condiciones, no hay matrimonio. Aunque no todos los conceptos jurídicos son tan claros en su aplicación –i.e. el delito de daños contra el honor–, determinadas instituciones civiles como el matrimonio o la ciudadanía aparecen muy claramente definidas en el texto legal. De hecho nos encontramos que una cosa es la aplicación del concepto jurídico, otra su definición y otra su problematización con otros conceptos jurídicos. En cualquier caso lo que sí podemos afirmar es que ha habido una construcción, es decir, no sólo hemos positivizado una práctica social y la hemos sancionado a través del derecho, sino que, en cierto modo, hemos creado un concepto para una práctica que, primero nebulosa, ahora ya menos, se ha definido en términos constructivos. Aquí sí funciona una definición en términos de *syss*, pero ¿funciona con términos como «bondad» o «conocimiento»?

La pregunta ahora es si los conceptos filosóficos funcionan de esta manera, si construimos conceptos o, de lo contrario, recogemos términos del discurso ordinario que se pueden definir de diferentes maneras y bajo diferentes criterios. En una palabra, el pluralismo es la norma y no la excepción en el discurso filosófico y la pregunta es si somos capaces de tal empresa para hacer filosofía. no parece que con términos como bondad o conocimiento podamos emplear la misma estrategia, más bien serán definiciones a modo de ensayo como Kant señala. ¿Qué quiere decir esto de «a modo de ensayo»? Significa que no aspiramos a la precisión y limitación que impone la estrategia *syss* y que, en cambio, nos decantamos por una condiciones más borrosas, que conllevan un tanteo entre el uso de las palabras dentro de la comunidad lingüística y en relación con el mundo extralingüístico, a saber, la cuestión del ensayo o tanteo se dirime en ¿funciona o no funciona el concepto para mis propósitos? Y los propósitos no son otra cosa que teleología, algo funcionará para un determinado propósito

4 En un sentido alejado de la idea de construcción que emplea Kant a propósito de las matemáticas, Glock refiere a los procedimientos de Carnap o Quine como construccionismo lógico. A este respecto señala Glock lo siguiente: «En esta parcela de la filosofía analítica, el análisis no es la descomposición en sus componentes de un complejo dado, sino que es más bien un acto de construcción. Así pues, tanto para Carnap como para Quine, análisis significa «explicación lógica». Su objetivo no es la aportación de un sinónimo del *analysandum*, o incluso de una expresión con las mismas condiciones necesarias y suficientes de aplicación. Tampoco consiste en la identificación de los verdaderos constituyentes y formas que él mismo posee bajo la superficie gramatical. Su objetivo es más bien el de suministrar una expresión alternativa o construcción que ayude igualmente a los objetivos cognitivos del original, mientras evita sus inconvenientes científicos o filosóficos (...).» Glock, H.J., ¿Qué es la Filosofía Analítica?, Madrid: Tecnos, 2012, p. 200.

si cumple con las expectativas que ya nos vienen dadas en un marco conceptual previo. De esta forma ensayar un concepto como el de «flogisto» en el marco científico actual parece ser una empresa abocada al fracaso, al igual que un término como «forma substancial» o «substancia espiritual», pero no uno como «bien», «justicia» o «verdad», por mucho que se hable de la postverdad.

### §3. Los problemas de Gettier, justificación epistémica y Puntos de Vista

La teoría de los puntos de vista tiene una larga historia<sup>5</sup>. La formulación que emplearemos aquí procede en buena medida de Vázquez & Liz (2011) y puede definirse de la siguiente manera: Un Punto de vista o PdV tiene la siguiente estructura<sup>6</sup>:

$$\text{PdV} = \langle P, R, n\text{-CC}, \text{CC}, \text{Cp} \rangle$$

Donde P es el portador, R el conjunto de relaciones que conecta al portador P con los contenidos que se denotan de la siguiente forma n-CC el contenido no conceptual, CC el contenido conceptual. Finalmente Cp denota las condiciones de posesión de un PdV. Puede decirse, de manera intuitiva que un PdV es un sistema que conecta o relaciona contenidos con un portador (Hautamaki 2016, p. 508). Igualmente Hautamaki (ibíd., p. 494) señala la ambigüedad del término, aunque prefiero apuntar a una laxitud que permite adaptar la noción de PdV a los intereses filosóficos de quien emplea el concepto. De ahí que haga las siguientes consideraciones: (1) El portador puede ser, a mi juicio, tanto un sujeto particular como un sujeto colectivo. (2) Cuando el sujeto del PdV es colectivo y suficientemente amplio –i.e. una generación o un grupo de ellas– lo denominaré sin más «marco» y añadiré que los marcos son sistemas de creencias colectivas que muy bien pueden satisfacer el esquema propuesto por ambos. (3) Podemos considerar también un PdV absoluto. Así, frente a la parcialidad que parece inducir el término, introduciré como concepto de nuevo cuño la idea de PdV absoluto que, en realidad, es la negación de los PdV o la suma total de todos ellos; lo primero si lo que queremos negar el perspectivismo intrínseco a la noción de PdV y, lo segundo, si lo que queremos entender es que el PdV absoluto asume toda la parcialidad y, por lo tanto, todo lo ve, no en escorzo sino tal como es.

La idea de PdV particular, y PdV absoluto creo que deben ser tenidas en cuenta a la hora de revisar las propuestas de Gettier. Mucho se ganará si consideramos su análisis desde esta perspectiva.

Gettier sugiere que no tenemos una justificación completa de nuestros motivos para afirmar que S sabe que p. Este es el núcleo del argumento de Gettier contra la definición tripartita, sin embargo, no se olvide que nada se discute acerca de la verdad. Es decir el análisis de la definición tripartita se mueve en el terreno de la pura lógica y lo que quiere poner de manifiesto es que el azar nos puede jugar una mala pasada. De forma que los dos metaproblemas a los que nos debemos enfrentar son: (1) el azar, a mayor incertidumbre,

5 Cf. Vázquez, M. & Liz, M. (2015), *Temporal Points of View: Subjective and Objective Aspects*, Springer, Chap. 1.

6 Cf. Vázquez, M., & Liz, M. (2011), «Models as points of view: The case of system dynamics», *Foundations of Science*, 16(4), 383–391.

menor conocimiento. Problema que posteriormente desarrollaría Dretske (1981) como intento de respuesta a Gettier en su idea de relacionar el conocimiento con la teoría de la información. (2) La justificación parece que tiene que ver con realizar inferencias correctas y, sin embargo, pese a que realicemos inferencias correctas, no tenemos suficiente justificación. (3) El conocimiento y la verdad son absolutos. Si la verdad no fuera absoluta entonces violaríamos el principio de *tertium non datur* –como señaló Russell en 1905 para justificar su teoría de las descripciones definidas– y, si nos movemos en el pantanoso y difuso terreno de la verdad o la justificación parcial, siempre habrá un resquicio para el azar.

Sostendré que (3) es la opción a la que me voy a plegar, en pocas palabras, no tengo acceso al ojo de Dios y he ahí la suposición oculta que quiero señalar en el análisis del conocimiento que, a la vez justificará el tratamiento que hago del problema desde la noción de Punto de Vista.

En mi opinión, hay una suposición oculta en el argumento de Gettier. Alguien sabe muy bien cómo es la situación real, es decir, hay un observador externo que puede afirmar «los hechos son de esta manera». Además, parece que este observador no es falible o, de lo contrario, omnisciente. Entonces, diferencio el punto de vista de los dos personajes en los acertijos de Gettier o el observador que afirma por mera casualidad qué hora es desde el punto de vista de nuestro observador omnisciente. Los primeros observadores tienen un punto de vista particular y están convencidos de que tienen razón. Ése es el presupuesto de los dos casos de Gettier en 1963 y Gettier habla como si se diera un punto de vista externo que ve cómo son las cosas. Si ese PdV fuera otro sujeto humano, ¿quién nos aseguraría su no falibilidad o que el azar no se cebaría con él? Por lo tanto debemos suponer que el observador omnisciente tiene un punto de vista absoluto. Sostendré que este punto de vista absoluto es el de Dios, el ojo que todo lo ve, además, como dijeron los jesuitas en la polémica *De Auxiliis*, este Dios tiene *Scientia media*, es decir, puede ver pasado, presente, futuro y los futuribles, o de otra manera, Él conoce la necesidad y la contingencia de cada evento en el mundo incluso de aquellos que, como las acciones humanas, no están determinados.

X es un punto de vista absoluto *sysst* f X sabe que p es necesario o es contingente;  
p está en correspondencia con hechos reales.

Consideraré este Punto de Vista Absoluto de Dios como una idea regulativa que garantiza una hipotética objetividad de todas las afirmaciones sobre la realidad. Obviamente, el concepto de «idea regulativa» proviene de Kant y, de hecho, Dios es la síntesis de la síntesis, es decir, la idea regulativa suprema. Sin embargo, tomo este concepto en un sentido diferente, es decir, solo aplicado por el momento a la Epistemología. En una palabra, como una forma de ofrecer alguna restricción a los diferentes puntos de vista tomados en un sentido relativista o relacional.

Si nuestras capacidades cognitivas son falibles, si la subsanación del error es algo que depende de otro ser falible tal como aparece en los contraejemplos de Gettier de manera tácita, entonces o bien vemos que jamás vamos a tener una justificación definitiva de una vez por todas y que no nos queda humanamente otra salida más que movernos en un ámbito de creencias etiquetadas provisionalmente de «conocimientos» en virtud de criterios no menos

falibles o, por el contrario, admitimos que algo hay ahí fuera como una situación objetiva que se me impone y que esa objetividad descansa en una idea: alguien ve las cosas tal como son y, por lo tanto hay un canon, extrahumano sí, pero que, como idea regulativa, permite asegurar la certeza de que hay una objetividad que, por muchas perspectivas que tengamos o múltiples aproximaciones a la misma, está ahí y que, en última instancia es lo que hace que revisemos una y otra vez nuestros criterios de justificación de nuestras creencias, simplemente porque no siempre las cosas salen como queremos.

#### **§4. Algunas conclusiones sobre el concepto de conocimiento a partir de la teoría de los PdV**

Hasta ahora he tratado de aclarar la espinosa cuestión del análisis en general en sus relaciones con el problema de la definición. Como se ha visto, los resultados son un tanto desesperanzadores si lo que se buscaba era una clarificación definitiva y unánime del problema. El problema persiste y mucho tendrá que ver su curso cual enfermedad crónica con la decisión que se adopte.

En lo tocante a los problemas de Gettier el objetivo no ha sido tanto ofrecer una solución –no creo que la haya– como explicitar aquellos aspectos de su formulación que he considerado necesarios para su comprensión tales como la idea de un punto de vista absoluto, con ello afirmo que el saber no es cuestión baladí por mucho que de construcción social tenga, de otra manera, no podemos inventarnos el saber, pero sí estamos condenados a innovar nuevas estrategias en lo que desde Nicolás de Cusa se denomina *venatio sapientiae*. Aún así, he considerado oportuno tratar la cuestión de los puntos de vista como estrategia para abordar el problema del conocimiento. Dicho esto, no me queda otra cosa que hacer una serie de afirmaciones programáticas acerca de una hipotética *pars construens* acerca de la naturaleza del conocimiento. Entre mis tesis substantivas señalaría las siguientes:

1. El saber se estructura en marcos de referencia, es decir, el saber cuenta como saber o conocimiento dentro de una estructura que denominaré marco y que es análoga en buena medida a un punto de vista colectivo.
2. El conocimiento humano es limitado, falible y dado en perspectiva. Por lo tanto, la justificación epistémica también es limitada y no definitiva. La cuestión del perspectivismo es fundamental si lo que se quiere lograr –quizás a lo único que podamos aspirar– sea un conocimiento provisional que ofrezca seguridad, aunque no invulnerabilidad. Este tipo de conocimiento es el que nos encontramos en actividades como la ingeniería, la medicina o la agricultura. El azar siempre representa una amenaza pero la obligación humana es tratar siempre de poner un cerco a ese mismo azar y, en consecuencia, no queda otra opción más que ir asegurando y revisando constantemente nuestras prácticas epistémicas. La idea de que se actúa desde un determinado PdV nos hace más conscientes de la falibilidad de nuestros sistemas de creencias y, en consecuencia, la necesidad constante de revisión.
3. El saber se estructura por medio de marcos es decir, hay constructivismo (cognitivo y social), pero este concepto no debe entenderse como un sinónimo de invención. Un

concepto, el elemento básico del conocimiento que solo tiene sentido en el juicio es una ficción heurística (KrV A771/ B799) y como tal nos ayuda a manejarnos entre las cosas.

4. El conocimiento tiene una dimensión pragmática, en otras palabras, los ignorantes perecen. Conocer es una exigencia vital que garantiza nuestra vida, es una necesidad fundamental.
5. La verdad es el objetivo de nuestras prácticas epistémicas. Sostengo por el momento una noción de Verdad como S-asertabilidad o asertabilidad de un enunciado en un lenguaje L (Sellars, 1991, p. 177 y ss.) a lo que habría que añadir la dimensión intersubjetiva y conformadora de marco que tiene el lenguaje. Además, los marcos no son invenciones o ficciones puras, sino ficciones pragmáticas que funcionan mientras no se demuestre lo contrario. Si fallan, estamos obligados a volver a fijar o cambiar en cierto grado nuestro marco (La Historia de la Ciencia y o de la cultura científica ofrece excelentes ejemplos) hasta que demos con resultados satisfactorios, de ahí que todo saber o práctica epistémica tenga unos criterios de valoración y se adapte a un determinado *ethos* o forma de vida.
6. Los marcos tienen una porción de conjetura y una porción de herencia. El último es el primero, es decir, el conocimiento es conservador y se da por grados. Que es conservador significa que retenemos aquellos resultados que se han mostrado útiles en el pasado y que no suscitan ninguna necesidad de cambio en la circunstancia actual. Así, por ejemplo encalar las paredes o limpiar el suelo con lejía o construir alcantarillado en las ciudades son resultados valiosos que tienen mucha historia detrás y los mantenemos a día de hoy, del mismo modo que pese a la existencia de GPS nadie se embarca sin brújula, sextante, compas y demás instrumentos de navegación. El barco de Neurath debe seguir a flote.

## Referencias

- Cohen, M. & Nagel, E. (1976), *Introducción a la lógica y al método científico 2. Lógica aplicada y método científico*, Buenos Aires: Amorrortu.
- Dretske, F. (1981), *Knowledge and the Flow of Information*, Cambridge, Mass.: The M.I.T. Press.
- Eco, U. (2015), *La búsqueda de la lengua perfecta*, Barcelona: Crítica.
- Eco, U., (2013), *Kant y el ornitorrinco*, Barcelona: Debolsillo.
- Gettier, E. (1993), «Is Justified True Belief Knowledge?», *Analysis*, v. 23, pp. 121-123.
- Glock, H.J., (2012), *¿Qué es la Filosofía Analítica?*, Madrid: Tecnos.
- Hautamaki, A. (2016), «Points of View: A Conceptual Space Approach» *Found Sci.*, 21, 493-510.
- Sellars, W. (1991), *Science, Perception and Reality*, Atascadero, California: Ridgeview Publishing Company.
- Vázquez, M. & Liz, M. (2015), *Temporal Points of View: Subjective and Objective Aspects*, Springer, Chap. 1.
- Vázquez, M., & Liz, M. (2011), «Models as points of view: The case of system dynamics», *Foundations of Science*, 16(4), 383-391.



## Virtue Perspectivism, Normativity, and the Unity of Knowledge\*

### Perspectivismo de virtudes, normatividad y unidad del conocimiento

MODESTO GÓMEZ-ALONSO\*\*

**Abstract:** It will be argued that personal agency, far from lacking epistemic value, contributes to knowledge in a substantial way. To this end, it will be claimed that what Sosa calls an *epistemic perspective* is necessary to solve the binding problem in epistemology at the three junctures at which it can occur: as the Pyrrhonian question of whether one can rationally endorse one's epistemic rationality; as the problem of the epistemic status of guessing; and as the enquiry into the contribution of the agential perspective for evading coincidental luck. Our aim has been that of elucidating and expanding Sosa's virtue perspectivism.

**Keywords:** Coincidental Luck, Epistemic Perspective, Ernest Sosa, Guessing, Knowledge, Virtue Perspectivism.

**Resumen:** Se argumentará que, lejos de carecer de valor epistémico, la agencia personal contribuye a la explicación del conocimiento. Para ello, se mostrará que lo que Sosa denomina *perspectiva epistémica* es imprescindible para la solución del problema de la unidad del conocimiento en las tres formas en las que éste puede plantearse: como el problema pirrónico respecto a la validación de los principios básicos de la racionalidad epistémica; como la pregunta acerca del estatus epistémico de la adivinación; y como la cuestión sobre qué papel podría desempeñar la perspectiva agencial en la superación de la suerte coincidente. Nuestros objetivos son los de elucidar y ampliar el perspectivismo de virtudes de Sosa.

**Palabras clave:** Adivinación, Conocimiento, Ernest Sosa, Perspectiva epistémica, Perspectivismo de virtudes, Suerte coincidente.

## 1. Introduction

While *virtue perspectivism* has been widely associated with Sosa's bi-level epistemology and it is common knowledge that the notion of *epistemic perspective* plays a crucial role

---

Recibido: 15/04/2018. Aceptado: 21/10/2018.

\* This article has been funded by the Research Project "Points of View, Dispositions, and Time. Perspectives in a World of Dispositions" (FFI2014-57409-R. Gobierno de España. Ministerio de Economía y Competitividad. Programa Estatal de Investigación, Desarrollo e Innovación.)

\*\* Universidad Pontificia de Salamanca: Profesor Encargado de Cátedra / University of Edinburgh-Eidyn Research Centre: Visiting Researcher. [modestomga@hotmail.com](mailto:modestomga@hotmail.com) / [mgomezal@upsa.es](mailto:mgomezal@upsa.es) Líneas de investigación: Teoría del conocimiento; Metafísica; Filosofía moderna; Epistemología de virtudes; Descartes; Wittgenstein; Escepticismo. Publicaciones recientes: "Wittgenstein, Schopenhauer, and the Metaphysics of Suicide", *Aurora. Journal of Philosophy*, 30, 49 (2018) 299-321. "Why Only Virtues Can Confer Epistemic Dispositions: The Occasionalist Demon", *Disputatio. Philosophical Research Bulletin*, 6, 7 (2017) 361-388.

within Sosa's model, both the specific *normative* aspect inherent to having an epistemic perspective and the existential tasks to which such perspective is related—the integration of our sensuous and intelligible natures; the overcoming of the cognitively divided self— have usually been ignored by interpreters. As it has been neglected the *compatibilist* (and, thus, the non-naturalist) view that lies behind Sosa's overall project —one according to which knowledge is an appearance within nature that is at the same time *freely* produced by the agent, to wit, a rational phenomenon within the sensible world such that it provides us with a warrant for postulating the unity of freedom, rationality and nature.

In *Judgment and Agency*, Sosa (2015) distinguishes between an instance of judgment, on the one hand, and merely having a belief, on the other. On this view, it is possible for the epistemic agent to experience an attraction to a particular seeming without at the same time willing to affirm that seeming. This view is in keeping with Sosa's emphasis on explaining knowledge in terms of rational agency, as well as with his overall project to offset “an excessive focus on functional belief” (Sosa, *Forthcoming*, 11) by giving a proper place in epistemology to those dispositions that are “seated in the will.” (Sosa, 2015, 210)

Granted that by reflection the agent tears himself away from momentary drives and makes himself independent of sub-personal seemings, it is of the greatest significance that this process does not lead to *cognitive disintegration*, in which the agent is torn between the claims of reason and the urges of nature. Moreover, it is most important to provide an explanation of how it is possible for the agent to appropriate the deliverances of functional competences for himself and relate to himself in such appropriation. The integration of functional competences and rationality in Sosa's conception of knowledge is carried out in his account of fully apt performance as willed appropriation of the sub-personal performance in accord with the *intentional purpose* that the agent pursues through his free affirmation. However, under penalty of blocking the understanding of free acts and making them random and arbitrary acts, this account requires a further integration of rationality and willing. The question is how it is possible to have a free judgment that is not *eo ipso* irrational.

A second challenge for bi-level epistemologies such as Sosa's proposal is to show how voluntary judgments contribute to explaining knowledge. This challenge has been forcefully raised by Hilary Kornblith (2012). Kornblith makes two main criticisms of reflective knowledge. On the one hand, he is most emphatic on the point that reflection (getting an epistemic perspective) does not improve the reliability of first-order competences, thus suggesting that agency has no epistemic value.<sup>1</sup> On the other hand, he worries about whether reflective knowledge is nothing but animal knowledge on top of animal knowledge, thus jeopardizing the distinction in kinds between animal and human knowledge.

Let me waive Kornblith's point on reflection and first-order reliability and focus on the problem of the epistemic value bestowed by agency. As we shall see shortly, cognitive performances that are set into motion —explicitly or implicitly— by the will possess an epistemic standing far superior to that of functional performances. This is because the impulse towards execution bestowed by the will confers a *robust unity* to the performance and, in so doing, provides a *common cause* and a *unitary explanation* to the *act* of judging and the *aptness*

---

1 On Kornblith's view, the value of agency is parasitical on the value of intellectual autonomy, the latter being an “extra-epistemic value.” (Kornblith, 2012, 34)

of such judgment. The will is both an executive power and the seat of competences. Deprived of such common cause, first-order apt beliefs are merely the intersection of two independent causal chains and are thus *coincidental*. By removing a variety of luck as important as usually neglected, it is far from true that agency does not contribute to knowledge.

Let me add that, as the will is a *spontaneous power* that is *responsive to reasons*, full knowledge is not just more animal knowledge on top of animal knowledge. For one thing, the will is an active power of self-determination that explains the agent's transition from indeterminacy to a determinate state. As such, judgments, unlike seemings, are not determined by *causal processes* external to the will itself. To be sure, free judgments require an explanation. But, since free acts cannot be explained in a way that makes them unfree, event causation is not the kind of explanation appropriate for this task. Besides, that the will operates *in the light of reasons* does not mean that reasons are —or can be— the *causes* (in a Humean sense) of decisions. Unlike causes, which determine happenings, reasons justify and guide deeds.<sup>2</sup> Since judgments are actions and, as such, are not events that result from passive processes, the way in which they are related to reasons cannot be modelled on the way in which successful performances are related to reliable mechanisms. It is not only that the will is instrumental to the search of reasons but also that rational determination is self-determination. As we shall see, even in those cases in which judgments are performed in the face of no contrary reason, reasons are *not* limitations of the will.

The considerations of the previous paragraph are not intended to be decisive on the question of whether there is genuine rational agency. Their purpose is merely to show that there is no middle ground between a complete *eliminativism* with regard to reflective knowledge and the conception of reflective knowledge as knowledge that differs *in kind* from animal knowledge. It is just not possible to conserve agential reflection while depriving it of the features that make it different from animal knowledge. This is why, in my view, Kornblith's proposal is an unstable halfway house. Eliminativism, on the other hand, comes with a cost. As it was suggested, eliminativism runs the risk of making of fluke successes instances of knowledge.

Here is the plan. In section 2, I will note some analogies and disanalogies between practical and cognitive reason. It is part of my aim here to argue that the epistemic, rational perspective is grounded on a higher-order purpose of the agent such that epistemic agency, far from improving on nature by aiming at the same goals, is constituted by ends different from the teleological purposes of first-order powers. Such unifying purpose introduces a *qualitative* dimension that makes possible the full and free appropriation of the functional. In section 3, the Kantian question is raised as to how the agent can freely appropriate his basic rational commitments without an arbitrary choice. The problem is that of how rational self-determination —in a

2 Intentions and other mental acts and states that involve the consideration of reasons can clearly be causes —as these are understood in event causation—of doings, as in the case that Davidson considers of the climber who is caused to lose his hold on another man by being unnerved by his intention to rid himself of the extra weight (Davidson, 2001, 79). However, it stands to reason that it is the very fact that in such cases the agent does not freely decide to act according to reasons that explains why the effect is not an *action*. The agent is rational insofar as he is not compelled by a belief. By acting in the light of reasons, the agent is not caused to act by a *psychological state*. The intractable problem of deviant causation that plagues causal theories of action is indicative of a category mistake between psychological states (and the causal chains that relate them) and their intentional contents (and how they relate to the free subject and his acts). Although the will is a causal power, it is not a power the operations of which are themselves caused.

*substantive*, and not merely in a *formal* sense— is possible at all. Sosa has faced this issue on several occasions, mostly in his reflections on Pyrrhonism and on whether it is possible for the subject to be freely committed to irrationality. We will follow his lead to clarify how the *epistemic perspective* can itself be rationally validated. Finally, in section 4, the robust unity that voluntary judgment confers to epistemic performances will be developed. Agency will thus be shown to be a necessary constituent of knowledge. This article thus aims at addressing the *ontological underpinnings of knowledge* in a way that makes explicit the agential requirements of knowledge and further elucidates the contents and significance of virtue perspectivism.

## 2. Formal Epistemic Agency

It is intuitive to distinguish an agent's power for determining oneself to act from having one's doings imposed by external causes. However, a voluntary action —one that the agent can rightly claim as his own— is not the result of only a spontaneous power that operates independently of triggers as with the spontaneous decay of uranium. Exercises of the will are uncaused but also responsive to reasons. Reasons operate, however, in view of feasible purposes. Could those purposes be freely and rationally followed so that one's actions would be governed by ends (and norms) that are in turn freely determined by the will? The question is whether full, rational self-determination is even possible and whether the agent, as an agent, is more than the manager of his natural drives. How, if at all, could one integrate the ends of nature within a human cognitive life, a life that ranges well beyond successful and even apt epistemic performances?

In order to shed some light on this problem, it is important to start with the minimal conditions for a free performance. At a minimum, agency requires a power (the will) that is never determined by drives, even in those cases where the subject acts in accordance with the dominant drive. To act freely, the subject has at least to determine himself to follow the urge, making himself independent of it. It is by consciously aiming at an end —by subsuming natural impulses under a unifying purpose— that the agent determines himself, thus freely choosing among the various incentives of which he is aware. This is why Sosa identifies the region of freedom with the domain of *endeavours* (Sosa, 2015, 192), and why, to be free (and not merely random), a decision has to be grounded on the goals in the endeavour of which the agent acts. Self-determination thus institutes a means-end structure that operates as the standard on the basis of which rational behaviour is made possible. When actively pursuing his ends in the process of making a decision, the agent weighs different courses of action in view of achieving his goal. It is by aligning his action with the dictates of reason that the agent's performances become free and rational, however his awareness may be limited or deceptive. It is then the purpose to which the action is directed —and to which deeds are necessarily anchored— that makes the action neither blind nor arbitrary. As was to be expected, the agent's liberty is made more salient (although it may not be increased) in cases in which the ego experiences conflict between impulses and reasons.

However, the previous considerations are limited to the area of *prudential rationality*, meaning that the ends to which the performances of practical agents are directed are usually taken from nature, in complete disregard of their origins and rational standing. Thus, the agent imposes a veto on certain drives and impulses in order to pursue more long-standing and valuable natural interests, as when one holds a check on appetites in view of improving

one's health or prolonging one's life. One could thus say that the monitoring agent produces a totality out of the often chaotic and conflicting multiplicity of impulses in the endeavour of better achieving natural ends and fulfilling natural needs. The subject appropriates the ends of nature by taking control of his nature. In this sense, he is playing the part of nature as well as improving on it. It is thus difficult to see how the agent can be something more than a *manager* of his impulses. The worry is whether on this view the free, rational subject is not reduced to a *vehicle* through which nature's ends are better acquired and expressed.

This worry finds several related expressions in the literature of agency. Nozick expresses it by contrasting the *contributory* and the *originative* values of actions (Nozick, 1981, 311-312), where the latter value, far from consisting —unlike the former— in the value that an action possesses insofar as it helps realize a natural end, lies in the fact that the action introduces a new end into the world. It is, however, within the Kantian tradition where this point is most emphatic. On the one hand, it is expressed in the search of norms that in the case of conflict, would always trump any other purpose. These guiding principles would produce such firm conviction in the agent that —according to the felicitous words of Fichte— he “accepts the risk of not being able to alter either his manner of acting or the principles in according with which he is acting in this manner.” (Fichte, 2005, 160) On the other hand, it is disclosed through the aspiration towards universal rules capable of governing agents independently of who they are, the interests by which they are motivated, and how they are situated or physically constituted. These would be the practical norms —and purposes— of agents insofar as they are agents.

In the domain of practical rationality, the preceding remarks come to mark the transition from prudential behaviour to morality. Let us bear in mind three important points that will be shortly developed. For one, the higher-order norm that governs the actions of full agents is supposed to confer a higher *consistency* to the will and, in doing so, to make possible a closer *unity* between the agent and his actions so that the former, by recognizing his deeds as genuinely his own, would be fully committed to them. It is, therefore, as if overcoming prudential rationality would be required for the crystallization of a robust, fully responsible self.

This means, in the second place, that on this view, the emphasis is shifted from acts that manifest one's liberty to abstain from an impulse to decisive actions where what is at stake is the very integrity of the rational self, which is tested. It is as if, from a higher standpoint, practical ends —and the results of practical deliberations— were tinged with a certain indifference and tolerated inasmuch as conflicts with conscience do not arise. Although they are not blind, quotidian acts would thus constitute an intermediate region between the passive and the fully active, where the agent neither takes full responsibility for his doings nor is as wholly committed to them as to accept the risk of making them irrevocably. As it so happens, this perspective presupposes a *care for oneself as a moral agent* that stands apart from prudential self-caring, to the point of instituting duties that, if unfulfilled, plague the self with regrets wholly independent of whether practical success is achieved. It is doubtless that caring about something is necessary for a meaningful life. However, on the view we are considering, the *contents* to which the will is directed are not external (and accidental) to the intrinsic dispositions of the will.<sup>3</sup>

3 In contrast with Frankfurt's view, which locates the objects of love in the domain of the empirical self. It is true that according to Frankfurt, such objects become independent of prudential considerations —that they are, as it were, transformed from intentional ends of practical rationality to necessities of the will— through the investment put by the self in them, so that they are tied to a formed self-conception. However, the very fact that

Two opposing conceptions of the will are, finally, cast in sharp relief. On the one hand, there is the Humean and Schopenhauerian view, according to which the will is a blind force that controls the decisions of intelligent agents. On this picture, the idea of an autonomous, rational power is delusive. On the other hand, the rationalist conceives the will as a power that —at its best— operates independent of empirical desires and motivations, as a rational disposition with its own ends.

I now want to explore certain parallels between practical and epistemic agency. I assume that it is uncontroversial that the minimal requirements for agency are unchanged regardless of whether the goods at which the agent is aiming are prudential goods, such as health, or epistemic goods, such as forming true and reliable beliefs. This just means that agential epistemic performances are necessarily endeavours, which excludes from the domain of freedom acting out of blind, automatic inclinations, regardless of whether they are prejudices inculcated through cultural assimilation or seemings mechanically produced by natural endowments.

The resulting picture of epistemic agency is one in which the subject —far from being determined by seemings— determines himself to follow a seeming by intentionally aiming at an epistemic end. It is the acquisition of such an epistemic end that guides the agent in the process of assigning weights to different, sometimes conflicting, appearances, acting thus as a rule through which the deliverances of first-order cognitive competences are ranked and harmonized. On the plausible view that first-order competences are functionally directed at producing reliable seemings within the range of normal circumstances, it is natural to think that such a goal is also the purpose in the endeavour of which the agent determines himself to affirm. The agent's reflective stance would thus help improve the reliability of first-order competences by subsuming them under a monitoring control.

The first trouble for this *minimal* conception of epistemic agency comes from classical reliabilism, with its emphasis on the self-regulating character of our cognitive system as it is manifested in the blind production of *resultant seemings* through a sub-personal processing of a plurality of data. It is just not clear for the reliabilist why the monitoring agent is not redundant, or even obstructive to, the operation of this synthetic mechanism —how, under penalty of overdetermination, agency could be something other than a causally inefficacious epiphenomenon. Most importantly, issues are raised from the opposing camp. After all, on the present approach, the epistemic agent plays the part of functional mechanisms by taking their ends. So, it is again as if the blind teleology of our animal cognitive constitution were using agents as its vehicles.

The latter worry is forcefully displayed by Sosa in his analysis of *guessing* (Sosa, 2015, 74-77). Sosa takes guesses to be epistemic performances in which the agent affirms *p* in the

---

they are intrinsically local, to wit, that the unity of purpose that they provide to the agent is intended to guide one's particular life, deprives those commitments of the *normative force* that we are attempting to capture. This would surely indicate that the conception of the will as a rational power and the view that its objects are such that the subject cannot help himself but act on them do not go together well. It is again as if a strong animal impulse were using the agent as its channel. This is why conceptions that make self-expression either a necessary or a sufficient condition of freedom fall short.

For Frankfurt's views on this issue, see Frankfurt, 2006, 27-52. For a detailed critique of freedom conceived as self-expression, see Yaffe, 2000, 210-216.

endeavour of getting right on *p*. The agent is, therefore, guessing when he determines himself to affirm —and affirmations are a kind of action— with the aim of forming a true, reliable belief by so affirming. Sosa illustrates his point by considering the case of a subject who, in his eye exam, tries to give the right answer even after losing the confidence that he is getting the letters right and who unfailingly and reliably hits the target of truth.<sup>4</sup> The agent's performances are, by stipulation, reliable. Furthermore, the agent is not acting 'blindly' as a chicken sexer does —at the very least, he acts *on purpose* and follows the stronger appearance with the aim of getting a true answer. However, there is something missing in his performance, something that makes a mere guess of the affirmation, and so deprives it of a proper epistemic standing. Now, if we ask what is lacking here, our thoughts could be easily deceived by the trappings of the story.

On first consideration, the rub seems to lie in the subject's lack of confidence. However, confidence is a psychological and phenomenological matter. As Sosa puts it, one could artificially gain a boost of confidence without thus increasing one's epistemic standing (Sosa, 2015, 76). In this sense, lack of confidence appears to be indicative of a deeper, fully epistemic phenomenon —the agent's unwillingness to fully commit himself to his affirmation.

On further reflection, it seems appealing to point to the circumstances of the performance to explain the nature of guessing. One could thus say that the very norms that define cognitive games such as game shows and eye exams are such that the epistemic resources the agent can access and the level of rational circumspection that he can rightly exercise are dramatically reduced. On this view, we have to take into account factors such as temporal limitations (urgency) and restricted goals (the objective of eye exams is just to determine one's *visual* competence) to explain the lower standing of the subject's performances. While action is guided by rational considerations, it is also impaired by the rules of the game.

However, it is important to bear in mind two points regarding these particular contexts. For one thing, they are *extenuating circumstances* to which the agent can appeal to excuse his cognitive behaviour. By considering those cases, epistemic *negligence* is made explicit within exceptional contexts in which it is *tolerated* (or even required). In this sense, the circumstances serve as *intimations* of a widespread phenomenon. On the other hand, the *epistemic deprivation* and *quantitative reduction* of the information pertinent to knowable affirmation that is crucial in those scenarios is not a constitutive feature of guessing. At most, it is the habitual side-effect of the kind of negligence that defines guessing. Though it is true in many cases of guessing that the agent is 'blind' to *further* relevant information, there is nothing to prevent two agents from being on a par with regard to available information and acting on the same evidence while only one of them is guessing. Hence, it seems to follow that confidence, reliability, and rational affirmation, based on the same range of data that would be sufficient for proper judgment, are —all of them— compatible with guessing. What is then wrong with guessing?

The most obvious point to be made here is that it is the very *purpose* that guides the agent in such performances —to get it right— that constitutes guessing, regardless of whether the abovementioned factors are also present. Such purpose is a *distorting influence* that annuls and overrides the *care for oneself as a cognitive agent responsive to reasons* that is required for

---

4 Sosa also considers as guesses the right answers of a game show contestant who is not sure whether such answers are right. For this example, see Sosa, 2015, 82.

knowable judgments. Maybe the evidence on which the guessing agent acts happens to align with the factors that epistemic agents would have to consider to avoid negligence. However, and so long as one's goal trumps that of taking responsibility for one's affirmations, one is—in a *qualitative* sense—blind to the duties that a proper care for rationality imposes on one's actions. After all, if the evidence had been insufficient for moving the will to one's commitment to one's affirmations, the guessing agent would have affirmed nonetheless.

It is, therefore, as if full epistemic agency would require a higher purpose than that of tracking the truth. The agent also has to affirm in the endeavour of *rationaly affirming*. His overarching goal is thus that of *getting the truth by rationaly affirming*, where rational affirmation is embedded in the objective that the agent pursues. This is why, for Sosa, judgmental performances are directed at getting apt beliefs.

It is clear that this higher purpose introduces a new end into nature and, in doing so, institutes a kind of normativity that goes well beyond the functional, and even the enhanced, reliability provided by monitoring control. Since this rational normativity governs knowable affirmations (judgments), knowledge, like morality, is attributable to only rational animals. Besides, judgments are on par with decisive actions in which the integrity of the rational self is at stake. It is by taking one's claims seriously that one becomes a full agent, one who is bound to his affirmations by a proper care for his rational will and who relates to himself through his commitments.<sup>5</sup> Guessing falls short because the prerequisites of knowledge are the agent's non-negligent responsiveness to reasons and the corresponding self-determination, which explains why a successful guess does not serve to justify the guesser (the circumstances can, at most, excuse the guesser) and why the agent is not discredited even if his judgment is wrong, so long as he acted to the best of his powers. I think that it is precisely at this point where a disanalogy between practical and epistemic rationality should be noted. Whereas practical considerations in one's interest serve to justify, and not only to excuse, one's behaviour, to the point of being widely tolerated regardless of their moral neutrality, guessing is usually frowned upon by epistemic communities so that the guesser looks, at most, for extenuating reasons—and not for reasons that would vindicate his action as such. Thus, it seems as if the operation of a full rationality, however implicit, would be expected even from quotidian affirmations. This seems to expand our duties, though it does not lessen them.<sup>6</sup>

5 The default expectation of such regard for rationality could plausibly explain why—absent reasons to the contrary—the speaker is entitled to be believed by the addressee so that “it is an insult and maybe an injury not to be believed.” (Anscombe, 1979, 150) The point is that the addressee owes respect to the speaker as a free, rational agent, one who is aiming not only to affirm correctly but also to affirm responsibly. One can always be held to account for one's claims, but it is only in virtue of the fact that one is a rational, epistemic agent that one's claims *should* be believed under penalty of epistemic injustice.

6 Alternatively, the gap between practical and theoretical reason could be bridged by appealing to different contexts of assessment. Thus, practical quotidian acts would be merely *excused* from the standpoint of morality while perfectly *justified* from a pragmatic perspective. In the same way, guessing is only excused in view of rational norms, but perfectly justified when other factors are dominant. Nonetheless, it still seems as if our expectations were usually higher in the domain of cognitive affirmation. Plausibly, those reasonable expectations are not only higher but also less influenced by circumstances regarding upbringing, education and personality in the case of beliefs than in the case of actions.

The objective of making full agency explicit also sheds light on Sosa's view on Pyrrhonism (Sosa, 2015, 229-232). According to his interpretation, the Pyrrhonians aimed at being epistemically governed by goals and policies that were freely determined by the will. To this end, they looked for reasons that by offsetting even the strongest inclinations to assent, would lead to a perfect balance of reasons in support of each alternative. Faced with such a state of rational indeterminacy, the agent is left simply at liberty to make his choice. Here, reasons do not determine the will's outcome one way or the other. Thus, it depends solely upon the agent that something counts as a decisive reason for choice, and so, that the rational deadlock breaks. Inasmuch as the subject *assigns* the crucial weight to reasons and inclines the balance to a determinate state, he *determines himself to act*. It is, therefore, as if the Pyrrhonians worked themselves into a state of indeterminacy of the will in the endeavour of achieving full-fledged self-determination. This is why Sosa says that "the Pyrrhonian philosophy involves an existential stance." (Sosa, 2015, 230) This also explains why the Pyrrhonian decision to be governed by the epistemic policy of following the guidance of nature and the rules of the community in his epistemic performances is, in Sosa's view, perfectly rational. After all, Pyrrhonian choices are guided by reasons, at least in the sense that, with the reasons for and against a course of action cancelling each other, the agent is rationally determined to be a self-chooser —to act freely. The very fact that rational justification comes to an end serves, therefore, to justify one's fundamental commitments.

The trouble lies in two facts. For one, there is a deep difference between those fundamental practical questions for which the subject has to articulate his values through free choices and the overarching decision that the Pyrrhonian tackles, in that the former are inherently situational. This means that what is to be chosen in the first case is a *personal form of life* so that the choice is *not* directed to the norms that govern universal, rational behaviour. In contrast, the Pyrrhonian raises for himself the question of whether the agent can freely, rationally determine himself to follow the common conception of epistemic rationality. Thus, he works himself into the very limits of rational, self-reflective scrutiny.

For another, the *indirect* way in which the Pyrrhonian decision to follow the guidance of nature can be considered rational raises the problem of *arbitrariness*. For, to say that the Pyrrhonian adopts common epistemic principles in a free and groundless way is to leave open the possibility that his decision is nothing other than arbitrary choice. Inasmuch as unguided choices are not free —they are merely random— it seems as if proper, rational self-determination would require more than the fact that *it is rational to choose one way or the other*. What is required is that *there is only one rational choice to be made*.<sup>7</sup> This worry could also be expressed by noting that on this view the Pyrrhonian would be perfectly rational if *opting for irrationality*. It is the combination of these two issues that raises the question of the *ultimate arbitrariness* of rational normativity, whether practical or epistemic.

It seems as if we are threatened by an impasse of sorts. On the one hand, minimal agency is clearly insufficient for substantive rational determination, while on the other hand, full agency is being threatened by arbitrariness, as if agency in the fullest and substantive sense

---

This issue is, however, tangential to the main point that the normativity that rules over knowable affirmations is not animalistic.

7 It is clear that the two requirements cancel each other so that for the choice to be rational, the agent cannot be left simply to make his choice.

were unattainable. The difference between the two conceptions of agency developed in this section come to be, from a reflective perspective, of little consequence. The important point is that it appears as if we are trapped between animal compulsions and random choices.

### 3. Epistemic Agency in its Fullest

If the agent's commitment to act by the guidance of reason is blind, the problem of rational self-determination that haunted us in the previous section returns with undiminished force. The question is whether one can still relate to oneself by one's commitments in light of the ultimate arbitrariness of those *substantial* presuppositions that form the backbone of common epistemic rationality.

The trouble lies in the fact that basic epistemic principles are *evidential rules* on which the whole game of weighing reasons for and against holding empirical beliefs depends. As such, they cannot be supported —or undermined— by any kind of evidence whatsoever: since no experience would have *evidential force and direction* if those basic principles were false, experience is epistemically neutral regarding those fundamental assumptions that make it epistemically indicative. Thus, it is just wrong to support the belief that we are not BIVs by appealing to empirical beliefs, the justification of which depends in turn on whether we are *independently* justified in taking ourselves not to be BIVs. One must then be rationally related to the principles of the agential perspective for a rational, integrative relation to empirical claims to even be possible. The Pyrrhonian challenge has to be met on its own terms: Would it be rational to opt out of common epistemic practices? What would be involved in such exercise of self-determination? What is at stake here is the very possibility of a *full epistemic perspective*, one that yields a *positive*, affirmative epistemic perspective on the epistemic perspective itself.

It is at the end of *Knowing Full Well* where Sosa provides us with an *a priori* warrant for viewing the epistemic perspective as rationally justified (Sosa, 2011, 154-157). Sosa's analysis takes the form of a transcendental argument that, shedding light on the conditions of possibility for ultimate, rational self-determination, concludes that there is only one rational choice to be made —the *affirmation* of common epistemic rationality. Sosa's argument provides a *negative justification* of rationality by the rational deflation of Pyrrhonian indeterminacy. Unlike alternative strategies for self-validating rationality, what recommends Sosa's transcendental argument for the present context is its formal, neutral character.

The main point of the argument is that if the principles of epistemic rationality were intrinsically deceptive —something that the Pyrrhonian entertains as a *possibility*—, then there would be no normative, rational attitude whatsoever to take regarding those principles —neither rational affirmation, nor negation, nor, as the Pyrrhonian recommends, suspension. Which leaves the agent with only one rational attitude to take on the question of whether to hold those principles —that of committing oneself to their truth. The agent is thus rationally determined to endorse rationality.

Put in other words, agents cannot rationally believe that their rational norms are *not* efficacious and true without also rationally believing that when taking themselves to be rationally operating, they possibly are subject to a cognitive illusion. It is, however, clear that we cannot rationally believe that we might not be rational beings, on pain of making

of such meta-belief also an illusion. We are, therefore, rationally committed to rationality; the only epistemic perspective that one can take towards one's epistemic perspective is that of *rational affirmation*; there is no way other than affirmation to be rationally related to the principles of epistemic rationality. As a result, the Pyrrhonian project of unbounding the willing and the rational nature of agents is paradoxical and self-refuting.<sup>8</sup>

From this it follows that because the agent can non-arbitrarily determine himself to follow the intentional purpose of affirming in the endeavour of getting the truth by rationally affirming, the reflective, full appropriation of the agent's acts as his own is attainable. It is true that given its highly demanding and full meditative character, such substantive agency does not contribute to explaining the specific unity that the rational will, *per se*, confers to ordinary knowledge. However, such agency prevents reason from turning against itself and the consequent discrepancy between higher-order suspension and quotidian, rational affirmation. Such discrepancy would threaten neither the possession of knowledge nor the proper exercise of empirical rationality but —once the agent is made aware of it— would prevent him from responsibly attributing knowledge to himself and rationally claiming that *p*. This is why substantive, *reclaimed* agency is essential to avert cognitive disintegration —it provides the only kind of *explicit* relation to rationality that integrates empirical claims within the agent's fullest rational self-conception. The self-assertion of reason prevents the agent from finding himself in the lap of faith —even if it is the faith in rationality.

#### 4. Coincidental Luck

Up to now, we have responded directly to the Pyrrhonian problematic. We have also explained why the agent's proper care for his rationality is required for knowable affirmations that are not mere guesses. By themselves, these considerations are sufficient to show that personal agency has epistemic value, regardless of the extra-epistemic value such agency may also have. However, nothing has been said so far as to how agency contributes, if at all, to the *mechanics of appropriate successful beliefs* with regard to epistemic performances.

The worry is that agency could easily account for the internalist, rational dimension of knowledge while being irrelevant from an externalist standpoint that restricts its attention to the production of beliefs that are linked to the truth by first-order competences. Could those functional mechanisms alone provide a *complete* causal explanation for the rightly successful epistemic performance, where a 'complete explanation' is one that does not leave open relevant aspects of the occurrence? Could they support the existence of adequately unified apt beliefs? The question is *in which way* apt beliefs —the *explanans*— can be causally explained without recurring to the purposes —implicit or explicit— of the epistemic agent.

One hard lesson to learn from the Gettier cases is that beliefs can be competently formed and true while falling short of knowledge. This happens, for example, in cases in which it is a perceptual competence that explains why the agent holds the belief that *p*, it also

8 It goes without saying that the above argument would require further development to be compelling. However, its function within the current context is that of gesturing to the kind of strategy that, once expanded, would have a chance against radical scepticism. Besides, Sosa's argument has the advantage of offering a purely *formal* criterion on the basis of which the Pyrrhonian argument could be evaded. Notoriously, formal criteria are much more persuasive and easy to formulate than informal ones.

happens that the belief is true, but the said competence —maybe because it is defective or malfunctioning— does not explain the *success* of the belief. In those cases, the success is fortuitous —even though the belief has been competently formed. Put another way, these are cases in which two different causal chains co-occur and jointly cause a true belief. The problem is that though the result is causally fully determined, it is also *coincidental*. An occurrence is coincidental, not because it is uncaused, but because it lacks a *common cause* for the causal sequences that bring about the result. Here, what explains the existence of the belief —visual competence— is unrelated to what explains its accuracy.

It was with the objective of providing a common cause for belief formation and belief success that Sosa substituted apt beliefs for competent, true beliefs as cognitively relevant.<sup>9</sup> Apt beliefs are such that not only the existence of the belief but also its success are due to the relevant competence. Thus, the question of why the agent holds the belief that *p* and the question of why this belief is successful are answered by pointing to the same factor. Apt beliefs are competently produced by a reliable virtue. But, is this enough?

The worry can be expressed as follows. Granted that S's belief that *p* is apt, it is still true that S would have believed that *p* even if the competence were defective or malfunctioning. The truth of this counterfactual indicates that first-order aptness is not *logically embedded* in the conditions for competently holding beliefs so that it is false that S would hold that belief *only if* such belief were likely apt. It is, therefore, as if the same competence would explain the belief's existence, on the one hand, and its aptness, on the other, in two different senses —as the causal basis on which the belief is formed and as a reliable virtue.

Let me dwell a little bit on this point. It is the fact that the competence is reliable that makes true that *S would not too easily have so believed while his belief is inapt*. This means that insofar as the belief is based on a *reliable* competence, if the belief is competently formed, it is also likely apt. Reliability automatically excludes the likely existence of *inapt* beliefs formed on such a basis. The problem lies in the fact that while the competence's reliability explains why beliefs formed on the basis of the competence are likely apt, it does not explain *why S came to believe so* —after all, S does not determine himself to so believe *because* the belief would be likely apt; the belief could have been held, just as it is, in the absence of aptness. This is why the bare competence as the cause of believing and its reliability as the ground of aptness fall apart. Unlike what occurs in the Gettier cases, the belief's success is not fortuitous. However, that the subject holds an apt belief is.

Aptness improves on mere success because when beliefs are apt, it is not by luck —on the contrary, it is by competence— that they are *successful*. However, even so, it is only *by luck* that S came to believe in a way that happens to be apt. There is no underwriting first-order *reliability* that would explain his believing in such a way that not only the success of the belief but its very existence would be apt. Provided that the agent does not hold the belief because of its likely aptness, it is just coincidental that *he holds an apt belief* —a belief which, of course, is not coincidentally successful. The agent does not aptly attain his apt belief, and so, the result, though causally determined, is contingently and externally brought about. The two causal lines combine, but they are not made for each other. What is then required is a common

9 Sosa is most emphatic on this point in the Chapter 3, "Virtue, Luck and Credit", of *A Virtue Epistemology*. See Sosa, 2007, 94-97.

factor that precisely avoids the involvement of coincidence in belief formation/belief aptness relations. Such factor must be a second-order competence — one the reliability of which would underwrite the belief's existence. It must also provide the *internal relation* between affirmation and aptness that a robust, non-coincidental unity of epistemic performances requires. This suggests, in turn, that we have to leave behind those beliefs understood as animal credences and implicit confidence and come to consider, in line with Sosa's Cartesian view (Sosa, 2017, 6-7), *judgmental affirmations* — those affirmations underwritten by agency.

The point is that *voluntary causes* of apt performances are *directed* upon the occurrence of such events in such a way that it is the end at which the agent aims that explains the existence of the affirmation. The responsible agent intentionally determines himself to affirm in the endeavour of getting the truth by rationally affirming so that he would not have affirmed if his affirmation had not been likely apt. Since the agent would judge *only if* such judgment were likely apt, it is not by coincidental luck that he holds an apt judgment. The judgment is formed in the view of likely aptness. As such, the act of judging is underwritten by the same *evaluative competence* that is manifested in fully apt performances.

There is just no way to pry apart rational competence as the ground for rightly successful judgments and as the causal basis of judgmental acts. As a matter of fact, here, one cannot coherently speak about *causal* bases at all because the act of judging has its source not in causes but in the very same *reasons* that explain why the judgment is apt. It is, therefore, the same aspect of the competence that the subject exercises if properly caring for the situation of his performance, his shape when performing and the standing of his cognitive abilities that explains why the agent aptly attains his apt beliefs and why he came to judge as he did. The agent rationally appropriates his affirmation and the first-order competence that produces apt performances — both of them become *voluntary*. Full aptness and judgment are made for each other.

It is clearly possible that even a rational, responsible judgment could fall short of success. It is also possible that it could be successful just by luck. However, those possibilities do not loosen in the slightest the bond between judgment and full knowledge. It is still true that were the success due to the second-order competence, the explanation of why the success is not fortuitous would converge with the explanation as to why the agent formed that judgment. In those cases of epistemic accomplishment, the act of judging and the cognitive achievement of the agent would *manifest* the same rational competence.

Provided that we can say, as we plausibly can, that coincidental luck can be avoided only if the subject affirms in the light of reasons and with the purpose of achieving rational, apt affirmation, it is clear that purely functional explanations of knowledge are inadequate. On the one hand, they are *incomplete*. After all, even if we had satisfied ourselves that we know all the mechanisms that resulted in S's holding an apt belief, such explanation would still leave open the question of whether the resultant fact is *coincidental* or not. Given that such a fact would be left underdetermined by first-order explanations and that there is an intuitive *factual* distinction between S's non-coincidental affirmation and the coincidental belief of his modal counterpart that the functional reconstruction alone cannot capture, the limitations of such procedure are obvious. On the other hand, functional explanations cannot explain knowledge because genuine knowledge requires the agent's act of affirming not be merely contingently connected to success but to be connected in such a way that in the right circumstances,

affirming results in success. In normal circumstances, affirming must be internally related to successful performances so that it is fulfilled by a cognitive achievement that far from being an autonomous event, is the necessary *development* of the act of affirming itself. Deprived of such robust unity —one that only agency can provide— the agent is not creditable for his success in any meaningful sense, since such success is something that necessarily takes place outside his awareness and over which he has no control whatsoever. The agent's competence in affirming is just the competence that the accuracy of his judgments fully displays.

The unity of knowledge is thus grounded upon the rational will, which is necessary to solve the binding problem in epistemology at the three junctures at which it can occur: as the Pyrrhonian question of whether one can rationally endorse one's epistemic rationality; as the problem of whether agency is nothing more than a monitoring control in the service of first-order competences; and as the enquiry into the contribution of agency in the acquisition of quotidian knowledge. The rule of the rational will that operates within an epistemic perspective makes the agent's cognitive integration possible by preventing arbitrariness, guessing and coincidental luck. It is thus much more than the epiphenomenal froth of standard reliabilism. As a matter of fact, the competences of the will look more like the headstone of the corner.

## References

- Anscombe, E. (1979), «What is it to Believe Someone?», in: C.F. Delaney (ed.): *Rationality and Religious Belief*, South Bend: University of Notre Dame Press, pp. 141-151.
- Davidson, D. (2001), *Essays on Actions and Events*, Oxford: Oxford University Press.
- Fichte, J.G. (2005), *The System of Ethics*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Frankfurt, H.G. (2006), *Taking Ourselves Seriously and Getting It Right*, Stanford, California: Stanford University Press.
- Kornblith, H. (2012), *On Reflection*, Oxford: Oxford University Press.
- Nozick, R. (1981), *Philosophical Explanations*, Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.
- Sosa, E. (2007), *A Virtue Epistemology. Apt Belief and Reflective Knowledge, Volume I*, Oxford: Clarendon Press.
- Sosa, E. (2011), *Knowing Full Well*, Princeton and Oxford: Princeton University Press.
- Sosa, E. (2015), *Judgment and Agency*, Oxford: Oxford University Press.
- Sosa, E. (2017), *Epistemology*, Princeton and Oxford: Princeton University Press.
- Sosa, E. (Forthcoming), «Replies to Comments on *Judgment and Agency*», *Philosophical Studies*, Forthcoming, pp. 1-13.
- Yaffe, G. (2000), «Free Will and Agency at Its Best», *Philosophical Perspectives*, 14, pp. 203-229.

## Relativism, Contextualism, and Temporal Perspective

### Relativismo, Contextualismo y perspectivas sobre el tiempo

JUAN J. COLOMINA ALMIÑANA\*

**Abstract:** This article argues that there is no such thing as a proposition with variable truth-values, at least when considering English tensed sentences. This means that any account of meaning and truth that appeals to a notion of proposition with different truth-values at different times is necessarily at fault. The reason is that any evaluation context is always dominated by a temporal perspective beyond both speaker and audience and embedded to the communicational common ground. Only an approach that takes this into consideration is successful.

**Keywords:** proposition, use, assessment, speaker's point of view, time.

**Resumen:** Este artículo defiende que ninguna proposición puede tener un valor de verdad variable. Ello quiere decir que cualquier aproximación al significado y la verdad que tiene por base una noción de proposición con valor de verdad variable nunca puede llevar razón. El principal motivo es que todo contexto de evaluación para dichos valores de verdad siempre estará dominado por una perspectiva temporal (dependiente del trasfondo comunicativo que hablante y audiencia comparten) y tan sólo una explicación que tenga en cuenta dicho fenómeno puede proporcionar una solución viable al problema del aparente cambio de valor de verdad de algunas de las oraciones de nuestros lenguajes naturales.

**Palabras clave:** proposición, uso, evaluación, punto de vista del hablante, tiempo.

“Sentences are not as such either true or false”  
(Austin 1962: 111).

“A sentence is made up of words, a statement is made in words... Statements are made, words or sentences are used” (Austin 1979: 120).

There is a tradition that argues that tensed sentences have changing truth-values. According to such tradition, a certain proposition may have different truth-values at different times. In other words, the truth-values of certain sentences including some temporal reference

---

Recibido: 29/06/2018. Aceptado: 21/10/2018.

\* The University of Texas at Austin. Contact: [colomina-alminana\\_juan@austin.utexas.edu](mailto:colomina-alminana_juan@austin.utexas.edu). His most recent publications are “Pragmatic Presupposition and Unarticulated Constituents”, *Lingua* 206: 112-126 and *Formal Approach to the Metaphysics of Perspectives* (Springer, 2018).

(those sentences which include tense or any other meta-linguistic temporal variable) should be considered a function of parameters determined by a context of use and a context of evaluation. This kind of account, although capable of fine-graining certain circumstances of assessment that resist other proposals, however cannot explain some basic facticity of time. For instance, some elements involved in such assessment are embedded in the context of evaluation itself, so sentence-truth is relativized to the context of evaluation but does not necessarily respond to the context of use, since the dimension of evaluation of the later is something else other than truth.

Consider the quintessential example:

- (1) There will be a sea-battle tomorrow.

In order to properly account for the truth of (1), some believe that one needs to relativize utterance-truth to a context of assessment (the judge's parameter, something like a subjective standard to contrast with the sentence's content), and sentence-truth to both a context of utterance (which would include the time when the sentence is uttered) and the context of assessment (MacFarlane 2003). In this case, when one asserts (1), the truth-value of such an utterance (the specific sentence-token) is embedded in the context of evaluation of that concrete instance where the sentence has been uttered, but the truth of the sentence itself (the sentence-type) must be relative to a double-indexing that accounts for both, the concrete time the sentence is uttered and the concrete standards of evaluation at hand when such sentence is uttered. However, as Brogaard (2008) and many others have pointed out, such circumstances of assessment have certain objective features which simply cannot change under any intensional operator, which actually invalidates the relativist's own expectations. Furthermore, such features actually depend upon some normative conditions that would indicate whether such a sentence is or not successful, but not necessarily true or false, since these conditions have to do with the proper employment of the sentence in question.

This article offers an alternative to such a relativistic account. It approaches the same data as relativism but arguing that there is no such thing as truth-value shifting sentences. The idea behind this claim is two-fold. First, the statements through the use of sentences, and not sentences themselves, are what can be either true or false. Second, the statement's truth-values cannot change because they are determined by truth-conditions. The difference between any relativist and contextualist solution and the proposed here is that my account considers how only under a certain normative perspective one can approach the truth of any statement. Such a perspective always includes objective temporal coordinates, which are beyond speaker and audience, and are embedded in the communicational common ground. Therefore, to properly approach to the truth of any statement, one first has to figure out which perspective the sentence employed to make it belongs.

The plan of the article is as follows. In the three first sections, I review the preferred theories about temporal sentences that precede current debates about relativism and contextualism, critically analyzing their flaws and highlighting their strengths. In the fourth section, I introduce my alternate account. It demonstrates that a temporal point of view dominates over all subordinate clauses. This temporal point of view is beyond both

speaker and audience, and it is embedded in the communicational common ground that both share. Therefore, any context of evaluation would always be subordinated to such temporal perspective as well, and whichever truth-conditional determination it comes with.

### 1. Presentism and tensed sentences

One classical approach to tensed sentences is that developed by Arthur Prior in the 1950s-1960s. Prior advocates for a presentist theory that considers time as a logical construction from tensed propositions. According to Prior's account, a sentence such as

(2) I am eating my breakfast

in an instance such that

(3) It was the case that I am eating my breakfast

is nothing other than a propositional variable  $p$  which may have different truth-values at different times depending to which time such a variable refers (Prior 1957: 8; Prior 1967: 14-16; Prior 1968: 8). This is to say, for Prior, all sentences are evaluated relative to a time, and all sentences can only be true or false relative to some time or other. However, the explicit mention of time occurs only at the level of the metalanguage, and never in the object language.<sup>1</sup>

In fact, Prior (1967: 14) states that:

For in English sentences, the point of view of the speaker dominates even subordinate clauses. When an English speaker, for example, wants to say on Tuesday that someone complained on Monday of a sickness that he had that day, the correct form of words will be "He said he was sick," although the man was in fact complaining not of a then-past but a then-present sickness, and his own words would have been "I am sick."

It is clear that, in natural language, tenses appear to be devices one can employ to make reference to time without making explicit mention of any time in particular. Prior's theory is the perfect example of a certain way of displaying the concrete mechanism of reference for indexical expressions. For Prior then, English is an object language in which tense operators are constructed as analogues of sentential modal operators in the meta-language.<sup>2</sup>

- 
- 1 Given Prior's analysis of past and future tensed sentences as  $Pp$  and  $Fp$  respectively, and where  $Pp$  is true at  $t$  iff is true at  $t'$ , for some  $t'$  earlier than  $t$ , and  $Fp$  is true at  $t$  iff is true at  $t'$ , for some  $t'$  later than  $t$ .
  - 2 Prior's redundant theory of the present tense actually understands the proposition "It is now the case that  $p$ " as the very same proposition that  $p$ . Hence, Prior considers that the present tense is the understood tense of any tensed proposition, so there is no need for any other operator for "now". The reason behind this is Prior's metaphysical theory of time. According to Prior, only the present time exists, and both past and future are constructs from the present moment, being the former fixed (because it has already occurred) and the later open (since it is still to come).

However, in spite of the advantages that Prior's theory has, it cannot explain sentences making explicit reference to a time, since such sentences cannot be true or false relative to any time at all, but they must be true or false in reference to such a determined moment in time. In order to prevent this system from failing, Kamp amended Prior's theory to include a now operator 'N' (in a Montagovian semantics) to save the idea of propositions with variable truth-value. According to Kamp (1972), any sentence referring to the present moment will be true if and only if it is true at the present moment, relativizing that sentence's truth-values to the contextuality of the present moment.<sup>3</sup> However, Kamp's system has the same problems than Prior's, since the variability of time still lets some sentences have shifting truth-values depending upon the concrete time to which the variable at hand refers.

A further attempt to amend Prior's system includes the attitudes of the speaker in the determination of the sentences' truth-values. In this fashion, Needham (1976) introduces another 'now' operator, an explicit indicator of the present tense, since according to him it is necessary to introduce such an operator in tensed contexts where we have quantification over items other than moments (see also Needham 1975). In this renewed system, 'now' picks out a definite time just as a date does. According to this system then, a sentence such as

(4) Some day, all those who took part in the plot will be brought to justice translates as

(5)  $N^\alpha \alpha F^\beta \forall \chi (\alpha P^{\gamma\gamma} \phi_\chi \supset \beta \psi_\chi)$

In other words, the point of view of the speaker dominates all subordinate contexts. The division of time into past, present, and future is dependent of the concrete speaker's point of view at the time of utterance of any sentence, which will remain the same in all subordinate contexts where the speaker is involved. Hence, although the past tense in the antecedent of (4) occurs within the scope of a future tense operator, it nevertheless takes us to some moment earlier than the present rather than to some moment earlier than future time.

This is, of course, in direct opposition to Prior's view, where it is possible to iterate tense operators generating structures like 'the future past,' 'the past future present,' and so forth. However, Needham argues, it is not possible to iterate expressions which indicate pastness, presentness, and futurity since it does not seem possible "to formulate complex tense structures without also taking account of the serial order of time explicitly" (1976: 316). In other words, Needham sides with Reichenbach (1958) when considering that the time-reference points preclude iteration:

Any formula containing one or more occurrences of the 'now-operator' not taking the whole sentence as their scope, and binding one or more distinct variables, is logically equivalent to a formula (which appropriate change of variables to avoid clashes) in which the operator does have the greatest possible scope. (Needham 1976: 317)

3 In formal terms,  $N\phi$  is true at  $t$  iff  $\phi$  is true at  $n$ .

As we have seen, Needham's main idea is then that any sentence's tense is actually a date (or behaves like a date does) determined by the moment when a speaker utters a sentence, and which links its occurrence to such a concrete time in particular. Therefore, any sentence must be understood as an occasion sentence anchored to the concrete time the speaker utters such a sentence. One problem with this position though is to understand the claim in terms of eternal sentences: Is any occasion sentence to be understood as a type-sentence, or should one understand an occasion sentence as a token-sentence? To me, Needham's approach is mistaken if sentences are understood in invariant terms as embedded to the point of view of the speaker, for this will mean that the same sentence will have settle its truth-conditions relative to such a speaker even before any use. In other words, if the speaker's point of view will determine the time of reference for any utterance, then it is not possible to say that such determination occurs with independence of the actual bearer of such a point of view. However, if this is the case, what Needham really means by sentence is actually the concrete occasional use of a sentence by a specific speaker in a specific time. Therefore, Needham is actually speaking about utterance-truth and not sentence-truth. Under this standard though, Needham is not in better conditions than Prior and Kamp when they stated that only relative to the time of utterance a sentence can be assessed, since a sentence's truth-value will still shift depending upon who and when one actually utters such a sentence.

Think of the following example:

(6) I am thirsty (now).

This sentence type, according to Prior, has different truth-values depending on when one utters it. For Needham, this is simply wrong because the correct way to interpret (6) is by referring to a time variable embedding the concrete date of the utterance to a speaker on a certain occasion -the present moment in this case. The key for Needham is then to understand (6) as a tenseless sentence, and the concrete occasions of utterance of such as sentence are what have actually a tense/date. Needham compares this with the moment when one writes a letter. If one writes now in a letter "It's raining," this means that is raining at the time that she is writing the letter. When one receives the letter, that person will learn that it was raining at the time she wrote the letter, since the time when she wrote the letter binds to the sentence.<sup>4</sup>

A priori, this seems sound. However, it is still problematic. The reason is that 'now' refers to the moment of speaking (or writing), no matter how deeply embedded in a sentence, which is actually independent of the speaker/writer. Since this time is different on any two occasions of speaking, one cannot employ the same sentence (6) as part of another sentence employed at a later time to report the same state of affairs that would have been reported when (6) could have been used to make a true statement. And the same holds for the case of the letter. For there is an objective temporal perspective independent

---

4 There is actually a whole contextualist tradition based on the seminal work by David Kaplan that analyzes this kind of example from a two-dimensional semantics framework. However, this tradition has problems explaining precisely this kind of example regarding recorded notes. See Section 2 for further details.

of any speaker and content that actually dominates any speaker's point of view. In other words, if the time of a sentence is actually determined by the speaker's temporal position when uttering it, then it is difficult to see how such link actually occurs beyond that concrete speaker and that particular moment of time.

## 2. Kaplanian character and contextualism

A different approach to the previous problematic is pursued by Kaplan, Lewis, and others. As initially advocated, they developed a framework in a two-dimensional semantic analysis in order to correctly represent the different ways in which the truth-values of the sentences in our natural language depend on the concrete context of their utterance.

Specifically, Kaplan (1989) proposed a two-step derivation about meaning. This view establishes that the truth-conditions of sentences depend upon what he called their *character* (a function that relates a context to a content) and their *content* (as a function from world-time pairs  $\langle w, t \rangle$  to truth-values  $\{0, 1\}$ ).<sup>5</sup> According to this framework, the semantically basic two-dimensional relation is that of sentence  $s$  being true at context  $c$  at index  $i$ , where a context is a concrete location that centers the sentence (this is to say, the time, the place and the possible world that the concrete sentence is talking about, or centered world), and an index is the  $n$ -tuple set of features of this particular context (for instance, a concrete speaker and a concrete audience). In all particular contexts  $c$ , we can find the concrete index  $i$  for this particular context, or  $i_c$ , where the mentioned index provides the correct co-ordinates, demonstrating appropriate features that define  $c$ . In formal terms, sentence  $s$  is true at context  $c$  if and only if  $s$  is true at context  $c$  at index  $i_c$  (Lewis 1980).<sup>6</sup>

However, this account cannot explain, as is, the evident truth of certain cases involving explicit indexical temporal terms. Think, for instance, about

(7) I am here now.

Following Kaplan's two-dimensional semantics, the previous sentence would be true if and only if the speaker is in the place of utterance at the moment of utter it, what implies that such a sentence is analytically true (Predelli 2011), since virtually the sentence would be true whenever uttered. However, the same logic should apply to its negation,

5 To me, Mott's (1973) semantic analysis of Prior's 'T' operator could be understood as a precedent of Kaplan's theory. Mott's re-interpretation is as follow:

(5)  $Tm\phi$  is true at  $t$  iff  $\phi$  is true at the time designated by  $m$ .

Since the time at which  $Tm\phi$  is evaluated on the left hand of the equivalence is irrelevant to the right hand, Mott (1973: 79) concludes that if  $Tm\phi$  is true at any time, it must be true at all times. However, this is not correct since every proposition seems to be evaluated at exactly one time, including those sentences which time is explicit.

6 Besides the fact that Lewis' and Kaplan's theories are based on possible worlds, both are actually different. Kaplan's analysis accepts possible worlds as epistemological/logical possibilities (like Kripke did) whereas Lewis considers them as material possibilities. Both options have their own insights and problems, but this article shall only focus on Kaplan's approach.

(8) I am not here now.

In Kaplan's framework, (8) would be true only if the speaker is in the place of utterance when uttering it, which is contradictory. Hence, (8) must always be false, which obviously violates the basic intuitions we have regarding some instances of such a sentence, like for example when one writes (8) on a post-it and leaves it attached to her office door, or when one listens to it as a recorded message left on somebody's answering machine or voice mail.

The preferred solution to this problem, as stated by Predelli (1998), is that sentences in recorded messages and written notes are to be evaluated with respect to the intended context of interpretation, which need not coincide with the context of utterance. In example (8) as recorded or written then, besides the fact that the context of utterance determines who is the speaker, and where and when the utterance takes place, one should interpret it as being intentionally uttered (recorded or written) for a posterior moment (the moment of listening or reading it) and not as embedded in the concrete time of utterance when recorded or written. Furthermore, there is no requirement for the speaker to be anywhere near to the location of utterance at the time of uttering it, but only that the speaker has some expectation that her utterance will be assessed keeping in mind the original time when the utterance took place.<sup>7</sup>

In spite of its apparent soundness, this solution is still mistaken. The reason is that even though one could agree that it is better to re-locate the time of utterance in a moment in the future when the sentence is actually heard or read, this cannot be the sole product of an intentional movement by the speaker, since it is not up to the speaker to determine what is the past, the present, and the future. One has the intuition that these moments are independent of the speaker and even the audience, and that their existence should depend upon semantic reference. (In fact, this case is similar to this other. Consider somebody that believes the name "Aristotle" (as occurs in a sentence such a "Aristotle is Greek") only designates Aristotle at the time he lived. This obviously supposes confusion between designation and denotation, since although it is true that nobody could now designate to Aristotle in the present time, the name "Aristotle" still denotes Aristotle.)

### 3. Relativism and the shifting truth-value

Following Kaplan's two-dimensional framework, some relativists have argued that some sentences, including temporal sentences, even though referring to the same content across contexts, shift their truth-values not only according to where and/or when a sentence is uttered, but also according to who utters it. This is to say, there are sentences which truth-values change according to individual subjective judgments. These authors introduce

---

<sup>7</sup> In an important sense, Predelli's solution to the paradoxical appearance of recorded messages resembles Needham's solution to truth-variability of occasion sentences. Predelli appeals to an intentional movement from the speaker that re-centers the context from the context of utterance to the context of interpretation whereas Needham prefers to reduce any context to that determined by the speaker's point of view. In the end, as Plumer (1988) states, perhaps this distinction is already captured by the differences existing between the phenomenon of the speaker's reference as opposed to semantic reference.

a new judge-index in order to evaluate such sentences. The value of this new parameter is provided by the derivation of truth-value from content, but never by the derivation of content from character (Lasersohn 2005: 643). In other words, truth-value for the different judgments is relative to the pragmatic context established from the world-time-judge triple  $\langle w, t, j \rangle$ . Therefore, a sentence can be true for one speaker relative to  $w$  at  $t$  but false for another speaker relative to the same  $w$  at same  $t$ . Thus, every time that a speaker utters a sentence, it will be evaluated according to the particular pragmatic context in which such utterance is made. This is clear for the so-called predicates of personal taste, situations where supposed contrary sentences about personal opinions occur without contradiction, as showed in Colomina-Alminana (2015). Suppose one utters

(9)  $x$  is delicious.

In semantic terms, one can translate (9) as follows:

(10)  $\llbracket \text{delicious} \rrbracket_{c;w,t,j} = [\lambda x e. x \text{ tastes delicious for } j \text{ in } w \text{ at } t]$

Stephenson (2007) further develops Lasersohn's account. She claims that these predicates of personal assessment actually are two-place predicates, in which PRO is taken as the second argument substituting the judge. In her words,

(11)  $\llbracket \text{delicious} \rrbracket_{c;w,t,j} = [\lambda x e. x \text{ tastes delicious for } j \text{ in } w \text{ at } t]$

should be understood as

(12)  $\llbracket \text{PRO}j \rrbracket_{c;w,t,j} = j$

resulting in at least the following three different scenarios

- (13) a.  $\llbracket \text{The } x \text{ tastes delicious } \text{PRO}j \rrbracket_{c;w,t,j} = \text{true if and only if the } x \text{ tastes delicious for } j \text{ in } w \text{ at } t$   
 b.  $\llbracket \text{The } x \text{ tastes delicious } \text{PROJames} \rrbracket_{c;w,t,j} = \text{true if and only if the } x \text{ tastes delicious for James in } w \text{ at } t$   
 c.  $\llbracket \text{The } x \text{ tastes delicious for James} \rrbracket_{c;w,t,j} = \text{true if and only if the } x \text{ tastes delicious for James in } w \text{ at } t$

The essential difference between both approaches is that Lasersohn treats the operator 'delicious for' as a modifier of the predicate 'delicious,' while Stephenson considers it an argument for the same predicate (Stephenson 2007: 520). According to Stephenson then, only the interpretation (13.a) is really judge-dependent. The other two interpretations depend upon either a linguistic context (13.b) or a pragmatic context (13.c), and neither of them for her actually provides the adequate value of the judge argument for the sentence. According to this view, it seems that sentences with predicates of personal taste are judge-dependent only if they take PRO $j$  as an argument. This is to say, when they include some

subjective meaning. Otherwise, their truth-values could not shift because they would be embedded in either semantic or conventional normative scenarios (Stephenson 2007: 500).

MacFarlane (2003) analyzes future contingents in a similar fashion that others have treated predicates of personal taste. According to MacFarlane, in order to properly account for the truth of sentences including tenses such as (1), one needs to relativize utterance-truth to a context of assessment (the judge's parameter pointed out before), and sentence-truth to both a context of utterance (in a Kaplanian fashion, which will center the speaker, the time, and place in which the sentence is uttered) and the previous context of assessment (MacFarlane 2003). In this case, when one asserts (1) then, the truth-value of such utterance (the specific sentence-token) should be understood as embedded in the context of evaluation for that concrete instance, where the sentence has been uttered, but the truth of the sentence itself (the sentence-type) must be relative to a double-indexing that accounts for both, the concrete time the sentence is uttered and the concrete standards of evaluation at hand when such sentence is uttered. MacFarlane (2009) calls this approach non-indexical contextualism.

In this account, the propositional content expressed by a sentence would be the same in every possible judgment scenario. However, such sentence would take different truth-values in any of the different judgment scenarios under scrutiny. In other words, for MacFarlane the truth-values of a temporal sentence such as (1) depend on the judge's perspective of whom utters it, which actually relativizes a sentence's truth-values besides accepting the same sentence's content. As shown, when evaluating truth-utterance as relative, MacFarlane (2005) suggests going beyond a two-dimensional framework for correctly discerning the truth-value of sentences including temporal elements such as tense. Because a sentence  $s$  at a context  $c$  at an index  $i_c$  could be true from a certain judgment but false from another, these judgments are thought to share similar contexts, but actually represent different locations depending on where a concrete sentence is valued. In other words, we have a relativistic position that values differently the same sentence  $s$  in the centered context  $c$  defined by  $i_c$  depending on the judgment where we apply it. Consequently, sentences' truth-values depend again upon a speaker's point of view that will dominate any semantic or conventional context.

However, this position is highly problematic. If one considers, as MacFarlane does, that the same sentence can have different truth-values depending on the fact that it is uttered by different speakers under different judge's parameters, then we have to accept that either the sentences are actually contradictory (since apply different truth-values to the same state of affairs), or they actually refer to different state of affairs. Since MacFarlane is explicit about the fact that the sentence's content is the same for both occasion sentences, but the speaker's judgment actually represents different locations depending on where a concrete sentence is valued, we must then agree that under MacFarlane's framework two occasions of the same sentence cannot have shifting truth-values since they actually refer to different scenarios.

The key to understand why is provided by Goodman (1978). Goodman asserts that conflicting true sentences must correspond to different versions of the world, and such true sentences then express different truths about those different versions. Think for instance about the two sentences below (the example is from Goodman 1978: 112):

- (14) The kings of Sparta had two votes.  
 (15) The kings of Sparta had only one vote.

According to Goodman, the previous sentences, understood to describe the same world, must be contradictory. However, Goodman claims, those sentences are not describing the same world, but actually are part of different world versions: different descriptions of how the world might be. In fact, Goodman clarifies, we should understand the previous sentences as referring to different version of the world:

- (14') According to Herodotus, the kings of Sparta had two votes.  
 (15') According to Thucydides, the kings of Sparta had only one vote.

Since both sentences express different truths, one is tempted to claim that one must be at fault and the other speaks truly. However, Goodman specifies, this is wrong, since in the end none of the sentences are saying anything at all regarding Sparta and the world itself, but actually about what both Herodotus and Thucydides said in regard to Sparta and the world. If this is true, then both sentences are about two different worlds. If one wants, both sentences may even state straight forward plain truths about a certain world, but with the inconvenience that the world cannot be the same for both sentences. Therefore, according to Goodman, we actually can have true contradiction between contrary sentences but, since there is no other way to solve such a conflict, one must accept that these sentences must refer to different interpretations of the world.

#### 4. Temporal perspective and truth

In the previous sections I have demonstrated that there is no such a thing as a truth-value shifting sentence. The main reasons have to do with the fact that any contrary sentences regarding the same state of affairs would be contradictory. If they are not, then they cannot be about the same state of affairs. Furthermore, no account that actually appeals to a speaker's point of view would be successful in explaining the apparent phenomenon of the existence of a sentence with variable truth-values. These approaches actually consider subjective relativist engagement with the sentence's content, which actually makes such a sentence's truth judge-dependent. In the end, as the article has proven, these accounts side with the mistaken idea that our semantics can actually guide our ontology, which is at odds with the fact that true sentences state what is actually the case.

However, there is still a strong intuition in regard to the fact that some sentences of our natural language seem to have different truth-values depending on the moment that one utters them. Think, for instance, of whales. One can now truly assert

- (16) Whales are mammals.

However, there was a time when one could assert without fault that

- (17) Whales are not mammals.

If this is actually correct, the question now is: Who is then at fault? One is inclined to say that, on the one hand, it seems that there are two different meanings of ‘whale,’ one in which whales are mammals and other in which they are not. If this is the case, the difference between both meanings seems to be merely verbal, to rely only on the use of the two different concepts of ‘whale.’ However, the dispute between the two meanings seems to go beyond mere discrepancy in usage. The difference seems to be substantive, and not merely verbal. This appeals to the normative status of what counts as ‘whale.’ This is, about the existence of some intrinsic characteristics in conventional more than semantic terms that distinguish what is a whale from what is something else. On the other hand, suppose that the meaning of the term ‘whale’ is the same for ancients and moderns. If this is the case, we have to agree that the ancient was wrong when considering whales are fish and not mammals, since it is now scientifically proven that whales are mammals. However, given the fact that many of the characteristics that define things are opaque to speakers, it may be the case that the ancient was simply unaware of what makes of whales different from fish, what counts as such, and then to be mistaken when considering a fish what in reality is a mammal. Hence, what a priori seemed a false assertion would merely be an error, which has been corrected by pointing out the proper characteristics that allow classifying whales as mammals and not as fish. In other words, both sentences belong to different temporal perspectives. Each temporal perspective establishes different truth-conditions for testing each statement/assertion one can make from within it, and will dominate over any further context.

The same holds for sentences such as (1). When one utters “there will be a sea-battle tomorrow,” she is making a statement taking under consideration now the different open possibilities that could determine such sentence’s truth-values. It would not be until the concrete temporal perspective settles that one can actually be aware of the conditions that apply and determine the truth or falsehood of such sentence. Therefore, when one says that whales are fish and not mammals, or that there will be a sea-battle tomorrow, such a statement must be contrasted with the truth-conditions established by the temporal perspective dominating the structural conditions that one inhabits. Those shall actually determine whether whales belong to the category of fish or to the category of mammals, and if actually there is a sea-battle. In other words, there is a common ground beyond both speaker and audience that they inhabit and determines the truth-conditions that contrast any statement/assertion made within such a perspective, and which refer to concrete state of affairs. These would be something similar to what Massimi (2018) calls standards of performance-adequacy.<sup>8</sup> These standards of performance-adequacy actually are normative pragmatic and conventional testings that any sentence should pass to be satisfactory, and which would become of the statement made with such a sentence true or false.

Moreover, it is then the modification/negotiation of such common ground, the change of such standards, what explains the apparent variability of some sentence’s truth-value. As shown, some sentences may be contrary but not contradictory, since in the end they refer to different conditions regarding the same state of affairs: those established by the

---

8 Rosenberg (2002) introduces standards of performance-adequacy to defend a perspectival theory of epistemic justification. Differently, Massimi (2018: 354) believes that such performance adequacy “must be met by scientific claims for them to be retained across scientific perspectives, i. e. for their ongoing performance to be judged as adequate by practitioners of different scientific perspectives.”

two different temporal perspectives to which the two sentences respectively belong. Therefore, there is not real change in truth-value, but actually one must agree that there are actually two different sentences, since the modification of the common ground that opens new truth-conditions allows for the creation of new statements. In other words, the state of affairs under discussion does not change, but actually our point of view about what is the case, and this is what is reflected by the use of the two different sentences on different occasions to refer to the same state of affairs. In the end, it seems intuitive that an adequate theory about temporal reference leaves some room for obtaining a relation between two propositions just in case one reports the same state of affairs as the other but from a different point of view. This is what temporal perspectives capture and is, after all, a general feature of tenses.<sup>9</sup>

## References

- Austin, John L. (1962), *Sense and sensibilia*, Oxford: Oxford University Press.
- Austin, John L. (1979), *Philosophical papers* (3<sup>rd</sup> edition), Oxford: Oxford University Press.
- Brogaard, Berit (2008), «In defence of a perspectival semantics for ‘know’», *Australasian Journal of Philosophy*, vol. 86, no. 3, pp. 439-459.
- Colomina-Almiñana, Juan (2015), «Disagreements and the speaker’s point of view», *Language and Dialogue*, vol. 5, no. 2, pp. 224-246.
- Goodman, Nelson (1979), *Ways of worldmaking*, New York: Hackett.
- Kamp, Hans (1972), «Formal properties of ‘now’», *Theoria*, vol. 32, no. 2, pp. 227-273.
- Kaplan, David (1989), «Demonstratives», en: John Almog, John Perry y Howard Wettstein (eds.): *Themes from Kaplan*, Oxford: Oxford University Press, pp. 481-565.
- Lasersohn, Peter (2005), «Context dependence, disagreement, and predicates of personal taste», *Linguistics and Philosophy*, vol. 28, no. 6, pp. 643-686.
- Lewis, David (1980), «Index, context, and content», en: *Papers in Philosophical Logic*, Cambridge: Cambridge University Press, pp. 21-44.
- MacFarlane, John (2003), «Future Contingents and Relative Truth», *The Philosophical Quarterly*, vol. 53, no. 212, pp. 321-336.
- MacFarlane, John (2005), «Making Sense of Relative Truth», *Proceedings of the Aristotelian Society*, vol. 105, no. 2, pp. 305-323.
- MacFarlane, John (2009), «Non-indexical contextualism», *Synthese*, vol. 166, no. 2, pp. 231-250.
- Massini, Michaela (2018), «Four kinds of perspectival truth», *Philosophy and Phenomenological Research*, vol. 96, no. 2, pp. 342-359.
- Mott, Peter (1973), «Dates, tenseless verbs and token-reflexivity», *Mind*, vol. 82, no. 325, pp. 73-85.
- Needham, Paul (1975), *Temporal perspective: A logical analysis of temporal reference in English*, Uppsala: *Philosophical Studies*, vol. 25.

---

9 Many thanks to Nicole M. Guidotti-Hernández for her comments on previous versions of this paper. This article is part of the project “Points of View, Dispositions and Time” (FFI2014-57409-R), funded by the Spanish Ministerio de Economía y Competitividad.

- Needham, Paul (1976), «The speaker's point of view», *Synthese*, vol. 32, no. 3/4, pp. 309-327.
- Plumer, Gilbert (1988), «Kaplan rigidity, time, and modality», *Logique et Analyse*, vol. 31, no. 123/124, pp. 329-335.
- Predelli, Stefano (1998), «I am not here now», *Analysis*, vol. 58, no. 2, pp. 107-115.
- Predelli, Stefano (2011), «I am still not here now», *Erkenntnis*, vol. 74, no. 3, pp. 289-303.
- Prior, Arthur (1957), *Time and modality*, Oxford: Oxford University Press.
- Prior, Arthur (1967), *Past, present and future*, Oxford: Oxford University Press.
- Prior, Arthur (1968), *Papers on past and tense*, Oxford: Oxford University Press.
- Reichenbach, Hans (1958), *The philosophy of space and time*, New York: Dover.
- Rosenberg, Jay (2002), *Thinking about knowing*, Oxford: Oxford University Press
- Stephenson, Tamina (2007), «Judge dependence, epistemic modals, and predicates of personal taste», *Linguistics and Philosophy*, vol. 30, no. 4, pp. 487-525.



## **Autores y corrientes perspectivistas clásicas**



## La perspectiva intercultural: Ortega y la hermenéutica\*

### The intercultural perspective: Ortega and hermeneutics

JAVIER GRACIA CALANDÍN<sup>†\*\*</sup>

**Resumen:** En este artículo presento la perspectiva intercultural a partir de la doctrina orteguiana del punto de vista. Aunque Ortega no emplea en sus escritos el término “intercultural”, expongo de qué modo es posible entender su perspectivismo en términos interculturales. Para ello además de conectarlo con los planteamientos de dos de los principales autores de la tradición hermenéutica como son Hans-Georg Gadamer y Charles Taylor, destaco la dimensión intercultural de su perspectivismo. A lo largo del artículo critico posturas deficientes como son el relativismo, el etnocentrismo, el positivismo, el culturalismo y la beatería de la cultura.

**Palabras clave:** perspectiva, punto de vista, intercultural, José Ortega y Gasset, Charles Taylor, Hans-Georg Gadamer.

**Abstract:** In this article, I present the intercultural perspective based on José Ortega y Gasset's doctrine of the point of view. Although Ortega does not use the term “intercultural” in his writings, I explain how it is possible to understand his perspectivism in intercultural terms. In addition to connecting it with the approaches of two of the main authors of the hermeneutical tradition such as Hans-Georg Gadamer and Charles Taylor, I highlight the intercultural dimension of his perspectivism. Throughout the article I criticize deficient positions such as relativism, ethnocentrism, positivism, culturalism and the sanctimoniousness of culture.

**Key words:** perspective, point of view, intercultural, Jose Ortega y Gasset, Charles Taylor, Hans-Georg Gadamer.

## 1. La doctrina orteguiana del punto de vista

La introducción de la expresión “punto de vista” en la filosofía de José Ortega y Gasset está directamente vinculada con el deseo y la necesidad de pensar España desde el punto de vista europeo. En un breve pero enjundioso artículo del 27 de febrero de 1910, Ortega

---

Recibido: 28/06/2018. Aceptado: 21/10/2018.

\* Esta contribución se enmarca en el Proyecto de investigación con referencia FFI2016-76753-C2-1-P

\*\* Doctor en Filosofía de la *Universitat de València*, Premio extraordinario de doctorado, título de Doctor europeo y docente del área de Filosofía Moral, Política y Social del Departamento de Filosofía en dicha universidad. Sus líneas de investigación son la hermenéutica filosófica, la filosofía española, la filosofía de la educación, las éticas aplicadas y la neuroeducación moral. Recientemente ha publicado el libro *El desafío ético de la educación* (Madrid, Dykinson, 2018) y varios artículos sobre hermenéutica intercultural entre los que podemos destacar “Autosuperación hermenéutica de la cultura en la interculturalidad” en *Ideas y Valores*, 2017, vol. 66, nº 164, pp. 265-280. Su correo electrónico es: Javier.Gracia@uves

sostiene que “España es una posibilidad europea. Solo mirada desde Europa es posible España” (Ortega, 2004, I, 337). Es la primera vez que en los escritos del filósofo español encontramos la introducción de la expresión “punto de vista” como una clave filosófica fundamental para pensar el problema de España, que tanto preocupó a Ortega a lo largo de toda su vida. En este escrito, ya es manifiesta la defensa de una europeización de España, pero no al modo de otras tradiciones sino para “la obtención de una nueva forma de cultura distinta de la francesa, la alemana... queremos la interpretación española del mundo” (Ortega, 2004, I, 336-337). De modo muy elocuente Ortega, que recientemente había estado en Leipzig, Berlín y Marburgo y que no en vano al año siguiente volvería a Marburgo cuestionaba:

¿[D]ónde está el horizonte, dónde está realmente la rotunda línea, magnífica, de la amplia visión? ¿Es la tierra quien hace ancho el horizonte? ¿No es más bien el punto de vista? (Ortega, 2004, I, 336).

A mi modo de ver en este artículo seminal de febrero de 1910 ya podemos encontrar algunas de las principales líneas para comprender lo que posteriormente en obras más importantes como *El tema de nuestro tiempo* (1923) desarrollará y al que dedicará todo un capítulo intitulado “La doctrina del punto de vista”. Pero además también en él encontramos las claves hermenéutico-interculturales desde las que entender y desarrollar un punto de vista intercultural a la altura de nuestro tiempo, más de un siglo después.

Como es bien sabido, el décimo y último capítulo de *El tema de nuestro tiempo* lleva por título “La doctrina del punto de vista”. En él Ortega ofrece un enfoque alternativo tanto al intelectualismo como al relativismo. Un enfoque que permite una “síntesis más franca y sólida” entre cultura y vida, en el que tanto el culturalismo como el vitalismo al fundirse desaparezcan. En su lugar Ortega propone el perspectivismo o “doctrina del punto de vista”<sup>2</sup>.

El punto de vista no es la vida propiamente, pero tampoco es la negación de aquella. Más bien, a diferencia del racionalismo o del huero idealismo que ha buscado la oposición

1 En la manera de citar introduzco el número de volumen dado que algunos de dichos volúmenes de las recientes y últimas ediciones de las obras completas han sido editados el mismo año. Por ello, para que no haya confusión y se pueda identificar el lugar exacto introduzco el número del volumen correspondiente.

2 Efectivamente, la expresión “punto de vista” y el término “perspectiva” están estrechamente unidos en la lengua española donde frecuentemente se emplean como sinónimos. En ambos casos se alude al “espectador”, el que mira u observa, figura por cierto muy recurrente en la obra de Ortega, (véase, por ejemplo, Ortega, 2004, II, 159ss). La quinta acepción del término “perspectiva” en el diccionario de la RAE alude a esta sinonimia: “punto de vista desde el cual se considera o se analiza un asunto”. También Ortega los emplea en muchas ocasiones como intercambiables (véase por ejemplo, Ortega, 2005, III, 611-616, 647; 2005, IV, 185; 2006, V, 690; 2009, IX, 600-606). Sin embargo, conviene llamar la atención de que la significación del término “perspectiva” es más polisémica. El origen del término (per-spectiva) significa “relativo a lo que se mira”, que a su vez se deriva de “perspicere”, mirar atentamente o a través de algo. Lo cual contiene ya un rasgo característico del vocablo introduciendo más explícitamente la dimensión regulativa, pues no se trata solo de visión sino de “visión penetrante”. A este respecto conviene no olvidar que de “perspectiva” deriva “perspicaz”, de vista penetrante, con agudeza, que alcanza mucho (dicho de una persona, que tiene este ingenio). Así también, la sexta acepción del DRAE incide en la dimensión axiológica e incluye de modo más explícito que la “perspectiva” se trata de una “visión más ajustada de la realidad”. Este es el significado de la expresión castellana “perder o ganar perspectiva”. Asimismo cuando el vocablo perspectiva va pospuesto de la preposición “en” alude a que algo se entiende como proyecto o con posibilidades para un futuro.

y negación de la vida, Ortega entiende más bien que el punto de vista aumenta la vida y dilata la realidad en torno nuestro. Es importante por lo tanto entender la doctrina del punto de vista en su vínculo con la vida, sin separarla de aquella. En un célebre pasaje de *Meditaciones del Quijote* (2004, I, 789), refiriéndose al sentido platónico originario del término, Ortega sostiene que en el fondo las “ideas” no son más que “puntos de vista”, “visiones” que dan mayor claridad, que como un nuevo órgano abre en nosotros una porción de mundo<sup>3</sup>.

Frente al “idealismo mucilaginoso y pueril” que es denunciado de modo muy elocuente en las primeras páginas de sus *Meditaciones del Quijote*, Ortega introduce de una manera decisiva el concepto de “perspectiva” para referirse a “el ser definitivo del mundo”, el cual no es por tanto ni alma ni materia, sino “perspectiva”<sup>4</sup>. Contra el egipcismo de los conceptos podríamos reivindicar la doctrina del punto de vista que se sabe en la localización y la pluralidad; no supone como “el espíritu provinciano que él está en el centro del orbe y juzga de todo como si su visión fuese central” (Ortega, 2005, III, 654). Por lo tanto, a diferencia de “[l]os egipcios [que] creían que el valle del Nilo era todo el mundo”, la doctrina orteguiana del punto de vista es una forma de superación de la momificación conceptual —ya denunciada por Nietzsche<sup>5</sup>.

Es muy interesante destacar que la doctrina orteguiana del punto de vista gira en torno al eje vertebrador de la circunstancia, concepto introducido por Ortega en sus *Meditaciones del Quijote* (Ortega, 2004, I, 754ss) y que será una constante a lo largo de toda su obra. Pues la circunstancia es el “paisaje” concreto de cada individuo, es decir, el entramado histórico y cultural, en el que el individuo ha de realizar su vida y llevar a cabo sus proyectos. A la luz del punto de vista, la realidad deja de ser “medio” para convertirse en “paisaje”. Y en tanto que paisaje posibilita y se abre a “infinitas perspectivas”. (Conviene advertir que no se trata aquí de una mala infinitud que acaba quedando indefinida y naufraga en las abstracciones del racionalismo o en las ensoñaciones del idealismo. Se trata más bien de una buena infinitud determinada por la situación y la localización espacio-temporal e histórico-cultural).

La doctrina del punto de vista, remite a la particular circunstancia, lo cual puede ser aplicado tanto a la “estructura psíquica de cada individuo” como también a “cada pueblo y cada

3 Años más tarde, en “Los aspectos y la cosa entera” (perteneciente al escrito póstumo de 1943 *Epílogo de la Filosofía*), volvería a abogar por volver a una versión más exacta del término “Idea” en relación a su sentido etimológico de “aspecto”: “conviene desalojar de la terminología filosófica el vocablo ‘idea’, palabra en último grado de degeneración y envilecimiento, puesto que ni en psicología significa ya nada preciso, auténtico, unívoco” (Ortega, 2009, IX, 604).

4 Veinte años después (1934), en su célebre “Prólogo para alemanes” a su obra *El tema de nuestro tiempo*, Ortega recordará este mismo pasaje: “La vida ‘no es ni materia ni es alma’, sino determinadísima ‘perspectiva’ espacio-temporal, lo contrario de todo utopismo y de todo ucronismo, la *species temporis* frente a la *species aeternitatis*” (IX, 152).

5 No puedo profundizar aquí en este punto pero creo que efectivamente la doctrina orteguiana del punto de vista comparte muchos aspectos decisivos con el perspectivismo nietzscheano y su crítica a la tradición racionalista. Véase por ejemplo el apartado “La razón en la filosofía” del *Crepúsculo de los ídolos* de Nietzsche. La propia noción de vida de Ortega es tomada de Nietzsche al que considera “sumo vidente” (Ortega, 2005, III, 605), porque no se trata de la vida en sentido adaptacionista darwiniano sino en un sentido ascendente y por lo tanto henchida de “valor” y “sentido”. Es la vida en perspectiva y sobre todo la perspectiva de la vida la que establece un claro paralelismo entre Ortega y Nietzsche en el marco de una “razón impura” (Conill, 2013a). Mas conviene recordar que Ortega deliberadamente tomó distancia de las lecturas relativistas nietzscheanas en su famoso “Prólogo para alemanes” al desmarcarse de la *Täuschung* y sostener la verdad como una “necesidad constitutiva del hombre” (IX, 148-149).

época”. En torno al eje vertebrador de la circunstancia, vemos que se puede hablar tanto del punto de vista individual (referido a un individuo particular) como del punto de vista cultural (referido a un pueblo y época). En ambos casos cabe decir lo mismo y es que la realidad no se impone mostrenca a las personas sino que siempre se haya mediada (inter-mediada) por la perspectiva, esto es, el peculiar y particular lugar desde el cual se interpreta y se comprende. Porque no hay que olvidar que “la perspectiva es uno de los componentes de la realidad” (2005, III, 613). En este pasaje creo que no hay lugar a dudas de que Ortega se está refiriendo al sentido etnográfico de cultura<sup>6</sup>, que es el que preferentemente nos interese en este artículo. Pues efectivamente la cultura en sentido etnográfico o etnológico constituye un punto de vista que expresa el “alma típica” de un pueblo o una época y que tiene un “perfil definido”. Un perfil que es *por definición* delimitado, es decir, que se expresa solo en la medida que es capaz de trazar sus propios límites. Por eso, la doctrina del punto de vista aplicada a las culturas (en sentido etnológico) remite a una necesaria localización y limitación del propio punto de vista para poder llegar a expresarse en su singularidad. Tanto es así que no es posible aproximarse a la realidad sino es concretándose y delimitándose, asumiendo que no se tiene la verdad entera.

La estructura psíquica de cada individuo viene a ser un órgano receptor, dotado de una forma determinada que permite la comprensión de ciertas verdades y está condenado a inexorable ceguera para otras. Asimismo, cada pueblo y cada época tienen su alma típica, es decir, una retícula con mayas de amplitud y perfil definidos que le prestan rigurosa afinidad con ciertas verdades e incorregible ineptitud para llegar a ciertas otras. Esto significa que todas las épocas y todos los pueblos han gozado su congrua porción de verdad, y no tiene sentido que pueblo ni época algunos pretendan oponerse a los demás, como si a ellos solos les hubiese cabido en el reparto la verdad entera. Todos tienen su puesto determinado en la serie histórica; ninguno puede aspirar a salirse de ella, porque esto equivaldría a convertirse en un ente abstracto, con íntegra renuncia a la existencia (Ortega, 2005, III, 613).

Acudiendo a *Las Atlántidas* (1924), una obra muy poco posterior a *El tema de nuestro tiempo* (1923), podemos esclarecer el vínculo inextricable que a juicio de Ortega se establece entre el descubrimiento etnológico de la pluralidad de culturas y la “ampliación del punto de vista”. De modo muy similar, Ortega compara y crea un paralelismo entre el cuerpo vivo como unidad de un organismo y la cultura en sentido etnológico. Y de nuevo su empeño es el de localizar las culturas (en plural) en el horizonte histórico. Porque es inoperante pretender aproximarse a las culturas desde el ideal ahistórico de una razón pura y absoluta. Hace

6 Destaca Javier San Martín que “la lectura del libro [*El tema de nuestro tiempo*] resulta tortuosa por el uso metonímico que se hace tanto de término ‘cultura’ como del término ‘vida’” (San Martín, 2013, 61). Estoy de acuerdo en que *El tema de nuestro tiempo* es un libro complejo, entre otras cosas por el uso de diferentes acepciones de cultura, tanto en sentido etnográfico como de “cultura superior”. A este respecto resulta incontestable la influencia de Nietzsche en su acepción de vida y la de Simmel en su acepción de Cultura superior (Cerezo, 1984, 55). Sin embargo, no creo yo que el texto haya envejecido. Al contrario, pienso que sigue siendo enormemente actual en buena parte de sus planteamientos, entre otras cosas por el empeño orteguiano de reconducir la cultura al servicio de la vida, desbaratando los esquematismos que tratan de oponer la Cultura (en mayúsculas) a la vida; que terminan por desvitalizar la Cultura y con ello una cultura (en minúsculas) incapaz de henchir y fecundar el destino, lastrada por cierta beatería.

falta una razón histórica y cultural que ponga de manifiesto la singularidad de cada uno de los puntos de vista, más aún, que ensanche y amplíe el horizonte de la historia, superando no solo el hispanocentrismo (que excluye a Europa) sino también el eurocentrismo (que excluye a otras culturas allende Europa)<sup>7</sup>. El reconocimiento de la pluralidad de culturas y el ascenso a la perspectiva intercultural se traduce en una superación del etnocentrismo y el ensanchamiento del círculo vital.

## 2. El holismo hermenéutico y la falsedad del “ningún lugar”

La herencia filosófica de Ortega y su identificación con alguna tradición sigue siendo hoy tema de litigio (Domingo, 2013). Indudablemente que hay un fecundo intercambio con tradiciones tan importantes como el neokantismo o la fenomenología, entre otras. Mas, desde mi punto de vista, es en diálogo con la hermenéutica filosófica donde encontramos un vínculo más estrecho y fecundo. Y ello ya desde su primera gran obra *Meditaciones del Quijote*, que a mi modo de ver daría pie a hablar de una “hermenéutica española desde 1914” (Gracia, 2016)<sup>8</sup>. Ha sido frecuente comparar los planteamientos de Ortega con otros autores de la tradición hermenéutica tales como Dilthey o Heidegger. Sin embargo, por lo que a mí respecta en este trabajo me interesa detenerme en la fecunda relación entre la doctrina orteguiana del punto de vista y autores como Hans-Georg Gadamer y, sobre todo, Charles Taylor<sup>9</sup>, en el marco de una hermenéutica intercultural<sup>10</sup>.

El primer elemento característico de la hermenéutica filosófica que conviene destacar es la visión holista frente a la atomista. Y este holismo cabe aplicarlo tanto a la dimensión biológica como a la dimensión biográfica o histórica. El todo es anterior a las partes y considerar las cosas de modo aislado es perder el punto de vista desde el que cobra su significación. La realidad está interconectada y el atomismo es incapaz de alumbrar las conexiones reticulares de la realidad así como el tejido social (Taylor, 1979; Gracia, 2011). El holismo hermenéutico no renuncia a la verdad sino que considera que no se puede hablar de verdad si no es a la luz de la perspectiva o desde un determinado punto de vista. Aislar los diversos enfoques o perspectivas, negar la validez relativa de aquellos en el entramado del todo, es un modo flagrante de pérdida de perspectiva.

7 “Ello es que en los últimos veinticinco años se ha ampliado gigantesca mente el horizonte de la historia. Se ha ampliado tanto, que la vieja pupila europea, habituada a la circunferencia de su horizonte tradicional de que era ella centro, no acierta ahora a encajar en una única perspectiva los enormes territorios súbitamente añadidos” (Ortega, 2005, III, 766).

8 Me sumo a una serie de autores que han situado la filosofía de Ortega en la tradición de la hermenéutica filosófica, como por ejemplo y entre otros, Julián Marías, Pedro Cerezo, Jesús Conill o Tomás Domingo.

9 El legado de la filosofía de Gadamer en la obra de Charles Taylor puede verse en diversos escritos. Cf. Taylor, [1971] 1985, [1983] 1985 y muy especialmente en Taylor, 2002. En el caso de Taylor ese otro de la hermenéutica adquiere una significación genuinamente intercultural. “Whatever we might identify as a fundamental common human nature, the possible object of an ultimate experience-transcending science is always and everywhere mediated in human life through culture, self-understanding and language” (Taylor, 2002, 129).

10 En el caso de Charles Taylor he publicado numerosos trabajos donde expongo y desarrollo lo que entiendo que es una “hermenéutica intercultural”. Cf. Gracia, 2010b; Gracia, 2011. Más recientemente y aunque Gadamer no se refiere directamente al concepto de “interculturalidad” a la luz de las investigaciones de Jean Grondin y con una lectura divergente a la que hace Ram Adhar Mall desde la fenomenología he desarrollado las posibilidades de una hermenéutica intercultural desde la hermenéutica gadameriana. Cf. Gracia, 2017.

Frente a las pretensiones de la epistemología moderna, la hermenéutica incide en que no es posible un punto de vista “desde ningún lugar”. Si se quiere comprender la realidad no es posible despojarse de la perspectiva humana. En esto ha radicado el error del positivismo o cientificismo, en sostener que solo una perspectiva es la adecuada. Y frente a ella, ha argumentado poderosamente Ortega desde su perspectivismo, pues “la sola perspectiva falsa es la que pretende ser la única. Dicho de otra manera: *lo falso es la utopía, la verdad no localizada, vista desde ‘lugar ninguno’*” (Ortega, 2005, III, 614)<sup>11</sup>.

El perspectivismo hermenéutico es holista pero de un modo divergente a como lo es la filosofía de Hegel. Gadamer lo expone de modo muy explícito y brillante al distinguir su *Wirkungsgeschichte* (historia efectual o eficacia histórica) de la híbrida pretensión hegeliana de un saber absoluto. El holismo hermenéutico siempre tiene conciencia de la “situación hermenéutica”, pues “*ser histórico quiere decir no agotarse nunca en el saberse*” y por lo tanto un saber situado y “una posición que limita sus posibilidades de ver. Al concepto de situación le pertenece esencialmente el concepto de *horizonte*” (Gadamer, 1990, 307).

También Ortega años antes había denunciado el autoritarismo con el que Hegel llega a la historia pues no hay ánimo de aprender de la historia, sino de examinar si ésta se ha adecuado a la verdad descubierta por la filosofía (Ortega, 2005, V, 695ss.). El holismo hermenéutico se distancia diametralmente del absolutismo con el que la historia es pensada en la filosofía de la historia de Hegel.

El holismo hermenéutico en el pensamiento de Ortega queda muy claramente expuesto en su escrito póstumo “Los aspectos y la cosa entera” (perteneciente al *Epílogo de la filosofía*, de 1943). Su célebre ejemplo de la naranja viene a refrendar la apuesta por un perspectivismo holista. Pues la realidad nos obliga a movilizarnos, no nos deja pasivos sino que nos lleva a transitar de un “aspecto” a otro, de una “idea” a otra. El “aspecto” pertenece a la cosa, es un pedazo de la cosa. Pero no es solo de la cosa, porque no hay aspecto si alguien no mira. Es el mirar el que hace que en la cosa broten aspectos: “como ese mirar tiene en cada caso una índole peculiar –por lo pronto mira en cada caso *desde un punto de vista determinado*—, el ‘aspecto’ de la cosa es inseparable del vidente” (Ortega, 2009, IX, 602-603).

Es importante incidir en que para este holismo hermenéutico los seres humanos no somos ubicuos sino que adquirimos una visión limitada de la realidad, solo alcanzamos a ver “aspectos” de la realidad. De la realidad sólo tenemos un cierto número de puntos de vista que se van acumulando, articulando e integrando entre sí. Porque para el holismo hermenéutico no se trata de una yuxtaposición acumulativa de visiones, sino de ir articulando e integrando adecuadamente dichas visiones en el todo, en el con-junto. Saber si una idea es verdadera implica no solo confirmar la autenticidad de un aspecto sino su integración con el resto de aspectos de la realidad. Habida cuenta del lugar que ocupa en el conjunto y de que la realidad no existe fragmentada, el punto de vista se convierte con ello en perspectiva.

---

11 También Charles Taylor ha denunciado las pretensiones de la epistemología moderna citando a Nagel: “El intento se hace para ver el mundo no desde un lugar dentro de él, ni desde un punto ventajoso de un especial tipo de vida o de conciencia, sino desde ninguna parte en particular ni tampoco desde forma de vida en particular alguna” (Taylor, [1991] 1997, 97). Aunque Taylor alude a Heidegger y a Wittgenstein para denunciar la “ontologización de esta perspectiva desvinculada”, la superación de esta forma de racionalismo que desvincula la mente del mundo se encuentra ya, a mi modo de ver, de modo paradigmático en la “doctrina del punto de vista” de Ortega.

Pertenece a la realidad tener “aspecto”, “respeto” y, en general “perspectiva”, ya que pertenece a la realidad que el hombre esté ante ella y la vea. [...] Pues bien, la mayor parte de nuestras “ideas verdaderas” no representan sino sólo uno de los componentes de la cosa que en aquel momento nuestra mente halla, ve y aprehende —por tanto, un mero “aspecto” parcial, arrancado a la cosa, *abstracto*, aunque “real” en el primer sentido del término. Esta es la causa más frecuente de nuestros errores porque nos lleva a creer que asegurarnos de si una idea es verdad se reduce a confirmar ese único carácter “real” de la idea que es enunciar un “auténtico aspecto” —a no buscar su integración confrontando la idea no solo con el “aspecto” que ella enuncia, sino con el decisivo carácter de la realidad que es “ser entera” y, por lo mismo, tener siempre “más aspectos” (Ortega, 2009, IX, 604-606).

Incluso el concepto mismo de humanidad pensado desde el holismo hermenéutico queda libre de los posibles cargos de hueria abstracción, pues lo que importa no es la elevación a concepto de una definición vacía de humanidad, sino la apuesta en concreto por cada individuo con su cultura. Pues cada uno de ellos son indispensables e insustituibles para entender “lo humano”. Ortega insta a articular las diversas perspectivas en una suerte de “generosa colaboración espiritual”. No para acabar anulando cada una de las perspectivas sino más bien en una forma de contagio para que cada cual sea fiel a su perspectiva. En efecto en esta colaboración que contribuya a la comprensión del todo, es en lo que cabe situar la verdad de la perspectiva, que es la verdad de lo humano.

“Solo entre todos los hombres llega a ser vivido lo humano” —dice Goethe. Dentro de la humanidad cada raza, dentro de cada raza cada individuo, es un órgano de percepción distinto de todos los demás y como un tentáculo que llega a trozos de universo para los otros inasequibles (Ortega, 2004, II, 163).

### 3. La verdad de la perspectiva y el horizonte intercultural

Pero el holismo hermenéutico no solo habilita al reconocimiento de la pluralidad de culturas mediante el “principio de los ‘ámbitos o círculos culturales’” (Ortega, 2005, III, 750ss.). Es clave entender la “circularidad” de cada cultura en los términos de la doctrina del punto de vista. Es decir, reconociendo, a su vez, el vínculo inextricable con el resto de círculos culturales, al menos reconociendo que el acceso desde ellos solo conduce a una porción de la verdad y no a la verdad entera; ni a la verdad entera, ni tampoco a ninguna verdad. Resulta decisivo no perder de vista la verdad, esto es, la verdad de la perspectiva; que todo punto de vista comporta algo de verdad. Y es el holismo el que consigue poner cada parte en su relación con el todo y en esta inter-relación entender mejor la verdad y ganar una mayor perspectiva. Hay que superar la tendencia que conduce al relativismo cultural y a la comprensión de las culturas como si fueran círculos estancos y cerrados independientes entre sí.

El perspectivismo de Ortega se distancia también del relativismo precisamente porque este último renuncia a la verdad y considera que todas las afirmaciones son igualmente

relativistas (no es un problema de “relatividad” sino de “relativismo”)<sup>12</sup>. Pero no es posible considerar el grado de verdad o falsedad de cada una de ellas. Y sin embargo –como sostiene Ortega– el relativismo no puede tomarse a sí mismo en serio y termina siendo una “teoría suicida”. “La fe en la verdad es un hecho radical de la vida humana” (Ortega, 2005, III, 573). El relativismo elimina la dimensión de la perspectiva de la realidad, porque considera cada cultura como un universo cerrado y por lo tanto separado del resto. Mientras que el perspectivismo considera que “una de las cualidades propias a la realidad consiste en tener una perspectiva, esto es, en organizarse de diverso modo para ser vista desde uno u otro lugar” (Ortega, 2005, III, 646).

El holismo sostiene una verdad que es fundamental, a saber, la localización de todo punto de vista. Lo cual es muy distinto a pensar que es posible localizar y postular un lugar desde el que se pueda acceder a un punto de vista del todo (algo así como una omnisciencia divina concebida fuera de la vida humana<sup>13</sup>). Por el contrario, el holismo hermenéutico sostiene que todo punto de vista se halla situado y es desde su particular lugar que se abre (*erschliessen*, en la terminología de Gadamer) y se aprecia (*ansehen*) un nuevo horizonte y una nueva y única perspectiva de visión. No es posible escapar del área de visión humana, no es posible hablar de un punto de vista “desde ninguna parte”, absoluto, “suelto” de toda realidad vivida y pensada.

Toda deslocalización del punto de vista es una forma de dis-localación, porque solo en el entramado concreto de la realidad vivida, en la que se vive y desde la que se piensa, es posible articular con sentido y autenticidad la propia visión del mundo. El racionalismo inauténtico y negador de la vida ha creado una concepción de cultura vacía y mucilaginoso; exclusivista y estática; ha momificado en conceptos abstractos la cultura como si de productos acabados se tratara, anulando el punto de vista desde el que cobra su sentido y valor. A mi modo de ver, esta deslocalización del punto de vista es el peligro positivista de la ciencia que pretende situarse “desde ninguna parte”, que radica en que cuanto más pensamos que hemos neutralizado nuestra visión del mundo, más funciona inconscientemente y con efectos etnocéntricos.

La verdad de la perspectiva se pone de manifiesto de modo muy elocuente en el caso de la comprensión intercultural. Como en diversos lugares expone Charles Taylor el problema de algunos enfoques que se presentan como científicos (según el modelo de las ciencias naturales) es que eliminan la dimensión del punto de vista de los agentes. Además del con-sabido etnocentrismo, se proyecta una realidad que anula el punto de vista de los agentes, del que no pueden prescindir las ciencias humanas si lo que buscan es una comprensión adecuada del fenómeno humano, social, histórico y cultural (Taylor, [1971]<sup>14</sup> 1985). Es

12 Es conocida la defensa por parte de Ortega de la teoría de la relatividad de Einstein, precisamente en los apéndices de *El tema de nuestro tiempo*, en el que había dedicado el tercer capítulo a criticar el “relativismo”. Cf. Ortega, 2005, III, 642 ss.

13 Frente a esta concepción humanamente alejada de la omnisciencia divina, es ciertamente muy elocuente la belleza con la que Ortega expresa la visión divina bajo la égida de su doctrina del punto de vista: “Dios es también un punto de vista; pero no porque posea un mirador fuera del área humana que le haga ver directamente la realidad universal, como si fuera un viejo racionalista. Dios no es racionalista. Su punto de vista es el de cada uno de nosotros; *nuestra verdad parcial es también verdad para Dios*. ¡De tal modo es verídica nuestra perspectiva y auténtica nuestra realidad!” (Ortega, 2005, III, 616).

14 Entre corchetes indico la fecha de la versión original del artículo.

el problema de las pretensiones de una ciencia libre de valor (*wertfrei*) que no tiene en consideración “la manera como la comprensión da forma a la práctica, la perturba o la facilita” (Taylor, [1983] 1985: 116)<sup>15</sup>.

Frente a la ciencia libre de valor Taylor propone que “una explicación adecuada de la acción humana debe hacer que los agentes sean más comprensibles”, es decir, “tomar a los sujetos como agentes de autodefinición, cuya comprensión da forma a su práctica”. Pues “tenemos que explicarlos como agentes y no podemos hacerlo a menos que los entendamos, esto es, que captemos la comprensión de sí mismos” (Taylor, [1983] 1985: 117).

Pero conviene no olvidar el otro lado de la cuestión y es que “comprender a alguien no puede significar simplemente adoptar su punto de vista” (Taylor [1983] 1985: 118). Efectivamente, partir de las comprensiones y definiciones que de sí mismo tienen los agentes no quiere decir que no se puedan corregir, es decir, que hayamos de comprender a los agentes en sus auto-interpretaciones como “no equivocados”. Esta es la “tesis de la incorregibilidad” que Taylor denuncia en diversos lugares, por ejemplo, en su crítica al relativismo de Peter Winch. El relativismo incorregible hace vano cualquier intento por examinar y descubrir la verdad del asunto y conduce la doctrina del punto de vista al borde del precipicio relativista, donde nada se le puede criticar al agente y donde se pierde toda perspectiva. Porque no se trata de hacer añicos la doctrina del punto de vista a la manera relativista del “todo vale y vale por igual”, lo cual supone una ceguera, sino de descubrir la verdad de la perspectiva, que más bien dice que lo que vale, lo vale desde donde lo vale y en el marco de un horizonte concreto. Un horizonte que como vamos a ver en virtud de la comprensión intercultural siempre puede ampliarse.

La verdad de la perspectiva en el marco de la hermenéutica intercultural incide en que el punto de vista es relativo a cada horizonte cultural pero no queda recluso y prisionero en dicho horizonte cultural sino que se cobra una mayor visión de dicho punto de vista en el entramado de otros puntos de vista. Cuando se adquiere ese prisma estereoscópico es cuando se alcanza a comprender mejor el punto de vista inicial y la verdad que en él yacía. Tanto el subjetivismo como el relativismo cultural, pero también el cientificismo o el positivismo pierden de vista la perspectiva, son cortos de miras, adolecen de la miopía de desconectar los puntos de vista del tipo de comprensión humana pluriforme y perspectivista.

En el pasaje de *Las Atlántidas* Ortega alude tanto a Spengler como a los ámbitos culturales de Frobenius, y se distancia de ellos, toma perspectiva, precisamente debido al “relativismo extemporáneo” que aquellos practicaron. El modo hermético y absoluto de considerar la cultura es deficiente y solo es posible superar las limitaciones en la medida en que se alcance el punto de vista histórico capaz de comprender y ver cada una de las épocas en su singular figura y fisonomía. Se trata de neutralizar el “espíritu evolucionista” que busca a toda costa la continuidad entre los fenómenos y evitar asimilar las otras formas de vida a la nuestra. Sólo a la luz de este nuevo sentido histórico, esto es, sólo desde la razón histórica y cultural es posible dejar de ver a los otros pueblos como “salvajes”. Se trata de abogar por una lectura profunda, estereoscópica y no plana de sus propias culturas. Es precisamente ese punto de vista histórico el que humaniza al hombre y lo reconoce en su condición de ser cultural,

15 A juicio de Taylor este es el caso paradigmático de la teoría de Edward Evans-Pritchard en el célebre caso de la comprensión de los rituales de la magia en la tribu Azande. En las antípodas relativistas encontraríamos a Peter Winch. Pero entre el planteamiento etnocentrista de Evans-Pritchard y el relativista de Peter Winch, Taylor propone el de una hermenéutica intercultural (Gracia, 2011, 182-254).

a diferencia del mundo plano del recién nacido que no sabe de distancias ni de profundidad; el sentido histórico introduce a la persona en la mirada cóncava de la perspectiva cultural.

El recién nacido no sabe de distancias: su mundo es un plano pegado a sus ojos. Necesita de un aprendizaje de la acomodación ocular para ir situando los objetos en perspectiva. Al cabo de él, el plano del mundo se hace cóncavo y adquiere profundidad (Ortega, 2005, III, 767).

Para evitar tanto el peligro relativista como el peligro cientificista, el horizonte histórico y cultural ensanchado desde el punto de vista intercultural consiste precisamente en el adecuado reconocimiento de las diferencias; en dejar ser a los otros en su singular diferencia, en desencasillarlos y evitar proyectar sus propios esquemas culturales sobre los otros. Ortega lo expresa diciendo que “el historiador necesita justamente elevarse sobre lo que constituye el almacén mismo de su existencia, necesita trasponer el horizonte de su propia vida, desvalorar las convicciones y tendencias más radicales de su espíritu” (Ortega, 2005, III, 767).

En términos muy similares se expresará Charles Taylor al afirmar que “la comprensión del otro cambia la autocomprensión y en particular, nos obliga a debilitar algunos de los contornos más fijos de nuestra antigua cultura” (Taylor, 1997, 203). El reto hermenéutico de comprender al otro correctamente radica en ser capaz de relativizar algunas características de nuestra propia autocomprensión. La fusión de horizontes gadameriana, tal y como es presentada por Taylor, presenta una fecunda aplicación a las cuestiones del reconocimiento de las diferencias culturales y la perspectiva intercultural.

La “conciencia de la historia efectual” y el principio de la eficacia histórica brillantemente expuestos por Gadamer en *Verdad y método* giran precisamente en torno a la significación del concepto de “horizonte”, que “no es una frontera rígida sino algo que se desplaza con uno y que invita a seguir entrando en él” (Gadamer, 1990, 250). Pues “horizonte es el ámbito de visión que abarca y encierra todo lo que es visible desde un determinado punto [...] El que no tiene horizontes es un hombre que no ve suficientemente y que en consecuencia sobrevalora lo que le cae más cerca” (Gadamer, 1990, 307). A la luz de la “elaboración de la situación hermenéutica” el propósito es “abrirse a nuevos horizontes”, esto es, “ganar en cada caso el horizonte histórico”. Lo cual implica “la obtención del horizonte correcto de la pregunta [*des rechten Fragehorizontes*] para las cuestiones que se nos plantean de cara a la tradición”. De modo singular para Gadamer la “tradición” (*Überlieferung*) ocupará un lugar preeminente para llevar a cabo la “experiencia hermenéutica”. El concepto de horizonte histórico remite a la tradición y la hermenéutica se expresa principalmente en esa desplazarse históricamente para evitar los malentendidos.

Como el concepto de horizonte gadameriano, también el concepto de “perspectiva” de Ortega incide en ese “desplazarse al paso de quien se mueve”. Porque de lo que se trata no es de acumular puntos de vistas en términos cuantitativos, pues bien podría ser que todos estos fueran cerrados e ignorantes del lugar que ocupan respecto al resto, en el conjunto. Más bien la clave de la diversidad de los puntos de vista está en la ganancia de perspectiva y ello solo se consigue conectando unos puntos de vista con otros, reconociendo el lugar desde el que mira cada uno, su lugar dentro del conjunto y alcanzando una visión más completa. La verdad de la perspectiva no tiene tanto que ver con la multiplicidad cuantitativa cuanto

con la interconexión entre los diferentes puntos de vista. Podríamos decir que se trata de una visión de con-junto que crea puentes, “fusiona horizontes”, genera contrastes y es capaz de ver en relieve (*Abhebung*). Existe un paralelismo innegable entre la perspectiva orteguiana y el horizonte gadameriano y ambos son especialmente fecundos para enfocar las culturas (en plural) desde un enfoque hermenéutico que aspira a una comprensión intercultural.<sup>16</sup>

Con todo, conviene destacar que uno de los rasgos más característicos de la doctrina del punto de vista de Ortega no es tanto mirar al pasado, a la tradición ya hecha como apuntar al futuro, entender que la cultura no es un producto sino algo que hay que hacer, un auténtico quehacer. A mi juicio, esto le da a Ortega una cierta ventaja respecto a Gadamer para repensar sus escritos en términos interculturales, porque el objetivo no es tanto comprender a los clásicos de la antigüedad como fecundar el propio futuro, “abriendo España a Europa” (y al resto del mundo). La cultura no es vista como un objeto sino siempre vinculada con el sujeto, es decir, con la perspectiva del sujeto. A Ortega la experiencia hermenéutica de tender hacia lo otro de sí, de procurar entender las diversas formas de vida, siempre apunta a la capacidad de cada uno de los individuos de fecundar su propio futuro. Esta capacidad para superar las parcialidades de puntos de vista particulares y autocentradas es lo que se consigue con perspicacia intercultural.

#### 4. Perspicacia intercultural como superación de la “beatería de la cultura”

En la raíz misma del término “perspectiva” late el de “perspicacia”. Si anteriormente hemos diferenciado el perspectivismo del subjetivismo y del relativismo que se pretenden incorregibles es precisamente por esa verdad que yace en el concepto mismo de perspectiva y que le confiere un eminente carácter normativo a la perspectiva. En virtud de ella se alcanza una mayor agudeza y penetración, pero también es posible ver con mayor claridad, es decir, de modo más “perspicuo”. Dicha claridad, agudeza y penetración del entendimiento se alcanza cuando se consigue establecer la conexión entre los diversos puntos de vista. Aplicado al ámbito de la hermenéutica intercultural, podríamos referirnos a la perspicacia y perspicuidad intercultural.

El perspectivismo orteguiano es radicalmente intercultural. Lo es porque combate un concepto de cultura aislado, exclusivista, estático y también “extático”. En su lugar propone el intercambio plural y fecundo de los diversos y heterogéneos puntos de vista culturales. Y lo hace a sabiendas de que no se puede renunciar a la verdad (y menos aún a la vida). Si bien una verdad situada en el contexto, radicada en la propia matriz cultural, pero que de ningún modo conviene confundir con el relativismo. El prefijo “inter-” de la interculturalidad es el casco de la proa de toda cultura que se sabe en la singladura de la vida y que aspira a superar los antagonismos de los exclusivismos estableciendo puentes y contrastes perspi-

16 Por ejemplo, en *Meditaciones del Quijote* es muy significativa la crítica de Ortega por el “grave defecto” de “falta de perspectiva” y “falta de experiencia de lo profundo” a los autores de la Restauración como Menéndez Pelayo o Valera por su visión miope y plana de España, negando su conexión y alimentando el rechazo respecto de Europa: “De buena fe esos hombres aplaudieron la mediocridad porque no tuvieron la experiencia de lo profundo” (Ortega, 2004, I, 772). “Como este es el caso de España, tiene que parecernos perverso un patriotismo sin perspectiva, sin jerarquías, que acepta como español cuanto ha tenido a bien producirse en nuestras tierras, confundiendo las más ineptas generaciones con lo que es a España esencial” (Ortega, 2004, I, 793).

caces. A esa verdad de la vida es a la que renuncian aquellos que consideran la cultura de modo estático y extático, como si la cultura fuera algo que haya que conservar en formol.

Frente a este rancio culturalismo, una fecunda comprensión intercultural consiste, a juicio de Charles Taylor, en generar un “lenguaje de contrastes perspicaces” (*language of perspicuous contrasts*). Para lo cual hay que comenzar por tomar en serio las autodefiniciones de los propios agentes de dicha cultura, pero no para considerarlas de modo definitivo, sino para cuestionar su lenguaje de la autocomprensión. Solo que para hacerlo también nosotros hemos de cuestionar el nuestro. Generar un nuevo contraste es precisamente re-definir las diferencias y contrastes de modo “relevante”, es decir, descubrir el “relieve” de los significados en toda la significación que cobra para las formas de vida de los propios agentes. (Taylor, [1983] 1985, 125).

Conviene destacar que la perspicacia de la hermenéutica intercultural a la que apunta Charles Taylor introduce un potencial crítico extraordinario porque la comprensión es inseparable de la crítica y ésta, a su vez, también de la autocrítica. Esta crítica no es de ningún modo la objetividad espuria del modelo explicativo de las ciencias naturales, sino la propia de la intersubjetividad (humana), que se expresa como interculturalidad (siempre de nuevo el “inter-” del holismo hermenéutico) y que amplía nuestro lenguaje de las posibilidades de lo humano, generando nuevos contrastes y redefiniendo los significados de ciertas formas de vida. Creo que esta perspicacia intercultural es la que permite superar lo que Ortega de modo muy elocuente llama “beatería de la cultura”.

Ortega expresa la falta de crítica y autocrítica con la elocuente expresión “beatería de la cultura”, que emplea en diversos lugares de su obra para expresar una negación de la vida que no solo estuvo presente en cierta actitud medieval sino también en el idealismo y en el positivismo moderno (Ortega, 2005, III, 599). Esta forma de beatería cultural recibe también el nombre de culturalismo en la medida que anula y desintegra la cultura del proceso íntegro de la vitalidad. Pero también porque la cultura se convierte en algo estático, que existe por y para sí misma, con independencia de la vida y en algunas ocasiones contra la vida y sus humanos vivientes; contra aquel capaz de tomar el pulso a la vida y proyectarse hacia al futuro. La beatería es una especie de embriaguez negadora de la vida y, sobre todo, incapaz de cuestionar críticamente los productos culturales. La cultura se toma como algo completamente acabado, per-fecto. Los síntomas de la beatería cultural son siempre los mismos: “tendencia al deliquio y al aspaviento, postura de ojos en blanco, gesto de desolación irremediable ante el escéptico infiel, privado de la gracia suficiente” (Ortega, 2009, IX, 133).

Por ejemplo, en el “Prólogo para alemanes”, Ortega sostiene que para entender, por fin, a Grecia y superar el helenismo de Werner Jaeger y sus discípulos, el cual impide enfocar adecuadamente la relación entre los antiguos y Europa, “lo más urgente es alejarla de nosotros, subrayar su exotismo y declarar su enorme limitación”. De nuevo, por lo tanto, la de-limitación de un contexto, la lógica del contraste. Este pasaje constituye una llamada de atención a cierta hermenéutica filológica que ha tendido a generar cierta beatería irreflexiva y acrítica de los clásicos. Frente a esta tendencia, la hermenéutica intercultural recalca en la dimensión crítica de toda comprensión, destacando las limitaciones de cada horizonte cultural y siempre reorientándolo en términos del imperativo de la vida humana en su doble faz, como vivencia y como convivencia.

La “beatería de la cultura” ha sustraído a las gentes de sus contextos vitales, que son los compromisos fundamentales con sus circunstancias y sus circunstancias. El intercambio

fecundo está a la base de todo punto de vista que se concreta y contextualiza, que se sabe en su juicio y vital eficacia. Cuando la cultura se aleja de las necesidades vitales de las personas es cuando comienza a pervertirse, extasiarse y convertirse en un fetiche que fácilmente se vuelve contra las personas. Aunque Ortega emplea preferentemente la expresión “beatería de la cultura” para incidir en el antivitalismo de la tradición occidental. Sin embargo, yo creo que en el plano de la cultura en sentido etnográfico también se podrían detectar formas corruptas de observancia cultural que se basan también en el fanatismo de formas de pensar divinizadoras de las propias tradiciones y/o la demonización del resto de tradiciones. De hecho a menudo ambas formas se encuentran estrechamente conectadas.

La propia biografía de Ortega expuesta en el citado “Prólogo para alemanes” es un claro ejemplo de cómo superar la beatería de la cultura y aproximarse a las culturas para enriquecer la propia tradición. Es esta perspicacia de la perspectiva intercultural la que la filosofía de Ortega invita a practicar. Solo desde esta perspectiva intercultural es posible —como el propio Ortega lleva a cabo en su época— un rebasamiento de los estereotipos de la cultura alemana caracterizada como “nieblas germánicas” y un auténtico diálogo con la cultura y pensamiento alemanes. El resultado es de sobra conocido, uno de los pensamientos más fecundos de nuestra tradición española de siempre y de innegable talla universal. No fue negando la tradición alemana (ni la francesa, ni la inglesa, ni la griega, ni la romana...), sino incorporándolas (“devorándolas” como buen “verdábora”), articulándolas y sin renunciar a la misión de pensar España con hondura y radicalidad.

## **5. Conclusiones**

La filosofía de José Ortega y Gasset ofrece una matriz extraordinariamente fecunda para desarrollar la perspectiva intercultural. Su perspectivismo constituye una clave fundamental para la hermenéutica intercultural porque introduce la pluralidad de puntos de vista de la cultura sin renunciar a la verdad. En esto radica la perspectiva intercultural, en entender la diversidad de puntos de vista culturales no en términos excluyentes sino en conexión. Esto significa el holismo hermenéutico, que cada punto de vista está situado y localizado en un horizonte determinado. Sin alusión a este contexto se pierde de vista el punto de vista. Y esto es lo que ocurre con el etnocentrismo que pierde de vista el resto de puntos de vista y al hacerlo pierde la perspectiva intercultural.

También el relativismo es deficiente a la luz de la perspectiva intercultural, porque pierde de vista la realidad entera, atomiza los puntos de vista en círculos cerrados y acaba renunciando a la verdad del asunto. La perspectiva intercultural destaca la diversidad de aspectos siempre en relación al conjunto y teniendo en cuenta el carácter “móvil” de la comprensión; se sabe en un horizonte móvil, reconoce que las culturas no son compartimentos cerrados y estancos. Pero además, está dispuesta a reconocer las limitaciones y de-limitaciones del propio punto de vista y de otros; de unos respecto de otros.

Frente a toda beatería de la cultura, la perspectiva intercultural está dispuesta a desencasillar a los otros y a estimular el entendimiento entre los culturalmente diferentes aunque ello vaya acompañado de crítica y autocrítica. Pues el entendimiento intercultural desde la perspectiva hermenéutica no se traduce en una actitud condescendiente y menos si cabe de indiferencia hacia el extranjero. Al contrario, el entendimiento al que insta la perspectiva

intercultural supone una auténtica fusión de horizontes en el entramado de la vida (en su doble faz de vivencia y convivencia). Pues a la luz de la crítica de Ortega al culturalismo podemos afirmar que no es la vida para la cultura sino la cultura para la vida humana, para que las personas desarrollen plena y auténticamente su vida.

## Referencias

- Cerezo, Pedro (1984), *La voluntad de aventura. Aproximamiento crítico al pensamiento de Ortega y Gasset*, Barcelona: Ariel.
- Cerezo, Pedro (2011), José Ortega y Gasset y la razón práctica, Madrid: Biblioteca Nueva.
- Conill, Jesús (2013a), “Mörgerrote der unreinen Vernunft. Nietzsche bei Ortega y Gasset”, *Nietzsche-Studien*, Volumen 42, Issue 1, pp. 330-342, DOI: <https://doi.org/10.1515/niet.2013.42.1.330>.
- Conill, Jesús (2013b), “Una cierta lectura hermenéutica de la filosofía orteguiana”, en Javier Zamora (ed.), *Guía Comares de Ortega y Gasset*, Granada: Comares, pp. 207-230.
- Domingo, Tomás (2013), “Leer a Ortega a la altura de nuestro tiempo”, en Javier Zamora (ed.), *Guía Comares de Ortega y Gasset*, Granada: Comares, pp. 331-354.
- Gracia, Javier (2010b), “La interculturalidad en el quicio de la hermenéutica filosófica”. *Recerca no10*, 2010, pp. 101-120.
- Gracia, Javier (2011), *Antropología filosófica en Charles Taylor. Perfil hermenéutico del ser humano*, Saarbrücken: Editorial Académica Española.
- Gracia, Javier (2016), “El escorzo orteguiano y la *Abhebung* gadameriana. Hacia una hermenéutica española desde 1914”, en Hugo Aznar, Elviar Alonso y Manuel Menéndez (eds.) *La Generación del 14. España ante su modernidad inacabada*, Madrid, Plaza y Valdés.
- Gracia, Javier (2017), “Autosuperación hermenéutica de la cultura en la interculturalidad. Hacia una lectura intercultural de la hermenéutica filosófica de Hans-Georg Gadamer”. *Ideas y Valores*, 66 (164), 265-280.
- Gracia, Javier (2018), *El desafío ético de la educación*. Madrid, Dykinson.
- Ortega y Gasset, José (2004-2010). *Obras completas*. Madrid, Fundación José Ortega y Gasset/Taurus. (Diez volúmenes, I-X).
- San Martín, Javier (2013), “La recepción de su filosofía en torno a El tema de nuestro tiempo”, en Javier Zamora (ed.), *Guía Comares de Ortega y Gasset*, Granada: Comares, pp. 47-68.
- Taylor, Charles ([1971] 1985), “Interpretation and the sciences of man”, *Philosophy and the Human Science. Philosophical Papers 2*, Cambridge: Cambridge University Press. pp. 15-57.
- Taylor, Charles (1979), “Atomism”, en Alkis Kontos (ed.), *Powers, Possessions and Freedom*, Toronto: University of Toronto Press, pp. 39-61.
- Taylor, Charles ([1983] 1985), “Understanding and ethnocentrism”, *Philosophy and the Human Science. Philosophical Papers 2*, Cambridge, Cambridge University Press. pp. 116-133.
- Taylor, Charles ([1991] 1997), “*Lichtung* o *Lebensform*: paralelismos entre Heidegger y Wittgenstein”. *Argumentos filosóficos. Ensayos sobre el conocimiento, el lenguaje y la modernidad*, Barcelona: Paidós, 1997, pp. 91-114.
- Taylor, Charles (2002), “Gadamer on the Human Science”, en R. J. Dostal (ed.) *The Cambridge Companion to Gadamer*, Cambridge: Cambridge University Press.

## La transvaloración de las perspectivas. Nietzsche y la crítica de la cultura desde el punto de vista del valor\*

### The transvaluation of perspectives. Nietzsche and the critique of culture from the point of view of value

MARINA GARCÍA-GRANERO\*\*

**Resumen:** El artículo analiza el estrecho vínculo entre perspectivismo, genealogía y fisiología en la filosofía de Nietzsche. La tesis cardinal es que el punto de vista del valor es más fundamental que el de la verdad. El método genealógico posibilita el estudio de las condiciones de conservación y crecimiento de los puntos de vista y los valores, siguiendo el hilo conductor del cuerpo, con el objetivo de crear nuevos resortes de sentido y salir del nihilismo. Se presta especial atención a la tensión entre dogmatismo y relativismo. Finalmente expongo la noción de “cría” (*Züchtung*), que posibilita un cuestionamiento radical de la cultura y pone de relieve el carácter fisiológico de la moral.

**Palabras clave:** perspectivismo, valor, cría, moral, punto de vista, interpretación.

**Abstract:** The article analyses the close link between perspectivism, genealogy and physiology in Nietzsche's philosophy. The cardinal thesis is that the point of view of value is more fundamental than that of truth. The genealogical method enables the study of the conditions of conservation and growth of points of view and values, following the conductive thread of the body, with the aim of creating new springs of meaning and leaving nihilism behind. Special attention is paid to the tension between dogmatism and relativism. Lastly, I present the notion of “breeding” (*Züchtung*), which enables a radical questioning of culture and highlights the physiological character of morals.

**Keywords:** perspectivism, value, breeding, moral, point of view, interpretation.

## 1. Introducción

Contra el nihilismo de una humanidad cansada, agotada, llena de dudas sobre sí misma y sobre su propia historia, Nietzsche decide realizar una crítica liberadora de la cultura desde la óptica de la vida. El perspectivismo permite elaborar otras interpretaciones con poder para cambiar los resortes del sentido, para dejar de vivir de un modo en el que deja de tener

---

Recibido: 13/06/2018. Aceptado: 21/10/2018.

\* Este artículo se enmarca dentro del proyecto de investigación FFI2016-76753-C2-1-P, financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad.

\*\* Investigadora FPU-MCIU en el Departamento de Filosofía de la Universitat de València (Referencia de la ayuda: FPU15/04085). Entre sus publicaciones sobre la filosofía de Nietzsche cabe destacar “Nietzsche y el mejoramiento humano. Reflexiones en torno a la noción de vida” (*Isegoría. Revista de Filosofía Moral y Política*, nº 57, 2017, pp. 599-615). Contacto: [marina.garcia-granero@uv.es](mailto:marina.garcia-granero@uv.es).

sentido vivir<sup>1</sup>. No busca una multiplicación de las interpretaciones en tanto que aumento del saber en sí mismo, sino que pretende alcanzar las raíces reflexivas del horizonte de sentido del conjunto de la cultura moderna, y desde ahí llevar a cabo la transvaloración de los valores.

Sin duda el perspectivismo es un aspecto del pensamiento de Nietzsche que ha levantado mucho interés y que cuenta con una tradición de estudios entre los intérpretes de su obra. A día de hoy, se siguen desarrollando interesantes discusiones epistémicas en torno a la perspectiva del perspectivismo, el valor de la falsedad, y si acaso la tesis del perspectivismo se puede aplicar a todo tipo de conocimiento. No obstante, el presente artículo se propone incidir en la peculiar crítica de la cultura y de los valores que resulta del perspectivismo, desde la filosofía moral, política y social.

El problema de la verdad y de la perspectiva en la filosofía de Nietzsche no se reduce a la cuestión de la representación o proyecto de demostración lógica. Tampoco puede ser entendido meramente en términos epistémicos, sino que sirve como preámbulo de la pregunta por el valor de los valores, y constituye una nueva crítica que desenmascara las formaciones de poder y los constructos ideológicos que fundamentan la dominación del ser humano, entendiendo la moral como un código histórico de poderes en lucha. De modo que, en el artículo, se estudia el perspectivismo como método propiamente nietzscheano de interpretación de los fenómenos morales, tal y como es presentado en obras como *Más allá del bien y el mal*, *La genealogía de la moral* y *El crepúsculo de los ídolos*.

En primer lugar, analizaremos la introducción del perspectivismo en los escritos de Nietzsche y sus consecuencias para la comprensión del valor en la filosofía moral. En segundo lugar, se analizará el método de la genealogía poniendo de relieve su pretensión de crear conocimiento útil y válido que siente los cimientos para la posterior transvaloración. Finalmente, se estudiará el concepto de “cría”, como perspectiva que aspira a crear una reconciliación entre natura y cultura y que pone de relieve los modos en que la moral deviene fisiología y cambia la vida humana.

## 2. El perspectivismo y la comprensión del valor

Como hemos adelantado en la introducción, en este trabajo daremos prioridad al perspectivismo moral. Vale la pena destacar que ya en *Más allá del bien y del mal*, Nietzsche expresa en una máxima la tesis del perspectivismo aplicado a la moral: «No existen fenómenos morales, sino sólo una interpretación moral de los fenómenos...»<sup>2</sup>. Dicho de otro modo, no existen hechos intrínsecamente morales, sólo interpretaciones morales, cuyo origen, a su vez, es extra-moral.

Aunque los términos “perspectiva”, “perspectivista”, o incluso “perspectividad” (*Perspektivität*), aparecen con frecuencia desde sus primeros escritos<sup>3</sup>, Nietzsche emplea el sustantivo “perspectivismo” (*Perspektivismus*) por primera vez en dos fragmentos póstumos de

1 *El Anticristo* §43 (= AC).

2 *Más allá del bien y del mal* §108 (= MBM), cf. MBM §34 y *El crepúsculo de los ídolos* (=CI) «Los “mejoradores” de la humanidad» §1.

3 Se pueden consultar los usos de un término en la obra de Nietzsche en la edición crítica digital (eKGWB): <http://www.nietzschesource.org>.

final de 1886 y comienzo de 1887. De estos dos fragmentos<sup>4</sup>, el que por su mayor longitud ha pasado a ser conocido es el segundo, que reproduciremos a continuación en su totalidad, y en el que Nietzsche emplea el término “perspectivismo”<sup>5</sup> para poner de relieve que todo conocimiento nace de una determinada apertura al mundo y un punto de vista:

Contra el positivismo, que se queda en el fenómeno «sólo hay hechos», yo diría no, precisamente no hay hechos, sólo interpretaciones. No podemos constatar ningún *factum* «en sí»: quizás sea un absurdo querer algo así. «Todo es subjetivo», decís vosotros, pero ya eso es *interpretación*, el «sujeto» no es algo dado sino algo inventado y añadido, algo puesto por detrás—. ¿Es en última instancia necesario poner aún al intérprete detrás de la interpretación? Ya eso es invención, hipótesis.

En la medida en que la palabra «conocimiento» tiene sentido, el mundo es cognoscible: pero es *interpretable* de otro modo, no tiene un sentido detrás de sí, sino innumerables sentidos, «perspectivismo».

Son nuestras necesidades *las que interpretan el mundo*: nuestros impulsos y sus pros y sus contras. Cada impulso es una especie de ansia de dominio, cada uno tiene su perspectiva, que quisiera imponer como norma a todos los demás impulsos<sup>6</sup>.

Para Nietzsche, la pregunta por el conocimiento y su posibilidad sólo es posible si se sabe qué es conocimiento, o si se cree en el conocimiento, y ya eso es interpretación. El perspectivismo representa, primordialmente, una crítica del estatus epistémico privilegiado otorgado a conceptos como “cosa en sí”, “verdad”, “hecho”, “realidad”, y su carácter de “dado”, producto de una perspectiva que ya está impregnada de estimaciones de valor, precisamente por su ser perspectiva. Ni el sentido ni el carácter moral de una acción pueden ser encontrados o descubiertos, sino que han de ser introducidos por el ser humano<sup>7</sup>.

Contra el intento positivista de enmascarar los intereses que mueven a todo sujeto, Nietzsche destaca el carácter necesariamente valorativo e interesado de todo conocimiento, pues también las ciencias naturales responden a un cúmulo de intereses, necesidades y condiciones de supervivencia del ser humano en tanto que especie. De modo que el error de los positivistas no es de contenido, sino metodológico, ya que niegan la naturaleza, estructura, función y modo de existencia peculiar de la perspectiva, que es condición básica de la vida. El propio conocimiento siempre está lejos de ser contemplación desinteresada y la ciencia también surge como voluntad de poder y dominio del mundo. La perspectiva en Nietzsche cumple una función afirmativa porque el punto de vista nutre la interpretación, forma parte

4 El primer fragmento se compone únicamente de una sentencia: «Perspectivismo de la deseabilidad (del ideal)» (FP 1886-1887 7[21], vol. IV p. 215). Al citar los Fragmentos Póstumos, indicaré en primer lugar el año y el número de fragmento, para después situarlos en la edición en español publicada por Tecnos en cuatro volúmenes.

5 Sobre las fuentes del neologismo «perspectivismo», cf. Gori, Pietro (2017), *Nietzsche y el perspectivismo*, Córdoba (Argentina): Editorial Brujas, pp. 88-93.

6 FP 1886-1887 7[60], vol. IV p. 222. El énfasis en los textos nietzscheanos sigue las convenciones académicas establecidas desde la edición de Colli y Montinari: las palabras en *italica* son las que Nietzsche subrayó una vez en el manuscrito.

7 Gori, Pietro y Stellino, Paolo (2018), «Moral Relativism and Perspectival Values», en: António Marques and João Sâáguas (eds.), *Essays on Value and Practical Rationality*, Bern: Peter Lang, pp. 155-174, p. 160.

de ella y de nuestra experiencia del mundo. No es posible conocer lo que las cosas son en sí mismas, de una manera independiente a nuestra apropiación interpretativa: «No hay un «hecho» en sí, *sino que siempre tiene que introducirse primero un sentido para que pueda haber un hecho* (...) En la base está siempre «¿qué es eso para mí?» (para nosotros, para todo lo que vive, etc.)»<sup>8</sup>.

Toda apertura al mundo y experiencia de la realidad está ligada a una perspectiva específica, a unos parámetros que posibilitan una particular experiencia del mundo y que hacen que ver sea ver-algo. Nuestro punto de vista orienta la mirada en una determinada dirección, perímetro y horizonte: «estamos en nuestra tela como la araña, y sólo podemos atrapar con ella justo aquello que se deja enredar en nuestra tela»<sup>9</sup>. El perspectivismo pretende situar los límites sobre lo que podemos saber y, como tal, constituye una doctrina de abasto mucho más epistemológico que ontológico. No versa sobre “lo que hay” sino, en primera instancia, sobre “cómo podemos conocer”, y en segunda instancia, sobre el valor de dichos conocimientos. Las preguntas críticas desde la perspectiva de la vida<sup>10</sup> no son ontológicas, no tratan de demostrar la existencia de un objeto, sino que tratan de elucidar por qué tal objeto debe ser, o no, importante para nosotros, o por qué un valor debe considerarse valioso.

Ahora bien, el perspectivismo no equivale ni a escepticismo ni a rechazo de las ciencias, sino que abre un espacio de transvaloración de los caracteres científicos y de crítica frente a sus pretensiones de acceso exclusivo al conocimiento. Nietzsche prestó gran atención al contexto científico de su época, y adopta una perspectiva que podríamos considerar “naturalizante”<sup>11</sup>. Le importaba crear interpretaciones que pudiesen ser acreditadas científicamente, sin por ello situar a las ciencias naturales por encima de la filosofía, ya que no hemos de olvidar la cuestión más difícil de todas: «saber si la ciencia está en disposición de *proporcionar* metas a la acción, después de haber demostrado que puede retirarlas y destruirlas»<sup>12</sup>. La ciencia no puede ser nuestra guía cuando se trata de tomar decisiones morales, ya que una perspectiva meramente naturalista no es capaz ni de crear valores, ni de elucidar el valor de los valores. «La naturaleza siempre carece de valor»<sup>13</sup>, y todo lo que tiene valor en el mundo, no lo posee en sí, sino sólo porque nosotros se lo hemos otorgado, hemos proyectado nuestra apreciación del valor (*Wertschätzung*) al mundo.

El enfoque nietzscheano de la ciencia ofrece una reflexión hermenéutica sobre su significado desde la perspectiva de la vida y sus fuerzas poéticas, para así reconectar los resortes del pensamiento, la creación y la vida. Nietzsche no fue un filósofo de la ciencia, sino un crítico de la cultura, entendida en un sentido integral, y es precisamente como parte de dicha crítica de la cultura donde plantea el problema de la ciencia<sup>14</sup>, la pregunta crítica por

8 FP 1885 2[149], vol. IV p. 123.

9 *Aurora* §117 (= A)

10 Sobre la noción de vida en Nietzsche, cf. García-Granero, Marina (2017). «Nietzsche y el mejoramiento humano. Reflexiones en torno a la noción de vida», *Isegoría. Revista de Filosofía Moral y Política*, n° 57, pp. 599-615.

11 Heit, Helmut (2016), «Naturalizing Perspectives. On the Epistemology of Nietzsche’s Experimental Naturalizations», *Nietzsche-Studien*, n° 45, pp. 56-80.

12 *La gaya ciencia* §7 (= GC).

13 GC §301

14 Cf. Babich, Babette E. (2008), «Un problema con cuernos... el problema de la ciencia misma. La crítica de Nietzsche a la razón científica». *Estudios Nietzsche*, n° 8, pp. 13-52.

su sentido y su rendimiento para la vida. «El espíritu de la ciencia, poderoso en la parte, pero no en el todo»<sup>15</sup>: la ciencia no puede responder a las preguntas del sentido, del hacia dónde y el para qué. Por ello, una cultura superior debe dotar al ser humano de un doble cerebro, para sentir la ciencia y también lo que no es ciencia, «es esta una exigencia de la salud»<sup>16</sup>. El perspectivismo nos permite ser capaces de elaborar otra interpretación moral de los fenómenos, desde otra actitud frente al mundo, «una nueva conciencia de sí mismo y de la propia libertad: una emancipación para elegir los propios puntos de vista»<sup>17</sup>. No es la verdad, sino el poder, lo que nos hace libres.

Ahora bien, la filosofía de la interpretación no debe derivar en relativismo. El núcleo fuerte del perspectivismo nietzscheano y de la genealogía reside en que la problemática del valor es mucho más fundamental que la de la verdad: «la cuestión de los valores es *más fundamental* que la cuestión de la certeza: la última sólo adquiere seriedad en el supuesto de que la cuestión del valor haya tenido respuesta»<sup>18</sup>. Los valores son creencias interiorizadas que traducen las preferencias fundamentales de un tipo humano, la manera en que ordena la realidad y selecciona lo que considera prioritario, necesario, beneficioso o perjudicial. Y aunque podamos elaborar una infinidad de interpretaciones a partir de un texto o puntos de vista sobre un suceso, no todos ellos *valen*. Hemos de cuestionar los pensamientos, las teorías y las opiniones en términos de valor, ya que se alcanza un análisis más radical.

Nietzsche define en una anotación póstuma lo que él entiende por el “nihilismo activo”<sup>19</sup>. Nihilista activa es aquella persona capaz de disolver convicciones y artículos de fe, de destruir ídolos, pero que aún no posee la fortaleza suficiente para crear su propia meta, para determinar su propio porqué. Porque nihilismo significa falta de meta<sup>20</sup>, y la tarea más ardua no es eliminar la creencia en Dios, sino llevar a cabo la misma creación de los valores, labor que hasta entonces era delegada a la moral cristiana. Tras la muerte de Dios, surge el riesgo de que otras instancias (como la ciencia, el Estado, el mercado, la patria o la raza) ocupen su puesto y se encarguen de responder a las preguntas sobre el sentido y los fines últimos. Por tanto, el nihilismo permanecerá hasta que asumamos la carga de crear valores desde nuestra propia autonomía y destruyamos el hábito de considerar como “dados” los fines de nuestras acciones y nuestra vida.

Desde la perspectiva de la praxis vital, una falsedad no supone ninguna objeción:

La falsedad de un juicio no es para nosotros ya una objeción contra él (...). La cuestión está en saber hasta qué punto ese juicio favorece la vida, conserva la vida, conserva la especie, quizás incluso selecciona la especie; y nosotros estamos inclinados por principio a afirmar que los juicios más falsos (de ellos forman parte los juicios sintéticos *a priori*) son los más imprescindibles para nosotros, que el ser humano no podría vivir si no admitiese las ficciones lógicas, si no midiese la realidad con el

15 *Humano, demasiado humano* §6 y §7 (= HDH)

16 HDH §251

17 Conill, Jesús (2008), «El significado de la ciencia y su poetización desde Nietzsche», *Estudios Nietzsche*, nº 8, pp. 53-64, p. 60.

18 FP 1886 7[49], vol. IV p. 220.

19 FP 1887 9[35], vol. IV p. 241-242.

20 FP 1887 7[61], vol. IV p. 223.

metro del mundo puramente inventado de lo incondicionado, idéntico-a-sí-mismo, si no falsease permanentemente el mundo mediante el número, —que renunciar a juicios falsos sería renunciar a la vida, negar la vida<sup>21</sup>.

El uso práctico de una perspectiva no sirve como criterio de verdad, pero sí como criterio de valor, porque los errores y las ilusiones son instrumentos de conservación de las formaciones sociales y las costumbres, que se convierten en condiciones de vida<sup>22</sup>. «Que la verdad sea más valiosa que la apariencia, eso no es más que un prejuicio moral» y «no existiría vida alguna a no ser sobre la base de apreciaciones y de apariencias perspectivistas»<sup>23</sup>. Nietzsche desarrolla la conciencia crítica de que el lenguaje no refleja la verdad, sino que configura una apariencia. La comprensión y el pensamiento humanos han de contar con esta mentira originaria, por ello, hemos de estimar también el no-saber, el ver en general y en conjunto, el simplificar y falsear. Así, en Nietzsche el papel del intelecto se convierte en un problema que ha de ser respondido de manera histórico-hermenéutica<sup>24</sup>. Una vez hemos renunciado al “en sí” y eliminado estos presupuestos de la razón positivista, nos abrimos a la creación de sentido por parte del ser humano.

### 3. Genealogía, conocimiento y objetividad

A continuación, entramos en la discusión acerca de la genealogía, sin duda un terreno muy transitado dentro de los estudios nietzscheanos, pero considero necesario su análisis para una mejor comprensión y contextualización de la tesis que defiende sobre la primacía del punto de vista del valor, y para preparar la reflexión final sobre el concepto de “cría”.

Nietzsche critica que el punto de vista de la conciencia ha sido el prevaleciente tanto en la ciencia como en la cultura, y se han relegado a un segundo plano las capacidades sensibles del cuerpo para crear sentido. Dicho estatus privilegiado de la conciencia tiene un sentido eminentemente instrumental en la medida en que «la conciencia no pertenece a la existencia individual del ser humano, sino más bien a lo que en él es de naturaleza comunitaria y gregaria»<sup>25</sup>. Esta situación ascética ha provocado el empequeñecimiento del ser humano y un desprecio del sí mismo corporal, cuando en realidad, el cuerpo es tanto el punto de partida (*Ausgangspunkt*) como el hilo conductor (*Leitfaden*) que hace posible la creación del conocimiento y de la valoración. El cuerpo realiza «una actividad intelectual que no entra en la conciencia», es «un acontecer interno, por tanto, un asimilar, expeler, crecer, etc...»<sup>26</sup>. Así pues, la representación correcta de la índole de nuestra subjetividad es corporal: «cuerpo (*Leib*) soy yo íntegramente, y ninguna otra cosa», «instrumento de tu cuerpo es también tu pequeña razón, a la que llamas “espíritu”»<sup>27</sup>.

21 MBM §4. Cf. FP 1885 35[37], vol. III p. 781.

22 GC §121.

23 MBM §34

24 Barrios, Manuel (1999), «Intelecto logificador y voluntad creadora en Friedrich Nietzsche», *Daimon*, n° 18, pp. 99-111.

25 GC §354.

26 FP 1885 40[15], vol. III p. 848.

27 *Así hablo Zaratustra*, I «De los despreciadores del cuerpo» (= Za).

Así pues, Nietzsche reconoce que, debido al punto de partida que representa nuestro cuerpo particular, nuestro conocimiento es limitado, lo cual no conlleva que el cuerpo sea un obstáculo al conocimiento. Contra toda la tradición platónica que entiende la ruptura con el cuerpo como condición de conocimiento auténtico y que deseca los conceptos convirtiéndolos en «momias conceptuales»<sup>28</sup>, Nietzsche defiende el cuerpo como punto de partida del conocimiento: vivir es condición del conocimiento y el conocimiento del que somos capaces es alcanzado gracias al cuerpo. Ahora bien, dicho conocimiento no es absoluto ni existe en sí mismo, sino que es perspectivista y limitado. No hay ninguna escapatoria, ningún otro camino desviado que nos permita adentrarnos en un supuesto mundo “real”; no existe una realidad no-perspectivista que pueda ser revelada por vía “racional”. Es en la corporalidad donde el auténtico instinto de vida coloca la verdad de la manera más incondicional<sup>29</sup>, es la instancia con más potencial de probidad desde el punto de vista de la vida.

El método de la “genealogía” —término aparece por primera vez en el propio título de *La genealogía de la moral* (1887)— permite elaborar una explicación fisiológica de la moral<sup>30</sup>. Se trata de una investigación regresiva que busca elucidar la proveniencia de los instintos y las fuentes productoras de un valor o de una interpretación, ya sea religiosa, política, etc. La problematización de dichas fuentes, de las condiciones y las circunstancias en que han emergido dichos valores y del recorrido que han atravesado hasta el presente, es el paso previo a su transvaloración. La genealogía permite descender a la profundidad de la gran razón del cuerpo, una razón desarrollada «sobre una base sensualista, sobre los prejuicios de los sentidos, es decir creyendo en la verdad de los juicios de los sentidos»<sup>31</sup>.

La conciencia y la razón se convierten en aspectos particulares de la vida del cuerpo, que, a su vez, es considerado como un conjunto jerárquico de instintos y pulsiones, de procesos organizados y coordinados, excepto en el caso de la enfermedad y la decadencia. Los instintos son procesos susceptibles de cambio, están estrechamente ligados a las evaluaciones y expresan el trabajo de ordenación selectiva de la realidad dictada por dichas evaluaciones como preferencias fundamentales<sup>32</sup>. Teniendo en cuenta esta retroalimentación, se puede afirmar que el cuerpo débil creó el cristianismo, pero también, y al mismo tiempo, que el cristianismo perpetúa el cuerpo débil, porque llega un momento en que los gustos y los juicios son incorporados y pasan a convertirse en instintos que nacen espontáneamente sin necesidad de estímulo. Por ello, Nietzsche anima a estudiar la moral como causa, pero también al mismo tiempo, como consecuencia y como síntoma<sup>33</sup>. Es posible lanzar la pregunta sobre qué nos enseña un determinado punto de vista sobre quién lo hace. Instintos y pulsiones son tanto el origen de los valores como el producto de su incorporación o encarnación (*Einverleibung*), de modo que no hemos de pensarlos como principio absoluto o punto de partida, sino como procesos dinámicos con posibili-

28 CI «La razón en la filosofía».

29 *La genealogía de la moral* III §12 (= GM).

30 Fornari, Maria Cristina (2013), «Para una fisiología de la genealogía», *Estudios Nietzsche*, n° 13, pp. 27-37.

31 FP 1887 9[63], vol. IV p. 252.

32 Cf. Wotling, Patrick (2016), “*Oui, l’homme fut un essai*” *La philosophie de l’avenir selon Nietzsche*. Paris: PUF.

33 GM «Prólogo» §6.

dad de cambio. Cada “instinto” es instinto hacia “algo bueno”, visto desde algún punto de vista, y ha sido cultivado como condición de existencia temporal<sup>34</sup>. Un instinto es el efecto ulterior de una estimación de valor que ha sido conservada y fomentada durante mucho tiempo. Del mismo modo, la percepción (*Wahrnehmen*) es esencialmente un tener por verdadero (*als-wahr-nehmen*), pues todas las percepciones sensoriales están impregnadas de juicios de valor.

Una moral es una interpretación ligada a un sistema de valores que expresa las condiciones de vida de un tipo humano particular y sus estimaciones de valor, que siguen «las leyes del perspectivismo, en cada caso según cómo sea un ser humano o un pueblo —lo que está cerca, es importante, necesario, etc.»<sup>35</sup>. Es el producto de la elaboración de la realidad efectuada por el cuerpo y sus procesos constitutivos, una semiótica de los afectos<sup>36</sup>. El cuerpo es fuente de interpretaciones, que, a su vez, atestiguan el estado del cuerpo que interpreta, un cuerpo que no es ajeno a la voluntad, al dolor y al tiempo. Y pretender eliminar la voluntad y dejar en suspenso la totalidad de los afectos sería equivalente a *castrar* el intelecto<sup>37</sup>, incluso incapacitarlo, pues únicamente puede funcionar desde sus propias formas perspectivistas<sup>38</sup>.

Este vínculo entre cuerpo e interpretación explica la apreciación de las doctrinas de pensamiento en términos de salud y enfermedad. Según Nietzsche, la filosofía ha de ser comprendida como una forma de tratamiento o curación (*Heil, Heilung*) de la cultura<sup>39</sup>. El médico filósofo elabora un diagnóstico, porque hay cosas como la enfermedad que no se refutan, sino que han de ser curadas<sup>40</sup>. Para obtener resultados culturales, hay que comenzar por convencer al cuerpo<sup>41</sup>, y la fuerza de los conocimientos no reside en su grado de verdad, sino en su incorporabilidad (*Einverleibtheit*)<sup>42</sup>, en su carácter de condición para la vida<sup>43</sup>. Por ello, el médico-filósofo entiende la moral como sintomatología, como un «hablar por signos» (*Zeichenrede*)<sup>44</sup>.

La genealogía es una historia de la génesis del pensamiento (*Entstehungsgeschichte des Denkens*), es conocimiento de los procesos de creación y conservación de las distintas culturas. Nos permite cuestionar el valor de los valores, de las ideas, de las prácticas y las instituciones que son mantenidas en el presente, que en muchos casos legitiman un marco social coercitivo. Elimina el carácter de dogma de todo conocimiento, de verdad necesaria,

34 FP 1884 26[72], vol. III p. 552.

35 FP 1884 25[460], vol. III p. 532-533.

36 MBM §187

37 GM III 1§2

38 GC §130 y §274

39 Faustino, Marta (2017), «Nietzsche's Therapy of Therapy», *Nietzsche-Studien*, nº 46, pp. 82-104, p. 92.

40 Conill, Jesús (2017), «Crítica genealógica de la cultura política moderna y sus implicaciones para el futuro de la democracia, a partir de *Humano, demasiado humano*», en: Céline Denat y Patrick Wotling (Dir.), *Humain, trop humain et les débuts de la réforme de la philosophie*. Reims: Éditions et Presses Universitaires de Reims, pp. 197-216, p. 202.

41 CI «Incursiones de un intempestivo» §47

42 Cf. Lemm, Vanessa (2015), «Verdad, incorporación y probidad en Nietzsche», *Estudios Nietzsche*, nº 15, pp. 63-81.

43 GC §110.

44 CI «Los “mejoradores” de la humanidad» §1

y pone de relieve lo contingente y lo histórico. Así pues, crea un conocimiento con potencial de efectividad práctica para el presente; sabiendo que la comunicación y la discusión de argumentos es posible, «emprende el genealogista la deconstrucción histórica de un determinado valor que legitima en el presente el poder de los grupos hegemónicos»<sup>45</sup>.

Nietzsche critica el anhelo de sostén de quien busca el conocimiento “en sí” o una fe que haga innecesaria la creación de valores. La voluntad de verdad es síntoma de una impotencia para crear<sup>46</sup>. Un presupuesto de la vida es que algo tiene que ser tenido por verdadero, pero no que lo sea. Así, el mundo verdadero se convierte en una fábula<sup>47</sup> que cumple unas funciones pragmáticas. La valoración de “lo verdadero” expresa unas condiciones de conservación y crecimiento de un tipo de vida, pero no la verdad<sup>48</sup>. Hemos proyectado nuestras condiciones de conservación como si fueran predicados del ser<sup>49</sup>. Por tanto, Nietzsche critica, ante todo, el estatuto ontológico de la verdad y de la moral, y su posición privilegiada por encima del punto de vista del valor, «el punto de vista de *las condiciones de conservación y de aumento* (...) “valor” es esencialmente el punto de vista por el aumento o la disminución de estos centros de dominio»<sup>50</sup>.

En su lugar, reivindica el conocimiento al servicio de la vida. De ahí que reflexione sobre el valor de la historia desde la perspectiva de la cultura, y redefina el sentido histórico como «la capacidad de adivinar con rapidez la jerarquía de las valoraciones según las cuales han vivido un pueblo, una sociedad, un ser humano»<sup>51</sup>. La historia es un gran laboratorio axiológico, pero el perspectivismo de Nietzsche es crítico y no cae en relativismo. Tal pensamiento indeciso nos forzaría a renunciar a cualquier potencial de conocimiento con sentido transformador, y perpetuaría precisamente el pensamiento nihilista y ontologizante que Nietzsche critica<sup>52</sup>. Tras el reconocimiento de la perspectiva, la búsqueda se transvalora. Esta es una exigencia planteada explícitamente: la genealogía aporta conocimiento sobre las condiciones y circunstancias en que surgen, se desarrollan y se modifican los valores, pero la tarea del filósofo no es meramente descriptiva, sino que consiste en solucionar el problema del valor, en determinar la jerarquía de los valores<sup>53</sup>.

Recientemente, Langsam defendía el carácter subjetivista de los valores en Nietzsche<sup>54</sup>. En efecto, los valores son subjetivos en la medida en que son acuñados por las personas y no existen en sí mismos, y tampoco poseen un valor independiente del tipo de seres

45 Romero Cuevas, José Manuel (2015), «Perspectivismo y crítica social. De Nietzsche a la Teoría Crítica», *Logos. Anales del Seminario de Metafísica*, nº 48, pp. 141-163, p. 151.

46 Cf. FP 1887 9[60], vol. IV p. 249: «La creencia de que el mundo que debería ser *es*, existe realmente, es una creencia de los improductivos *que no quieren crear un mundo como debe ser*»

47 CI «Cómo el mundo verdadero acabó convirtiéndose en fábula»

48 Conill, Jesús (2011), «Introduzione. Hermenéutica tropológica de la verdad en Nietzsche», en: Pietro Gori y Paolo Stellino (Eds.), *Teorie e pratiche della verità in Nietzsche*, Pisa: Edizioni ETS, pp. 13-24, p. 15.

49 FP 1887 9[38], vol. IV pp. 242-243.

50 FP 1887 11[73], vol. IV p. 388.

51 MBM §224.

52 Navratil, Michael (2017), «„Einige Sprossen zurück“. Metaphysikkritik, Perspektivismus und die Gültigkeit der Perspektiven in Nietzsches *Menschliches, Allzumenschliches*», *Nietzsche-Studien*, nº 46, pp. 58-81, p. 17.

53 GM «Prólogo» §6 y GM I §17, «Nota».

54 Langsam, Harold (2018), «Nietzsche and value creation: subjectivism, self-expression, and strength», *Inquiry*, vol. 61, nº 1, pp. 100-113.

humanos que producen. El anti-realismo generalizado de Nietzsche concierne también al modo de existencia de los valores, que no existen en una realidad independiente, sino que son creados como resultado de la respuesta afectiva de los seres humanos frente al mundo<sup>55</sup>. No obstante, a mi juicio, la clave no reside en la oposición “objetivo o subjetivo”, ni tampoco “absoluto o relativo”, sino, de nuevo, en el resultado que dicho valor produce, en sus consecuencias respecto a las formas de sociedad y la elevación de la cultura. El perspectivismo nos enseña que los valores poseen un valor *situado*, que depende del fin último («¿valioso para qué?»<sup>56</sup>) y del contexto vital que les otorga sentido, pero no deriva en subjetivismo. Lanzar la pregunta por el valor de los valores —que, recordemos, es el objeto de *La genealogía de la moral*—, presupone reconocer que no todos los valores *valen* lo mismo. Por ello, la tarea (*Aufgabe*) que el filósofo debe solucionar es establecer las jerarquías del valor, determinar el orden de rango (*Rangordnung*)<sup>57</sup>. Además, no hemos de olvidar que el proyecto nietzscheano no es meramente individualista, sino que tiene una dimensión colectiva y relacional muy importante, en lo que se refiere a la reforma de la cultura y la constante preocupación por la formación de unos tipos de seres humanos *más elevados*, y también posee una dimensión política, que se aprecia especialmente en *El Anticristo*<sup>58</sup>, el libro de la transvaloración de los valores.

Por lo que se refiere a la noción de la objetividad, esta noción es, a su vez, víctima de una transvaloración y pasa a significar la multiplicación de las perspectivas. A partir de dicho cúmulo de perspectivas, se puede elaborar un conocimiento con pretensión de objetividad, pero despojado de cualquier aparato metafísico que le confiriese una autoridad extramoral.

Ver alguna vez las cosas de otro modo, querer verlas de otro modo, es una no pequeña disciplina y preparación del intelecto para su futura objetividad, —entendida esta última no como «contemplación desinteresada» (que, como tal, es un no-concepto y un contrasentido), sino como la facultad de tener nuestro pro y nuestro contra *sujetos a nuestro dominio* y de poder separarlos y juntarlos: de modo que sepamos utilizar en provecho del conocimiento cabalmente la *diversidad* de las perspectivas y de las interpretaciones nacidas de los afectos. A partir de ahora, señores filósofos, guardémonos mejor, por tanto, de la peligrosa y vieja patraña conceptual que ha creado un «sujeto puro del conocimiento, sujeto ajeno a la voluntad, al dolor, al tiempo», guardémonos los tentáculos de conceptos contradictorios tales como «razón pura», «espiritualidad absoluta», «conocimiento en sí»: —aquí se nos pide siempre pensar un ojo que de ninguna manera puede ser pensado, un ojo carente en absoluto de toda orientación, en el cual debieran estar entorpecidas y ausentes las fuerzas activas e interpretativas, que son, sin embargo, las que hacen que ver sea ver-algo, aquí se nos pide siempre, por tanto, un contrasentido y un no-concepto de ojo. Existe únicamente un ver «perspectivista», *únicamente* un

55 Rutherford, Donald (2018), «Nietzsche as perfectionist». *Inquiry*, vol. 61, n° 1, pp. 42-61.

56 GMI §17

57 Ibid.

58 Souladié, Yannick (2011), «L'Antichrist en tant que personnage politique», en: Céline Denat y Chiara Piazzesi (eds.), *Nietzsche penseur de la politique? Nietzsche, penseur du social?* Pisa: ETS, pp. 187-200.

«conocer» perspectivista; y *cuanto mayor sea el número de ojos*, de ojos distintos que sepamos emplear para ver una misma cosa, tanto más completo será nuestro concepto de ella, tanto más completa será nuestra objetividad<sup>59</sup>.

Este pasaje representa una genuina defensa de un tipo de conocimiento que se sabe perspectivista, que ha sido creado gracias a varios agentes que observan, conscientes de sus intereses, y que ponen en primera línea la cuestión de valor. Si bien el ángulo desde el que observan cada uno de dichos ojos es limitado, ya que todos ellos están situados en un punto particular del espacio y tiempo, está dentro de su poder elaborar una interpretación con pretensión de veracidad. De acuerdo con Gori y Stellino, el perspectivismo se basa en un modelo relacional, según el cual la validez de cada perspectiva específica ha de ser evaluada conforme a la relación que mantiene con otras perspectivas<sup>60</sup>. Esta llamada a la multiplicación de las perspectivas constituye una invitación al experimentalismo óptico, a apreciar la riqueza y las ambigüedades del mundo no sólo con el mayor número de ojos posible, sino también con ojos *cualitativamente distintos*.

Pero esta “nueva objetividad” no es un fin en sí mismo, sino que sienta las bases para después juzgar si determinados juicios enriquecen o empobrecen nuestra experiencia vital. Las valoraciones surgen de centros de interpretación diversos que, al mismo tiempo, construyen nuestro horizonte variable de perspectivas. Medimos el mundo con arreglo a nuestro horizonte, entendido como el ámbito de visión que abarca todo lo que es accesible a partir de una determinada situación, de modo que una nueva objetividad, una multiplicación de las perspectivas, nos permitirá interpretar en un todo mayor y ganar libertad<sup>61</sup>.

#### 4. La perspectiva de la “cría” como fisiología de la moral

A lo largo del artículo, hemos analizado cómo Nietzsche reinterpreta las concepciones tradicionales del conocimiento en la teoría perspectivista de los afectos, e invierte la comprensión tradicional de la epistemología al sostener que la verdad no tiene un valor en sí misma, sino que su valor depende si acaso dicho “tener-por-verdadero” potencia la vida. Este criterio es asimismo perspectivista, porque la elevación de la vida es un resultado dependiente del sujeto, de la situación y de múltiples variables de la acción, lo cual impide especificar parámetros universales. Además, permite la proliferación de interpretaciones desde la óptica de la vida, al mismo tiempo que se mantiene un principio regulador que permite distinguir entre mejores y peores interpretaciones en contextos concretos<sup>62</sup>. Nietzsche era un ávido lector de su tiempo, y sus lecturas de lingüística comparada, estudios sobre las religiones y de etnología, le llevan a desarrollar una perspectiva comparativa que Figl denomina “hermenéutica transcultural”<sup>63</sup>,

59 GM III §12

60 Gori, Pietro y Stellino, Paolo (2018), «Moral Relativism and Perspectival Values», op. cit., p. 163.

61 A §117

62 Cf. Schrift, Alan D. (1987), «Between Perspectivism and Philology: Genealogy as Hermeneutic», *Nietzsche-Studien*, nº 16, 91-11.

63 Figl, Johann (2014), «La hermenéutica transcultural: La interpretación nietzscheana de las religiones y culturas extraeuropeas», en: Jesús Conill-Sancho y Diego Sánchez Meca (eds.), *Guía Comares de Nietzsche*, Granada: Comares, pp. 123-136.

cuyo objetivo es interpretar el dinamismo de las culturas a partir de su trasfondo valorativo. Es un privilegio el poder comparar distintas concepciones del mundo, pero «nuestra fuerza tiene que ponerse de manifiesto en el modo en que *elegimos*; tenemos que ser jueces»<sup>64</sup>.

Ahora bien, se puede objetar que, a la hora de elucidar las diferencias de valor de los diversos valores, el “nivel de vida” es un criterio excesivamente abstracto para ser sustancial. No obstante, mi propuesta consiste en captar el discurso nietzscheano en torno a la función de los valores como instrumento de reproducción de las condiciones sociales, pues, a mi modo de ver, el pensamiento nietzscheano encuentra su máxima fecundidad en este aspecto. Gracias a la genealogía, los valores dejan de ser percibidos como realidades inmutables para ser reconocidos como instrumentos de (auto)conservación al servicio de grupos humanos concretos. A este cuestionamiento radical contribuye la pregunta sobre cómo se crían los seres humanos:

Liberado de la tiranía de los conceptos «eternos», estoy lejos, por otra parte, de precipitarme por eso en el abismo de una arbitrariedad escéptica: más bien, invito a considerar los conceptos como ensayos, con cuya ayuda determinadas especies de seres humanos se crían y a su moderación y duración—<sup>65</sup>.

Desde *Humano, demasiado humano*, Nietzsche elabora un análisis histórico en términos de “cría” (*Züchtung*). Estos análisis describen los modos en que distintos contextos históricos y culturales forman diferentes tipos de seres humanos. El conocimiento que nos proporciona la genealogía nos permite reinterpretar las transformaciones históricas como procesos de cría y problematizar cuáles son las condiciones de vida que sostienen cada forma cultural. Este uso amplio de cultura designa el conjunto de actividades humanas, las estructuras políticas y sociales, y sus productos en materia de moral, religión, arte, filosofía, etc. La cultura es la unidad de estilo de las manifestaciones de la vida de un pueblo y una época se define por el conjunto de valores que guían la vida de las personas<sup>66</sup>. ¿Pero a qué estamos aspirando con dichos valores? ¿Cuál es el valor de las costumbres y las prohibiciones?

Cría (*Züchtung*) y doma (*Zähmung*) son dos nociones que Nietzsche toma prestadas de la zoología y la botánica de su tiempo, y como tal, destacan el carácter animal del ser humano —«sólo estos *termini* zoológicos expresan realidades»<sup>67</sup>. La primera aparición de *Züchtung*<sup>68</sup> en los textos nietzscheanos se encuentra en un fragmento póstumo de 1873, que probablemente sea un apunte de lectura del libro *Physics and Politics* de Walter Bagehot, economista adscrito al darwinismo:

64 FP 1877 23[85], vol. II p. 345.

65 FP 1885 35[36], vol. III p. 781.

66 *Consideraciones intempestivas I*, «David Strauss, escritor y apóstol» §1

67 CI «Los mejoradores de la humanidad», §2.

68 Cabe destacar que *Züchtung* es un término polisémico que, si bien expresa de manera primordial una cría, puede ser traducido por variantes como «selección», «cultivo» o «disciplina» según el contexto. No obstante, a mi juicio conviene evitar traducirlo por «educación» ya que se pierde el prisma biológico. De la misma raíz son *Zucht* (cría, cultivo, disciplina) y *Zuchtwahl* (selección). Los estudiosos suelen traducir *Züchtung* al inglés como «breeding» y al francés como «élevage».

La nacionalidad es la mayoría de las veces sólo la consecuencia de rígidas normativas de gobierno, es decir, de un tipo de cría (*einer Art Züchtung*) impuesta por la violencia circundante y el refregamiento, además de casarse y hablar y vivir juntos<sup>69</sup>.

Desde la perspectiva de los instintos, la moralidad de las costumbres contribuye a crear una tendencia a la obediencia y al hábito<sup>70</sup>. La dinámica de la sociedad gregaria fomenta la perspectiva compartida a partir de la cual nos es dado observar el mundo desde la costumbre, y que constituye la conciencia colectiva<sup>71</sup>. Estos procesos de cría favorecen la aparición y el mantenimiento de tipos humanos específicos, con características instintivas específicas. La cultura de un pueblo se manifiesta en la disciplina homogénea impuesta a sus instintos, y en este sentido, Salanskis habla de una «lógica de cría inconsciente»<sup>72</sup>, de la cual el ejemplo de la nacionalidad es representativo. Por tanto, se ha de llevar a cabo un cuestionamiento auténtico y radical de la estructura instintiva que caracteriza al tipo humano criado por cada comunidad. Hemos de problematizar que estos procesos de condicionamiento tienen lugar tanto con nuestro consentimiento como sin él, y toda persona autónoma y soberana debería tomar las riendas de su propia cría, más allá de las lógicas del rebaño.

Sin duda, Nietzsche reconoce que los procesos de socialización responden a una necesidad de convivencia, pero advierte de los peligros de la igualdad dominante y de la adaptación al punto de vista prevaleciente, tales como el estancamiento y el embrutecimiento<sup>73</sup>. Es sabido que, en *La genealogía de la moral*, Nietzsche sostiene que la fundación y la preservación de instituciones como la Iglesia cristiana y el Estado moderno coinciden en apuntar a la cría de un tipo específico de animal social y civilizado que es intrínsecamente confiable, predecible y consagrado al bien común. La clave de la crítica reside en poner de manifiesto que las morales universalizadoras funcionan como «medios eficaces de esclavización, al normativizar imperativamente las acciones, las motivaciones psicológicas e incluso las intenciones más íntimas»<sup>74</sup>.

Nietzsche habla de “civilización” para referirse a la emergencia de formas de organización social y política basadas en la doma del ser humano, que privilegia la autoconservación del grupo a precio de la normalización del individuo. La doma es un tipo de manipulación y debilitación de los instintos. El uso de este término es explícito si se tiene en cuenta que es el mismo proceso al que son sometidos los animales peligrosos. En este sentido ha de entenderse la expresión «bestia rubia»<sup>75</sup>, metáfora del ser humano originario previo a la civilización. La bestia rubia ha sido domada a través de la moralidad, se le ha inculcado la mala conciencia. No ha sido mejorada, sino que ha enfermado. Por otro lado, Nietzsche defiende la libera-

69 FP 1873 29[48], vol. I p. 502-503.

70 *Aurora* §9.

71 Sobre perspectivismo y moral gregaria, véase la segunda parte de Gori, Pietro (2017), *Nietzsche y el perspectivismo*, op. cit.

72 Salanskis, Emmanuel (2016), «Un prisme de la pensée historique de Nietzsche: l'élevage», en: Bertrand Binoche y Arnaud Sorosina (eds.), *Les historicités de Nietzsche*, Paris: Publications de la Sorbonne, pp. 183-196, p. 185.

73 *Humano, demasiado humano*, §224.

74 Sánchez Meca, Diego (2004), «Razones de la moral y exigencias de la vida: Kant contra Nietzsche», *Daimon. Revista Internacional de Filosofía*, n° 33, pp. 157-166.

75 *La genealogía de la moral I* §11 y *El crepúsculo de los ídolos*, «Los mejoradores de la humanidad», §2.

ción de la vida animal de su condición de objeto de dominación y de explotación política<sup>76</sup>, emancipación que permitiría la pluralización de formas de vida intrínsecamente singulares.

Al contrario que la doma, las crías no buscan la homogenización absoluta de los seres humanos, sino el florecimiento de diferentes tipos. Por este motivo, las leyes de Manú, al distinguir entre varios tipos de seres humanos, son un ejemplo de cría, y no de doma. No obstante, no permiten la autosuperación y la elevación del ser humano<sup>77</sup>. Por ello, propongo distinguir entre dos niveles de cría cualitativamente distintos: las crías que conservan la vida y las que elevan la vida<sup>78</sup>. Esta distinción es clave, ya que encontramos pasajes en los que Nietzsche critica los procesos de cría en un modo despectivo, pero al mismo tiempo, son también numerosos los pasajes en que él mismo fantasea con la cría de seres humanos excepcionales, y piensa en «todo aquello que, con una favorable concentración e incremento de fuerzas y de tareas, *podría sacarse del ser humano mediante su cría*»<sup>79</sup>, de modo que existiría una diferencia cualitativa fundamental. Este segundo tipo de cría potencia el dominio como desarrollo creativo. Como vemos, frente a la habituación y la tradición, Nietzsche lanza la reflexión en torno a la posibilidad de reformar una cultura. Uno de los mecanismos de dicha reforma será la cría reflexiva de los diversos tipos de seres humanos, como proceso de elevación de sus sistemas de valores. Este tipo de cría liberadora aseguraría las condiciones necesarias para una encarnación de los valores nobles, proceso que escapa a la educación convencional cuyo alcance no es transformador, sino superficial.

## 5. Conclusiones

El perspectivismo nietzscheano surge como crítica de las corrientes positivistas y del anhelo de verdad absoluta por parte de la metafísica y la moral cristiana. Su crítica pone de relieve que el punto de vista del valor es más fundamental que el de la verdad, y que, de hecho, la verdad es un valor que se mantiene por fe. Pero la crítica genealógica descubre las condiciones experienciales de la verdad, que es transvalorada como función vital siguiendo el hilo conductor del cuerpo. El fenómeno fundamental a partir del cual surgen las interpretaciones es la experiencia vital del cuerpo. Por ello, Nietzsche nos anima a generar perspectivas forjadas en la elevación de la vida misma. Toda valoración se manifiesta como voluntad de producción de sentido mediada fisiológica, histórica y culturalmente. Así pues, Nietzsche instaura la interpretación, no como explicación, sino como figura básica del pensamiento responsable de la introducción de sentido. Ahora bien, el perspectivismo no significa en absoluto que no podamos o debamos escoger entre una

76 Lemm, Vanessa (2009), *Nietzsche's Animal Philosophy: Culture, Politics, and the Animality of the Human Being*, New York: Fordham University Press.

77 He analizado el caso específico de las leyes de Manú en: García-Granero, Marina (2017), «Nietzsche y las leyes de Manú en perspectiva eugenésica», en Patrici Calvo y María Medina-Vicent (eds.), *Mirades intersubjectives en la filosofia actual*, València: Societat de Filosofia del País Valencià, pp. 221-232.

78 De manera similar, en lo que respecta a la creación de valores, Dries realiza una distinción pareja entre aquellos valores que ejercen una “basic life-affirmation” y los que realizan la “Life-affirmation *par excellence*”. Cf. Dries, Manuel (2015), «What is it like to recognize values? (The hard problem of value 2)», *Nietzsche-Studien*, n° 44, pp. 113-121.

79 MBM §203. El original alemán dice: «aus dem Menschen zu züchten wäre».

pluralidad de puntos de vista. Ni todas las valoraciones ni todas las formas de vida tienen el mismo valor; tampoco son equivalentes en su introducción de sentido para la vida.

Finalmente, el concepto de cría en Nietzsche tiene un sentido vanguardista que pone de relieve cómo la moral, en tanto que instrumento de educación y socialización, impone una serie de interpretaciones fundamentales cuya incorporación conlleva una modificación de los instintos y de su rango en el seno de la estructura jerárquica que constituye el cuerpo. Como resultado, a largo plazo cada moral contribuye a criar unos tipos de seres humanos en detrimento de otros posibles.

Queda pendiente, no obstante, la elaboración de criterios sustanciales que expliciten *cómo se eleva la vida*, y ésta es la pregunta que, a mi juicio, los neonietzscheanos debemos responder en la actualidad, yendo más allá de Nietzsche, y atendiendo, no sólo a las aportaciones de otros filósofos y filósofas, sino también teniendo en cuenta las lecciones que nos proporciona la historia del siglo XX.

## Referencias

- Babich, Babette E. (2008), «Un problema con cuernos... el problema de la ciencia misma. La crítica de Nietzsche a la razón científica». *Estudios Nietzsche*, nº 8, pp. 13-52.
- Barrios, Manuel (1999), «Intelecto logificador y voluntad creadora en Friedrich Nietzsche», *Daimon*, nº 18, pp. 99-111.
- Conill, Jesús (2011), «Introduzione. Hermenéutica tropológica de la verdad en Nietzsche», en: Pietro Gori y Paolo Stellino (Eds.), *Teorie e pratiche della verità in Nietzsche*, Pisa: Edizioni ETS, pp. 13-24.
- Conill, Jesús (2016), «Genealogía hermenéutica de la poetización de los signos en la filosofía nietzscheana de la corporalidad», *Anuario filosófico*, vol. 49, nº 3, pp. 609-633.
- Conill, Jesús (2017), «Crítica genealógica de la cultura política moderna y sus implicaciones para el futuro de la democracia, a partir de *Humano, demasiado humano*», en: Céline Denat y Patrick Wotling (Dir.), *Humain, trop humain et les débuts de la réforme de la philosophie*. Reims: Éditions et Presses Universitaires de Reims, pp. 197-216.
- Dries, Manuel (2015), «What is it like to recognize values? (The hard problem of value 2)», *Nietzsche-Studien*, nº 44, pp. 113-121.
- Faustino, Marta (2017), «Nietzsche's Therapy of Therapy», *Nietzsche-Studien*, nº 46, pp. 82-104.
- Figl, Johann (2014), «La hermenéutica transcultural: La interpretación nietzscheana de las religiones y culturas extraeuropeas», en: Jesús Conill-Sancho y Diego Sánchez Meca (eds.), *Guía Comares de Nietzsche*, Granada: Comares, pp. 123-136.
- Fornari, Maria Cristina (2013), «Para una fisiología de la genealogía», *Estudios Nietzsche*, nº 13, pp. 27-37.
- García-Granero, Marina (2017), «Nietzsche y el mejoramiento humano. Reflexiones en torno a la noción de vida», *Isegoría. Revista de Filosofía Moral y Política*, nº 57, pp. 599-615.
- García-Granero, Marina (2017), «Nietzsche y las leyes de Manú en perspectiva eugenésica», en Patrici Calvo y Maria Medina-Vicent (eds.), *Mirades intersubjectives en la filosofia actual*, València: Societat de Filosofia del País Valencià, pp. 221-232.

- Gori, Pietro (2017), *Nietzsche y el perspectivismo*, Córdoba (Argentina): Editorial Brujas.
- Gori, Pietro y Stellino, Paolo (2018), «Moral Relativism and Perspectival Values», en: António Marques and João Sâágua (eds.), *Essays on Value and Practical Rationality*, Bern: Peter Lang, pp. 155-174.
- Heit, Helmut (2016), «Naturalizing Perspectives. On the Epistemology of Nietzsche's Experimental Naturalizations», *Nietzsche-Studien*, n° 45, pp. 56-80.
- Langsam, Harold (2018), «Nietzsche and value creation: subjectivism, self-expression, and strength», *Inquiry*, vol. 61, n° 1, pp. 100-113.
- Lemm, Vanessa (2009), *Nietzsche's Animal Philosophy: Culture, Politics, and the Animality of the Human Being*, New York: Fordham University Press.
- Lemm, Vanessa (2015), «Verdad, incorporación y probidad (*Redlichkeit*) en Nietzsche», *Estudios Nietzsche*, n° 15, pp. 63-81.
- Navratil, Michael (2017), «„Einige Sprossen zurück“. Metaphysikkritik, Perspektivismus und die Gültigkeit der Perspektiven in Nietzsches *Menschliches, Allzumenschliches*», *Nietzsche-Studien*, n° 46, pp. 58-81.
- Nietzsche, Friedrich (1967 ss.), *Werke. Kritische Gesamtausgabe*, Herausgegeben von Giorgio Colli und Mazzino Montinari. Berlin-New York: Walter de Gruyter. Edición crítica digital (eKGWB) disponible en <http://www.nietzschesource.org>.
- Nietzsche, Friedrich (2005 ss.), *Correspondencia*. Madrid: Trotta, 6. vols. Edición dirigida por Luis Enrique de Santiago Guervós.
- Nietzsche, Friedrich (2006 ss.), *Fragmentos póstumos*. Madrid: Tecnos, 4 vols. Edición dirigida por Diego Sánchez Meca.
- Romero Cuevas, José Manuel (2015), «Perspectivismo y crítica social. De Nietzsche a la Teoría Crítica», *Logos. Anales del Seminario de Metafísica*, n° 48, pp. 141-163.
- Rutherford, Donald (2018), «Nietzsche as perfectionist». *Inquiry*, vol. 61, n° 1, pp. 42-61.
- Salanskis, Emmanuel (2016), «Un prisme de la pensée historique de Nietzsche: l'élevage», en: Bertrand Binoche y Arnaud Sorosina (eds.), *Les historicités de Nietzsche*, Paris: Publications de la Sorbonne, pp. 183-196.
- Sánchez Meca, Diego (2004), «Razones de la moral y exigencias de la vida: Kant contra Nietzsche», *Daimon*, n° 33, pp. 157-166.
- Schrift, Alan D. (1987), «Between Perspectivism and Philology: Genealogy as Hermeneutic», *Nietzsche-Studien*, n° 16, pp. 91-111.
- Souladié, Yannick (2011), «L'Antichrist en tant que personnage politique», en: Céline Denat y Chiara Piazzesi (eds.), *Nietzsche penseur de la politique? Nietzsche, penseur du social?* Pisa: ETS, pp. 187-200.
- Wotling, Patrick (2016), «*Oui, l'homme fut un essai*» *La philosophie de l'avenir selon Nietzsche*. Paris: PUF.

## La nostalgia restauradora, el ocaso de la hermenéutica del punto de vista ajeno

### The restorative nostalgia, the descent of hermeneutics of the other's point of view

JORGE MONTESÓ VENTURA\*

**Resumen:** La nostalgia es el efecto emocional que provoca la mirada que busca entre los recuerdos el hogar desaparecido, añorado. En sí misma, en tanto pesquisa en la memoria, implica cierto grado de ensimismamiento e individuación, pues los recuerdos son en extremo particulares, un retorno al yo. Cuando esta nostalgia se reviste de un afán restaurativo, cuando alberga pretensiones sociales y políticas, dicho retorno se traduce en un marcado distanciamiento entre el propio punto de vista y el de cualquier otro, hasta resultar una amenaza para la necesaria hermenéutica del punto de vista ajeno que demanda toda convivencia.

**Palabras clave:** Nostalgia, perspectiva, proyecto de vida, hermenéutica, alteridad, pasado.

**Abstract:** Nostalgia is the emotional effect that causes searching between memories the disappeared home, longed for. In itself, while researching in memories, it implies a certain degree of self-absorption and individuation, because the memories are in extremely particular, a return to the self. When this nostalgia is filled with a restorative eagerness, when it has social and political pretensions, this return translates into a marked distancing between one's point of view and that of any other, until it becomes a threat to the necessary hermeneutics of the other's point of view that demands all coexistence.

**Keywords:** Nostalgia, perspective, life project, hermeneutic, otherness, past.

#### 1. Introducción

Cada especie tiene su escenario natural, dentro del cual cada individuo, o grupo de individuos, se recorta un escenario más reducido. Así el paisaje humano es resultado de una selección entre las infinitas realidades del universo, y comprende solo una pequeña parte de estas. Pero ningún hombre ha *vivido* íntegro el paisaje de la especie. Cada pueblo, cada época, operan nuevas selecciones sobre el repertorio general de objetos "humanos", y dentro de cada época y cada pueblo, el individuo ejecuta una

---

Recibido: 28/12/2017. Aceptado: 21/10/2018.

\* Responsable del departamento de Antropología filosófica del Centre d'Estudis Antropològics ACAF. E-mail: [jmonteso.acaf@gmail.com](mailto:jmonteso.acaf@gmail.com) / Líneas de investigación: Antropología filosófica, teoría del conocimiento y fenomenología. Dos publicaciones recientes: Montesó, J. (2016). *La atención en el pensamiento de Ortega y Gasset*. València: Centre ACAF; Montesó, J. (2017). "La atención como fenómeno de apertura cognoscitiva al mundo. Una aproximación fenomenológica". *Contrastes. Revista internacional de filosofía*, 22 (2), 107-122.

última disminución. Sería preciso yuxtaponer lo que cada uno de nosotros ve en el mundo a lo que ven, han visto y verán los demás individuos para obtener el escenario total de nuestra especie (OC, III, 752-753).

En 1924<sup>1</sup>, Ortega llevaba cerca de ocho años –desde la aparición de “Verdad y perspectiva”<sup>2</sup>– desplegando y desarrollando su perspectivismo. Durante todo ese periodo, sin excepción, apeló con la misma fuerza tanto a la individualidad radical del punto de vista –defendiendo que “el punto de vista individual me parece el único punto de vista desde el cual puede mirarse el mundo en su verdad. Otra cosa es un artificio” (OC, II, 162)– como la posibilidad de su complementación a través del punto de vista ajeno, de la mirada del prójimo, con la intención de “*componer el torrente de lo real*” (OC, II, 163). En otras palabras, pese la defendida “fatal” radicalidad del punto de vista individual, a su parcialidad irrepetible e intransferible que hace de nosotros sujetos únicos, solitarios e insustituibles, no cejó Ortega en su empeño de promover que esa “fatalidad”, a su vez, era la misma cualidad que nos tornaba *necesarios*:

la peculiaridad de cada ser [...] es precisamente el órgano por el cual puede ver la porción de realidad que le corresponde [...] la verdad integral solo se obtiene articulando lo que el prójimo ve con lo que yo veo, y así sucesivamente (OC, III, 616).

Pese a la condena que el madrileño recordaba recurrentemente en términos de *soledad radical*, el hecho de que nuestra perspectiva sea irrepetible no significa por ello que no pueda ser almacenable o comunicable. Vemos en Ortega cierto aire de posibilidad en el atisbo de una verdad, en su acepción trascendental, que asoma por encima de su condición histórica; considera Ortega que *entre todos los hombres podemos llegar a vivir lo Humano*<sup>3</sup>, pues la verdad es y contiene múltiples perspectivas, igualmente verídicas y auténticas todas ellas. Así, aunque la verdad se demuestre siempre resignadamente irrealizable en su compleción, pues lejos queda el intento de aspirar a la omnímoda situación divina, nos queda la alternativa de *reconstruir Babel*, de contar con el *otro*, con la complementariedad necesaria de su mirada, de su *selección* en el amplio horizonte histórico para, dentro de nuestros límites, aproximarnos a la idea de verdad. Un objetivo que, en tanto seres mundanos, solo podemos conseguir yuxtaponiendo el mayor número posible de perspectivas a la nuestra propia. Por ello, inspirado por las doctrinas goethianas, animaba Ortega a que, en vez de disputar, integrásemos nuestras visiones (*Cfr.* OC, II, 163), defendiendo que todo hombre es poseedor de su exigua porción de realidad la cual, unida a las demás, nos cede un complejo de significación integrador.

1 *Las Atlántidas* se publica en la *Revista de Occidente* en octubre de 1924, se incluye en las *Obras completas* en su tercer tomo (OC, III, 743).

2 En 1916 aparece, en el primer volumen de *El espectador*, este breve pero denso artículo donde Ortega expone, de una manera ya consolidada, sus principios perspectivistas los cuales, a partir de este momento, estallan hallando su radicación en múltiples terrenos de estudio antropológico llegando su onda expansiva hasta el fin de sus días.

3 “‘Solo entre todos los hombres llega a ser vivido lo humano’ –dice Goethe” (OC, II, 163).

Dicho esto y sin embargo, transcurridos casi cien años de aquellos anhelos humanistas, poco parece quedar de aquel espíritu integrador. El halo de esperanza en la promesa del otro, en la sospecha de que la verdad de las cosas se halla más cerca si conseguimos armonizar el punto de vista ajeno con el nuestro propio en una *hermenéutica de las vidas ajenas*<sup>4</sup>, o no ha calado debidamente entre la sociedad occidental, o las cosas ya no se ven con los mismos ojos. No podemos ignorar que nos separan, entre muchos hitos, un holocausto y dos bombas atómicas; que la promesa comunista se desvaneció como el humo de una hoguera llevándose consigo la esperanza utópica; que, tras un tiempo de aparente reencuentro enmascarado por la ilusión del bienestar, la sociedad se vuelve a sentir perdida, desorientada, desesperanzada frente a un futuro incierto que no asegura el desarrollo de un *proyecto de vida* que dote de sentido su caminar mundano. No es casualidad que Bauman (2017, 62), sociólogo reputado, afirme que los *millennials* “son la primera generación de postguerra que expresa un temor a retroceder (en vez de avanzar) en estatus social con respecto al alcanzado por sus padres”. Por vez primera en mucho tiempo, una generación presagia un futuro que, sin remedio aparente, desmejorará sus condiciones de vida. Las causas son plurales, enumerarlas sería una tarea inacabable, muchos apelan a un exceso de globalización; a la injerencia de un capitalismo atroz que sobrepasa y somete a los estados quienes, sin atisbo de hegemonía, pervierten el contrato social con sus ciudadanos; también al incremento de la desigualdad, tan terrible como la falta de oportunidades y de arraigo; qué decir de los movimientos migratorios, de la sabida pero a la vez ignorada devastación del planeta... el número de factores de desprotección que sufre la población civil superan demasiado la capacidad del individuo de resarcirse y luchar por ejecutar su propio proyecto de vida, hallándose este, como poco, indefenso frente a la incertidumbre. No en vano la *resiliencia* se ha convertido en un tótem terapéutico, casi en un objetivo en sí mismo. Tal desabrigo no resulta inocuo, trae consigo un conjunto de consecuencias que afectan no solo al comportamiento humano o social, la hondura de la infección es tal que llega a marcar incluso la disposición misma del sujeto en tanto ser-en-el-mundo, al modo en que este se da y se dispone al horizonte –tan hostil e insolidario– afectando el modo de ver la realidad, de establecer nuestra perspectiva del mundo, pues su hostilidad altera de parte a parte la sensibilidad e intereses del sujeto respecto de los que veíamos en tiempos pasados.

Nuestra perspectiva de la realidad en torno, como analizaremos a continuación, es fruto de los movimientos de nuestra atención que, a su vez, se mueve por los intereses y preferencias del sujeto... hoy en día, nuestra atención se vierte sobre aspectos de la realidad muy distintos a los que atendía, por ejemplo, Ortega. Hoy en día, frente a un presente doliente y un futuro incierto, el sujeto se ve cada vez más forzado a desconectar de su realidad en torno para buscar subterfugio en el único tiempo que, por exclusión, le resta a la mano, su propio pasado. Como anota Lowenthal (1997, 9), “a medida que las esperanzas de progreso se desvanecen, la herencia histórica nos trae el consuelo de la tradición”<sup>5</sup>; siendo que el destino deseado se aleja de nuestro alcance, construimos nuestros planes de vida –configurando así nuestra disposición para con el mundo– sobre lo que nos queda a la mano: un pasado recordado, maleable, *nostálgico*, particular; un pasado que nadie puede

4 *Las Atlántidas*. OC, III, 754.

5 Traducción propia del original en inglés.

arrebatarlos ni prohibirnos, pues “las irreductibles oscuridades del pasado, la multiplicidad de interpretaciones de las que toda selección de hechos pretéritos es susceptible, y el resultante carácter incompleto y polémico [...] son precisamente las ventajas que presenta” (Bauman 2017, 68); un pasado que, pese alimentarse de la memoria colectiva, se halla solo en uno mismo, en sus recuerdos, en sus anhelos, en la *interpretación* personal que de ellos haga. La consecuencia es directa: un irremediable *retorno al yo* que, por su condición, lleva consigo una creciente desconfianza frente a quien no lo es, en tal caso el otro y su forma de ver el mundo.

En el presente artículo, pues, trataremos de mostrar cómo esa merma en el proyecto vital del sujeto convierte a la nostalgia en la sensibilidad primera del sujeto occidental contemporáneo, en un fondo determinante en la tendencia de nuestra atención a la hora de establecer el conocimiento del mundo, esto es, nuestra perspectiva o punto de vista de la realidad, la cual, por esa condición nostálgico-restaurativa, acaba construyéndose lejos del punto de vista ajeno.

## 2. Perspectiva y proyecto de vida

En *Perspectiva y verdad*, Rodríguez Huéscar rescataba la idea de que en toda percepción existe un principio rector o *ley del interés*<sup>6</sup> que le subyace. Sugería que toda percepción, entendiendo percepción en su valor etimológico (*per-captare*)<sup>7</sup>, es, como toda vivencia, intencional y, en tanto mantiene una intención, interesada. Citaba al propio Ortega cuando decía que “si no hubiera más que un ver pasivo quedaría el mundo reducido a un caos de puntos luminosos. Pero hay sobre el ver pasivo un ver activo que interpreta viendo y ve interpretando; un ver que es mirar” (OC, I, 769), que es auténtica *percepción*.

Nuestra percepción como acto vive de la percepción como presencia del mundo<sup>8</sup>, es nuestro anclaje en él<sup>9</sup> y, en consecuencia, implica mucho más que la puesta en marcha de los órganos sensitivos. Sobre la acción mecánica (fisiológica) de nuestros sentidos interviene la atención que, en su emergencia, se ve administrada por un sinfín de condicionantes, la mayoría vinculados a nuestra historia de vida (biográficos): hablamos de conceptos o ideas, de la memoria o experiencias previas, de emociones, necesidades, expectativas, preferencias... una profusión de elementos que dotan a la primaria captación sensitiva de un determinado *sentido*, de una organización en la percepción que, más allá de sensaciones, nos permite captar “cosas”. Ello sucede porque nuestra salida al mundo no es la de un yo desinteresado que se limita a recibir estímulos de manera pasiva, sino la de un yo histórico que se halla

6 Rodríguez Huéscar, A. (1985), *Perspectiva y verdad*, Madrid: Alianza, p. 101. Para el autor, la mirada va regida por una *ley de la atención*, la cual lo está a su vez por una *ley del interés*. Así, toda percepción de la realidad estará determinada por el sistema de intereses que albergue el sujeto en cada caso.

7 *Percaptare* alude no solo a la visión de las cosas, sino también a la captación del sentido de las mismas, al modo de ver, a la percepción de la naturaleza interna de la cosa. De ahí que “si devolvemos a la palabra percepción su valor etimológico –donde se alude a coger, apresar– el concepto será el verdadero instrumento u órgano de la percepción y apresamiento de las cosas” (OC, I, 784).

8 Cfr. HUSSERL, E. (2013), *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica*, México: FCE, UNAM, IIF.

9 Cfr. San Martín, J. (2008), “La percepción como interpretación”. *Investigaciones fenomenológicas*, 6, pp. 19 y 29.

colmado de necesidades, de intereses, motivado por *la consumación de un proyecto de vida* que le empuja a interactuar activamente con el mundo en torno. Ese sistema de intereses, el cual responde al proyecto vital de cada cual, es quien rige nuestras miradas, es el *corazón que reparte los acentos*<sup>10</sup> y actúa como la mano que enarbola la linterna del entendimiento, moviendo el *foco luminoso*<sup>11</sup> de la percepción –la atención– hacia aquellos aspectos de la realidad que le son interesantes, atendiendo esto, desatendiendo lo demás, conformando nuestro punto de vista o perspectiva de la realidad.

Por ello afirmamos que para conocer el mundo en torno debemos, como poco, atenderlo<sup>12</sup>. Sin atención, sin el despliegue de la percepción interesada, no hay acceso ejecutivo del yo a la circunstancia, no se producen los necesarios procesos selectivos, de ordenación de planos, jerarquización de impresiones, filtrajes y fijaciones que necesito para tomar consciencia de los objetos *con los que estoy naufragando*. Y aquí aparece un matiz importante, pues el hecho de *reparar en* tales objetos, de tomar consciencia de ellos, significa que ya estaban ahí antes de ser atendidos por mí, que ya *contaba con* ellos en mi vivir, aunque no ha sido hasta que se han vuelto objeto de mi cuestionamiento que los he atendido debidamente. *Ser cuestión-de* significa que *buscamos* el ser de algo y esto, a su vez, implica que ya tenemos cierta relación con ese algo –pues lo buscamos–. “El entendimiento es una linterna que necesita ir dirigida por una mano y la mano necesita ir movilizadora por un afán preexistente [...], solo se encuentra lo que se busca” (OC, VIII, 325-326). *Reparar-en*, tomar consciencia-de, sucede cuando, guiados por una determinada idea o concepto preexistente, o por un interés determinado, salimos al mundo con la intención de hallar aquellos elementos sensibles que respondan, como correlatos objetivos, a nuestra idea previa<sup>13</sup>. ¿Qué es la atención sino un “buscar el objeto de antemano [...] una preferencia anticipada, preexistente en nosotros, por ciertos objetos” (OC, VI, 210)? Nunca percibiremos, pues, aquello de lo que, de un modo u otro, no sepamos o tengamos interés por encontrar. Salimos al mundo tras una mirada motivada por el conjunto de preferencias anticipatorias que, en cada momento, espolean nuestra voluntad; tras esa *ley del interés*<sup>14</sup>.

10 Para Ortega, el *corazón* es esa sensibilidad que aglutina el sistema de intereses y preferencias, un *corazón que reparte los acentos* (OC, II, 163); una *máquina incansable de preferir y desdénar* (OC, VIII, 369); es el alma o el fondo insobornable donde descansan las necesidades que, junto al espíritu, establecen los intereses que mueven todos nuestros actos intencionales, nuestras vivencias y, entre ellas, la percepción de la realidad.

11 La idea del *foco luminoso* la adquiere Ortega del símil scheleriano entre atención y el cono luminoso de un faro (cfr. Morón Arroyo, C. (1968), *El sistema de Ortega y Gasset*, Madrid: Alcalá, p. 204). Este símil se da recurrentemente a lo largo de la historia a causa de la sensación de claridad perceptiva que provoca la atención en su fijación. Lo podemos hallar en autores que van desde los pitagóricos hasta Empédocles o Platón llegando a Lucrecio, Tomás de Aquino o Buridán y, a través de Descartes y Leibniz, a Wolff, Müller, Lotze, Herbart, Wundt, James... Ver Roselló, J., Munar, E., Obrador, P., Cardell, E., (2007), “Historia conceptual de la atención”. *Revista de historia de la Psicología*, vol. 28, núm. 2/3, pp. 59-65.

12 “Se olvida demasiado la humilde perogrullada de que para ver hay que mirar, y para mirar hay que fijarse, es decir hay que atender” (OC, III 895).

13 Cfr. Schapp, W. (1919), *Beiträge zur Phänomenologie der Wahrnehmung*, Gotinga: M. Niemeyer, Halle/S.

14 La cual rememora el *ordo amoris* scheleriano por el que ciertas emociones pueden motivar nuestra atención hacia determinadas cosas (ver Scheler, M. F. (2001), *Ética: nuevo ensayo de fundamentación de un personalismo ético*, Madrid: Caparrós).

Así, muy resumidamente, es cómo obtengo mi personal e intransferible perspectiva de la realidad, la que permite que esta sea verdadera para mí y alcance a conformar mi propio “paisaje” o, lo que es lo mismo, mi mundo. Decía Morón Arroyo (1968, 204) que “entre las posibilidades que el ambiente nos brinda, [...] tenemos capacidad para percibir solo aquellas que se relacionan con nuestro proyecto vital”. De aquí que afirmemos que nuestra salida al mundo sea, obviamente, en *perspectiva* pero, a la vez y precisamente por ello, necesariamente en *pre-spectiva*, pues implica un pre-ver que “en su última realidad, [...] y aún antes que una *pre-spectiva*, es una *pro-spectiva*” (Rodríguez Huéscar 1985, 116), dado que, aunque sea una mirada anticipada, es una mirada que tiende (*ad-tiende*) al futuro, que busca, que *pretende* hallar aquello que necesita, que le interesa. Nuestra mirada al mundo y, con ella, toda nuestra comprensión del mismo, responde de manera directa al *proyecto de vida* que, como marco de referencia<sup>15</sup>, materializa nuestro modo de existir, cristalizando ese afán que, preexistente en nosotros, nos arroja al mundo de manera intencional. Tal es la importancia de nuestro proyecto de vida a la hora de conformar nuestra perspectiva del mundo.

### 3. La hermenéutica del punto de vista

Así, nuestra perspectiva de la realidad está, pues, circunscrita a lo que somos, a nosotros en tanto proyecto, en tanto conjunto de intereses, también a las necesidades que estimulan tales intereses, a nosotros en tanto cuerpo. Las limitaciones que esto supone a la hora de captar la verdad en su compleción, para el caso la totalidad de las cosas o las cosas en su plenitud, son ingentes. Aunque nuestros sentidos no nos den como tal la percepción –pues, como hemos visto, interviene también la determinación atencional–, es cierto que en tanto seres corpóreos no podemos ir más allá de ellos –al menos por lo que respecta a la percepción de la realidad en torno–, hasta nuestra capacidad de procesamiento de información es limitada; nuestra percepción de la realidad se circunscribe necesariamente a un determinado rango de impresiones<sup>16</sup> de las que, además, hemos de elegir cuáles atender y cuáles no según nuestros intereses. Tal es así que el propio Ortega llegó a afirmar que, pese a su sencillez aparente, “yo no he acabado de ver nunca una hoja” (OC, IX, 601). En la percepción de la realidad mundana no podemos trascender nuestra situación en cada caso; constreñidos a nuestro cuerpo, no alcanzamos la ubicuidad por lo que “tenemos que contentarnos con tener de ella solo ‘aspectos’” (OC, IX, 603); dadas nuestras limitaciones existenciales, el objeto, aunque sí en sí mismo<sup>17</sup>, nunca se nos da como totalidad en la percepción:

15 Marcos de referencia o *frames*, estructuras mentales que conforman nuestro modo de ver el mundo. Conforman las metas que nos proponemos, los planes que hacemos, nuestra manera de actuar y aquello que cuenta como el resultado bueno o malo de nuestras acciones (cfr. Lakoff G. (2007), *No pienses en un elefante: lenguaje y debate político*, Madrid: Complutense 2007, p. 4)

16 La realidad alcanza rangos o valores que exceden la capacidad perceptiva de nuestros sentidos (ultrasonidos o infrasonidos; radiaciones ultravioleta e infrarroja, etc.).

17 Nuestros sentidos perciben la cosa “en un *proceso continuo de percepción* [...]”. Pero cada una de las percepciones de este proceso es ya una percepción de esta cosa” (Husserl 2014, 707), esto es, a pesar de la insatisfacción que, como seres mundanos, debemos arrastrar por no alcanzar la plenitud del objeto, todo aspecto de la cosa, como parte implicada del sistema y por su capacidad de *referirse a* otros aspectos de la misma cosa, puede llegar a evocar la cosa, pues “cada apariencia de la cosa posee, de cierta forma, *toda* la cosa” (Levinas 2004, 33).

La cosa percibida se presenta mediante toda percepción particular de una manera incompleta y limitada por vía de escorzo o matización unilateral. Al percibirse de hecho la cosa según un determinado aspecto, se presentará en cuanto perceptible según una pluralidad de aspectos (Gurwitsch 1979, 327).

Frente a la limitación ineludible, lo que queda es reunir perspectivas; como diría Husserl, obtener una pluralidad de *nóemas* perceptivos o de apariencias en escorzo para, de todas ellas, colegir aquellos elementos que, pese a nuestra variación, se mantienen intactos, esto es, los *elementos estructurales* que evidencien la esencia o *eidós* de la cosa atendida. Hablamos de algo semejante a lo que Ortega citaba como *componer el torrente de lo real*; de la percepción como la captación de la realidad dada a modo de apariciones, en un sistema *noemático*<sup>18</sup> el cual, conformado por una secuencia *noemática* o composición de puntos de vista, como apuntara Husserl, se expande con cada nueva mirada, con cada nuevo *nóema* a modo de *sistema siempre abierto e inagotable*. A cada mirada, un nuevo aspecto se suma al sistema, lo que supone una reorganización del mismo, una revisión de la unidad establecida que permite y asegura que este último aspecto concuerde con la idea que de la cosa tenemos, es decir, que se comprenda en su *horizonte interno* “en conformidad con ciertos lineamientos generales o típicos” (Gurwitsch 1979, 285), respetando las condiciones de *coherencia, armonía o acuerdo* necesarias para ser incluida en el sistema<sup>19</sup>. De algún modo, sucede que las vistas anticipatorias y las miradas ulteriores que al objeto lancemos se co-determinan unas a otras mediante referencia recíproca: mientras unas crean expectativas, las otras responden completando o actualizando el proceso perceptivo. Tal es el mecanismo, a grandes trazos, que conforma la idea que de la cosa material percibida obtengamos, mediante concatenación de *nóemas*.

Con todo, lo que advertimos es que, en tanto sistema, ninguno logrará actualizarse en su totalidad. Frente a la cosa percibida siempre hallaremos, en cada aspecto nuevo, referencias a otros aún no presentados, aspectos virtuales o latentes que anticipan o aluden a nuevos aspectos, a la espera de nuevas miradas para emerger. Por ello avisa Husserl que el objeto de percepción es, como hemos apuntado, un *sistema siempre abierto e inagotable* frente al cual, para obtener su totalidad, debiéramos conjuntar o yuxtaponer todas las miradas habidas y por haber, lo que resulta existencialmente impracticable. Solo un ser extramundano podría tener semejante don. En tanto humanos, estamos condenados a atender, esto es, a seleccionar. Ahora bien, como anticipamos, no nos exime dicha restricción de intentar reconstruir Babel.

La pluralidad de perspectivas se puede armonizar, como hemos visto, mediante continuas y reiteradas miradas al objeto, algo así como el trazado de un itinerario de miradas o

18 En cada vista o experiencia sensible, lo experimentado en cada caso se incluye en el seno de un horizonte –interno– conformado por el conjunto de experiencias sensibles y que incluye, a su vez, las referencias o anticipaciones que co-constituirán o co-determinarán el sistema que conforma la cosa vista, organizado a modo de estructura típica o genérica. Cfr. Husserl, E. (1980), *Experiencia y juicio. Investigaciones acerca de la genealogía de la lógica*. México: UNAM.

19 Gurwitsch, A. (1979): *El campo de la conciencia. Un análisis fenomenológico*. Madrid: Alianza Ed., pp. 245 y sig.

*series dialécticas*<sup>20</sup> por las que ir completando el conocimiento de la cosa vista. No obstante, aun con todo, seguiríamos muy limitados espacio-temporalmente en tanto individuos, pues “ningún hombre ha *vivido* íntegro el paisaje de la especie” (OC, III, 752-753). Frente a la limitación monádica solo cabe contar con el otro, tener en cuenta las miradas de ese “otro necesario” yuxtaponiendo “lo que cada uno de nosotros ve en el mundo a lo que ven, han visto y verán los demás individuos para obtener el escenario total de nuestra especie” (*Ibid.*).

En ello creía Ortega, como tantos contemporáneos suyos. En el primer tercio de siglo, quizá ya no tanto tras la Gran Guerra, pervivía cierta simpatía o consideración por la mirada del prójimo –bien a favor, bien en contra–; el otro se consideraba todavía prójimo (en sentido de proximidad), pues de algún modo se compartía proyecto o el proyecto se erigía con respecto al de los demás; sea el caso de quienes compartían el sueño europeo, o de los que colaboraban en el vínculo piadoso, algunos se abrazaban a la esperanza comunista quien no en los fascismos, en todo caso se construía la identidad de uno pegado a un ideal y teniendo en cuenta al otro presente; todos frente a un futuro que concedía espacios para la esperanza, pues “prometía” la estructura suficiente para desplegar los proyectos vitales de cada ciudadano en tanto individuos y en tanto comunidad. Habían, por tanto, intereses supeditados, compartidos o confrontados; la mirada al otro no solo era tenida en cuenta, resultaba necesaria. Por ello no era inusual ver enfatizada la idea de que, contando con el otro, nuestro conocimiento de la realidad podría ser mayor, óptimo, pues el otro realmente se sentía como parte necesaria para desplegar nuestro proyecto de vida. Cien años después, como se dice popularmente, ha llovido mucho.

En primer lugar las utopías, esos sueños por aproximarnos a sociedades más solidarias y justas que antaño nos movían, han dejado de tener su efecto proyectivo. Después de nuestro trémulo y desilusionante siglo XX han ido perdiendo credibilidad y su efecto motivador se ha disipado. Con ellas, los posibles futuros, ahora aparentemente inalcanzables, han quedado desatendidos al caer fuera de nuestro registro de intereses; nuestros proyectos de vida se han visto cercenados en su proyección temporal a causa de una terrible incertidumbre. El futuro, atendiendo al presente actual, no es un tiempo del que podamos esperar una sociedad solidaria y “salvadora” donde apoyarnos<sup>21</sup>. Como apunta Bauman (2017, 61), “el número de turistas que desean visitar y explorar ese extranjero país del futuro está cayendo en picado”, no solo estamos cansados de esperar futuros posibles que nunca llegan, es que nuestro presente nos está dando buenas razones para temerlos; un presente donde, como hemos indicado, solo hallamos desigualdad, abandono institucional, corrupción, falta de empleo... en definitiva, un presente nada solidario, tan negligente que casi parece invitarnos, si seguimos pindáricamente comprometidos con nuestro proyecto vital, a la desconexión respecto de él –así como del otro en tanto parte–. Frente a ello, pues, frente a esta visión del presente y a semejante falta de expectativas respecto del futuro, el sujeto contemporáneo parece no hallar más subterfugio que en el único *topos* que le queda a la mano: su pasado. Harto de quimeras y de esperanzas rotas, rompemos con el presente e ignoramos el futuro para abrazar

20 “‘Pararse’, ‘seguir’, ‘conservar’ e ‘integrar’ son, pues, las cuatro acciones que el pensar dialéctico ejecuta [...] todo el *quid* está en cada ‘vista’ de un ‘aspecto’ reclama que avancemos para ver otro [...] tiene que recorrerlos todos” (OC, IX, 608). *Epílogo de la filosofía*, 1943.

21 Cfr. Drucker, P.F. (1990), *Las Nuevas realidades: En el estado y la política. En la economía y en los negocios. En la sociedad y en imagen del mundo*, Barcelona: Edhasa.

un mundo ideal edificado sobre nuestros propios recuerdos reconstruidos, una *nostalgia* que poco a poco va tornándose el *pathos* dominante; una nostalgia que, por su radicación en los recuerdos, comporta un inevitable “retorno al yo” de significativas consecuencias en nuestro modo de ver el mundo, radicalizando el propio punto de vista y reduciendo esa esperanzadora hermenéutica de las vidas ajenas a una danza interesada de esporádicos encuentros. Ello, como veremos, no solo empobrece el número de *nóemas* por “cosa” conocida al desestimar la mirada del otro, lo empobrece aún más si cabe por la contradictoria idea de ver el mundo únicamente bajo el prisma de las miradas ya esbozadas, repetidas, restauradas.

#### 4. La nostalgia restauradora, el ocaso de la hermenéutica del punto de vista ajeno

Es preciso apuntar, antes de abordar la nostalgia, que la mirada nostálgica<sup>22</sup> *per se* en nada se contrapone a la visión que otro pueda tener del mundo en torno y a su reciprocidad con la propia, no es la nostalgia quien aísla al individuo sino la utilización que de ella se haga. La nostalgia únicamente es el efecto emocional que provoca la mirada hacia nuestros recuerdos –o hacia nuestra memoria colectiva– cuando buscamos en ellos el hogar desaparecido y que añoramos pues, según creemos y esperamos, en él podremos encontrar la postrera y única posibilidad de prosperar. Como apunta Bauman (2017, 14), la esperanza de vincularse emocionalmente a esos mundos perdidos, robados o abandonados que, a pesar de ello, se resisten a morir, perdura, pues en caso de poder recuperarlos nos ofrecerían el lugar deseado para desplegar nuestro proyecto de vida. Ahora bien, y en esto estamos con Svetlana Boym, el sentimiento nostálgico sufre una bifurcación en su expresión según sean nuestras intenciones cuando nos sumergimos en el pasado; como apunta la autora<sup>23</sup>, existe una diferencia fundamental entre la nostalgia evocada por un afán *restaurativo* y la que proviene de un estilo *reflexivo*.

La *nostalgia restaurativa* es, según Boym, aquella que pretende hallar en el pasado lo que se entiende como una verdad absoluta que debemos reponer si pretendemos nuestra *salvación*. El nostálgico restaurativo pretende la reconstrucción de un pasado ideal e idealizado –por lo que no cabe decadencia alguna– procurando su diligente repetición, una repetición de identidad entre lo que fue y lo que debe ser. Es, pues, una pretensión imperativa, impositiva, que reivindica la estricta recreación del pasado estableciendo una pauta normativa de acción, lo que comporta, como veremos, importantes conflictos con la realidad presente (v. g. el fundamentalismo islámico, los nacionalismos acérrimos, etc.). La diferencia fundamental con la reflexiva recae justamente en ello, en que la reflexiva rehúye tales identidades; más bien utiliza el pasado y medita sobre él, elude reconstruir ese hogar mítico siendo muy consciente de la distancia entre identidad y semejanza. De algún modo, la *nostalgia reflexiva* acepta los vestigios por los que reconocemos el pasado en tanto lo que son, admitiendo la

22 Del griego *nostos* (regreso al hogar) y *algia* (dolor, añoranza), es un sentimiento de pérdida y desplazamiento. Aunque de raíz griega, es un concepto de acuñación relativamente reciente, por Johannes Hofer en 1688, para dar nombre a una enfermedad muy extendida entre los estudiantes, criados o soldados suizos que, lejos de su patria, sentían añoranza de su tierra natal. Boym (2015, 34) la define, “en cuanto a emoción histórica, es la añoranza de ese ‘espacio de experiencia’ menguante que ya no encaja en el nuevo horizonte de expectativas [...] efectos secundarios de la teleología del progreso”.

23 Boym, S. (2015), *El futuro de la nostalgia*, Madrid: Antonio Machado libros.

ya no existencia de ese pasado aunque aproveche su inspiración para actuar en el presente<sup>24</sup>. Esta modalidad, menos idealista, más fenoménica, por estar bien localizada no aspira más que a lo pasado en el presente, un pasado que, mediante sus huellas, nos vincula con el hecho social –con la tradición– por lo que afianza la sensación de pertenencia y posibilita el diálogo. A diferencia de la mirada restauradora, nada tiene que ver con la imposición de un orden que se cree que fue y se exige que vuelva a ser; la reflexiva es una nostalgia de la que nos atrevemos a ironizar, a reflexionar, a aprender y que, bien gestionada, puede incluso servir para curar heridas sociales (sentimientos de desarraigo, traumas sociales)<sup>25</sup>, pues desde la consciencia de fragmentariedad e inconclusión que alberga<sup>26</sup> –en tanto somos conscientes que de ella únicamente tenemos aspectos en forma de recuerdos o vestigios que nos ceden un relato inconcluso e interpretable–, nos devuelve a la mirada sistémica, a la que desconcha en cada gesto *nóemas* siempre nuevos de lo mirado en un proceso *abierto e inagotable*; esa mirada que, por su carácter, permite la intervención del otro reclamando la anhelada hermenéutica del punto de vista ajeno, reivindicando el ansiado diálogo frente a los efectos, estos sí, devastadores de la nostalgia restaurativa.

Esta, la restaurativa, por su idealizada pretensión de repetir e imponer el canon pretérito, tiene consecuencias bien distintas en su expresión. Aparentemente se presenta como la oportunidad de volver a vivir el pasado, como un camino de *restauración* por el que reponer los errores cometidos y allanar el camino a nuevas oportunidades. De algún modo esperamos hallar, en ese terreno imaginario sustentado en recuerdos, los medios y las oportunidades que el presente y el futuro posible nos niegan. Ahora bien, más allá de las sugerentes promesas, dicho camino se encuentra solo en nuestros recuerdos o en lo que en nosotros hay del imaginario colectivo, no hay nada más allá. En rigor, el nostálgico es un camino que se anda hacia adentro, hacia el no-lugar de nuestra mente, donde se almacenan las imágenes del pasado, hacia el hogar que ya no existe; puede que incluso las imágenes que guardamos disten mucho de lo que en su momento realmente fue ese pasado, si es que en algún momento lo fue, pues no en pocas ocasiones añoramos promesas no cumplidas que esperamos realizar<sup>27</sup>. La nostalgia tiende a confundir el hogar real con el imaginario siendo, en extremo, no más que un idilio con la fantasía individual<sup>28</sup> que se compromete con algo que ya no es. Por ello, cuando rige el comportamiento presente y lo hace de un modo imperativo, cuando el sujeto abrumado por la nostalgia intenta restaurar los condicionantes que ese pasado requiere para hallar su posibilidad de realización, las perturbaciones en el modo de vincularse cognoscitivamente con la realidad están servidas, y las consecuencias sociales de dicha relación las conocemos a diario en los noticiarios.

24 Cfr. *Ibid.*, pp. 83 y sig.

25 Algunos estudios avalan los efectos beneficiosos de trabajar la nostalgia como remedio para curar heridas como las producidas por los cambios drásticos en los espacios urbanos (Adams D. y P. Larkham, (2016), “Walking with the ghosts of the past: Unearthing the value of residents’ urban nostalgias”, *Urban Studies*, 53/10, pp. 2004-2022), o las sufridas por desplazamientos o migraciones forzadas para exorcizar fantasmas de un tiempo y un espacio perdido (Cuya Gavilano, L. (2016), “Internal Migration, the Publishing Industry, and Transnational Identities in Two Peruvian Writers”, *Revista hispánica moderna*, 69/1, pp. 1-16).

26 Boym, S. *op.*, *cit.*.

27 Ver Paniagua, C. (2010), “Psicología de la nostalgia”. *Dendra Médica. Revista de Humanidades*, 9/1, pp. 39-48.

28 Boym, S. *op. cit.*, pp. 14 y 16.

Como idilio con la fantasía, la búsqueda del pasado parte fundamentalmente de un encierro para con uno mismo, pues la fantasía es radicalmente particular. Ello implica, por efecto, un distanciamiento respecto de los demás, de ese prójimo que ya no se abre al mundo como lo hago yo, que no lo ve tal y como yo lo deseo ver; es más, de un prójimo que, al igual que yo, va enclaustrándose tras su nostálgica mirada alimentando la falta de simpatía entre nosotros. No es difícil observar, hoy en día, un generalizado movimiento autorreferencial que, a parte y en consecuencia de nuestro giro centrípeto, nos conduce no solamente al aislamiento sino que, por ello y en ello, a entender el punto de vista ajeno como algo instrumental, casi deshumanizado, de lo que aprovecharse o, en su defecto, protegerse<sup>29</sup>. “Las personas no se escuchan unas a otras, porque, en realidad, no se oyen unas a otras. La información que respalda sus creencias tiene una significación emocional para ellas y es la que se procesa. Todo lo demás se desecha” (Rozenblit 2008, pp. 74-75)<sup>30</sup>, es excluido como parte ajena u hostil a mi modo de ver el mundo. En términos perspectivistas diríamos que, desde nuestra tendencia al pasado, la cosa percibida, esa que se complementa necesariamente con las miradas futuras y confiando en la mirada ajena, solo será aceptada en su estricta visión individual, vista por mí; es más, lo será, dado mi afán retrospectivo, a través de las miradas ya vistas, repetidas o vueltas a mirar, lo que acaba restringiendo enormemente mi visión de la cosa, sin decir que, estrictamente, es imposible, pues no se puede volver a ver lo ya visto idénticamente, dado que toda revisión de lo ya visto es una nueva mirada, una reinterpretación o acto creativo; dicho de otro modo, no podemos más que reinterpretar lo ya visto a través del recuerdo de lo vivido y del presente siempre cambiante en que nos encontremos, lo que nos encierra en una espiral viciosa de aires románticos con una, cada vez, más pobre comprensión de la cosa percibida.

Pero los efectos de la mirada nostálgica no acaban, como decimos, en el estrechamiento perspectivo, a él se le suma la creciente desconfianza en el punto de vista ajeno, cada vez más desemejante al mío y que produce, en todo caso, un distanciamiento respecto de la mayoría, o un acotamiento social que se respalda sobre el restringido elenco de “nosotros” que pueda rescatar efímeramente para mi beneficio. Ello deja a los “otros” como más “otros” que nunca, quedando, en consecuencia, más solos que nunca<sup>31</sup>. Esta tendencia tiende a traducirse en una exaltación de lo “local”, inicialmente de lo radicalmente local –lo individual–, que, por la necesidad de reconstruir ese mundo recordado, nos lleva a la vinculación paranoide con aquellos que parecen compartir nuestra visión. Como decimos, bajo el prisma nostálgico, las alianzas se tornan más interesadas que nunca; las simpatías o la idea de “nosotros” se vuelve esporádica, pasajera, y varía según el contexto y los intereses compartidos<sup>32</sup>. En un determinado momento mis intereses me aproximarán a un determinado grupo social, lo que no excluye que en otro lo abandone por un grupo distinto o combine ambos según me convenga, no con la intención de compartir puntos de vista, sino únicamente de ratificar el mío. El grupo, el otro, se instrumentaliza para satisfacer intereses particulares independientemente de los vínculos personales. Ello engendra todo tipo de desconfianzas

29 El actual sistema de mercado laboral, por ejemplo, tiende a cosificar a los sujetos tornándolos mercancía y consolidando un modelo de competencia y rivalidad que alimenta la desconfianza entre ellos.

30 Traducción propia del original en inglés.

31 Bauman apostilla a este efecto como un *regreso a las tribus*. (Bauman, Z. *op., cit.*)

32 Ver: Bauman, Z. (2003), *La Modernidad líquida*, México: FEC.

y hostilidades, incluso violencias de las que, desafortunadamente, como indicamos, tenemos noticias a diario a causa de los conocidos rebrotes nacionalistas, de la consolidación y expresión de los integristos fundamentalistas, de las políticas basadas en el miedo o de sus reacciones electorales.

Frente a semejante panorama, pues, el intento de reconstruir Babel, de yuxtaponer el conjunto de miradas ajenas que describíamos al comienzo de este artículo, queda terriblemente maltrecho. La mirada nostálgica, en su acepción restaurativa, es una amenaza sería a la cohabitación en tanto se nos formula como un ocaso para la interpretación de vidas ajenas, de esas miradas complementarias que ya no sirven, que no interesan salvo que ratifiquen o revaliden mi propio y actual punto de vista; en cualquier otro caso, son consideradas como potenciales agresoras de las que parece mejor alejarse, a las que es mejor desatender.

## 5. En conclusión

Siendo que la nostalgia, entendida bajo un prisma restaurativo, se halla en tantas expresiones sociales, algunas de ellas violentas, o encubriendo actitudes de odio frente a quien no comparte el proyecto vital del restaurador, entendemos que es algo frente a lo que no podemos ponernos de perfil. Como filósofos, en tanto estudiosos de la vida y amantes de lo humano, tenemos el compromiso de describir la cuestión y esbozar posibilidades de enmienda a sus efectos. Ahora bien, pocos antídotos caben frente a algo que nos subyace tan profundamente como la nostalgia.

En tanto idilio con el pasado, convendría pensar como un primer remedio el contraponer al nostálgico un futuro esperanzador, pero este es un tiempo tan ilusorio como el mismo pasado. Lanzar promesas al viento que contrarresten los ofrecimientos del pasado es un remedio del que ya estamos habituados y no ejerce efecto alguno, es más, volver al tiempo de las utopías, paradójicamente, tendría mucho de nostálgico. Por tanto, el futuro se esfuma por su misma volatilidad de la ecuación. No descubrimos nada nuevo cuando afirmamos, pues, que solo nos queda el presente para neutralizar los anhelos pretéritos. Cualquier posibilidad de romper con esta tendencia idealista solo tiene cabida si parte de un cambio efectivo en el momento actual; cualquier posibilidad de cambio que permita a nuestra mirada, a nuestra atención, anidar en nuevos horizontes deberá irrumpir de la asunción de lo que ahora somos, pues solo sabiendo quienes somos y a qué aspiran nuestros anhelos albergaremos el necesario conocimiento sobre qué precisamos para poder serlo plenamente: y lo que somos, como venimos predicando, es ni más ni menos que sujetos nostálgicos.

La nostalgia, pese a los riesgos a que nos expone en tanto comunidad, es parte de nuestro *pathos* particular; como una niebla se extiende, en mayor o menor medida, a lo largo y ancho de toda la sociedad occidental –al menos en ella, seguramente mucho más allá– bosquejando la sensibilidad de nuestro tiempo, el modo de mirar, de atender y entender la realidad en torno, hasta lo estético se viste de nostalgia (modas *vintage*, *remakes* cinematográficos, sagas o series televisivas redimidas y extendidas para el *público nostálgico*), pues eso demandan nuestros intereses. Ahora bien, asumirla como parte de lo que somos no significa que debamos sucumbir a su uso utópico o restaurativo, al impulso visceral y revolucionario de restaurar un orden perdido o nunca dado.

Más que nunca precisamos mantener los pies sobre la tierra y, como diría Husserl, volver a las cosas mismas; aceptar la nostalgia en tanto lo que es, un efecto emocional que provoca la mirada hacia nuestros recuerdos, nada más y nada menos; una emoción localizada, presente, quizá balsámica pero, como los recuerdos en los que se basa, enraizada en el presente, pues no existe recuerdo o emoción posible, como no existe mirada posible, que no sea, precisamente, localizada:

es el caso que la realidad, como un paisaje, tiene infinitas perspectivas, todas ellas igualmente verídicas y auténticas. La sola perspectiva es esa que pretende ser la única. Dicho de otra manera; *lo falso es la utopía, la verdad no localizada, vista desde 'lugar ninguno'*. El utopista [...] es el que más yerra, porque es el hombre que no se conserva fiel a su punto de vista, que deserta de su puesto (OC, III, 614).

Bien podría valer esta condena también para el nostálgico restaurativo. La perspectiva auténtica es aquella que se sabe particular, así lo entendemos tras un análisis fenomenológico de la misma, pero también la que se sabe parte de un sistema infinito e inabarcable, pues en tanto es la única que radica en su puesto, en su situación mundana, sabe de sus limitaciones, vive con y de ellas. Quien idealiza su mirada, quien la convierte en utópica y la cree única y suficiente, pierde la coordenada que le sitúa, pervierte su punto de vista, como le sucede al nostálgico restaurativo.

Afortunadamente, cabe otra forma de entender la nostalgia una vez asumida como parte de lo que somos: reflexivamente. La nostalgia reflexiva, como decíamos, justamente por estar bien localizada, no aspira más que a lo pasado en el presente y, por ello, nos vincula con la tradición en tanto lo que es, un recuerdo –personal y/o colectivo– que se nos da como algo que ya no es pero que, no por ello, deja de ser fuente de inspiración a nuestras acciones presentes y proyectos venideros. La reflexiva, como se está demostrando<sup>33</sup>, quizá sea la forma más efectiva de curar heridas y de recuperar la fe en el otro; la vía para vincularnos con la memoria colectiva, con todos los otros; quizá el único camino que nos queda a los nostálgicos de recuperar nuestro presente y, con él, reencontrarnos con un proyecto de futuro, pero estos son ya otros asuntos.

## Referencias

- Adams David y Peter Larkham (2016): “Walking with the ghosts of the past: Unearthing the value of residents’ urban nostalgias”, *Urban Studies*, 53/10, pp. 2004-2022.
- Bauman, Zigmund (2017): *Retrotopía*, Barcelona: Paidós.
- Bauman, Zigmund (2003): *La Modernidad líquida*, México: FEC.
- Boym, Svetlana (2015): *El futuro de la nostalgia*, Madrid: Antonio Machado libros.
- Cuya Gavilano, Lorena (2016), “Internal Migration, the Publishing Industry, and Transnational Identities in Two Peruvian Writers”, *Revista hispánica moderna*, 69/1, pp. 1-16.
- Drucker, Peter F. (1990): *Las Nuevas realidades: En el estado y la política. En la economía y en los negocios. En la sociedad y en imagen del mundo*, Barcelona: Edhasa.

33 Ver nota 23.

- Gurwitsch, Aron (1979): *El campo de la conciencia. Un análisis fenomenológico*. Madrid: Alianza.
- Husserl, Edmund (1980): *Experiencia y juicio. Investigaciones acerca de la genealogía de la lógica*. México: UNAM.
- Husserl, Edmund (2013): *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica*, México: UNAM.
- Husserl, Edmund (2014): *Investigaciones lógicas, 2*. Madrid: Alianza.
- Lakoff, George (2007): *No pienses en un elefante: lenguaje y debate político*, Madrid: Complutense.
- Levinas, Emmanuel (2004): *La teoría fenomenológica de la intuición*. Salamanca: Sígueme.
- Lowenthal, David (1997): *The heritage crusade and the spoils of history*, Londres: Viking.
- Morón Arroyo, Ciriaco (1968): *El sistema de Ortega y Gasset*, Madrid: Alcalá.
- Ortega y Gasset, José (2004a): *Meditaciones del Quijote, Obras Completas, I*. Madrid: Taurus.
- Ortega y Gasset, José (2004b): *Verdad y perspectiva, Obras Completas, II*. Madrid: Taurus.
- Ortega y Gasset, José (2004c): *Dios a la vista, Obras Completas, II*. Madrid: Taurus.
- Ortega y Gasset, José (2005a): *El tema de nuestro tiempo. Obras Completas, III*. Madrid: Taurus.
- Ortega y Gasset, José (2005b): *Las Atlántidas. Obras Completas, III*. Madrid: Taurus.
- Ortega y Gasset, José (2005c): *La deshumanización del arte e ideas sobre la novela. Obras Completas, III*. Madrid: Taurus.
- Ortega y Gasset, José (2005d): *Estudios sobre el corazón. Obras Completas, IV*. Madrid: Taurus.
- Ortega y Gasset, José (2008): *¿Qué es filosofía? Obras Completas, VIII*. Madrid: Taurus.
- Ortega y Gasset, José (2009): *Epílogo de la filosofía. Obras Completas, IX*. Madrid: Taurus.
- Paniagua, C. (2010): "Psicología de la nostalgia". *Dendra Médica. Revista de Humanidades*, 9/1, pp. 39-48.
- Rodríguez Huéscar, Antonio (1985): *Perspectiva y verdad*, Madrid: Alianza.
- Roselló, Jaume, Munar, Enric, Obrador, P., Cardell, E., (2007): "Historia conceptual de la atención". *Revista de historia de la Psicología*, vol. 28, núm. 2/3, pp. 59-65.
- Rozenblit, Bruce (2008): *Us against them: How tribalism affects the way we think*, Transcendent publications.
- San Martín, Javier (2008): "La percepción como interpretación". *Investigaciones fenomenológicas*, 6, pp. 13-32.
- Schapp, Wilhelm (1919): *Beiträge zur Phänomenologie der Wahrnehmung*, Gotinga: M. Niemeyer, Halle/S
- Scheler, M. F. (2001): *Ética: nuevo ensayo de fundamentación de un personalismo ético*, Madrid: Caparrós.

# RESEÑAS



<http://dx.doi.org/10.6018/daimon/346911>

Diana Pérez y Diego Lawler (compiladores) (2017): *La segunda persona y las emociones*, Buenos Aires, Sociedad Argentina de Análisis Filosófico, 298 pp.

El título del libro es suficientemente expresivo: *La segunda persona y las emociones*. Se trata de una compilación de los trabajos presentados en el *Workshop* “La segunda persona y las emociones”, que tuvo lugar en el Instituto de Investigaciones Filosóficas de SADF, Argentina, del 7 al 9 de septiembre de 2016. La mencionada actividad y la publicación del libro fueron posibles gracias al proyecto de investigación “La atribución psicológica: perspectivas y problemas” (PICT 2013-1419). Apenas existen en castellano publicaciones sobre esta combinación de temas. Y los materiales que podemos encontrar en este libro son tremendamente sugerentes y actuales.

Cuando pensamos en la noción de puntos de vista, o perspectivas, enseguida nos viene a la mente la distinción entre puntos de vista de primera, segunda y tercera persona. Y cuando consideramos la propia mente, con rapidez surge ante nosotros la amenaza especulativa de todos los demonios cartesianos. Aunque también, con la misma rapidez y fuerza, sentimos la certeza moral de estar unidos al mundo externo con fuertes lazos que sobrepasan con mucho lo cognitivo. Los puntos de vista de segunda persona anudan un gran número de esos lazos. Lo hacen de una manera no privada, sino pública. Y lo hacen desde una objetividad diferente de la objetividad impersonal de la tercera persona. En los puntos de vista de segunda persona, la mente se externaliza. Pero lo hace de una manera sumamente personal.

Muchas veces se ha hecho epistemología, ética, metafísica, etc., y por supuesto filosofía de la mente, desde el punto de vista de la primera persona. Descartes suele ser presentado como un claro ejemplo. En el polo opuesto, también han surgido abundantes iniciativas para la epistemología, la ética, la metafísica, etc., que han querido buscar soluciones desde el punto de vista impersonal y exclusivo de la tercera persona. Incluso la filosofía de la mente ha explorado durante décadas recientes este camino. La segunda persona ha sido la gran olvidada. Pero hoy día, las cosas están cambiando. No sólo se ha popularizado una concepción anti-cartesiana y anti-intelectualista de la mente. También se ha convertido en necesidad el tener en cuenta los contextos de interacción personal. De la mente de un yo pensante cartesiano hemos pasado a una mente extendida (*extended*), corporeizada (*embodied*), enactiva (*enacted*) y situada (*embedded*). Y no sólo esto. La mente es ahora también una mente que interactúa intensamente con otras mentes. Y esa interacción es tan emocional como cognitiva.

En su *Introducción* al libro, los compiladores, Diana Pérez y Diego Lawler, hacen un perfecto resumen de los anteriores cambios, comentando algunos de los autores más relevantes. Un breve recorrido por el resto libro ofrece el panorama siguiente.

El primer trabajo, titulado *Intercorporeidad y reversibilidad: Merleau-Ponty, emoción, percepción e interacción*, de

Shaun Gallagher, desarrolla ideas de Merleau-Ponty sobre la regulación emocional de la experiencia de interacción corporal. Tal interacción configura nuestras capacidades cognitivas y depende, a su vez, de ciertas características de nuestros cuerpos.

El Segundo trabajo se titula *Si queremos saber cómo sopla el viento podemos mirar la arena. Pensar el desarrollo psicológico observando el movimiento*. Su autora es Silvia Español. En él se argumenta que las experiencias corporales ligadas al movimiento del cuerpo en la primera infancia, tanto en soledad como en interacción con adultos, son fundamentales en el desarrollo psicológico.

El tercer trabajo trata sobre el lenguaje. Su título es *Lo que el aprendizaje del lenguaje revela sobre el lenguaje (y sobre la cognición social)*. La autora, Carolina Scotto, propone una interesante hipótesis. Las interacciones desde la perspectiva de segunda persona, poniendo en juego capacidades de comunicación no-lingüística, permitirían explicar los procesos de adquisición del lenguaje.

A continuación, el trabajo de Pablo Quintanilla, *Atención compartida, triangulación y la perspectiva de la segunda persona*, analiza la noción de triangulación. Davidson la usa para describir el mecanismo básico que permite generar significados y objetividad. En una situación de triangulación, al menos dos sujetos interactúan entre sí y con el mundo. El autor desarrolla la idea de que la atención compartida es el fenómeno central de las situaciones de triangulación.

En el siguiente trabajo, de José Luis Liñán y Miguel Ángel Pérez Jiménez, *Segunda persona y reconocimiento: entre los afectos y la normatividad*, se defiende la siguiente línea argumental: 1) el concepto de persona es normativo e incluye

necesariamente la referencia a una comunidad, a un “nosotros”, 2) esto lo permite el reconocimiento del “otro” como alguien con quien podemos interactuar de igual a igual, y 3) tal reconocimiento, a su vez, sólo es posible gracias a nuestros sistemas afectivos.

Jenefer Robinson en su trabajo *‘Tú, ser abrazable’*. *La emoción como percepción para la acción*, ofrece una interesante respuesta a la difícil pregunta acerca de la naturaleza de las emociones. Las emociones, argumenta, son un tipo de percepción. Son percepciones de posibilidades de acción, en el sentido de las *affordances* de Gibson, que involucran a otros sujetos.

Patricia Brunsteins dedica el siguiente trabajo al análisis de la empatía. Su título es *El carácter emotivo de la experiencia empática*. La empatía se entiende a veces como un ponerse en el lugar del otro. Más bien, defiende la autora, es un encuentro con el otro que incluye tanto componentes cognitivos como afectivos. La diferencia es importante. Ponerse en el lugar del otro requiere representar ese lugar. Y esto, seguramente requiere capacidades metacognitivas o metarepresentacionales. Encontrarse con otros sujetos no requiere tanto. Consiste simplemente en un proceso de mútua influencia, guiado por patrones causales y no por principios normativos como ocurre, por ejemplo, en el planteamiento de Davidson.

En *Apuntes acerca de la hipótesis de la percepción directa de los estados mentales*, de Tomás Balmaceda, la expresión corporal es vista como significativa de modo muy directo, sin realizar inferencias, sin formular y poner a prueba conjeturas. Este trabajo analiza la idea de que en efecto la expresión corporal permite acceder directamente a la mente de los demás, considerando las dificultades para defenderla.

El último de los trabajos del libro se titula *Lo que la segunda persona no es*. Los autores son Antoni Gomila y Diana Pérez. El campo de investigación conocido como “cognición social” intenta analizar los mecanismos que nos permiten comprendernos unos a otros como personas portadoras de creencias, deseos, dolores, emociones, etc. Este último trabajo del libro discute varias tentativas diferentes a la hora de abordar este campo. Los autores tienen una conocida propuesta sustantiva, presentada desde hace años en diversas publicaciones, que consiste en poner de relieve el tipo peculiar de interacción entre sujetos que se produce al adoptar perspectivas de segunda persona. Estas situaciones son consideradas

la fuente principal de la cognición social, tanto ontogenéticamente como filogenéticamente.

Son muchos los temas tratados en este libro. Y la mayoría de los trabajos incluidos en el mismo nos permiten acceder a campos realmente nuevos y apasionantes. Pero sobre todo ello, destaca una idea central. Como muy bien señalan los compiladores al final de la introducción al libro, comprender qué es la mente, y cómo funciona, no es una tarea completamente independiente de comprender cómo nos entendemos los unos a los otros.

Manuel Liz  
(Universidad de La Laguna)

<http://dx.doi.org/10.6018/daimon/346951>

Zalabardo, José Luis (2015): *Representation and Reality in Wittgenstein's Tractatus*. Oxford: Oxford University Press. 263 pp.

Es curioso que el *Tractatus* de Wittgenstein se haya convertido en uno de los iconos culturales de nuestra época. Pero no sólo sorprende esto por lo difícil que sea entenderlo, saber siquiera qué está Wittgenstein diciendo y queriendo decir. También es sorprendente por el tema tratado en el libro. El tema general sí aparece explícito desde las primeras páginas: cómo es posible que nuestro pensamiento y nuestro lenguaje representen la realidad. Sin duda, si este tema ha generado pasiones, si lo sigue haciendo, la filosofía no ha muerto.

Cuando Wittgenstein comenzó a escribir filosofía, sus ideas e inquietudes se cruzaron con los problemas que obsesionaban a Russell. Gran parte de esas ideas e inquietudes iniciales de Wittgenstein siguen quedando muy bien reflejadas en el libro de Allan Janik y Stephen Toulmin, *La Viena*

*de Wittgenstein* (edición castellana reciente en Sevilla, Athenaica, 2017). Tenían que ver con las posibilidades expresivas del lenguaje, con el programa logicista de Frege, con la cultura centro-europea, con las protestas neo-kantianas frente al idealismo, con su situación personal, etc.

Los problemas que obsesionaban a Russell también tenían que ver con la constitución de una nueva lógica y de una nueva filosofía en reacción a ciertas posiciones idealistas, en su caso de autores como Bradley y McTaggart. Una de las obsesiones de Russell, transmitida por Moore, era la de elaborar una buena teoría sobre el juicio. ¿En qué consiste formular un juicio sobre que las cosas sean de cierto modo? Para muchos autores idealistas, especialmente para Bradley, todo juicio particular encerraba inevitablemente

contradicciones. Esto hace imposible cualquier lógica que no llegue al nivel de un pensamiento absoluto sobre la totalidad de lo real. Cualquier juicio científico, incluyendo los de las matemáticas y la lógica, y cualquier juicio ordinario, acaba conduciendo a contradicciones. Esto es lo que Moore quiere rechazar. Y Russell le sigue.

Pero no es nada fácil elaborar una teoría sobre el juicio. Un juicio parece ser un tipo peculiar de creencia explícita. El contenido de un juicio parece ser algo como una proposición, que las cosas sean de cierto modo. Tener una teoría sobre el juicio obliga a aclarar qué son las creencias y las proposiciones. Y cómo ambas se relacionan con la realidad que resulta enjuiciada. Por un lado, la lógica trata sobre proposiciones, en particular sobre su estructura inferencial. Y para el logicismo, esto debía ser el fundamento de las matemáticas. Por otro lado, nuestra psicología produce las creencias que de hecho tenemos. Si en nuestra teoría del juicio damos peso a las proposiciones como entidades abstractas, hacemos que sea realidad un mundo en el que existirá como contenido de nuestros juicios todo aquello que no ocurre realmente. Si hablamos en términos de hechos, existirán, entre otras cosas, algo así como los hechos negativos. Y también, resultará muy difícil explicar cómo nuestras creencias pueden llegar a relacionarse con tales contenidos. Si, en cambio, damos peso a las creencias, nuestros juicios y las proposiciones mismas pasarán a ser algo meramente psicológico. Un cierto acto mental tal vez unifica diversos elementos de nuestra experiencia constituyendo el contenido de nuestros juicios. Pero todas las supuestas verdades lógicas se convertirán entonces en verdades psicológicas. Y también todas las verdades matemáticas, si es que deben ser derivadas de las verdades lógicas.

Russell explora ambos caminos. Y ofrece varias teorías sobre el juicio, con diversas reformulaciones. Todas ellas son rechazadas por Wittgenstein. El primer capítulo del libro de Zalabardo (*Russell's Theories of Judgment*) se ocupa ampliamente de estos problemas.

La alternativa que ofrece Wittgenstein es muy diferente. Puede ser un tópico decir que adopta una estrategia kantiana. Pero este tópico permite entender muchas cosas. Wittgenstein se pregunta cómo deberíamos pensar que está constituido el mundo si nuestros lenguajes son capaces de representarlo. Y el mundo en el que Wittgenstein piensa no es un mundo de objetos sino un mundo de hechos. Un mundo en el que algunos hechos representan otros hechos al tener la misma forma, siendo algunas de esas formas tan máximamente generales que cabría considerarlas formas lógicas. Un hecho que representa es una proposición. Las creencias son hechos. Las creencias especiales que constituyen juicios son hechos complejos que incluyen proposiciones. Y algunos juicios son juicios lógicos. Hechos complejos que incluyen ciertos hechos con toda la estructura inferencial estudiada por Frege y Russell.

Lo que realmente existe son hechos. Los objetos que los constituyen son una abstracción producida al analizarlos. Y debemos siempre pensar en esa constitución bajo el modelo de los eslabones que constituyen una cadena. Sin necesidad de ningún “pegamento” especial que los una. En los capítulos segundo (*Wittgenstein and Forms*), cuarto (*Propositions and Facts*) y sexto (*Logic and Analysis*) se tratan todos estos temas.

Pero como sabemos, la peculiar estrategia kantiana que sigue Wittgenstein impone serias restricciones a lo que las proposiciones, y los juicios que las incorporan como

contenido, pueden representar. Un hecho no puede representar su propio representar. En particular, no puede representar su forma lógica. Y tampoco puede representar el que un sujeto esté representando con ese hecho otros hechos. La representación, tal como Wittgenstein propone entenderla, tiene límites. Son tratados en el capítulo tercero del libro (*The Vanishing Subject*) y en el capítulo quinto (*The Limits of Representation*).

¿Sobrepasa el propio *Tractatus* los límites de lo representable? ¿Sobrepasamos esos límites al querer pensar cómo ha de estar constituido el mundo si nuestros lenguajes son capaces de representarlo? ¿Serán las propias proposiciones del *Tractatus* realmente proposiciones sin sentido? Wittgenstein mismo sugiere considerarlas de esa forma. Y sin embargo, también estaba convencido de que la manera de pensar que propone es la única manera correcta de pensar en cómo nuestro lenguaje se conecta con la realidad cuando hacemos juicios con pretensiones de verdad. ¿Cómo entender todo esto? La introducción al libro ofrece una estrategia sumamente original de enfrentarse al anterior problema. El capítulo dedicado a las conclusiones lo retoma. No quiero estropear su lectura.

En resumen, el libro de Zalabardo ofrece un análisis detallado y tremendamente sugerente de los problemas a los que Wittgenstein se enfrenta en su *Tractatus*. Y una evaluación crítica de las soluciones propuestas por Wittgenstein. Tal vez haya más problemas que los considerados en el libro. Tal vez, también haya distintas maneras de evaluar los resultados. De cualquier modo, el análisis de los problemas es tremendamente sugerente. Y la evaluación crítica de las soluciones permite entender algunos de los cambios que Wittgenstein emprende en su filosofía posterior al *Tractatus*. Esto hace que el estudio llevado

a cabo por Zalabardo sea una obra imprescindible para todo aquel que quiera conocer a fondo el *Tractatus* de Wittgenstein, y llegar hasta el final de la escalera. O al menos, cerca de ese final.

Dos apéndices técnicos cierran el libro (el primero se titula *Other Readings of the Nonsense Objection*, el segundo *The Empty-Name Reading of the Substance Passage*). En el apartado bibliográfico pueden encontrarse todas las referencias actualmente más relevantes respecto a las diferentes interpretaciones del *Tractatus*. Quiero destacar el ensayo de María Cerezo, *The Possibility of Language: Internal Tensions in Wittgenstein's Tractatus* (Stanford, CSLI Publications, 2005). Entre las ediciones castellanas del *Tractatus*, una buena guía para su lectura es la traducción que ofrece Luis M. Valdés Villanueva, acompañada de una cuidada introducción y de abundantes notas explicativas (*Tractatus Logico-Philosophicus*, Madrid, Tecnos, 2007).

Unas palabras más sobre el autor. José Luis Zalabardo es catedrático, y actualmente también director, del Departamento de Filosofía del *University College London*. Antes impartió clases en la *University of Birmingham*. Estudió en la Universidad Autónoma de Madrid, en la *University of St. Andrews* y en la *University of Michigan*. Principalmente ha escrito sobre lógica (*Introduction to the Theory of Logic*, Westview Press, 2000) y epistemología (*Scepticism and Reliable Belief*, Oxford University Press, 2012, *Concepciones de lo real*, KRK Ediciones, 2012, y *Conocimiento y escepticismo*, UNAM, 2014), así como un gran número de artículos y libros sobre el *Tractatus* y los problemas abordados por Wittgenstein en su primera etapa. El libro que hemos comentado es el más reciente. Y en esta misma línea, tam-

bién debe destacarse su labor como editor de *Wittgenstein's Early Philosophy*, Oxford University Press, 2012.

¿Existe una filosofía propiamente española? Seguramente exista algo así. ¿Existe una filosofía española con proyección universal? Tal vez también. En cualquier caso,

también existe ya una importante filosofía con presencia internacional hecha por filósofos y filósofos que comenzaron su formación en nuestras universidades.

*Manuel Liz*  
(Universidad de La Laguna)

<http://dx.doi.org/10.6018/daimon/347151>

Liz, Manuel (ed.) (2013): *Puntos de vista. Una investigación filosófica*. Barcelona: Laertes. 286 pp.

*Puntos de vista*, editado por Manuel Liz y publicado por la editorial Laertes, es una obra de filosofía que aborda un tema que, pese a su cotidianidad, no ha sido tratado con la atención y exhaustividad que merece. Sin embargo, la importancia del perspectivismo fue señalada por autores clásicos como Leibniz, William James, Russell, Wittgenstein y Ortega y Gasset. El pensador español llega a decir que el mundo no es ni material ni espiritual, sino un conjunto de puntos de vista: “todo conocimiento lo es desde un punto de vista determinado”<sup>1</sup>.

La expresión “punto de vista” está tan integrada en el lenguaje ordinario que es común escucharla en contextos sumamente dispares. Pero, no sabemos muy bien de qué se habla cuando escuchamos o decimos frases del tipo “desde el punto de vista político”, “desde un punto de vista económico” o “desde mi punto de vista”. El cometido de la obra que comentamos es ofrecer, como afirma Manuel Liz en la introducción, una serie de reflexiones sobre qué es un punto de vista, ya que se considera que “nuestras vidas se llenan a través de una gran variedad de puntos de vista. Los puntos de vista

nos constituyen” (p. 9). Dichas reflexiones adquieren una relevancia distintiva no solo porque contribuyen a paliar una carencia conceptual y teórica acerca del tema dentro de la propia academia, sino porque la forma en que están escritas, y el propio contenido, se prestan a ser leídas por cualquiera.

La obra está dividida en dos partes. La primera, de carácter contextual, lleva por título *Analizando la noción de puntos de vista*. En ella se aborda el concepto de punto de vista y su devenir histórico. Se defiende la relevancia del concepto en distintos contextos, sobre todo el filosófico, y se analiza a la luz de otras nociones estrechamente relacionadas con el mismo. El primer apartado, *Una primera aproximación*, cumple perfectamente con lo que su propio título indica, ya que analiza los múltiples usos del punto de vista tanto en el lenguaje ordinario como en las áreas de la literatura, el cine o las artes plásticas. Desde las primeras páginas queda patente la necesidad de aceptar que los puntos de vista son la forma ineludible de nuestro acceso a la realidad.

Desde luego, parece que el corolario de esta afirmación no es otro que aceptar definitivamente el relativismo. Sin embargo, aparte del relativismo, también existe el absolutismo y el perspectivismo como reac-

1 Ortega y Gasset, J. (1923), p. 105 de la edición de 1970.

ciones filosóficas ante el hecho de que solo podamos acceder a la realidad a través de nuestros puntos de vista. Por un lado, el absolutismo afirmaría que la realidad es algo estable independientemente de todo punto de vista. Por otro, el relativismo afirmaría que la realidad es siempre relativa a un punto de vista. El perspectivismo intenta situarse entre ambos extremos. Afirma que la realidad tiene cierta estabilidad mínima, pero que también hay diversas maneras de ser de la realidad en relación a los puntos de vista que se adopten. En este libro se defiende una posición perspectivista de la realidad, o al menos de nuestro acceso a ella.

Como hemos dicho, en esta primera parte del libro se puede encontrar un amplio recorrido histórico sobre el concepto de punto de vista y el concepto prácticamente equivalente de perspectiva. En su apartado *Algunas reflexiones clásicas* se reivindica, entre otros, la figura de Ortega y Gasset como pionero de un explícito perspectivismo filosófico. Su posición aparece en una serie de ensayos como *Meditaciones sobre el Quijote*, *El Espectador* o *El tema de nuestro tiempo*. Para Ortega, como ya anticipamos, la realidad es siempre dependiente de la perspectiva. En principio, no existen posiciones privilegiadas que estén por encima de otras.

Otro apartado que puede resultar interesante en este primer acercamiento es *Puntos de vista y relativismo*, donde se desarrolla la problemática ya mencionada del relativismo y su recurrente vinculación con el punto de vista. Cabe destacar también el apartado titulado *Perspectivismo contemporáneo*, donde se hace un recorrido por distintas áreas o disciplinas donde actualmente existen posiciones claramente perspectivistas. Desde la epistemología a la filosofía del lenguaje, pasando por la filosofía de la mente o la filosofía de la ciencia, este apartado es

especialmente esclarecedor porque recoge múltiples formas en las que los puntos de vista están integrados en distintos campos filosóficos.

En el siguiente apartado, *La estructura de un punto de vista*, encontramos una descripción de dos grandes modelos acerca de la estructura de los puntos de vista: el modelo de las “actitudes proposicionales” y el modelo de “emplazamiento y acceso”. Asimismo, se analizan los desarrollos teóricos de varios autores importantes como pueden ser Jon Moline o Antii Hautamäki.

Las últimas secciones de esta primera parte del libro, tituladas *Temas y problemas* y *La naturaleza de los puntos de vista* tienen un carácter más específico. En la primera de ellas se problematiza y analizan distintos temas como, por ejemplo, quiénes son los portadores de un punto de vista y cuáles son los contenidos de los puntos de vista. Además, se proponen y discuten distintas definiciones de punto de vista personal e impersonal, punto de vista conceptual y no conceptual, puntos de vista reflexivos, puntos de vista normativos, puntos de vista prácticos, etc. Por ejemplo, “Un punto de vista normativo es un punto de vista tal que 1) incluye normas y valores entre sus contenidos conceptuales explícitos, 2) establece ciertas jerarquías entre esas normas y valores, y entre ciertas clases de normas y valores, y 3) asume en sus actitudes los resultados de esas jerarquías” (p. 134) y “Un punto de vista práctico es un punto de vista tal que 1) incluye entre sus contenidos conceptuales explícitos acciones e ingredientes de las acciones, y 2) respecto a esos contenidos, incluye un punto de vista normativo en sentido restringido” (p. 136).

En el último apartado que cierra esta primera parte de la obra, *La naturaleza de los puntos de vista*, se sostienen las principales tesis del libro. Aquí se argumenta, por ejem-

plo, que la defensa del perspectivismo no es óbice para que ciertos tipos de relativismos basados en ciertos hechos objetivos sobre la realidad, como el relativismo que cabe encontrar en Heráclito, pudieran llegar a ser considerados válidos. A su vez, también encontraremos la tesis principal de la obra: un compromiso con la naturaleza irreduciblemente relacional de los puntos de vista.

En la segunda parte del libro, titulada *Tomando perspectiva*, encontramos un total de siete ensayos que tienen como base la noción de punto de vista. En ellos se abordan distintas cuestiones filosóficas relativas a la lógica, la filosofía del lenguaje, la ontológica, etc. David Pérez Chico abre esta sección con un ensayo titulado *La concepción absoluta de la realidad y los límites del conocimiento filosófico*. En él se discute la problemática sobre si la ciencia es capaz o no de darnos una imagen completa de la realidad, como planteó Bernard Williams. Este autor sostiene que a diferencia de la ciencia, la filosofía no puede trascender su punto de vista, lo que la incapacita para ofrecer algún tipo de conocimiento objetivo sobre la realidad. Además, en estas páginas también aparecen autores como Thomas Nagel, Hilary Putnam, Richard Rorty, John McDowell, Adrian Moore, etc.

Los siguientes ensayos, *Falta, desacuerdo y gusto*, de Maria Ponte, y *Desde el punto de vista del hablante*, de Juan José Colomina Almiñana, se centran en los desacuerdos radicales, situaciones donde un sujeto A mantiene que  $p$ , un sujeto B mantiene que  $\neg p$ , no pareciendo existir razones para afirmar que uno de los dos sujetos esté equivocado. En el primer trabajo, María Ponte analiza este tipo de desacuerdos en relación con los predicados de gusto y en el marco de una reflexión sobre las posiciones del contextualismo y del relativismo semántico. En el segundo trabajo, Juan José

Colomina Almiñana parte de la constatación de que donde más abundan este tipo de desacuerdos es en los juicios de gusto personal. Y analiza con detalle en qué consisten estos juicios, y si realmente no pueden existir razones a favor de unos juicios frente a otros juicios con contenido de signo contrario.

Los ensayos cuarto y quinto están dedicados a los puntos de vista temporales. *Imágenes del tiempo*, de Sebastián Álvarez Toledo, confronta dos perspectivas temporales completamente distintas basándose en las concepciones de John McTaggart. Son la perspectiva dinámica de un tiempo que fluye, denominada por McTaggart serie temporal A, donde podemos situar los eventos en el pasado, presente o futuro, y la perspectiva de un tiempo estático, llamada por McTaggart serie B, donde los eventos se sitúan en el tiempo respecto a otros eventos según relaciones de anterioridad o posterioridad y simultaneidad. Mientras que las ordenaciones temporales de acuerdo con la serie A son cambiantes y tienen claramente una dirección, las de la serie B son estables y no tienen ninguna dirección. Sebastián Álvarez Toledo argumenta que las concepciones clásicas y ordinarias del tiempo tienen un contenido altamente metafórico y deberían ser reemplazadas por concepciones más próximas a las ofrecidas por una perspectiva temporal acorde con la serie B.

En el otro ensayo dedicado a los puntos de vista temporales, *El cable del tiempo*, Margarita Vázquez recoge algunos planteamientos expuestos en el anterior ensayo y aporta nuevas claves para entender el tiempo. Para Margarita Vázquez, la manera de entender el tiempo que fluye no tiene necesariamente que ser rechazada si es interpretada de una manera adecuada. La propuesta de la autora se basa en una concepción del tiempo indeterminista, donde se armonizan una dimensión temporal con una

dimensión modal para los futuros posibles. La imagen del tiempo que se defiende es la de un cable formado por cables más pequeños, que a su vez están compuestos de otros cables todavía más pequeños, y así sucesivamente. Esta imagen ilustraría un flujo de historias independientes con un pasado común.

En el siguiente ensayo, *Maquiavelismo epistemológico*, Andrés Luis Jaume Rodríguez analiza la noción de virtudes epistémicas. Gracias a Ernesto Sosa, uno de los autores más importantes dentro de la epistemología contemporánea, este tema ha adquirido una notable visibilidad en los últimos años. Andrés Jaume contrapone la concepción de la virtud en Aristóteles y la concepción de la virtud en Maquiavelo. El autor argumenta que las virtudes epistémicas deberían entenderse en el sentido de Maquiavelo y no en el sentido sobrio de la virtud aristotélica. Denomina a su propuesta “maquiavelismo epistemológico”.

El ensayo que cierra el libro, a cargo nuevamente de Juan José Colomina Almiñana, tiene como título *La necesidad del vínculo entre semántica y pragmática*. En él aborda una importante problemática de la filosofía del lenguaje: la polémica entre

los defensores de una concepción semántica del lenguaje (literalistas) y los partidarios de un enfoque pragmático (contextualistas). En este trabajo, se intentan esclarecer algunas cuestiones fundamentales. Por ejemplo, la relación entre el significado lingüístico dado en cada palabra y el significado pragmático que cada una posee, o en qué medida el significado convencional determina el significado pragmático, y viceversa.

En definitiva, en esta obra se encuentran ecos de todo aquello que debería responderse si nos preguntamos en qué consiste un punto de vista. Y también de todo aquello que ha sido dicho al respecto. En este sentido, puede considerarse que *Puntos de vista* es una obra pionera. Entre sus virtudes más importantes destaca el esfuerzo desempeñado por los autores y las autoras para trasladar de manera simple y llana un tema que, en algunos casos, está demasiado vinculado a especulaciones abstractas. Por ejemplo, nos hace pensar sobre la posibilidad de que aquello que configura la realidad sea nuestro emplazamiento en el mundo, es decir, las “lentes” desde las cuales la enfocamos.

Abraham Hernández Pérez

<http://dx.doi.org/10.6018/daimon/347171>

Vázquez, Margarita y Liz, Manuel (eds.) (2015): *Temporal points of View. Subjective and Objective Aspects*. Heidelberg: Springer. (Studies in Applied Philosophy, Epistemology and Rational Ethics, vol. 23), 275 pp.

Este volumen contiene los resultados de varios proyectos de investigación dirigidos en la Universidad de La Laguna por Margarita Vázquez Campos y Antonio Manuel Liz Gutiérrez<sup>1</sup>. Está publicado en una serie de

la editorial *Springer* que incluye volúmenes sobre nuevos desarrollados y avances en filosofía, epistemología y ética, relacionándolos con investigaciones científicas y tec-

1 Me refiero a los proyectos: *Puntos de vista. Una investigación filosófica* (FFI2008-01205); *Puntos de vista y estructuras temporales* (FFI2011-24549)

y *Puntos de vista, disposiciones y tiempo. Perspectivas en un mundo de disposiciones* (FFI2014-57409-R).

nológicas<sup>2</sup>. Desde hace muchos años, ambos autores realizan una labor de investigación filosófica meticulosa en torno a la noción de punto de vista o perspectiva. En sus proyectos colaboran expertos de distintas universidades y países, algunos de los cuales tienen capítulos en esta obra.

El primer capítulo, titulado *The Notion of Point of View*, comienza con una aproximación por parte de Margarita Vázquez y Manuel Liz a la noción de punto de vista. Tras realizar una introducción sobre cómo esta noción opera en el lenguaje ordinario, resaltan el interés filosófico de la misma haciendo un recorrido histórico por los distintos pensadores que la han tratado. Los autores detectan principalmente dos tipos de aproximación para analizar la estructura de los puntos de vista. La primera es denominada “el modelo de las actitudes proposicionales” y la segunda “el modelo de localización y acceso”. Se realiza también una comparación entre los dos modelos, para presentar al final una propuesta acerca de cuál puede ser el tipo peculiar de realidad y el modo de existencia propio de los puntos de vista.

*Subjective and Objective Aspects of Points of View*, es el título que encabeza el segundo capítulo del libro. En éste, Liz y Vázquez realizan una presentación de los aspectos subjetivos y objetivos de los puntos de vista y de otras nociones conectadas, como puntos de vista intersubjetivos, puntos de vista privados, etc. Para explicar estos aspectos subjetivos, examinan las posiciones filosóficas del relativismo y el perspectivismo. Y respecto a los aspectos

objetivos, analizan especialmente los conceptos de puntos de vista absolutos y puntos de vista transcendentales. Finalizan este capítulo introduciendo la noción en torno a la cual gira el volumen: los puntos de vista temporales.

En este último aspecto se centra el capítulo tercero que lleva por título, *Temporal Aspects of Points of View*. En dicho capítulo, Liz y Vázquez proponen una definición, en forma de estructura canónica, de los puntos de vista temporales, completando la caracterización de los puntos de vista que previamente habían expuesto. Y para ello, realizan un análisis puntillista de los argumentos de McTaggart sobre la realidad de un tiempo que fluye.

En el cuarto capítulo, *Fluent Time, Minds and Points of View*, Manuel Liz defiende que la existencia de un tiempo que fluye, tal y como se había analizado en el capítulo anterior, con un pasado, un presente y un futuro, se encuentra estrechamente ligada a la existencia irreducible de puntos de vista experienciales con contenidos no-conceptuales.

Los capítulos cinco y seis discuten la formalización del tiempo desde un enfoque lógico. En el capítulo cinco, *Branching Time Structures and Points of View*, Margarita Vázquez analiza las estructuras lógicas temporales que podrían ser adecuadas para la noción de puntos de vista. Para ello, comienza presentando las estructuras temporales de Arthur Prior y, después, muestra cómo los puntos de vista temporales son multimodales y bidimensionales. Además, relaciona estas estructuras con los modelos de simulación por ordenador, argumentando finalmente que este análisis podría ser mejorado con la introducción de una lógica híbrida.

En el capítulo seis, *Change, Event, and Temporal Points of View*, el filósofo y lógico finlandés Antti Hautamäki, quien desde los

2 Esta obra se puede adquirir en formato libro (ISBN 978-3-319-19814-9) o en formato electrónico (ISBN 978-3-319-19815-6). También se pueden descargar individualmente cada capítulo desde la página web: <https://www.springer.com/us/book/9783319198149>

años ochenta ha venido trabajando en la lógica de los puntos de vista, presenta una aproximación a los puntos de vista temporales tomando como punto de partida las ideas aristotélicas sobre el tiempo y el cambio. En este capítulo propone, además, un nuevo sistema de lógica modal temporal sobre los puntos de vista.

En el séptimo capítulo, titulado, *Grounding Qualitative Dimensions*, Juan José Colomina, Doctor por la Universidad de La Laguna y actualmente profesor en la *University of Texas at Austin*, presenta su visión de los puntos de vista como modos de acceso al mundo, distanciándose de las teorizaciones relativistas. Sobre este punto en concreto, el profesor Colomina ha publicado muy recientemente otro libro en *Springer* bajo el título, *Formal Approach to the Metaphysics of Perspectives. Points of View as Access* (2018). En el capítulo que aquí comentamos, el autor defenderá que los objetos y estados a los que se tiene acceso desde distintos puntos de vista han de ser considerados como diferentes dimensiones cualitativas del mundo.

Del capítulo octavo, *Kinds, Laws and Perspectives*, se encarga Sebastián Álvarez Toledo, profesor de la Universidad de Salamanca. El profesor Álvarez habla de la noción de clases naturales y analiza las tres principales aproximaciones que se han hecho a la misma: esencialista, constructivista y causal. El autor se apoya, además, en las teorizaciones de Richard Boyd para analizar las leyes de la naturaleza, que pueden servir de ayuda a la hora de distinguir entre las leyes científicas y las generalizaciones accidentales.

En el capítulo nueve, titulado, *Synchronic and Diachronic Luck*, Steven D. Hales, profesor en la University of Bloomsburg, defiende que las atribuciones de suerte, acertar por mero azar, en relación a nuestras acciones o en relación a la verdad de nues-

tros juicios, están fuertemente estructuradas por puntos de vista temporales. Para ello, analiza críticamente distintas teorías de la suerte: como probabilidad, como posibilidad y como capacidad de control. Y pone numerosos ejemplos cotidianos, sacados del mundo del deporte, en los que las atribuciones de suerte dependen estrechamente de la adopción de perspectivas temporales sincrónicas o diacrónicas. Hales argumenta que todas las atribuciones de suerte dependen de manera irreducible de la adopción de una perspectiva temporal.

*Presentism, Non-presentism and the Possibility of Time Travel*, es el título del último capítulo. En él, Juan José Colomina y David Pérez Chico, también Doctor por la Universidad de La Laguna y actualmente profesor de la Universidad de Zaragoza, discuten sobre las paradojas de los viajes en el tiempo en la línea de algunos problemas tratados por David Lewis. Ambos autores quieren mostrar las ventajas de desmarcarse del presentismo, la posición filosófica que sostiene que sólo es real lo que existe en el presente. A través de una ontología no-presentista, defienden la indeterminación de los hechos futuros.

A pesar de este esbozo esquelético del conjunto de la obra, hay que señalar que *Temporal points of View. Subjective and Objective Aspect*, es un excelente volumen que permite profundizar en las nociones de puntos de vista y perspectivas desde un enfoque filosófico que presta una atención muy especial a los puntos de vista temporales. Animo, por tanto, a todas las personas interesadas en este ámbito de estudio que se introduzca de pleno en la lectura de esta obra sugerente, que destaca por la originalidad del tema y la manera en que se presentan y abordan todas las problemáticas tratadas.

Natividad Garrido Rodríguez

<http://dx.doi.org/10.6018/daimon/347351>

Colomina-Almiñana, Juan José (2018): *Formal Approach to the Metaphysics of Perspectives. Points of View as Access*. Heidelberg: Springer. 156 pp.

El objetivo de la *Synthese Library* es ofrecer un foro de discusión para los más destacados avances actuales en epistemología, metodología y filosofía de la ciencia. Los enfoques son muy variados. Y se fomenta tal variedad desde la convicción de que sobre esos temas puede haber muy diferentes perspectivas sugerentes y enriquecedoras. El libro de Juan José Colomina-Almiñana que queremos comentar sube varios escalones más. Su temática es justamente la propia noción de perspectiva. Y no sólo dicha noción, sino también la propia realidad de las perspectivas y cómo tal realidad puede ser ontológicamente fundamental.

La noción de puntos de vista, y la noción paralela de perspectiva, tiene una gran importancia en nuestros discursos ordinarios así como en nuestras prácticas científicas y técnicas. Hay algunos autores clásicos cuyas aportaciones son sin duda relevantes: Leibniz, Kant, Nietzsche, William James, Russell o Wittgenstein, por ejemplo. Y no podemos olvidar a nuestro Ortega y Gasset. Sin embargo, apenas han existido análisis filosóficos detallados de esas nociones. Sólo muy recientemente es posible encontrarlos. Y este libro es un ejemplo.

El libro desarrolla los aspectos más metafísicos de la noción de puntos de vista (o de manera equivalente, perspectivas). La idea central que se defiende es que los puntos de vista son estructuras relacionales que están en la base de cualquier otra entidad, en particular de todos los objetos y propiedades.

No es un libro voluminoso, pero sí es un libro denso. En su primer capítulo, *A World of Points of View* (pp. 1-25) se ofrece una explicación inicial de la noción de puntos

de vista. Se distingue un sentido ordinario epistemológico y un sentido metafísico. El segundo sentido se considera imprescindible. Los puntos de vista serían entidades últimas e irreducibles.

El segundo capítulo, *Contextualizing Points of View* (pp. 27-60), lleva a cabo una sugerente introducción histórica a las reflexiones filosóficas sobre la noción de puntos de vista, o perspectivas. Se distinguen dos modelos generales: un modelo basado en la estructura de las actitudes proposicionales y un modelo centrado en la función que tienen los puntos de vista como formas de acceder a la realidad. Como indica su subtítulo, el libro se centrará en el segundo modelo.

En el tercer capítulo, *Adopting a Point of View* (pp. 61-80), se distinguen dos modos de entender la adopción de puntos de vista. Uno de ellos, de inspiración kantiana, consiste en seguir determinados principios o reglas. El otro, de inspiración humeana, consiste simplemente en comportarse de cierta manera expresando unas actitudes. Se propone una concepción diferente de estas dos. Una concepción disposicional según la cual el punto de vista adoptado se manifiesta a través de la coherencia y poder explicativo de las atribuciones que se hagan del mismo.

El capítulo cuarto, *Points of View as Grounding* (pp. 81-103) es el que desarrolla en detalle el tema central del libro. Se argumenta que los puntos de vista, entendidos en un sentido metafísico, realmente son el fundamento último de cualquier otra entidad. El término inglés “grounding” es utilizado por muchos autores actuales para expresar justamente esa relación de fundamentación.

En este capítulo se defienden también varias tesis formales sobre la naturaleza de los puntos de vista. Por ejemplo, que no pueden ser identificados con sus partes intrínsecas. Es decir, que en ellos la composición no implica identidad. También, que los puntos de vista siempre pueden aplicarse reflexivamente. Esto es, que siempre es posible adoptar puntos de vista sobre los puntos de vista que adoptamos. Y se analiza el sentido en el que todo lo que existe puede depender ontológicamente de la existencia de una variedad de diferentes puntos de vista que definen las maneras en las que el mundo es y puede ser. Esta tesis, sin duda sumamente ambiciosa, según la cual los puntos de vista son el fundamento último de todas las diferentes maneras de ser y poder ser del mundo es llamada por el autor, “Modal Perspectivism”.

El quinto capítulo, *Comparing and Evaluating Points of View* (105-115) aborda el problema de comparar distintos puntos de vista metafísicos. Existiría un amplio espectro de posibilidades, desde la incompatibilidad hasta el pleno acuerdo. Asumiendo siempre la contingencia de las relaciones entre los puntos de vista, el autor argumenta que su perspectivismo modal sería capaz de dar sentido a la existencia de invarianzas respecto a la perspectiva.

El sexto y último capítulo, *A Pluralist Notion of Truth for Metaphysical Points of View* (117-141) se enfrenta a dos problemas cruciales. El primero de ellos consiste en la sospecha de que la discusión sobre los puntos de vista metafísicos sea únicamente una disputa verbal. El autor argumenta que aunque en cierto sentido sí lo sea, sin embargo no es una “mera” disputa verbal. La discusión requiere negociaciones metalingüísticas sustantivas y muy comprometidas. El segundo problema tiene que ver con el estatus del propio lenguaje empleado

para hablar sobre los diferentes aspectos que ofrece el mundo desde distintos puntos de vista. El autor plantea una idea sumamente sugerente. Tal lenguaje podría desempeñar un importante papel mediador entre los puntos de vista metafísicos y los puntos de vista epistémicos.

Haremos ahora algunos comentarios más generales. Resulta necesario comparar puntos de vista. En cuanto pensamos en las nociones de puntos de vista y perspectivas, esta cuestión se impone. Después del capítulo cuarto, el autor se ocupa en profundidad de ella en el capítulo siguiente. Con todo, no queda claro cómo se articulan los diferentes puntos de vista. O lo que es equivalente, cómo se articulan los diferentes maneras en las que el mundo es y puede ser. Recurrir a la idea de que existen invarianzas no soluciona esta dificultad. Y menos aún si se explican tales invarianzas simplemente como el resultado contingente de unos puntos de vista entendidos en sentido metafísico como estructuras relacionales últimamente no-representacionales, irremediabilmente primitivas y con un poder constitutivo absoluto.

Pero es que acaso los puntos de vista no sean entidades tan primitivas como supone el autor. Los puntos de vista se adoptan y dejan de adoptarse. Se cambia de punto de vista. Los puntos de vista parecen configurar nuestra percepción, nuestras actitudes y nuestras acciones. O más bien, son justamente el configurarse nuestra percepción, nuestras actitudes y nuestras acciones. Y con todo ello, también cambia y se configura el sujeto que adopta los puntos de vista. Decir cosas así sugiere que tal vez sí haya algo más básico, más fundamental que los puntos de vista. Tal vez lo más básico y fundamental sean ciertos procesos, que ocurran ciertas cosas. O de manera más general, que pase algo. Y tal vez puedan definirse los puntos

de vista como ciertas clases de procesos. El segundo modelo sobre los puntos de vista, el modelo de los puntos de vista como formas de acceso en el que se basa el libro, pone de manifiesto esta naturaleza procesual de los puntos de vista.

Hay una importante ambigüedad, que no es sólo de estilo, en la expresión “puntos de vista metafísicos”. Tal expresión es usada abundantemente en el libro. Nosotros mismos también hemos acabado utilizándola. Pero deberíamos entenderla siempre con el significado “papel metafísico que pueden desempeñar los puntos de vista”. Es decir, adoptamos un punto de vista metafísico sobre el papel metafísico que pueden desempeñar los puntos de vista. Aquí, nuestro punto de vista metafísico es un punto de vista en un sentido epistémico, no metafísico. Y desde tal punto de vista epistémico nos preguntamos por el papel metafísico de los puntos de vista. Una vez que hacemos esta aclaración, resultará muy natural no ver los puntos de vista como siendo el funda-

mento (*grounding*) de todo lo demás. Los puntos de vista podrán tener un papel metafísico, incluso un papel metafísico sumamente importante, al lado de otras cosas.

Juan José Colomina-Almiñana imparte actualmente clases en la *University of Texas at Austin*. Se doctoró en filosofía por la Universidad de La Laguna, en 2009. Participa activamente en los proyectos de investigación sobre los puntos de vista dirigidos por Margarita Vázquez y Manuel Liz en dicha universidad. Este libro es un resultado de estas investigaciones y se nutre de los trabajos de Liz y Vázquez, de manera destacada de “The Notion of Point of View” y “Subjective and Objective Aspects of Points of View”, ambos incluidos en Margarita Vázquez y Manuel Liz, *Temporal points of View. Subjective and Objective Aspects*, Heidelberg, Editorial Springer (Studies in Applied Philosophy, Epistemology and Rational Ethics, vol. 23).

*David Pérez Chico*

# BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN, COMPRA O INTERCAMBIO

(SUBSCRIPTION ORDER)

ENVIAR A (SEND TO):

Servicio de Publicaciones

Universidad de Murcia

Aptdo. 4021, 30080 Murcia (España).

Telf: 868 883012 (internacional: +34 868 883012).

Fax nº: 868 883414 (Foreign countries: -international code- + 34 868 883414)

*Daimon. Revista Internacional  
de Filosofía*

(Daimon. Journal International of Philosophy) ISSN: 1130-0507

1. Por favor, *suscríbame* a Daimon. *Revista Internacional de Filosofía*, desde el año ....., número....., inclusive.
2. Por favor, deseo adquirir los volúmenes o números *atrasados*: .....
3. Deseamos obtener Daimon, *Revista Internacional de Filosofía* por *intercambio* con la revista: ..... cuyos datos (temática, dirección postal, etc.) se adjuntan.

## FORMA DE PAGO

Pago mediante recibo. Una vez recibido el Boletín de Suscripción o Compra, le enviaremos un Recibo, que deberá hacer efectivo antes de que podamos proceder al envío de los ejemplares correspondientes.

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Suscripción anual tres números al año (IVA y gastos de envío incluidos) / Annual Subscription rates, including postage and packing cost, for a year volume with three numbers:

Suscripción normal: 35 €

Número atrasado (number delayed): 15 €

## DATOS PERSONALES

Nombre y apellidos, o razón social: .....

N.I.F. o C.I.F.: ..... Calle / Plaza: .....

C.P.: ..... Ciudad: ..... Provincia: .....

País: ..... Tlfs.: ..... Fax: .....

# Daimon. Revista Internacional de Filosofía

## Publicación cuatrimestral. Número 75. Septiembre-Diciembre 2018

<b>Presentación. Puntos de vista. Manuel Liz y Margarita Vázquez.....</b>	<b>5</b>
<b>Realidad y causalidad desde una perspectiva científica</b>	
Perspectivism with Objectivity, Causal and Temporal. Manuel Liz & Margarita Vázquez.....	11
Disposiciones y puntos de vista causales. Sebastián Álvarez Toledo.....	27
La ciencia como un punto de vista: algunos desafíos a la objetividad científica. Mario Gensollen y Marc Jiménez Rolland.....	43
Puntos de vista científicos en las series de televisión. Laura García Díaz.....	59
<b>Perspectivas de primera, segunda y tercera persona</b>	
Mental Attribution in Interaction: How the Second Person Perspective Dissolves the Problem of Other Minds. Antoni Gomila & Diana Pérez.....	75
La interacción social en la ontogénesis de la perspectiva del mundo. Jesús Armando Fajardo Santamaría.....	87
<b>Perspectivismo en epistemología</b>	
Puntos de vista y problemas de Gettier. Andrés L. Jaume.....	105
Virtue Perspectivism, Normativity, and the Unity of Knowledge. Modesto Gómez-Alonso.....	117
Relativism, Contextualism, and Temporal Perspective. Juan J. Colomina Almiñana.....	131
<b>Autores y corrientes perspectivistas clásicas</b>	
La perspectiva intercultural: Ortega y la hermenéutica. Javier Gracia Calandín.....	147
La transvaloración de las perspectivas. Nietzsche y la crítica de la cultura desde el punto de vista del valor. Marina García-Granero.....	161
La nostalgia restauradora, el ocaso de la hermenéutica del punto de vista ajeno. Jorge Montesó Ventura.....	177
<b>Reseñas</b>	
Diana PÉREZ y Diego LAWLER (compiladores) (2017): <i>La segunda persona y las emociones</i> , Buenos Aires, Sociedad Argentina de Análisis Filosófico, 298 pp. (Manuel Liz).....	193
ZALABARDO, José Luis (2015): <i>Representation and Realidad in Wittgenstein's Tractatus</i> . Oxford: Oxford University Press. 263 pp. (Manuel Liz).....	195
LIZ, Manuel (ed.) (2013): <i>Puntos de vista. Una investigación filosófica</i> . Barcelona: Laertes. 286 pp. (Abraham Hernández Pérez).....	198
VÁZQUEZ, Margarita y LIZ, Manuel (eds.) (2015): <i>Temporal points of View. Subjective and Objective Aspects</i> . Heidelberg: Springer. (Studies in Applied Philosophy, Epistemology and Rational Ethics, vol. 23), 275 pp. (Natividad Garrido Rodríguez).....	201
COLOMINA-ALMIÑANA, Juan José (2018): <i>Formal Approach to the Metaphysics of Perspectives. Points of View as Access</i> . Heidelberg: Springer. 156 pp. (David Pérez Chico).....	204